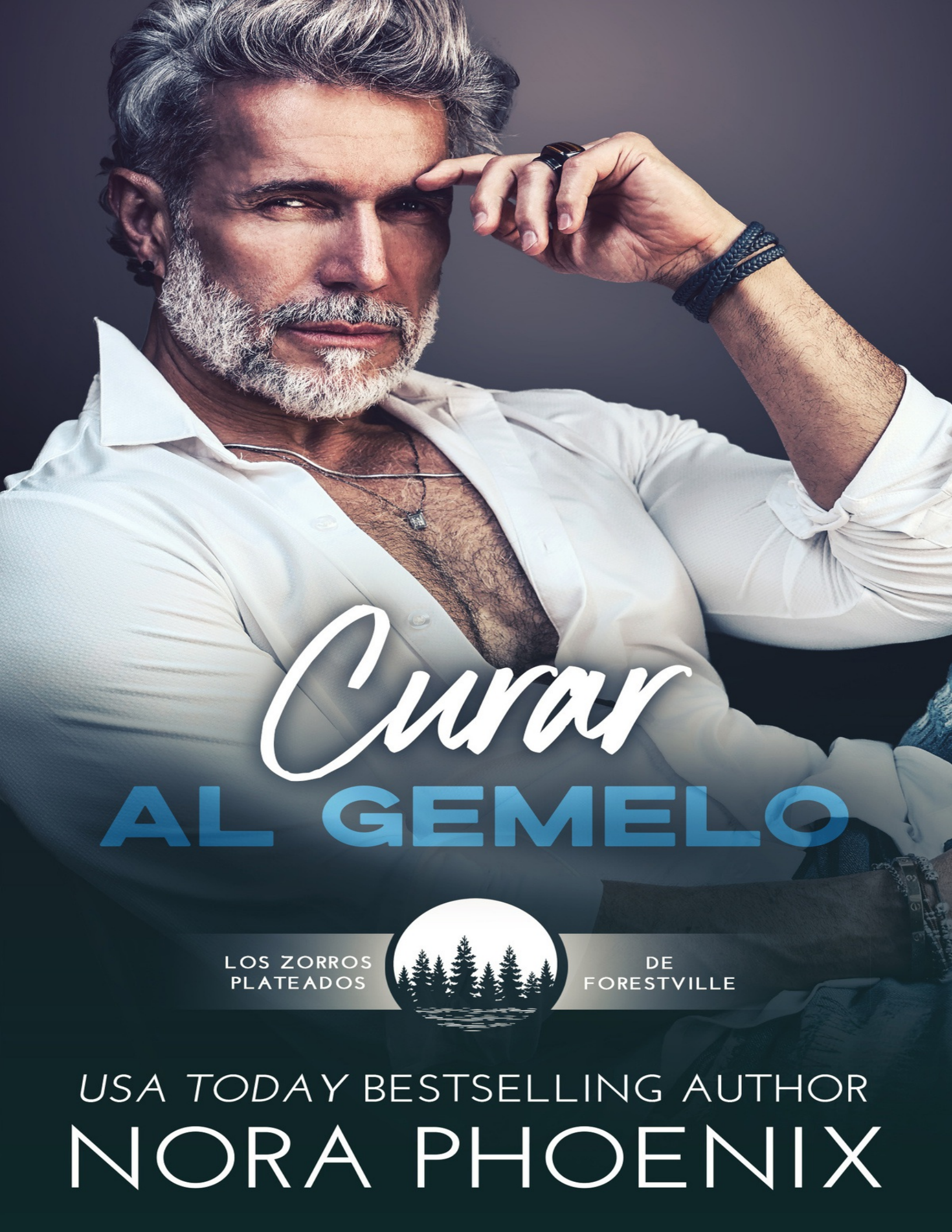

Curar
AL GEMELO
LOS ZORROS PLATEADOS
DE FORESTVILLE
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
NORA PHOENIX

CURAR AL GEMELO

LOS ZORROS PLATEADOS DE FORESTVILLE
LIBRO 3

NORA PHOENIX

Curar al Gemelo

Título Original: Healing the Twin, Forestville Silver Foxes Book 3

Copyright © 2024 Nora Phoenix.

Traducción de S. Kai

Diseño de la cubierta: Golden Czermak/FuriousFotog.

Foto de cubierta: Julia Andrade.

Modelo de cubierta: Wander Aguiar.

Creador del mapa de Forestville: Ron Perry.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, localizaciones, y hechos retratados en esta obra son completamente ficticios, producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas verdaderas, vivas o muertas, negocios, o con hechos reales, es pura coincidencia. La personas representadas en la cubierta son modelos, y su uso está limitado a fines ilustrativos.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Este libro contiene material destinado a una audiencia mayor de edad. Contiene lenguaje gráfico, contenido sexual explícito y situaciones adultas.

Creado con Vellum

ÍNDICE

Nora After Dark
Advertencia De Contenido

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo

Libros de Nora Phoenix en español
Libros de Nora Phoenix en inglés
Más sobre Nora Phoenix

NORA AFTER DARK

More of what you love...more of what you crave...

Unlock the ultimate experience with **Nora After Dark**, an online platform offering exclusive access to a variety of extras from Nora Phoenix. **Nora After Dark** offers multiple tiers to cater to your unique desires, each with its own array of exciting benefits.

- **Unlock Early eBook Access:** Nora After Dark subscribers enjoy the thrill of accessing eBooks before anyone else.
- **Exclusive Nora Phoenix Swag:** Elevate your reading experience with limited-edition Nora Phoenix merchandise delivered right to your doorstep.
- **Delve into Bonus Stories:** Gain exclusive access to bonus stories and chapters that are reserved just for our subscribers. Immerse yourself in hidden tales, the perfect companion to your favorite books.
- **Early Works in Progress:** Be a part of the creative process! Nora After Dark grants you VIP access to works in progress, giving you a sneak peek at the magic happening behind the scenes.
- **Collect Signed Paperbacks:** For those who cherish the tangible, our premium tier includes beautifully signed paperback copies of Nora's works.

Visit Nora Phoenix at noraphoenix.com/nora-after-dark to subscribe and indulge in the Nora After Dark experience.

CURAR AL GEMELO

Todo el mundo cree que me conoce. Joder, ni siquiera yo sé quién soy ahora.

Estábamos en la cima. Tomás y Tiago Banner, los gemelos más famosos del mundo. Los hombres más sexis sobre la faz de la Tierra. Toda mi identidad estaba enraizada en ser el hermano mayor, en cuidar a mi hermano pequeño y en ser modelo.

Hasta que Tiago se enamoró y me dejó solo. Ahora, me siento perdido; vagando sin nada que me ancle. Dolido.

Para permanecer cerca de mi hermano, me asiento en Forestville, la pequeña ciudad en la que crecimos. Aquí tengo amigos: antiguos y nuevos. Como Fir, el adorable pelirrojo que estuvo enamorado de mí en el instituto. Conectamos de nuevo, y me descubro confiándole cosas que nunca antes había contado a nadie.

Cuando la amistad se convierte en algo más, estoy conmocionado. Fir no es el tipo de hombre para un polvo de una noche, y yo no conozco otro tipo de relación.

Nuestras vidas no podrían ser más distintas. Yo soy una celebridad, el eterno soltero, siempre tanteando el terreno para agenciarse algo. Fir es el médico local, un padre que aún está de luto por la muerte de su esposo. Necesita más de lo que jamás podría darle.

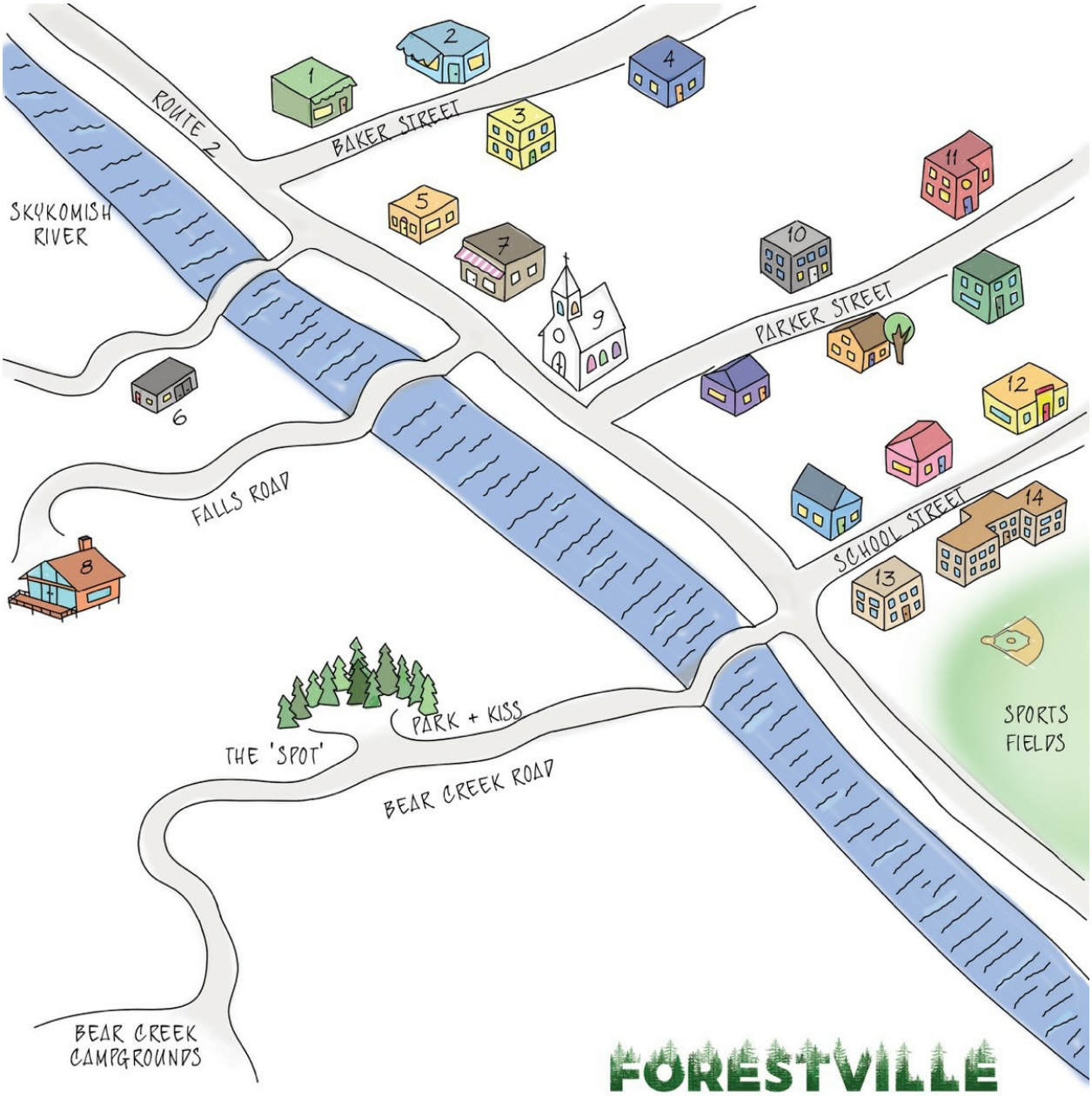
Tengo que tomar una decisión. ¿Puedo convertirme en el hombre que Fir merece?

Nunca deseé nada tanto como eso.

Curar al gemelo *es el tercer libro de la serie* Los zorros plateados de Forestville, *un romance MM contemporáneo situado en una pequeña ciudad y protagonizado por atractivos zorros plateados y los hombres que se enamoran de ellos. Todos los libros son autoconclusivos y pueden leerse por separado.*

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Este libro aborda el dolor de perder a un marido por cáncer (en el pasado, pero habrá numerosas referencias) y el proceso de aceptar esa pérdida. También toca el tema de la codependencia. Otras cuestiones que podrían resultar espinosas para algunos lectores incluyen padres de mierda (personajes secundarios), adolescentes descarados (aquí puedo hablar por experiencia, je, je) y la epidemia de sida (es discutida brevemente y no es un elemento principal de la trama). Se menciona fugazmente el suicidio de alguien que no forma parte del elenco de personajes.



FORESTVILLE

1 – COLLINS FAMILY GROCER
2 – BRIANNA'S BAKERY & COFFEE SHOPPE
3 – EVERETT FAMILY PRACTICE - DOCTOR
4 – DOC COHAN - VET
5 – ART GALLERY
6 – WALTER'S AUTO REPAIR
7 – BILLY'S GENERAL STORE
8 – FORESTVILLE FALLS LODGE
9 – FIRST METHODIST CHURCH
10 – SHERIFF'S OFFICE
11 – FOUR FOXES BAR & GRILLE
12 – EDDIE'S DRIVE IN - BURGERS & SHAKES
13 – SKYKOMISH ELEMENTARY SCHOOL
14 – FORESTVILLE MIDDLE & HIGH SCHOOL

© Copyright 2023, Ron Perry Graphic Design, rperrydesign.com & Nora Phoenix

PRÓLOGO

TOMÁS

1985

*A*DORABA TENER UN GEMELO. La gente decía que los gemelos fraternos no tenían una relación tan estrecha como los gemelos idénticos, pero para mí eso no era más que una auténtica mierda. Tiago era mi hermano y mi mejor amigo, y a veces sentía que era una parte de mí, como otra extremidad. Sabía lo que pensaba y lo que sentía, y a menudo podía adivinar lo que iba a decir antes incluso de que abriese la boca. Como si fuéramos la misma persona.

Cuando entramos en la guardería me di cuenta de que no todo el mundo tenía un hermano, mucho menos un gemelo —éramos los únicos de la ciudad—, y esa circunstancia me hacía diferente al resto. Tiago no solo era mi hermano, era mi otra mitad, y nunca había conocido otra forma de vida. Era extraño que algo tan natural para mí como el respirar fuese tan especial para otros. Pero no lo habría cambiado por nada del mundo.

—Calmaros, chicos —dijo la señora Taylor, la profesora de lengua de nuestra clase de sexto—. Ya he terminado de calificar los trabajos de la semana pasada y voy a repartirlos.

Nos había mandado redactar un ensayo sobre un tema de actualidad y yo había elegido la hambruna en Etiopía. Había visto las imágenes de esos niños desnutridos en las noticias y me había parecido la tragedia más horrible del mundo. Esa noche, *mãe* nos abrazó un poco más fuerte de lo normal y creí entender por qué. La televisión había mostrado a varias mujeres sosteniendo a sus diminutos hijos contra sus pechos; los niños parecían esqueletos, pero tenían el estómago extrañamente abultado. Más tarde, descubrí que ese era un efecto secundario del hambre. Había escuchado el tema *We are the world* y terminé mi ensayo comentando que esperaba que el dinero recaudado por sus ventas marcara una diferencia. Tenía que hacerlo, ¿no? Quiero decir, la canción era cursi y para nada mi estilo, pero habían participado un montón de celebridades como Michael Jackson y Bruce Springsteen, que me parecían increíbles.

—Gran trabajo, Brianna —dijo la señora Taylor tendiéndole el ensayo.

Había sacado una «A». Bien por ella.

—Tomás, un ensayo muy sólido. Podrías haber usado algunas fuentes más, pero lo has hecho bien.

Mis ojos buscaron ansiosamente mi nota. Una «B+». Lo aceptaría.

—Tiago... —la señora Taylor bajó la voz—. Ven a verme después de clase, cariño, ¿te parece?

Oh-oh. Mi hermano había elegido como tema la *New Coke*, un sabor nuevo que acababa de lanzar Coca-Cola. Su ensayo era escueto, dado que no había mucho que comentar sobre el tema. ¿Había sido demasiado corto?

La señora Taylor dejó el trabajo boca abajo sobre su mesa, pero una vez se alejó, mi gemelo lo alzó cuidadosamente para ver la nota, y aproveché para echar un vistazo. Una «F». Mierda. El rostro de Tiago se descompuso. Bajó rápidamente el ensayo y me miró. Apoyé una mano sobre la suya.

—No pasa nada. Ya se nos ocurrirá algo.

Asintió, pero la preocupación no desapareció de su rostro.

No entendía por qué, pero por algún motivo a Tiago le resultaba muy complicado leer y escribir. Mi madre seguía practicando con él, pero no veían una mejoría. No era estúpido, pero parecía que su cerebro era incapaz de dar sentido a las letras. Tenía que leer todo en voz alta para entenderlo, como hacíamos en primero de secundaria.

Cuando terminó la clase, todos los alumnos se apresuraron a la puerta, pero Tiago y yo nos quedamos en el aula. De ninguna manera iba a dejar que hiciese esto solo. A la señora Taylor no pareció importarle mi presencia, se sentó en una mesa frente a nosotros y miró cálidamente a mi hermano.

—Leer te resulta difícil, ¿verdad?

Tiago asintió.

—¿Practicas en tu casa? —preguntó ella.

—Todos los días —susurró él—. Mi madre lee conmigo una hora al día.

—Mmm, ya veo. ¿En tu casa habláis inglés o portugués?

—Ambos. Mi madre nos habla en portugués y mi padre en inglés. Pero solo leemos en inglés. Mi madre dice que si no, sería demasiado confuso para nosotros.

Lo cierto era que Tiago ya tenía suficientes dificultades leyendo en inglés como para añadir un segundo idioma. Yo podía leer y escribir en portugués, pero mi madre ni siquiera había intentado enseñar a mi hermano.

La señora Taylor suspiró.

—Voy a tener que hablar con tus padres sobre esto. Lo lamento, pero necesitamos hacer algo o nunca pasarás de sexto.

¿Iba a hacerle repetir curso? El pánico que contrajo el rostro de Tiago igualó al que sentía en mi interior. No, no podían separarnos.

—Le ayudaré, señora Taylor —dije con firmeza—. Practicaré más con él. Puede hacerlo. No es estúpido.

Su expresión se suavizó.

—Nunca he dicho que lo fuera, cariño. Creo que puede que necesitemos hacerle unas pruebas para descubrir si tiene algo llamado dislexia.

Una sensación gélida se apoderó de mí.

—¿Qué es eso? ¿Es malo?

—Significa que su cerebro no puede procesar la palabra escrita de la misma forma en la que lo hace el tuyo o el mío, y necesita otro tipo de ayuda para aprender a leer y escribir.

Más ayuda era algo positivo, ¿no? Si eso significaba que podría mejorar sus notas en el colegio, tendría que ser algo bueno.

—¿Cuándo pueden hacerle las pruebas? —pregunté.

Ella sonrió.

—Eso es algo que tendré que discutir con vuestros padres. Pero me alegro mucho de que estés dispuesto a ayudarle, Tomás. Eres un buen hermano.

Tiago era mi gemelo. Haría lo que fuera por él.

Y lo hice.

Antes de poder hablar con mis padres, la señora Taylor descubrió que se enfrentaba a un embarazo de alto riesgo y abandonó su puesto en el colegio. Tras eso, ayudé a Tiago con sus deberes y revisé todos sus trabajos para corregir los errores antes de entregarlos. Cuando sus notas bajaban demasiado, le dejaba copiar de mi examen o intercambiábamos directamente nuestras plantillas y contestaba algunas preguntas por él. Teníamos la misma letra, de igual forma. Nadie lo supo nunca, aunque puede que sospecharan algo. Pero no era culpa de Tiago que su cerebro no quisiese cooperar, ¿no? No iba a dejar que le castigaran por algo que no podía controlar.

Y nada ni nadie iba a separarnos nunca, especialmente un estúpido problema con la lectura. Tiago era mi hermano, y siempre le cubriría la espalda.

CAPÍTULO UNO

FIR

NECESITABA UN DESCANSO. Quince minutos para mí mismo sin que nadie me hablara. ¿Acaso era mucho pedir?

Un leve dolor de cabeza se estaba fraguando en mi frente, el resultado inevitable de otra noche más sin dormir lo necesario. Cada mañana, mi reloj me recordaba que había vuelto a incumplir mi objetivo de dormir siete horas, como si, de alguna manera, ver mi fracaso fuera a resolver mi insomnio mágicamente. Señor, ni siquiera podía recordar la última vez que había dormido más de cinco horas.

Con toda probabilidad, A.M.S. (Antes de la Muerte de Samuel), en contraposición a D.M.S. (Después de la Muerte de Samuel).

AMS y DMS se habían convertido en mi sistema de medida, el punto de inflexión de mi existencia. Representaban la transición desde la vida con la que siempre había soñado a la vida que jamás pensé que llevaría, una en la que cada día era una batalla nueva. Lo único que siempre había querido era encontrar la felicidad con el amor de mi vida y formar una familia. Y había tenido eso... hasta que el destino me arrebató cruelmente a mi marido, y con él, se llevó mi cordura y mi alegría.

Ser el único médico de una ciudad pequeña ya era, de por sí, estresante, pero dirigir una clínica como padre soltero de dos adolescentes... Cien por cien nada recomendable.

Necesitaba un respiro, preferiblemente con algo de cafeína, lo que significaba que solo podía ir a un sitio.

—Vuelvo en veinte minutos —dije a Jill, mi asistente, escabulléndome rápidamente de la oficina antes de que pudiera empezar a recordarme mis citas.

Si no se estaba muriendo nadie —y sabía que Jill me habría detenido físicamente si hubiese habido una emergencia—, la gente podía esperar a que volviera.

Cuando entré en la panadería de Brianna me envolvió el delicioso aroma a bollería y pan recién hecho. Brianna me saludó con la cabeza e hizo un gesto hacia mi mesa habitual, en la esquina, para que me sentara. Afortunadamente, hoy estaba vacía. Brianna ya sabía lo que quería, y el dulce que siempre incluía para acompañar al café solía ser una sorpresa. Sabía que tendría

mantequilla y azúcar; más allá de eso, no podría importarme menos lo me trajera.

—Aquí tienes. —Brianna dejó un café con leche ante mí junto con una porción masiva de pastel holandés de manzana decorado con una pizca de nata montada. Que Dios bendijese a su marido holandés. Desde que le conoció, Brianna nos había deleitado con unos bollos exquisitos y aún no había probado ninguno que no me gustara. La gente venía a su panadería desde Seattle, lo que decía mucho sobre la calidad de sus productos.

—Gracias.

Ella se inclinó y me besó en la mejilla.

—Pareces cansado, Fir. Tómate algo de tiempo para ti. Diré a la gente que no te moleste.

—Gracias.

Si advirtió cómo se me rompió la voz, no comentó nada. Me dio un pequeño apretón en el hombro y se alejó con paso decidido hacia el mostrador. Brianna era una mujer esbelta, de poco más de metro y medio de estatura, con una insuperable energía. Señor, lo que habría dado por ser tan alegre y vivaz. Por otra parte, jamás había sido así, ni siquiera en el instituto. Brianna había sido la capitana de las animadoras mientras que yo había presidido el club de ajedrez. Por entonces, no habíamos sido amigos, pero lo éramos ahora. En cierta forma, al menos; tanto como mi tiempo me permitía tener amigos.

Desde que abrió, su panadería se había convertido en una parte esencial de Forestville. Brianna se esforzaba por mantenerse al tanto de todas las tendencias hosteleras, sin renunciar al ambiente acogedor que encajaba tan bien con nuestra pequeña ciudad. El suelo era un mosaico de azulejos en varias tonalidades de azul que iban del cobalto al celeste, unas cuantas sillas pintadas de azul caribeño se arremolinaban en torno a pequeñas mesas blancas y cuadradas, y una enorme estantería, llena de libros y juegos de mesa, ocupaba una de las paredes. El aroma a café competía con las deliciosas fragancias que emanaban de los hornos y cada vez que ponía un pie en el interior, se me hacía la boca agua.

Los parroquianos reían y charlaban, y sus voces se fusionaban con el zumbido de la cafetera. Una pareja joven que no reconocí compartía un cruasán en una mesa aledaña mientras que la señora Foreman, una mujer de noventa y cuatro años aún en plena forma, estaba frente al mostrador preguntando por los especiales del día, lo que era gracioso, porque siempre terminaba pidiendo lo mismo: una porción de la famosa tarta de cerezas de Brianna.

Sorbí mi café y liberé lentamente el aire de mis pulmones. Había crecido en esa pequeña ciudad del Estado de Wahington, donde todo el mundo conocía tu nombre y sabía a qué te dedicabas. Como médico de familia, y habiéndome hecho cargo de la clínica de mi padre, me había convertido en un elemento esencial de la comunidad. Apreciaba las amistades que había forjado a lo largo de los años, pero a veces, el peso de la pérdida y la presión de la crianza me hacían anhelar momentos como este, un silencioso descanso en mi panadería favorita.

Mi ensoñación se vio interrumpida cuando la puerta se abrió de par en par, dejando entrar una vaharada de aire cálido, y ante mí apareció nada menos que Tomás Banner, el modelo mundialmente famoso y una mitad de los renombrados gemelos Banner. Se me cortó el aliento de inmediato, como siempre me pasaba cuando le veía, bien fuera en persona o en una de las

muchas, muchísimas fotos que había de él por todas partes. A veces, tenía la sensación de que no podía abrir una jodida revista o entrar en Internet sin encontrarme esos ojos taladrándome, intentando convencerme de que necesitaba unas nuevas gafas de sol, unos vaqueros o, que Dios me ayudara, unos diminutos bañadores que habían mostrado cada curva y cada músculo de ese glorioso cuerpo. Para mi bochorno, había babeado sobre ese anuncio.

Y ahí estaba de nuevo, poniéndose a la cola, aparentemente ajeno a mi presencia y al escrutinio al que le estaba sometiendo mientras estudiaba la pizarra que colgaba sobre el mostrador. Su pelo, negro con briznas plateadas, reflejaba la luz que entraba por la cristalera y su ropa casual realzaba su esbelta constitución y marcaba sus músculos. Esperó hasta que llegó su turno y luego, dedicó una deslumbrante sonrisa a Brianna.

—Tomás —sonrió ella—. Tienes cara de que me vas a causar problemas.

La media sonrisa que le dedicó me debilitó las piernas.

—Brianna, *querida*, ¿cuándo vas a abandonar a tu marido? Podríamos fugarnos a una isla caribeña y vivir felices para siempre bajo el sol.

Ella agitó la mano desdeñosamente, aunque sus mejillas se tornaron rosáceas. Nadie era inmune a los encantos de ese hombre.

—Ni en un millón de años. Además, no soy tu tipo.

Él se encogió de hombros y le guiñó un ojo.

—Tú te lo pierdes.

Mientras observaba la facilidad con la que interactuaban, el antiguo flechazo que había sentido en el instituto se removió en mi interior. Había suspirado por ese hombre; *suspirado*, joder, aunque siempre desde la lejanía, dado que incluso por aquella época había sido consciente de que nunca sería mío. Oh, siempre había sabido que Tomás no era hetero, por supuesto, aunque no salió del armario hasta más tarde. Entrar en lo que pensé que iba a ser una sala vacía para encontrármelo recibiendo una mamada del *quarterback* de nuestro mayor rival futbolístico se aseguró de confirmármelo. Esa imagen había alimentado muchas de mis furiosas sesiones de pajas. El hombre ya había sido guapo de adolescente y, como un magnífico vino, los años no habían hecho más que mejorarlo.

Pero siempre había estado fuera de mi liga. Señor, apenas estábamos en el mismo universo. Él había sido sexy y popular, siempre radiando ese encanto relajado que no dejaba indiferente a nadie. Por si fuera poco, tanto él como su hermano Tiago habían sido amables y encantadores, y no los capullos arrogantes en los que podrían haberse convertido con facilidad, teniendo en cuenta su popularidad y su posterior éxito como modelos.

Nunca habíamos salido por los mismos círculos; al menos, no desde primaria, cuando todos los chicos de la misma clase éramos amigos, pero jamás se había burlado de mí, a diferencia de Essex, uno de sus amigos más cercanos. Ese tipo se había comportado como un auténtico capullo conmigo. Nunca en presencia de su pequeño grupo, por supuesto; probablemente, los demás le habrían llamado al orden si se hubiesen enterado de lo que hacía.

Pero había fantaseado con Tomás Banner. Fantasías sexuales altamente detalladas que siempre

terminaban conmigo descargando sobre mi mano mientras imaginaba que me follaba. Y ahora, estaba charlando con Brianna, y una confusa amalgama de emociones se agitó en mi estómago. Verlo en persona tras tantos años hizo resurgir la nostalgia, pero también desenterró el deseo que había sentido por el hombre al que siempre había admirado desde lejos. Mi corazón se aceleró al ver esos cálidos ojos marrones, que relucían joviales cuando se reía, y el *sex appeal* que exudaba con tan poco esfuerzo.

Echaba de menos el sexo. Dios sabía que añoraba a Samuel y todo lo que habíamos compartido, pero también echaba mucho de menos el sexo. Samuel y yo habíamos disfrutado de una gran vida sexual justo hasta el momento en que cayó enfermo. Ambos habíamos tenido una libido saludable y follar se convirtió en mi forma favorita de relajarme. Cuando nacieron nuestros hijos, tuvimos que esforzarnos un poco para encontrar esos momentos de soledad, pero lo conseguimos. Y sin él, todo eso había desaparecido.

No había permanecido célibe tras su muerte; había aguantado dos años. Pero luego, con cierta reticencia, había empezado a agenciarme algunos polvos. Tenía que viajar hasta Seattle para ello, dado que la oferta local era escasa, si no inexistente, y no podía arriesgarme a acostarme con un paciente. Teniendo en cuenta que el noventa por ciento de la ciudad acudía a mi clínica, no me habían quedado muchas más opciones que salir de Forestville.

Ahora que lo pensaba.

Me erguí en la silla.

Tomás tendría el mismo problema, ¿no? Si la mitad de las historias que había leído sobre él eran ciertas, siempre tenía amantes... y le resultaría difícil encontrar a un hombre disponible en el área. Ahora que Tiago había hallado el amor con Cas, el contratista local, y se había asentado en Forestville, Tomás estaba pasando más tiempo en la ciudad. Así que ¿con quién se acostaba mientras estaba aquí? ¿Quién se estaba encargando de sus necesidades?

Tragué. La idea de aproximarme a Tomás para sugerirle un polvo era una locura. Demencial. Puede que el hombre estuviese buscando algo de sexo, pero eso no significaba que quisiera acostarse conmigo. Era un modelo de renombre, por el amor de Dios, un tipo por el que el mundo entero babeaba —yo incluido, debería añadir—, y yo era... Bueno, era Fir, el médico local y el mismo pelirrojo escuálido que había sido siempre. Un poco más envejecido, tal vez, y en todo caso no lo que cualquiera consideraría atractivo, con mis gafas y el trillón de pecas que decoraban mi cuerpo y que se duplicaban en verano. Así que ¿por qué alguien como Tomás se plantearía siquiera follar conmigo?

Podría no encontrarme lo suficientemente atractivo. ¿Qué pasaría si me rechazaba de plano? La idea me aterrorizaba. En el instituto, nunca había intentado aproximarme a él, prefiriendo vivir con la ilusión de que, si lo hubiese hecho, a lo mejor podríamos habernos liado; al menos, una vez. Pero si se lo preguntaba ahora, sabría la respuesta, y sus palabras tenían el potencial de cambiar las cosas para siempre.

Lo único que no me cuestionaba era lo que me habría dicho Samuel. Durante esas últimas semanas, me repitió casi insistentemente que quería que siguiese con mi vida, que quería que volviera a encontrar la felicidad cuando estuviese preparado. Me lo dijo por primera vez cuando recibimos sus últimos escáneres, mostrando que habíamos agotado todas las opciones y que el único camino posible eran los paliativos. Y luego, me lo repitió durante esos últimos quince días

que pasamos juntos, yo a su lado y los chicos en casa de mis padres. Señor, habíamos hablado y hablado, hasta que se sintió demasiado débil como para pronunciar nada. Pero sus últimas palabras fueron de amor y me dejó clarísimo que no quería que estuviese de luto para siempre.

Joder, ahora mis ojos se estaban inundando de lágrimas. Eso no ayudaba en nada.

El dolor era como un océano y venía en oleadas. A veces, pensaba que ya había superado lo peor, pero luego me sorprendía otra ola, amenazando con ahogarme. A estas alturas, las aguas se habían calmado y las olas eran menos intimidantes, pero siempre estaban ahí, como un zumbido constante de fondo.

—Aquí tienes. —Brianna tendió a Tomás su pedido.

Él se lo agradeció y cuando se giró, nuestros ojos se encontraron. Su rostro se iluminó al reconocerme y empezó a avanzar hacia mí. Mi boca se secó de inmediato.

—Hola, Fir —me saludó con una amistosa sonrisa, pasando la mirada por mi cuerpo—. ¿Te importa si me uno a ti?

—Por favor. —Me esforcé por mantener un tono relajado—. Me alegro de verte.

—Gracias. —Se sentó frente a mí—. Acabo de volver de una sesión y no tendré otra hasta dentro de unas semanas, así que puedo permitirme algunos carbohidratos.

Ni siquiera podía imaginar lo que era vivir teniendo que controlar tan de cerca las calorías.

—Yo te veo increíble —dije, y luego quise abofetearme a mí mismo.

Tomás sonrió.

—Gracias. ¿Cómo te va?

—Bien. Hoy está siendo un día ajetreado, así que he venido a disfrutar de un descanso.

—Igual que yo, entonces. Me he encariñado con la comida de Brianna.

Reí.

—Tú y toda la ciudad. Se ha vuelto famosa.

—Bien por ella. Creo recordar que ganó alguna competición de horneado en el instituto. —Se quedó pensativo—. ¿No ganó también en la feria del condado?

Asentí.

—*Síp*, en mil novecientos noventa y uno. Solo tenía dieciséis años.

La conversación era un poco forzada; algo natural, teniendo en cuenta la poca interacción que habíamos tenido en el pasado. Nos quedamos en silencio y me terminé el café, mirando de reojo mi reloj. Debería ir volviendo, pero no podía marcharme ahora, no con Tomás sentado a mi mesa.

—Y ¿qué tal tú? —pregunté—. Ahora que vuelves a pasar tanto tiempo en la ciudad...

Desvió la mirada.

—Me... gusta. Mayormente. Es diferente, eso te lo aseguro. Nunca pensé que volveríamos aquí y he necesitado un período de adaptación.

—Es todo un cambio de aires comparado con París o Nueva York, o con cualquiera de los sitios en los que has vivido.

Inclinó la cabeza a un lado.

—¿Has seguido mi carrera?

—Bueno, es difícil no hacerlo. Tiago y tú estáis prácticamente en todas partes.

Suspiró.

—Sí. Aunque no siempre por decisión propia.

—Debes de echarlo de menos. Esa vida.

Se encogió de hombros.

—Algunas cosas. Echo de menos... —Calló, como conteniéndose a sí mismo—. He conocido a mucha gente interesante en mis viajes, pero siempre me faltó esa sensación de comunidad que tenemos aquí.

Algo en mi interior me dijo que eso no era lo que iba a comentar, pero lo dejé pasar. El hombre tenía derecho a sus secretos.

—Esa es la razón por la que volví aquí cuando terminé medicina. Bueno, eso y Samuel.

Me miró apenado.

—He oído que falleció. ¿Cáncer?

Asentí.

—Hace casi cinco años.

—Lo lamento mucho. Era muy joven.

—Lo era.

—Tienes dos hijos, ¿verdad?

—Josiah y Gabe. Tienen catorce y dieciséis.

Se agitó en la silla.

—Recuerdo a Samuel del instituto.

Reí.

—Tras el escándalo que provocasteis, lo suponía.

Les habían pillado en una «situación comprometedora», como lo habían descrito los profesores usando el eufemismo del año. Lo cierto era que el entrenador Keeling, que resultó ser un capullo homófobo, pilló a Tomás de rodillas haciéndole una mamada a Samuel, y corrió a denunciarles

al director. Ese día, intentaron expulsar a Tomás, una tentativa que no tuvo demasiado éxito, dado que, técnicamente, no habían hecho nada malo. El cotilleo había sido salvaje durante semanas.

Tomás se rascó la barba.

—¿Debería disculparme por eso?

—*Nah*, ¿por qué tendrías que hacerlo? Ya lo sabía cuando empecé a salir con Samuel y nunca fue un problema. También sé que follasteis, lo que no me sorprende, teniendo en cuenta que nadie más había salido del armario.

—Tú no estabas fuera.

—No, no salí hasta que entré en medicina. Aunque mis padres lo sabían y sospecho que el resto de la ciudad también se había dado cuenta. Pero me permitieron elegir la forma y el momento en el que quería contárselo y siempre lo he apreciado. No estaba preparado.

Mientras charlábamos, seguí robando miradas a su cuerpo; la forma en la que su camiseta abrazaba su torso, los músculos de sus brazos, sus labios, curvándose en esa seductora sonrisa que hacía brincar mi estómago... Mis mejillas comenzaron a acalorarse y me esforcé por concentrarme en la conversación, pero mi mente siguió desviándose a la disparatada idea de pedirle que se liara conmigo, mostrándome destellos de mis fantasías adolescentes en las que él y yo nos enredábamos en un apasionado abrazo.

—Tengo que irme —dijo Tomás mirando su reloj—. He prometido a Tiago que le ayudaría con algo.

Tomás siempre había estado ahí para su hermano. Tiago sufría dislexia severa, un trastorno que no entendí realmente hasta que entré en medicina. Ni siquiera estaba seguro de cuándo se lo habían diagnosticado oficialmente, pero siempre había necesitado la ayuda de Tomás para un montón de cosas. Aparentemente, esa circunstancia no había cambiado con el paso del tiempo, y el cariño con el que Tomás cuidaba de su hermano me enternecía.

—Yo también tengo que irme. He de volver a la consulta.

Nos levantamos, recogimos nuestras cosas y me despedí de Brianna con un gesto antes de salir al exterior.

—Ha sido agradable ponernos al día —dijo Tomás.

—Lo mismo digo. —Si quería preguntárselo, ahora sería el momento. Mi estómago se encogió de pavor. ¿Y si no me consideraba lo suficientemente atractivo?

—Nos vemos por aquí, Fir. —Tomás se despidió con la mano y comenzó a alejarse.

Esa era la señal. Tendría que actuar ahora o jamás encontraría el valor para hacerlo.

—¡Espera! —le llamé.

Paró y se giró hacia mí.

—¿Has olvidado algo?

Me acerqué a él.

—¿Te gustaría volver a hacer esto? No esto, específicamente, sino algo más... privado. Sexo, quiero decir. ¿Te gustaría?

CAPÍTULO DOS

TOMÁS

*E*SPERA, ¿qué?

La conmoción me dejó sin palabras. No podía creerme que Fir, de entre todas las personas posibles, me estuviese pidiendo una cita. Vaya, el tímido y callado Fir que había conocido en el instituto se había transformado en un hombre seguro de sí mismo que no temía lanzarse al mundo. Admiré su valor, y me conmovió de una forma que no había esperado. Se necesitaban pelotas para pedirle a alguien que saliera contigo, y él acababa de hacerlo.

Pero *mãe de Deus*, ¿cómo iba a manejar esta situación? Tenía que rechazarle de la mejor forma posible. En estos momentos, lo último que necesitaba o quería era una relación, especialmente con alguien tan opuesto a mí. Pero ¿cómo decírselo sin herirle? Fir no sería el primer hombre al que había rechazado, pero él me importaba. A lo mejor, porque le conocía y le respetaba a rabiar por la vida que se había construido. O tal vez porque sabía que había estado enamorado de mí en el instituto, aunque nunca me lo había dicho y yo jamás lo había mencionado.

—Mira, Fir. —Escogí las palabras con cuidado—. Aprecio mucho tu honestidad y el valor que has necesitado para pedírmelo.

Tragó.

—¿No estás interesado?

Joder. Necesitaba que entendiese que esto no tenía nada que ver con él, sino conmigo. El cliché de «No eres tú, soy yo», realmente podía aplicarse aquí.

—Creo que somos muy distintos, ¿sabes? Venimos de mundos muy diferentes y no sé cómo podríamos hacer que las cosas funcionasen entre nosotros. —Los ojos de Fir se abrieron como platos, pero antes de que pudiera decir nada, continué—: Eres un hombre increíble y respeto mucho todo lo que has conseguido en la vida, pero te mereces a alguien que pueda darte todo, y yo no soy esa persona. Por favor, no te tomes esto como un rechazo a quien eres. —Su rostro se descompuso y me apresuré a suavizar el golpe—. ¿Has intentado usar alguna aplicación de citas? Hay un montón de tipos ahí fuera buscando a alguien como tú.

Fir se ruborizó y sus pecas destacaron aún más en sus mejillas. Sin decir palabra, se giró y se alejó de mí. Hice una mueca, sintiendo cómo se me partía el corazón. ¿Había sido demasiado

duro? Había intentado ser amable, pero un rechazo siempre dolía, sin importar las formas.

Cuando desapareció de mi vista, dejé escapar un profundo suspiro y me encaminé hacia el coche. Había prometido a Tiago que le ayudaría a preparar una sorpresa para Cas. Involucraba comprar algo online —el qué, no lo sabía— y mi gemelo quería asegurarse de no cometer ningún error. Ya que estábamos en ello, le pediría su opinión sobre lo que acababa de pasar. A lo mejor, él podría derramar algo de luz sobre esta situación y decirme cuánto la había cagado. Mi hermano siempre había sido el más sensible de los dos y, a diferencia de mí, parecía estar en sintonía con las emociones de gente.

Mientras ascendía por la serpenteante carretera que me llevaría a su hogar —una casa de dos plantas cobijada entre altísimos pinos a medio camino de la montaña—, mi mente siguió atormentándome. ¿Había sido cruel rechazando a Fir? El plácido escenario primaveral parecía burlarse de mis turbulentas emociones. La cálida luz del sol asomaba por entre el follaje, proyectando intrincados patrones sobre el asfalto, y el canto de los pájaros creaba una melodiosa sinfonía de fondo. Abrí la ventanilla e inspiré profundamente, llevando a mis pulmones el aire cargado con el aroma a vegetación y tierra húmeda. Pero fue en vano, mi mente seguía reproduciendo la conversación que había tenido con Fir minutos antes. ¿Había hecho lo correcto? Éramos muy diferentes, él y yo. Un médico de familia y un modelo. Él había ido a la universidad, por el amor de Dios, y yo solo tenía el diploma del instituto de Forestville. ¿Habría funcionado eso? Seguramente, no.

Las relaciones no estaban hechas para mí. Ahí estaba, a punto de cumplir cuarenta y nueve años, y aún no había tenido un novio en la vida. Lo único de lo que podía alardear era de una interminable hilera de amantes, algunos magníficos y otros... no tanto. Adoraba el sexo, así que, que me denunciaran. Siempre había tenido una elevada libido; más alta que la de Tiago, de eso estaba seguro. Había disfrutado de mi cuerpo y cometido mi cuota de estupideces, incluyendo algunos tríos que se me habían ido de las manos y alguna que otra mierda de la que no estaba demasiado orgulloso. Pero siempre había practicado sexo seguro. La epidemia de sida había dejado una profunda huella en mí.

También había tonteado con las drogas, pero tras ver a tanta gente cercana autodestruyéndose por la adicción, Tiago y yo nos prometimos mantenernos alejados de cualquier sustancia y lo habíamos cumplido. Eso no me había impedido aprovechar al máximo todo lo que la vida me había ofrecido. Había viajado alrededor del mundo, visitando lugares con los que otros solo podrían soñar, había conocido a gente increíble, y si quería, podría retirarme y no tener que volver a preocuparme por el dinero nunca, dado que había invertido sabiamente todo lo que había ganado.

Fir Everett y yo no teníamos nada en común, salvo que éramos dos hombres gais de la misma edad y que ambos nos habíamos criado en Forestville. Eso era todo. Sí, había hecho lo correcto rechazándolo.

Aparqué frente a la casa de Tiago y nada más verla, me inundó una sensación de alivio y bienestar. Las ramas de los árboles que la rodeaban se agitaban suavemente con la brisa, haciendo silbar las hojas. Por extraño que pudiera parecer, ese lugar se había convertido en mi refugio, algo que no había esperado.

Cuando mi hermano se compró la casa, lo primero que pensé fue que había enloquecido. Joder,

ese día enfurecí, aunque, para ser sincero, también tuvo algo que ver el que mi gemelo hubiera decidido comprarla sin consultarlo conmigo. Aún no había superado el dolor que me causaba el haber sido relegado a segundo plano, pero Tiago era un adulto, era feliz y estaba locamente enamorado de Cas. ¿Cómo podría reprocharle nada? No podía, aunque escocía no tenerlo a mi lado.

Tiago estaba en la cocina, envuelto en un delantal decorado con pequeños corazones rojos, batiendo algo en una olla masiva. Olfateé el aire.

—¿Tomate y ajo? —pregunté.

—Estoy haciendo salmorejo —sonrió—. Esta noche vienen a cenar Jess y Sam.

Jess, una abogada local, era la mejor amiga de Cas, y había encontrado el amor en su hermana, Sam. Uno de esos maravillosos encuentros casuales que terminaban funcionando. Estaban tomándose las cosas con calma, pero por lo que veía, hacían una gran pareja.

Me incliné sobre la encimera y sonreí, contemplando a mi hermano. Cocinar era su nueva afición, y le admiraba por la perseverancia con la que estaba aprendiendo, viendo vídeo tras vídeo de YouTube. Con su dislexia, los libros no eran una opción.

—¿Te has pasado por donde Brianna? —preguntó Tiago.

Hice un gesto hacia la bolsa de papel que había dejado sobre la encimera.

—Te he traído algunas delicias. No tengo ni idea de lo que son, pero según Brianna, los adoras.

—¿Qué te has pedido tú?

—Un *krentenbol*. Colega, esas cosas son adictivas. —Tras probar ese esponjoso panecillo con pasas me había enganchado de por vida, y cuando estaba en Forestville, podía comerme fácilmente una bolsa entera a la semana, repitiéndome a mí mismo que eran relativamente saludables y que podría quemarlos, algo cierto si lo comparaba con los demás bollos de su tienda. Mmm ¿Cómo podía sacar el tema de Fir?

Como siempre, mi gemelo advirtió mi inquietud.

—Te preocupa algo —afirmó.

Suspiré, frotándome la nuca.

—Sí, ha pasado algo que me tiene un poco preocupado.

Tiago abandonó lo que estaba haciendo y concentró toda su atención en mí.

—Cuéntame.

—Fir me ha pedido una cita.

Tiago abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

—Sí, eso resume cómo me siento. Nos hemos encontrado donde Brianna, hemos charlado un

rato y luego, cuando estaba a punto de irme, me ha pedido una cita.

—*Jesus*, no había visto venir eso.

—Ni tú ni yo, hermano.

—¿Cómo te lo ha pedido? —preguntó. Le resumí la conversación y Tiago frunció el ceño—. ¿Y esas han sido sus palabras exactas? ¿Te ha preguntado explícitamente si querías salir con él?

—No exactamente. Creo que... —¿Cómo lo había expresado?—. Ya sabes lo vergonzoso que puede ser Fir, tartamudeó un poco y me preguntó si quería volver a quedar con él, pero de forma más privada. Y luego mencionó el sexo, lo que me pareció extraño, pero supongo que estaba nervioso.

—Ah.

—Me siento como un mierda por haberle rechazado. Ha sido muy valiente al pedírmelo. Pero ya sabes que las relaciones no son lo mío. Y para serte sincero, me sorprende que Fir no lo haya tenido en cuenta. Ha mencionado que ha seguido nuestras carreras.

—Ya se enamoró de ti en el instituto.

—Sí, pero se casó, y por lo que tengo entendido él y su marido eran muy felices. Estoy convencido de que ese flechazo está en el pasado.

Tiago se inclinó contra la encimera frunciendo el ceño.

—¿Estás seguro de que le has entendido bien?

—¿A qué te refieres?

—¿Te ha dicho Fir, específicamente, que quería una relación?

—Bueno... no, no ha usado esa palabra en concreto, pero he asumido que eso es lo que buscaba. No me preguntaría si... —Miré a mi hermano y... Oh, joder.

Tiago sonrió.

—Creo que te estaba pidiendo un polvo, no una cita. Probablemente, ha pasado un tiempo para él y puede que esté deseando algo de intimidad física. No es que haya muchas opciones en la ciudad.

Me helé. ¿Había malinterpretado las intenciones de Fir? ¿Había pecado de presuntuoso? Mi pecho se contrajo. Si Tiago tenía razón, le había rechazado basándome en una suposición errónea. ¿Cómo no se me había pasado por la cabeza que estuviese pidiéndome un polvo? ¿Tan ciego había estado?

—Mierda. —Me pasé una mano por el pelo—. Ni siquiera lo había considerado.

Fir había estado casado, por lo que le había catalogado inmediatamente como un hombre de pareja, pero a lo mejor me había precipitado. No se lo había preguntado directamente, y ahora que lo pensaba, el que buscase un polvo tenía sentido. Fir no tendría demasiadas oportunidades en la ciudad; conocía a todo el mundo y, por encima de eso, era el médico. Era demasiado profesional como para acostarse con un paciente, lo que probablemente descartaba a todos los

gais del área. Además, como padre soltero, le resultaría complicado liberar algo de tiempo para acercarse a Seattle. Debía de haberme visto como una solución a ese problema... y para ser sincero, no había estado equivocado.

El peor inconveniente de haberme trasladado a vivir a Forestville era, de lejos, que no estaba disfrutando de demasiada acción mientras oía a mi hermano gozando entusiasmadamente del sexo. Siempre habíamos compartido casa, así que escucharle era algo natural para mí, pero me ponía cachondo, dejándome con una lamentable situación entre manos. Literalmente. Así que sí, podía entender el porqué Fir me había propuesto sexo. Había sido yo el estúpido que le había malinterpretado.

Suspiré.

—Se dio la vuelta y se marchó, probablemente tremendamente avergonzado.

—Bueno, la buena noticia es que esta es una ciudad pequeña y además, sabes donde encontrarlo.

—Sí.

Tiago alargó la mano y entrelazó nuestros dedos.

—Habla con él. Deberías aclarar las cosas.

Asentí, tragando el nudo que se me había formado en la garganta.

—Llamaré a Fir y descubriré qué es lo que quiere. A lo mejor, podemos... no sé... encontrar una solución.

Sexo con Fir Everett. Vaya, eso sí que era algo que jamás había considerado, pero la idea me resultó extrañamente atrayente.

CAPÍTULO TRES

FIR

*L*A PUERTA de mi despacho se cerró con un chasquido tras mi último paciente del día. Exhausto, me incliné contra el respaldo de la silla frotándome los ojos. Lo único en lo que podía pensar era en mi bochornoso intento de pedirle un polvo a Tomás. Joder, ¿por qué tenía que ser todo tan complicado?

Mi rostro comenzó a arder de vergüenza al recordar su reacción, su completa malinterpretación de lo que le estaba pidiendo. No quería salir con nadie. Necesitaba algo de liberación, a alguien que entendiese mi situación y estuviera dispuesto a ayudarme a aliviar la tensión.

¿Por qué no había sido más directo con él? Mis inseguridades se habían apoderado de mí y ahora me sentía expuesto y vulnerable. Ya me había sentido pequeño en el instituto, cuando había sido el empollón presidente del club de ajedrez suspirando por el intocable Tomás Banner, pero ver cómo me rechazaba ahora, cuando era un exitoso médico y un padre soltero, me hacía sentir... insignificante.

Por supuesto, había sido muy amable, pero Tomás siempre había sido así. Puede que no hubiese advertido mi presencia en la adolescencia, pero nunca había sido mezquino conmigo. Simplemente, había sido invisible para él.

Suspiré y me puse en pie, estirando mis agarrotados músculos. La situación era un desastre, pero no podía permitir que me derrumbara. Necesitaba dejar atrás el pasado y concentrarme en lo que era importante en el presente: mis hijos, mi familia, mis pacientes y seguir adelante con mi vida.

Aun así, mis manos temblaron cuando comencé a frotarlas bajo el grifo, y la gélida agua no hizo nada por aliviar mi creciente ansiedad. Miré fijamente mi reflejo en el espejo, y vi al mismo chico torpe y tímido que había idealizado a Tomás en el instituto. Tomás había sido el epítome de todo lo que yo no era: seguro de sí mismo, carismático, deseable. Y a pesar de todos los años que habían pasado y de la vida que me había construido —una vida perfecta hasta que enfermó Samuel—, aún sentía que no era lo suficientemente bueno para él, que jamás estaría a su altura.

—Estúpido —murmuré para mí, echándome agua sobre la cara—. Solo es un hombre, Fir. Solo un hombre.

El recuerdo de Samuel asaltó inesperadamente mi mente y una punzada de dolor me atravesó el

corazón. Le echaba de menos; echaba de menos la forma en la que me abrazaba tras un largo día de trabajo, siempre mi puerto seguro en la tormenta. Su muerte había dejado un vacío enorme en mi interior, no solo por su amor y su camaradería, sino también por el equilibrio que me había proporcionado y la confianza que había alimentado.

Una lágrima rodó por mi mejilla y la sequé furiosamente. No era el momento de hacer esto. Tenía responsabilidades, como unos pacientes que se merecían lo mejor de mí y dos hijos increíbles que necesitaban que su padre fuese fuerte.

—Espabila, joder, Fir. Eres mejor que esto. Eres más fuerte que esto.

Me armé de valor, negándome a permitir que el dolor me consumiera. Necesité varias inspiraciones profundas para recuperar la compostura y controlar las emociones que amenazaban con aplastarme bajo su peso. Con una última mirada al espejo, cerré el grifo y me sequé las manos.

Pero esas emociones se negaron a irse, ni siquiera mientras conducía hacia mi hogar. Con el paso de los años, estos momentos eran cada vez más escasos y más separados en el tiempo, pero de vez en cuando, seguían asaltándome. Parecía que hoy iba a ser uno de esos días. Con un profundo suspiro, cogí el teléfono y llamé a mi madre.

Lo cogió casi de inmediato.

—¿Pasa algo?

Ya había hablado antes con ella y sabía que no volvería a llamarla sin un buen motivo.

—¿Puedo llevaros a Gabe y a Josiah para cenar? No tengo un buen día.

—Por supuesto, cariño —dijo mi madre, como siempre adaptándose a las necesidades de su familia—. Ya sabes cuánto me gusta pasar tiempo con mis nietos.

—Gracias. Les llevaré tan pronto como llegue a casa. —Colgué.

Señor, había sido muy, muy afortunado con mis padres. Desde que nací, siempre me habían querido y apoyado.

Cuando llegué a casa, los chicos estaban en el salón. Gabe estaba leyendo en el sofá y Josiah hacía los deberes sobre la mesa. Revolví el pelo a Gabe y besé a Josiah en la coronilla.

—¿Qué tal vuestro día? —pregunté.

—Bien, papá —dijo Gabe—. Nada especial.

—Ha estado bien —dijo su hermano.

«Bien», esa parecía ser la palabra estándar de los adolescentes de hoy en día. Todo estaba bien, sin importar la pregunta.

—Me alegro. Esta noche iréis a cenar con los abuelos, así que ¿podéis recoger vuestras cosas?

Gabe alzó la mirada de su libro.

—¿Todo bien, papá?

Encontrar el equilibrio entre protegerles del dolor y mostrarles que no pasaba nada por estar triste siempre había sido un reto, aunque cuanto más mayores se hacían, mejor gestionaban las emociones. Hoy, opté por la honestidad.

—Ha sido un día duro y necesito algo de tiempo a solas.

Tras estudiarme concienzudamente, Gabe asintió.

—Sin problemas, papá —dijo—. Podemos pasar la noche con ellos, si quieres. El abuelo nos acercará al colegio.

No habría sido la primera vez, pero las cosas no estaban tan mal.

—No creo que sea necesario, pero ¿por qué no cogéis lo que necesitáis solo por si acaso? Así, puedo aplazar un tiempo la decisión.

—Claro.

Unos minutos más tarde, avanzaba en dirección al coche con los chicos pisándome los talones, mochilas al hombro. Desde que se mudaron, mis padres vivían a tres minutos de distancia. Tiago, el hermano de Tomás, había comprado nuestra antigua casa. El año anterior me había invitado a pasar allí las navidades y apenas había sido capaz de reconocerla. Cas y Tiago habían hecho un trabajo alucinante con la renovación.

Mis padres nos esperaban en el porche y me enternecí al ver cómo saludaban a mis hijos. Los chicos ya eran demasiado mayores y reservados como para dejar que les abrazara su padre, pero aún permitían que sus abuelos les trataran como niños.

—Entrad —dijo mi madre con una enorme sonrisa—. Vamos a desayunar para la cena, así que tenéis que decirme cuántas tortitas queréis.

Me lanzó una cálida mirada y luego, desapareció con los chicos en el interior de la casa, dejándome a solas con mi padre.

—Gracias por quedaros hoy con ellos —dije.

Mi padre apoyó una mano sobre mi hombro.

—Cuando quieras, hijo.

Impulsivamente, le abracé, y cuando sus fuertes brazos me envolvieron estaba jodidamente al borde de las lágrimas.

—Superarás esto, chico —dijo mi padre—. No pasa nada por estar triste. Ni por pedir ayuda.

Le dejé ir.

—Lo sé. Gracias por estar siempre ahí para nosotros.

—Siempre. Ya lo sabes.

—Te quiero, papá.

—Yo también, hijo. Ahora, tómate algo de tiempo para ti. Llámanos si necesitas que se queden a

dormir.

—Lo haré.

Entré en el coche y me despedí con la mano mientras salía a la carretera con el corazón lleno de gratitud. Mis padres siempre habían sido increíbles, pero tras la muerte de Samuel, habían subido de nivel, como habría dicho Josiah. Eran mi roca, una constante fuente de energía en un mundo siempre cambiante. No habría sido capaz de sobrevivir a todo esto sin ellos. Mis hermanas también me habían apoyado, pero ambas vivían lejos y no podían permitirse ofrecer la misma ayuda que mis padres.

De vuelta en mi hogar, me quedé de pie en medio de la tenuemente iluminada cocina, sintiendo el peso del silencio. Ahora que mis hijos no estaban, la casa se sentía vacía. Su ausencia dejaba un enorme hueco que magnificaba mi soledad.

Con un suspiro, cogí la pasta carbonara que tenía en el congelador. Mi madre solía dejarnos táperes de comida, otra inestimable ayuda que ofrecía. Lo metí en el microondas y ajusté el temporizador. Mientras el electrodoméstico zumbaba, me incliné contra la encimera.

Mi conversación con Tomás seguía repitiéndose en bucle en mi mente. Debería haberle corregido ahí mismo, asegurándole que había malinterpretado mis intenciones, pero su rechazo me había horrorizado tanto que me había dejado sin palabras. Horrorizado y dolido, porque me había rechazado sin más. Ni siquiera había necesitado tres segundos de divagación. Claramente, no me consideraba atractivo, y eso escocía.

El microondas silbó, interrumpiendo mi autoreprimenda. Saqué el humeante táper y me senté a la mesa. Comer era otro duro recordatorio de cuánto echaba de menos a Samuel, no solo como pareja sino como compañero. El dolor se intensificó. Anhelaba la alegría y la serenidad que siempre me había proporcionado.

—Maldita sea —susurré, con las lágrimas amenazando mis ojos. Inspiré profundamente, esforzándome por recuperar el control.

Justo cuando estaba a punto de dar el primer bocado, mi móvil comenzó a sonar al otro lado de la habitación. Sobresaltado, me levanté y me apresuré a comprobar la pequeña pantalla. No reconocí el número, pero eso no era algo fuera de lo corriente, así que contesté:

—¿Diga?

—Fir, soy Tomás.

Oh, joder.

—Hola.

—Erm... Quería hablar contigo sobre la conversación que hemos tenido esta mañana.

Mi corazón se aceleró. ¿Iba a someterme a una segunda ronda de humillación?

—De acuerdo.

—No estaba seguro de si había entendido bien lo que me estabas preguntando, así que se lo comenté a Tiago, y él me ha sugerido que a lo mejor te he malinterpretado. ¿Lo he hecho?

No me ofendió que se lo hubiese comentado a su hermano. Teniendo en cuenta la relación tan estrecha que tenían, lo raro es que no lo hubiesen hablado.

—Sí, me has malinterpretado.

Suspiró sonoramente.

—Así que ¿no me estabas pidiendo una cita? —preguntó avergonzado.

—No. Te estaba preguntando si querías liarte conmigo. Sexo. Sin ataduras. Dos adultos disfrutando de la compañía mutua.

—Ah. —La vergüenza era evidente en su voz—. Así que Tiago tenía razón. Gracias por aclarármelo. Ahora me siento como un estúpido.

Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—No te preocupes. Tampoco me expresé demasiado bien. No era mi intención hacerte creer que quería una relación. Solo que... Estamos en el mismo barco, hombres gais y solteros en Forestville, que no rebosa de opciones, así que pensé que podría resultar... conveniente para nosotros el liarnos.

—Oh. —Silencio—. Puedo entender por qué me lo has propuesto. Debería haberte preguntado antes de saltar a conclusiones. Te entendí mal, lo siento.

—No pasa nada, no te preocupes. —Curiosamente, lo decía en serio. Tras esta charla, me sentía más liviano—. Sé que no eres de los que busca relaciones. Como dicen, tu reputación te precede.

—Supongo que lo hace. Pero pensaba que a ti sí te interesaba una relación.

—Bueno, lo haría si tener citas fuese una opción, pero entre mi clínica y mis hijos, no me queda demasiado tiempo para socializar. No sé cómo podría encajar una relación en mi vida sin sacrificar algo. Así que, por ahora, tendrá que bastar con sexo. Lo echo de menos. —Mierda, ¿por qué había añadido eso último? Sonaba desesperado.

Tomás se aclaró la garganta.

—¿Has....? ¿Te has acostado con alguien desde que murió Samuel?

—Oh, sí, aunque no tan a menudo como me habría gustado. Estoy... —¿Cómo podría explicarle esto? ¿Acaso debería intentarlo? Tomás era prácticamente un extraño, y sin embargo, tenía la acuciante necesidad de hacerme entender. A lo mejor, porque tras el malentendido anterior, lo más inteligente era ser honesto. Suspiré—. Me gusta el sexo. Siempre me ha gustado. Así que no poder practicarlo de forma regular me resulta difícil. —Esa era la mejor explicación que podía dar. No entraría en detalles sobre mi vida sexual con mi marido. No con Tomás. Especialmente, no con Tomás, sabiendo que él también se había acostado con Samuel. Eso sería un diez sobre diez en incomodidad.

—Puedo imaginármelo —dijo—. A mí... A mí también me gusta el sexo. Mucho. Siempre he tenido una libido muy saludable.

—Y yo. —Bueno, al menos estábamos en la misma página. Pero teníamos que aclarar una cosa más—. Así que, ahora que nos entendemos, ¿qué dices?

Contuve el aliento, pero Tomás no me dejó en vilo demasiado tiempo.

—En ese caso, hagámoslo.

Me cago en todo. ¿Acababa de decir que sí?

—¿Te vendría bien el próximo fin de semana? —pregunté—. Mis hijos se quedarán con unos amigos y tendré la casa para mí solo. Asumo que tú estás viviendo en casa de tu hermano, y eso no nos daría demasiada privacidad.

Tomás rio suavemente y mi estúpido estómago hormigueó en respuesta.

—Sí, preferiría no quedar allí —dijo—. Tu casa suena bien. Ahora tienes mi número, así que puedes mandarme un mensaje cuando sepas la hora a la que estarás disponible.

—Lo haré. Gracias.

Otra suave y seductora risa.

—No estoy seguro de qué me estás agradeciendo; aún no he hecho nada, pero no hay de qué. Te veré el fin de semana que viene, Fir.

Colgó, dejándome con una cena fría y el estómago revoloteando. Joder, iba a liarme con Tomás Banner. Mi mente no era capaz de hacerse a la idea. Y no era porque estuviese a punto de acostarme con un modelo mundialmente famoso —aunque sabía que muchos hombres pagarían una buena cantidad de dinero por estar en mi piel—; no, esa no era la razón de mi agitación. No conocía a Tomás, el modelo. Conocía a Tomás, el impío y sexy adolescente que había protagonizado muchos de mis más eróticos sueños. Había sido mi primer amor, el chico que siempre había estado fuera de mi alcance, y saber que en unos días estaría en mi cama, haciendo lo que jamás habría creído posible era... excitante.

Pero tendría que actuar con cautela. No debía permitir, bajo ninguna circunstancia, que ese antiguo flechazo resurgiera. Esto sería sexo. Nada más. Ninguna atadura emocional, nada de sentimientos ni de estúpida infatuación adolescente. Solo sexo. No dejaría que Tomás me intimidara o me hiciera sentir indigno de su compañía. Haríamos esto bajo mis términos, y protegería a toda costa mi corazón.

CAPÍTULO CUATRO

TOMÁS

*D*E NIÑO, siempre había odiado los sábados lluviosos; me habían parecido sombríos y deprimentes, y ahora, como adulto, había llegado a la conclusión de que aún seguía sintiendo lo mismo. Forestville ofrecía muy poco en cuanto a entretenimiento, para empezar, pero cuando además la meteorología no cooperaba, la única opción era quedarse en casa. Para cuando salí a reunirme con Fir estaba al borde de la locura.

Tiago y Cas tenían sus propios planes. Las ávidas miradas que habían intercambiado cuando abandoné su hogar fueron una pista más que reveladora de lo que pensaban hacer según desapareciese de su vista, pero ¿quién podía culparlos? Mi presencia les estaba coartando, de eso estaba seguro. No a Tiago, sabía que a él no le molestaría —después de todo, había sido una presencia constante en su vida—, pero Cas, indudablemente, no pensaría lo mismo. Bueno, esta noche todos habíamos sido afortunados, ¿no?

Una persistente llovizna caía de los densos nubarrones que cubrían el cielo y me estremecí al apresurarme desde mi coche a la puerta principal de la casa de Fir. Su hogar era una encantadora casita de dos plantas enclavada en un callejón sin salida, lo suficientemente apartada del resto como para ofrecer amplia privacidad. A pesar ello, mi BMW no pasaría desapercibido en el camino de entrada, pero ese era su problema, no el mío.

Antes de que pudiera llamar al timbre, la puerta se abrió.

—Hola —saludó Fir.

—Hola.

—Entra.

Vestía una sencilla camiseta y vaqueros. Era el atuendo más casual con el que le había visto nunca. El verde de su camiseta hacía juego con sus ojos y el conjunto resultaba encantador de una forma humilde, especialmente con las gafas, que habitualmente llevaba un poco ladeadas sobre el puente de la nariz.

En el interior, la atmósfera era agradable y acogedora, envuelta en una cálida iluminación, y un leve aroma a comida flotaba en el aire. ¿Había cocinado algo? Las paredes de la entrada estaban adornadas con varias fotos familiares que mostraban a Fir y a Samuel en varias etapas de su vida,

al igual que a sus hijos. De repente, me sentí inexplicablemente atraído hacia ellas y me acerqué para estudiar una más de cerca.

Fir se aclaró la garganta.

—Esa fue en nuestra fiesta de compromiso.

—¿Cuándo empezasteis a salir?

—Durante mi primer año de medicina. Volví a casa de mis padres para pasar las vacaciones de navidad, me encontré con él y... saltaron chispas. —Su mirada se suavizó—. Lo nuestro fue más un amor a segunda vista. Nos conocíamos desde siempre, pero yo aún no había salido del armario en el instituto. Cuando regresé, ya estaba fuera y conectamos. Nos prometimos dos años después y nos casamos mientras hacía la residencia en el hospital Grey-Sloan de Seattle. Tuve mucha suerte al conseguir una plaza tan cerca de mi casa.

Samuel no había cambiado demasiado. Había envejecido, por supuesto, pero tenía la misma sonrisa que le había caracterizado en el instituto, descarada y jovial.

—¿Su padre cambió de parecer? —pregunté—. Sé que el reverendo Thompson montó un escándalo cuando el entrenador Keeling nos pilló a Samuel y a mí.

—Cambió. —Fir dejó escapar un suspiro—. Cuando empezamos a salir, Samuel me presentó a sus padres, preparándome para lo peor. No me recibieron con los brazos abiertos, pero su madre sí mostró indicios de que las cosas se estaban deshelando. Dos años después, uno de los primos de Samuel salió del armario. Sus padres le condenaron al ostracismo y pocos meses más tarde se suicidó. Ese fue un duro golpe para los padres de Samuel y debieron darse cuenta de que, si seguían por ese camino, también podrían perder a su hijo. Primero, su padre pidió una baja de la iglesia y luego, tras dedicar todo un año al estudio de la homosexualidad en la Biblia, presentó su renuncia. Tras eso, cambió por completo su opinión sobre el colectivo y creó un grupo de apoyo para padres cristianos con hijos LGTB+. Se ha convertido en todo un movimiento. Tras la muerte de Samuel no han hecho más que apoyarme, y aún tienen una relación muy estrecha con Gabe y Josiah, a pesar de que se mudaron a Oregón.

Vaya, no había esperado ese desenlace.

—Me alegra mucho oírlo. Por todos. Cuando Tiago y yo salimos del armario mis padres solo nos mostraron amor y aceptación, y me partía el corazón ver a Samuel y a todos esos chicos cuya familia les rechazaba.

—Somos los afortunados, supongo. Mis padres tampoco tuvieron problemas, y han sido un apoyo enorme durante estos años. No podría haber hecho nada sin ellos.

—Eso es maravilloso.

Nos miramos en silencio y luego, Fir se aclaró la garganta.

—¿Te apetece algo de beber? ¿Vino, cerveza, una soda, agua?

—Vino estaría bien, gracias.

Le seguí hasta el salón, que era hogareño y mostraba indicios de la presencia de adolescentes:

una mochila tirada en una esquina, un par de zapatillas destrozadas en otra...

—Aquí tienes. —Fir se acercó con dos copas de vino y me tendió una de ellas.

Dimos pequeños sorbos a las copas, recorriendo la habitación con la mirada para evitar que nuestros ojos se encontrasen. La incomodidad nos envolvió como una neblina y parecía que nos habíamos quedado sin temas de conversación.

—Tienes una casa muy bonita —comenté—. Muy... acogedora.

—Gracias, pusimos mucho amor al hacerla. —Un destello de dolor nubló su mirada. Sin duda, estaba pensando en la vida que había compartido con Samuel antes de que falleciera.

¿Cómo podríamos pasar de esto a la razón por la que estaba aquí? Habitualmente, no tenía problemas para entablar conversación con mis ligues hasta tenerlos exactamente donde quería, pero esta situación parecía distinta. Nunca me había liado con nadie al que conociera tan bien. La mayoría de los hombres con los que había estado habían sido tipos que había visto de pasada o meros conocidos, pero Fir no encajaba en ninguna de esas definiciones. Puede que no hubiésemos sido amigos en el instituto, pero le conocía desde la guardería, y saber su historia y la pérdida que había sufrido no hacía más que complicar las cosas.

Fir parecía estar en la misma disyuntiva y todo su cuerpo estaba en tensión. Nos quedamos en mitad del salón, como dos estatuas congeladas en el tiempo. Engullí lo que me quedaba del vino para ahuyentar mis dudas e inspiré profundamente.

—¿Dónde quieres hacer esto?

Sus hombros se relajaron.

—Podemos empezar aquí y movemos al dormitorio más tarde si queremos. He cambiado las sábanas y todo.

De acuerdo, eso había sido un detalle. Innecesario, dado que yo ni siquiera necesitaba una cama para follar, mucho menos una limpia, pero apreciaba el gesto.

—De acuerdo.

Dejé mi copa vacía sobre la mesita de café y él me imitó. Besar. Por ahí es por donde deberíamos empezar. Una vez me familiarizara con su cuerpo, podría deshacerme por completo de este incómodo nerviosismo.

—¿Puedo besarte? —pregunté.

Fir parpadeó.

—Por supuesto.

—Solo quería asegurarme.

Me incliné hacia él, acortando la distancia que nos separaba. La mirada de Fir se desvió hacia mi boca y luego volvió a ascender hasta mis ojos. Bien. Estaba esperando a que diera el primer paso. Ladeé la cabeza, me acerqué aún más y apreté mis labios contra los suyos. Fir se heló, pero se relajó de inmediato y abrió la boca para mí. Nuestros dientes entrechocaron y me aparté un poco

antes de intentarlo de nuevo. Sin dientes esta vez, deslicé la lengua en su interior.

El beso fue todo lo torpe que pudo serlo. Nuestros dientes siguieron entrechocando y nuestras narices colisionaron más de una vez. Mi coordinación me había abandonado por completo y la suya no era mucho mejor. La incomodidad aumentaba a cada nuevo intento. Nuestro lenguaje corporal reflejaba nuestro estado de ánimo, tenso y vacilante, y ninguno parecía capaz de encontrar un ritmo natural en nuestra interacción.

Me aparté. ¿Qué estaba fallando? ¿Por qué esta inseguridad de mí mismo? Me había liado con cientos de hombres así que ¿qué me estaba pasando ahora?

—¿Va todo bien? —preguntó Fir.

—Sí —mi voz tembló ligeramente—. No quiero joder esto.

Fir alargó una mano y acarició mi mejilla.

—Lo sé —susurró—. Sigue.

Mi corazón dolía por él. Necesitaba esto. Quería concentrarme en Fir más que en mi propio placer. Por lo que sabía, tenía muy poca experiencia sexual más allá de Samuel. Sí, me había dicho que se había acostado con otros hombres desde que murió su marido, pero solo en contadas ocasiones. Y estaba en un estado vulnerable. Frágil. Me incliné para besarle de nuevo, cautelosamente, con más ternura esta vez.

La frustración comenzó a abrumarme cuando nuestros besos no prendieron el fuego que había esperado. Mis pensamientos se arremolinaban en mi mente. ¿Qué podía hacer para cambiar la situación? ¿Cómo podría estar más presente, más en consonancia con sus necesidades? A un nivel inconsciente, me estaba conteniendo; era incapaz de dejarme ir y ser yo mismo.

—Vamos a tomarnos un descanso. —Fir se apartó.

Joder.

—Vale.

Mi pecho se contrajo, decepcionado conmigo mismo. Los milímetros que nos separaban podrían haber sido kilómetros. Nos estaba fallando a ambos y, pero aún, no podía discernir por qué. Quería encender esa chispa que había imaginado entre nosotros, pero a cada nuevo intento, nos alejaba aún más.

Fir dejó escapar un profundo suspiro, su impaciencia palpable.

—Tomás, aprecio mucho que intentes ser cuidadoso conmigo, pero necesito más. —Me miró cono los ojos llenos de deseo y frustración—. Necesito tu pasión. Necesito que seas tú mismo, que te comportes como lo harías con cualquiera.

Yo también necesitaba eso; el problema es que él no era como nadie que me hubiese follado antes. Aun así, tendría que esforzarme por deshacerme de lo que quiera que me estuviese pasando.

—Vamos a intentarlo de nuevo —dije.

Nos acercamos y nuestros labios se encontraron en un hambriento beso, nada de dientes ni narices esta vez, y la esperanza comenzó a crecer en mí junto con el deseo. ¿Ves? Podía hacer esto. Podíamos hacer esto. Solo teníamos que superar la incomodidad inicial.

Sabía a algo dulce, a un postre que debía de haberse tomado antes de que apareciera. Exploré perezosamente su boca, tomándome mi tiempo. Fir apretó su esbelto cuerpo contra el mío, y por un momento, vacilé, pero luego arrastré las manos por su espalda hasta la curvatura de sus caderas y apreté su firme culo. Señor, su cuerpo encajaba perfectamente contra el mío, como dos piezas de un mismo rompecabezas, y nuestras lenguas danzaban en armonía.

—Tócame, Tomás —suplicó Fir—. No te contengas.

—Lo siento —murmuré.

Fir suspiró de nuevo y suavizó su expresión.

—Tomás, sé que estás preocupado por mí, pero necesito que me creas cuando te digo que puedo manejarlo. Quiero esto. A ti. Puedo con todo lo que me eches.

Nos besamos de nuevo y le apreté contra mi cuerpo. Intenté darle lo que anhelaba. Mis manos se volvieron más descaradas y mis besos más intensos, pero una parte de mí seguía atrapada tras el muro de mi inseguridad y mi polla parecía igual de cohibida, dado que solo se alzó hasta media asta, un problema que jamás había tenido antes. ¿Por qué cojones no estaba cooperando? *Mãe de Deus*, todo esto era un jodido desastre.

Fir soltó un gruñido de impotencia.

—Lo estoy intentando, Fir, pero parece que no puedo deshacerme del miedo a hacerte daño.

—¡Inténtalo con más fuerza! —soltó—. Quiero que me folles con ganas, no como si fueras a romperme.

Sentí que me había abofeteado en la cara.

—¡Pero tengo miedo a romperte! —Me aparté de él—. No eres cualquier tipo que me haya encontrado en un bar. Te conozco, Fir, y sé por todo lo que has pasado. No puedes esperar que ignore todo eso y te trate como trataría a cualquiera.

Fir dio un paso hacia atrás, con el rostro pálido salvo por las dos encantadoras manchas rojas que coloreaban sus mejillas.

—Necesito que te dejes llevar por completo, necesito algo sucio y salvaje. Y si no puedes darme eso, a lo mejor, esto no va a funcionar.

Sus palabras me atravesaron como un cuchillo y por un segundo, fui incapaz de respirar. Jamás me habían acusado de ser inadecuado para un polvo. La idea era tan irritante como humillante.

—¿Qué?

Alzó la barbilla.

—Necesito algo más... intenso. Menos refinado. Y no creo que vayas a ser capaz de dármelo.

Un gancho en el estómago habría dolido menos y sentí cómo empezaba a arder mi rostro. En mi

vida había estado tan avergonzado.

—De acuerdo —me esforcé por mantener un tono relajado—. Si así es como te sientes, a lo mejor tienes razón. A lo mejor, esto no va a funcionar.

Antes de que pudiera responder, salí como un vendaval de su casa dando un portazo. Me apresuré hasta mi coche y apoyé las manos sobre el techo oyendo los frenéticos latidos de mi corazón retumbando en mis oídos. ¿Cómo podía Fir despreciarme así? Aún estaba conmocionado, y nuestra despedida me había dejado un amargo sabor de boca.

La noche había envuelto al mundo en sombras, pero la lluvia seguía cayendo implacable sobre la tierra, empapando mi pelo y mi ropa mientras intentaba dar sentido a las emociones que se agolpaban en mi mente. Confusión. Ira. Incredulidad absoluta. Pero por encima de todo, temor. La confianza que me caracterizaba se había desvanecido. ¿Cómo había pasado eso? Siempre me había enorgullecido de saber complacer a mis amantes de formas inimaginables. Pero ahí estaba, de pie, bajo el aguacero, sintiéndome como un completo fracasado en lo único que siempre había pensado que despuntaba.

—Joder —susurré para mí, empuñando las manos a ambos lados de mi cuerpo. ¿Qué hacía ahora? La había jodido a lo grande, pero no tenía ni idea de cómo solucionarlo... o de si podría solucionarlo.

Por primera vez en mi vida, no estaba seguro de si sería capaz de estar a la altura del desafío.

CAPÍTULO CINCO

FIR

*L*A AMISTAD ERA un concepto que siempre me había fascinado. ¿Qué era lo que hacía que la gente se uniera?

A lo largo de mi vida había sido testigo de las amistades más inverosímiles, como la de mi padre con Stan, el hijo de nuestros antiguos vecinos; un hombre con el que no tenía nada en común, salvo la edad. Habían pasado décadas desde que Stan se mudara a otro Estado, y sin embargo, todos los años, mi padre y él se escapaban unos días de pesca para celebrar su antiquísima amistad.

York Coombe y yo habíamos entablado amistad por un sentimiento compartido: el duelo. A lo mejor no era el motivo más alegre para unir a la gente, pero para nosotros había funcionado. Era siete años menor yo y trabajaba como ingeniero investigador en una empresa tecnológica de Seattle, por lo que, de cara al exterior, parecía que no teníamos ningún interés en común. Si añadía a eso que su hermano había sido directamente cruel conmigo en el instituto —hasta más adelante no descubrí que también se había comportado como un capullo con York—, nuestra amistad resultaba incluso más inverosímil que la de mi padre con Stan.

Y sin embargo, ahí estábamos. Tras la muerte de Samuel, York me había enviado una carta —una escrita a mano, a la antigua usanza—, para transmitirme sus condolencias. Había sido un gesto muy inesperado, dado que nunca habíamos tenido una relación muy cercana. Joder, ni siquiera nos habíamos movido por los mismos círculos. Pero cuando sus padres le comentaron que Samuel había fallecido, no dudó en ponerse en contacto conmigo. Sabía una o dos cosas sobre la pérdida, me dijo, y lamentaba muchísimo la mía.

De entre todos los mensajes de ánimo —bien intencionados, aunque clichés—, el suyo había destacado, tal vez porque había parecido muy personal. Le envié una carta de agradecimiento y, en un impulso, añadí mi número de teléfono. Un par de días más tarde, me envió un mensaje, y así comenzó nuestra amistad.

Pasados unos meses, me reveló que Essex, su hermano, que había muerto en combate en Irak, también le había acosado durante la adolescencia y eso solo reforzó nuestro vínculo.

Debido a nuestros trabajos, que siempre nos mantenían ocupados, y a que él vivía en Seattle, no teníamos la oportunidad de quedar tanto como nos habría gustado, pero ahora estaba en la ciudad

para asistir al cumpleaños de su madre, así que le invité a mi casa a cenar. Los chicos se habían encariñado con él y parecía que el sentimiento era mutuo. York adoraba pasar tiempo con nosotros. Un día, me comentó que en nuestro hogar se sentía en familia, una sensación que siempre había añorado. Fue descorazonador, pero York no era nada sino honesto.

Estaba terminando de preparar la cena cuando entró por la puerta trasera con una enorme sonrisa.

—Hola, Fir.

Sonreí.

—Me alegro de que hayas podido venir. —Le abracé cuidadosamente, intentando no manchar su traje—. ¿Vienes directo del trabajo?

Se aflojó la corbata.

—Sí, no quería pasar antes por casa de mis padres.

Teniendo en cuenta la relación tan complicada que tenía con ellos, no podía culparle.

—Puedes coger algo de mi armario para cambiarte.

—Estoy bien, pero gracias.

—Vamos a cenar pasta con salsa de tomate —dije, pensando que sería inteligente advertirle de antemano. York era famoso porque siempre conseguía que la comida salpicara su ropa.

Rio suavemente.

—En ese caso, será mejor que acepte tu oferta.

—Ya conoces el camino. Cuando hayas terminado, di a los chicos que bajen a cenar, ¿quieres?

Unos minutos más tarde, York bajó vistiendo mi viejo pantalón de chándal negro y una de mis camisetas de estar por casa seguido de mis hijos. Nos sentamos a la mesa frente a una enorme fuente de ziti e inhalé el penetrante aroma de la salsa napolitana con queso fundido. También había preparado una ensalada césar y un plato a rebosar de pan de ajo, sabiendo que toda la comida habría desaparecido en minutos. Los adolescentes eran pozos sin fondo, incluso aquellos que no estaban obsesionados con el deporte como era el caso de los míos.

Gabe y Josiah batallaron juguetonamente por un pan de ajo y sus risas inundaron la habitación. El cariño y la calidez que radiaba de nuestra pequeña familia era lo más preciado de mi vida.

—Venga, empezad —les anime, sirviendo una generosa porción de pasta en cada plato.

Atacamos la cena, y disfruté de cada bocado: los crujientes crutones de la ensalada, la cremosidad del tomate con la mozzarella y el sabor punzante y satisfactorio ajo. Comida sencilla, sí, pero muy gratificante.

—Oye, Gabe —dijo York—, ¿qué tal el club de ajedrez? —York siempre mostraba interés en la vida de mis hijos.

—Bien, pero hemos perdido el último torneo —dijo Gabe entre bocados—. Creo que nadie está practicando tanto como debería.

Josiah le miró con los ojos relucientes de malicia.

—No todo el mundo está tan loco como para pasarse dos horas al día enganchado a una aplicación de ajedrez.

—¡Oye! —Gabe lanzó un crutón a su hermano, que lo esquivó sin parar de reír.

York y yo intercambiamos una jovial mirada.

—¿Y tú? —preguntó York a Josiah—. ¿Alguna novedad?

Josiah recobró la compostura y miró a Gabe, que asintió en su dirección dándole silenciosamente su permiso.

—Hemos empezado un club en la escuela —dijo suavemente Josiah—. Es para adolescentes queer, adolescentes con familiares que pertenecen al colectivo y aliados. Así que... —Se encogió de hombros— básicamente cualquiera.

—Lo han hecho así para que nadie se vea forzado a salir del armario si quiere unirse —expliqué.

York pareció pensativo.

—Creo que es una gran idea. Ya es duro ser adolescente, y ¿serlo sintiéndote tan diferente al resto? Necesitan todo el apoyo que puedan conseguir.

—Exacto. —Josiah asintió con entusiasmo—. Gabe y yo hemos sido los primeros en unirnos, dado que él ya está fuera del armario y toda la ciudad sabe que nuestro padre es gay.

«Padre». Había usado el singular. Sabía que no lo había dicho con mala intención, pero escoció que no hubiese incluido a Samuel. Pero ¿cómo podría enfadarme con él por eso? Para él, la vida seguía su curso y la realidad era que, en la actualidad, solo tenía un padre. Una de las ventajas de ser un niño era que las cosas resultaban mucho menos complicadas.

—Padres —le corrigió Gabe, con tono suave, pero firme. No me sorprendió que se hubiese dado cuenta de mi reacción. Al mayor siempre se le había dado bien captar las emociones de la gente —. Nuestros padres son gais.

Josiah giró la cabeza hacia mí.

—No era mi intención hacerte daño, papá.

Le revolví el pelo.

—Lo sé, colega. No pasa nada.

—¿Quién más se ha apuntado? —preguntó York, gracias a Dios por ello, a pesar de que no reconocería ningún nombre.

—Violet Frant —dijo Josiah.

—La hija de Auden —expliqué a York—. Bueno, ahora la hija de Auden y Keaton. Tiene catorce años.

—Es mi amiga —dijo Gabe—. Es muy maja.

Josiah recitó el resto de nombres y terminó:

—Ahora solo somos ocho, pero se nos unirán más. Creo.

—Estadísticamente, debería haber más chicos gais en nuestro colegio —dijo Gabe—. Espero que tengan el valor de unirse.

—Es una gran iniciativa —dijo York—. Estoy seguro de que, con el tiempo, los demás se sentirán más seguros y se irán uniendo.

Tras la cena, mis hijos engulleron un enorme cuenco de helado mientras charlábamos. Su apetito había dejado de sorprenderme, aunque de vez en cuando seguía asombrándome todo lo que podían meterse entre pecho y espalda.

—De acuerdo, chicos. Hora de fregar y luego, podéis subir a vuestra habitación.

York y yo nos acomodamos en el salón mientras Gabe y Josiah cargaban el lavavajillas y lavaban las sartenes a mano. Esa era una de sus tareas, junto con sacar la basura, limpiar sus habitaciones y cortar el césped. Mis capacidades tenían un límite y tampoco veía mal que, a su edad, fueran adquiriendo responsabilidades.

—Son buenos chicos —dijo York, alzando las piernas para ponerse cómodo en el sofá que tantas veces había compartido con Samuel.

—Gracias. Las cosas se torcieron durante un tiempo, pero creo que ya se han estabilizado.

—¿Se torcieron?

Suspiré.

—Gabe tuvo un enfrentamiento un tanto desagradable con Byron, el hijo mayor de Keaton. Por lo visto, Byron le hizo algunos comentarios desagradables, pero parece que todo está olvidado. Han pasado página y Byron se está adaptando poco a poco a la vida en una ciudad pequeña.

—No es para todos. Vivir aquí, quiero decir. Yo me volvería loco.

—Puedo entenderlo, aunque solo sea porque aquí jamás encontrarías trabajo de lo tuyo.

York se encogió de hombros.

—Trabajo muchos días desde casa, así que ese no sería un problema. Es solo que... No hay mucho que hacer por aquí. ¿Cómo cojones ligas?

Bueno... me lo había puesto en bandeja.

—Hablando de ligar...

Sus ojos se iluminaron.

—Oh, vaya, cuéntame.

York era hetero, pero siempre había sido un aliado comprometido.

—Pregunté a Tomás que si le interesaría echar un polvo.

Los ojos de York se abrieron cómicamente.

—¿Tomás Banner?

Reí.

—¿Conocemos a otro Tomás?

—Cielos Santo, Fir, ¿cómo cojones pasó eso?

—Me encontré con él donde Brianna y supuse que se estaría enfrentando a los mismos desafíos que yo. Encontrar a alguien con el que follar por aquí no es fácil. Así que pensé que podría hacerle una oferta.

York alzó una ceja.

—¿Le hiciste una oferta que no pudo rechazar? —preguntó en una pobre imitación de Marlon Brando.

Reí.

—Ojalá. Me rechazó de lleno.

—Estás de coña.

—Y eso ni siquiera fue lo peor.

—¿Hizo algo peor que rechazarte?

—Resultó que me había malinterpretado, así que al final, accedió. Y luego le eché de mi casa por tratarme como si fuera de cristal.

York abrió la boca de par en par.

—¿Pero qué cojones?

Me incliné hacia delante.

—Mira, lo único que quería era sexo. Sucio. Del tipo, fóllame salvajemente contra el colchón. Quería seguir sintiéndole durante unos días. ¿Era eso mucho pedir?

—¿Y no pudo cumplir?

Agité una mano en el aire.

—Fue demasiado amable. Demasiado lento. Parecía aterrado de que fuera a romperme o algo así. Así que le paré y le dije explícitamente lo que quería y aun así, no pudo hacerlo, así que le eché. Bueno, mis palabras fueron que lo nuestro no iba a funcionar y él no contestó y huyó de mi casa cabreado, pero lo mismo da.

York rio y resopló a la vez.

—Lo siento —dijo, llevándose la mano a la boca.

—¿Te estás riendo?

—Te he pedido perdón. Pero echaste de tu casa a Tomás Banner, uno de los modelos más cotizados del mundo. —Aún tenía problemas para contener la risa—. Por no ser capaz de satisfacerte en la cama.

Sonreí.

—No es gracioso, capullo.

Finalmente, se dejó llevar y su risa retumbó en el salón.

—No jodas. Es tronchante. Estoy convencido de que está acostumbrado a que la gente pierda el culo por él. A lo mejor, le viene bien que le hayas rechazado. Solo para que lo experimente por una vez.

—A lo mejor. —Mi risa murió—. Pero me siento fatal. Parecía anonadado cuando se fue. Y cabreado.

—Él te rechazó, tú le rechazaste. Ahora estáis empatados.

—No lo hice para igualar marcadores. Mierda, ¿crees que pensará que esa es la razón por la que le eché?

—Colega, en el mejor de los días no tengo ni idea de lo que está pasando por la mente del resto del mundo, mucho menos un viernes por la noche cuando estoy destruido. Y estamos hablando del jodido Tomás Banner.

—No quiero que piense que quería vengarme o algo por el estilo. —Me froté la frente—. *Aj*, ahora me siento incluso peor por echarle.

York frunció el ceño.

—¿Crees que Tomás y tú sois compatibles en la cama? No le estoy juzgando, no me malinterpretes, pero por lo que parece ha... visto mucho mundo, por decirlo de alguna forma. Y tú aún echas de menos a Samuel.

—Eso no significa que no quiera follar. No quiero casarme con él, York. Solo quería echar un polvo. ¿Realmente es mucho pedir?

—A lo mejor tus expectativas eran demasiado altas.

Cuando los gemelos volvieron a Forestville para asistir a la reunión de antiguos alumnos, mencioné a York que Tomás había sido mi pequeño flechazo del instituto. En aquel momento, agradecí que no se burlara de ello.

Dejé escapar un largo suspiro.

—Sí, a lo mejor. Es solo... decepcionante, ¿sabes? Llevaba muchísimo tiempo fantaseando con él y cuando, por fin, nos juntamos no era para nada lo que había esperado.

—Oye. —York apoyó una mano sobre mi brazo—. Es mejor descubrirlo ahora, ¿no? Además, hay muchos hombres ahí fuera a los que les encantaría estar con alguien tan increíble como tú.

Para alguien que, por admisión propia, no tenía habilidades sociales, York hizo un gran trabajo animándome. Sonreí débilmente, apreciando su esfuerzo. En mi interior, sin embargo, la

decepción aumentó y las dudas empezaron a consumirme. ¿Debería haber hecho las cosas de otra forma? ¿Había sido demasiado duro con Tomás?

—Gracias —dije.

—A lo mejor, necesitas dejar ese flechazo atrás y seguir con tu vida. Encontrar a alguien nuevo.

—A lo mejor —las palabras salieron más como un suspiro. A pesar de lo mucho que quería hacer caso a York, la idea de alejarme de Tomás me dejaba un amargo sabor de boca. Buscando una distracción para aliviar la creciente opresión en mi pecho, desvié la conversación hacia un tema más ligero—. ¿Y tú?, ¿qué tal con el trabajo? ¿Algún descubrimiento importante?

York se inclinó hacia delante con los ojos resplandecientes.

—De hecho, sí. Hemos descubierto algo gordo que tendrá un impacto enorme en todos nuestros sistemas, pero aún lo estamos llevando en secreto. Mi jefe no para de repetirme que este país tienen enemigos que estarían más que encantados de poner sus manos en una tecnología como esta.

Fruncí el ceño. York trabajaba para una empresa de investigación militar y, por lo general, tenía prohibido discutir sus proyectos dado que eran altamente clasificados. Aunque respetaba la pasión que sentía hacia su trabajo, no podía evitar preocuparme por su seguridad.

—Eso suena... intenso. ¿Estás seguro de que estarás bien?

York minimizó mi preocupación con un indiferente encogimiento de hombros.

—Mi jefe está exagerando. Lo que estamos investigando es pionero e innovador, por supuesto, pero nadie sabe nada en concreto. Aparte de mí, quiero decir. Ni siquiera mi jefe es capaz de entender las matemáticas que hay detrás de todo. Está haciendo una bola de un grano de arena. Joder, incluso ha involucrado a una agencia federal. —Resopló. Luego, sonrió—. Para serte sincero, estoy más nervioso por el impacto potencial de nuestro descubrimiento que por cualquier otra cosa.

—Espero que estés tomando precauciones. No me gustaría verte en medio de algo peligroso.

—Relájate, Fir. Te prometo que estoy siendo cauteloso. Y si las cosas se ponen feas, seré el primero en huir de allí por patas. Ya me conoces. No soy de los que asume riesgos innecesarios.

Sus palabras aliviaron un poco mi inquietud, así que forcé una sonrisa y abandoné el tema. Después de todo, York era un hombre adulto capaz de tomar sus propias decisiones. No era responsabilidad mía supervisar todos sus movimientos.

—De acuerdo —dije, sabiendo que seguiría preocupándome. Al fin y al cabo, era mi amigo—. Pero prométeme que estarás a salvo. No quiero que te pase nada, ¿entendido?

York rio suavemente.

—Te doy mi palabra —prometió, dibujando una imaginaria «X» sobre su pecho con el índice. Miró su reloj y suspiró—. Odio tener que interrumpir esta velada, pero debería irme. Mañana tengo que madrugar para asistir a la fiesta de cumpleaños de mi madre. Siempre insiste en desayunar juntos.

—Lo siento. Sé que ese tipo de días no son fáciles para ti.

Suspiró.

—No, pero ya llevo soportándolos veinte años, así que también sobreviviré a mañana, no te preocupes.

—Estaré aquí por si me necesitas.

Sonrió.

—Gracias, y gracias por invitarme a cenar. —Se puso en pie y se estiró—. Me ha gustado ponernos al día.

—Y a mí. —Me levanté—. Siempre eres bienvenido aquí, ya lo sabes. No te preocupes por la ropa, puedes devolvérmela cuando quieras. —York sonrió cálidamente y me dio un fuerte abrazo. Cuando se apartó, añadí—: Cuídate, ¿de acuerdo? Y recuerda lo que te he dicho antes: mantente a salvo.

—Prometido —respondió con una alentadora sonrisa—. Tú también, Fir. No seas muy duro contigo mismo con lo de Tomás. Te mereces a alguien que te entienda y te aprecie.

—Gracias, York. —Mi corazón se llenó de afecto por ese hombre.

York cogió su chaqueta y se dirigió a la salida. Volvimos a despedirnos con un gesto de mano y luego cerró y desapareció tras la puerta.

No sabía si alguna vez encontraría a alguien capaz de llenar el vacío que había dejado Samuel, pero al menos, tenía a un amigo como York para apoyarme, y por ahora, eso era suficiente.

CAPÍTULO SEIS

TOMÁS

¿*Q*UÉ DICTABA la etiqueta cuando un hombre te echaba de su casa por ser incapaz de cumplir sus necesidades sexuales? Apostaba a que la señorita Manners no tendría respuesta para eso, como tampoco la tenía yo.

Ya habían pasado dos días desde mi fallido intento de acostarme con Fir —*mãe de* Deus, incluso pensar en ello me dejaba mal sabor de boca—, y el hombre aún no había abandonado mi mente. No tanto él como persona, sino el humillante episodio que había acontecido en su casa.

Así que ¿qué hacía ahora? ¿Lo dejaba estar, aceptando que solo había sido un incidente causado por la falta de comunicación y mi extraña obsesión por ser cauteloso? ¿O intentaba arreglarlo? Pero Señor, no tenía ni idea de por dónde empezar a solucionar este desastre. Cero. Nada.

Habitualmente, si la jodía y terminaba haciendo daño a alguien, enviaba un pequeño regalo. Y si mi metedura de pata había sido colosal, envía un regalo enorme. Decían que el dinero no podía comprar la felicidad, pero estaba jodidamente seguro de que podía comprar el perdón. Uno podría debatir si esa actitud era moralmente correcta o no, pero no iba a entrar a discutir ese tema.

Pero si existía algún regalo que dijese: «Siento no haberte escuchado cuando me dijiste que te follara salvajemente», en estos momentos, no me venía a la mente. Fir no era de los que se dejaba seducir por las superficialidades que, por lo general, hacían maravillas en mi mundo, como una colonia cara, un bolso de un gran diseñador o unos zapatos exclusivos. Ese no era su estilo. El hombre vestía de forma práctica, nunca demasiado elegante, y siempre llevaba Sketchers, por el amor de Dios. Estaba seguro de que esas zapatillas eran cómodas, pero no exclamaban, exactamente, lujo. Así que cualquier cosa cara o extravagante quedaba descartada. ¿Con qué me dejaba eso?

¿Palabras? Parecían muy poco apropiadas para esta situación. Un simple «Lo siento» no podría solucionar nada.

El zumbido de mi móvil me sacó de mis pensamientos. Alargué el brazo hacia la mesilla y miré la pequeña pantalla. Fir. Mi pulso se aceleró.

FIR: ¿Podemos hablar?

Le envié un mensaje de vuelta de inmediato:

«Sí, por favor. Lamento mucho lo que ha pasado».

FIR: Yo también. Fui demasiado duro contigo y lo siento.

¿Debería hacer una broma con eso? *Nah*, mejor no. No era el momento.

«Yo también la cagué. No te escuché e ignoré lo que me pediste».

FIR: Creo que estábamos demasiado tensos. ¿Podemos intentarlo de nuevo?

¿Quería darme una oportunidad para redimirme? Joder, sí.

«Eso me encantaría. Te prometo que esta vez haré lo que quieras».

FIR: ¿Sí? ¿Me vas a follar salvajemente contra el colchón?

Cielos Santo, ¿quién iba a haber adivinado que Fir Everett sería así? Yo no, eso seguro. Hasta ahora, para mí solo había sido un respetable profesional y un impresionante padre soltero.

«Haré realidad cualquier sucia fantasía que tengas».

—Estoy practicando *sexting* con Fir Everett —murmuré para mí. Esa sí que era una frase que jamás pensé que pronunciaría.

FIR: Suena bien. ¿Dónde quedamos? Mis hijos estarán en casa todo el fin de semana.

Mmm... eso significaba que, o bien tendríamos que quedar en un motel, o... ¿No tenía planeado Tiago ir al IKEA este fin de semana? Cas me había comentado algo sobre ir a mirar unas estanterías para el sótano. Joder, esos dos se habían vuelto adictos a esa tienda.

«El domingo podemos quedar en casa de Tiago. Cas y él estarán fuera durante todo el día».

FIR: ¿Qué habitación han convertido en el dormitorio de invitados?

Fruncí el ceño. ¿Por qué me preguntaba eso? Luego, entendí. Tiago había comprado ese terreno al Doc Everett, así que esa era la casa donde se había criado Fir, y estaba casi seguro de que mi dormitorio, en el pasado, había sido el suyo.

«Creo que estoy en tu antiguo dormitorio. ¿Cambia eso las cosas?».

Me envió un emoticono poniendo los ojos en blanco y reí suavemente.

FIR: No pasa nada. Pero no se lo menciones a mis padres, ni siquiera como una broma.

«Te lo prometo. ¿Nos vemos, entonces? ¿A qué hora?».

FIR: Sobre las dos. Te enviaré un mensaje cuando salga para allá.

«Suena bien».

Gracias a Dios, me iba a dar otra oportunidad. Ahora, lo único que tenía que hacer era asegurarme de echarle el polvo de su vida. Nunca había recibido quejas de mis amantes, así que ese no debería ser un problema. ¿No?

Cuando llegó el domingo, la anticipación zumbaba en mis venas. Había cambiado las sábanas del dormitorio, aireado las almohadas y atenuado las luces para crear una atmósfera íntima. Me planteé el encender unas velas, pero luego descarté la idea. Las velas exclamaban romance, no «fóllame-salvajemente-contra-el-colchón». Y esta vez, estaba decidido a cumplir.

Me había dado una larga ducha, tomándome mi tiempo para acicalarme. Dado mi trabajo, me había acostumbrado a cuidar bien de mi cuerpo, pero hoy necesitaba que las cosas estuvieran perfectas. Quería mostrar a Fir mi mejor versión. Cuando recibí su mensaje, informándome de que salía hacia mi casa, comprobé una última vez mi apariencia frente al espejo, pasándome la mano por el pelo. Bueno, había hecho todo lo que había podido.

Cuando oí su coche subiendo por el camino de entrada abrí la puerta principal y esperé en el umbral. Incluso su Subaru Outback azul era tan fiable como su personalidad. Llevaba unos sencillos pantalones cortos y una camiseta.

—Hola —saludó.

—Hola. —Me tragué el «Gracias por venir» que estuve a punto de soltar.

¿Por qué me ponía tan nervioso este hombre? Una mirada a ese rostro y toda mi confianza se esfumaba por completo. Tenía que ser el resultado de que me hubiese echado de su casa. O tal vez aún estaba experimentando una especie de culpa residual por haberlo rechazado en primer lugar. Lo que fuese. Una vez comenzara la fiesta, estos estúpidos nervios desaparecerían.

—Vamos arriba —dije. Estábamos en el vestíbulo, y lo último que quería era que recordara que se había criado en esa casa. Gracias a Dios, ahora tenía un aspecto completamente distinto tras la concienzuda renovación a la que la habían sometido mi hermano y Cas.

Le guie hasta el dormitorio de invitados y cuando llegamos, rio suavemente.

—*Sip*, esta es mi antigua habitación. Adoro lo que han hecho con este sitio.

—Tienen otro dormitorio de invitados, pero este es mío.

La mirada de Fir se suavizó.

—Debe ser agradable saber que siempre serás bienvenido en casa de tu hermano, incluso ahora que tiene a Cas.

—Lo es —admití. De acuerdo, necesitaba poner en marcha las cosas o los nervios volverían a

apoderarse de mí. Me giré para mirarle de frente—. Toma las riendas. Haré todo lo que quieras que haga.

Sonrió.

—No eres un trabajador sexual, Tomás.

Señor, adoraba cómo pronunciaba mi nombre. Mucha gente me llamaba Thomas, pero él lo pronunciaba como lo hacía mi familia, acentuando la «a» final.

—No, pero quiero que disfrutes.

Él negó lentamente con la cabeza.

—Ambos necesitamos disfrutarlo. Concentrarte tanto en mí es lo que nos dio problemas la última vez. Creo. Vamos a intentar relajarnos y a dejar que las cosas fluyan con naturalidad.

Relajarse. Sí. Era más fácil de decir que de hacer, pero me esforzaría.

Fir también parecía impaciente por empezar. Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesilla de noche. Tras un instante de vacilación, apretó su cuerpo contra el mío y, apoyando las manos sobre mis caderas, se inclinó para besarme. Nuestros labios se encontraron en el ángulo correcto, sin entrechocar de narices esta vez. Empezamos despacio, pero cuando saboreé su lengua, gemí y profundicé el beso.

Sentí el calor de su cuerpo contra mi pecho y la presión de su polla sobre mi muslo. Su sabor me estaba enloqueciendo y una descarga eléctrica recorrió mi espina dorsal. Nuestras bocas se enzarzaron en una apasionada danza, las lenguas explorando y provocando como si llevaran años anhelando ese contacto. La avidez de Fir alimentó la mía propia y por fin, estuvimos en sincronía. Esta vez, mi polla también había recibido el memorándum, hinchándose contra mi pantalón.

—Señor, sabes muy bien —murmuró contra mis labios, enroscando los brazos sobre mi cuello para atraerme aún más hacia él.

—Tú también. —Me aferré a su trasero, apretándolo con fuerza, y sonreí al oír su gemido de placer. Era sensitivo. El hombre reaccionaba a todos mis gestos, dándome la información que necesitaba para saber cómo continuar.

Empecé a desabrocharle el pantalón mientras seguía devorando su boca y, cuando la prenda cayó al suelo, la aparté de una patada. Nuestras manos se movieron frenéticamente, buscando apartar la tela con desesperación, como si nuestras pieles necesitaran el contacto para su supervivencia. Me pasé la camiseta por la cabeza y la lancé a un lado, y Fir me imitó sin ningún atisbo de paciencia. Lo que antes había sido incómodo y forzado, ahora era sencillo y natural.

—Tienes un cuerpo espectacular —murmuró Fir. Sus ojos vagaron por mi pecho y mis abdominales, demorándose en la senda de vello que llevaba a mi erección.

Su mirada pareció una caricia y me puso más cachondo aún, si es que eso era posible.

—Adoro tus pecas —susurré, besando los diminutos círculos que decoraban su hombro.

Hizo una mueca.

—Yo no.

—La respuesta apropiada cuando alguien te hace un cumplido es «Gracias» —le reprendí suavemente—, así que vamos a intentarlo de nuevo. Adoro tus pecas.

Hizo un gesto de desesperación, pero una sonrisa intentó abrirse paso en sus labios.

—Gracias.

Tenía una constitución muy distinta a la mía, mucho más delgada y elegante, más suave, sin los músculos que tanto me esforzaba en cultivar yo. Su estómago era plano, pero carecía de las abdominales que marcaban el mío, y su vientre tenía la más pequeña de las curvaturas. Era extraordinariamente encantador y estaba ansioso por explorar cada milímetro de su cuerpo.

Pasé los dedos por su clavícula y su piel se erizó. Dejé que mis manos vagaran por su torso, admirando la firmeza de sus pectorales y la suavidad de su piel, desprovista de todo vello.

—Nunca pude conseguir que me creciera pelo ahí —dijo, como si hubiese leído mis pensamientos—. Para mi desconsuelo, cuando era adolescente.

—No encajaría con tu constitución. Eres perfecto así.

Se ruborizó.

—¿Perfecto? Tienes una lengua de oro, Tomás. Siempre la has tenido.

—Tienes la piel muy suave —murmuré, besando delicadamente su cuello. Iba a ignorar sus comentarios, porque si no, nos pasaríamos toda la tarde discutiendo en lugar de hacer cosas mucho más placenteras.

Seguí explorando su pecho, venerando su aterciopelada piel con mis labios. Acaricié sus pezones hasta endurecerlos y descubrí nuevas zonas erógenas hasta que Fir estuvo temblando entre mis brazos.

—¿Puedo...? —Señaló hacia abajo, presumiblemente hacia mi polla.

—Puedes hacer lo que quieras.

Deslizó las manos por mi torso cubierto de pelo. El vello, que una vez había sido completamente negro, ahora tenía las marcas plateadas de la edad, como el resto de mi cuerpo. Se demoró en mi estómago, fascinado.

—No me puedo creer que tengas una tableta de chocolate a tu edad.

Reí.

—Me cuesta lo mío, dejémoslo ahí. Tiene un precio, ¿sabes? Llevo comiendo de forma saludable y haciendo deporte desde que era adolescente. Rara vez me permito indulgencias.

Alzó la mirada, sin apartar la mano de mi estómago.

—No lo había pensado así.

Me encogí de hombros.

—Es un precio que estoy dispuesto a pagar. O al menos, lo estaba.

Parpadeó y volvió a concentrarse en mi cuerpo.

—Bueno, ha dado sus frutos. Eres espectacular, Tomás. Siempre lo has sido.

—Gracias.

Una sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios.

—Demostrándome cómo se hace, ¿eh?

—¿Responder a cumplidos? Sí. De nada. Viene incluido en el paquete.

—Es un paquete muy sugerente.

Deslizó la mano hacia el sur y se hundió de rodillas ante mí. Su vacilación desapareció por completo y cogió mi polla con confianza, acariciándola en toda su longitud. Se inclinó y besó experimentalmente el capullo. Mi cuerpo se estremeció y mis piernas amenazaron con traicionarme.

Fir debió de sentir mi reacción, porque me miró con una renovada determinación. Sin romper el contacto visual, se llevó el capullo a la boca y succionó.

—Joder... —gemí—. *Mãe de Deus*

Se apartó, sonriendo.

—Adoro cuando hablas en portugués. Suena muy sexy.

—¿Sí? Bueno, sigue así y diré lo que quieras.

Debió de interpretar el comentario como un reto, porque volvió a succionar y fue tragándose mi polla, milímetro a milímetro, hasta hundirla en su garganta por completo. Joder ¿quién iba a haber adivinado que Fir podía hacer una mamada así? La calidez y humedad de su boca me robaron las fuerzas, y tuve que aferrarme a sus hombros para equilibrarme.

—Joder, Fir —me esforcé por mantener el control—. *Incrível... Não pare, querido.*

Ronroneó en torno a mi miembro, y la vibración de su garganta no hizo más que intensificar el placer. Envolvió mis pelotas con una mano y comenzó a rodarlas entre sus dedos mientras deslizaba su boca por mi erección, lamiendo y succionando. Las sensaciones comenzaron a abrumarme y sentí que cómo me aproximaba rápidamente al límite.

—Espera —dije sin aliento, apartándolo con reticencia—. Demasiado intenso.

Fir me liberó.

—Me gusta hacer mamadas.

—Y se te da muy bien. ¿Puedo devolver el favor?

Asintió.

—Pero no estás obligado.

Ah, ahí estaba el dulce Fir de nuevo. No tan seguro de sí mismo.

—Me gusta hacer mamadas tanto como a ti. Solo que no puedo arrodillarme en el suelo. He abusado demasiado de mis rodillas a lo largo de los años. —Le guie hasta la cama, empujándolo suavemente para que se tendiera en ella y me arrodillé entre sus piernas, acomodándome sobre el mullido colchón—. Si quieres que pare o que lo haga de otra forma, dímelo. —Quería asegurarme de que se sintiera cómodo y en control.

Asintió, conteniendo la sonrisa.

Me incliné hacia él, llevándome su polla a la boca.

Mãe de Deus, el primer lametazo fue embriagador; la mezcla de sudor y excitación me volvió loco. Adiviné que estaba intentando contenerse, esforzándose por no embestir contra mi boca, pero quería que perdiese el control tanto como me había hecho perderlo a mí. Apoyé las manos sobre sus caderas, sosteniéndolas con firmeza en el sitio, e imprimí un ritmo, balanceando la cabeza de arriba a abajo, asegurándome de lamer el sensitivo capullo a cada pasada.

No tardó demasiado en abandonarse al placer, agitándose sobre el colchón para intentar embestir contra mi garganta. No es que me importara; había sido bendecido con un gran control sobre mi cuerpo y no me daban arcadas. Además, adoraba que mis amantes fueran un poco violentos conmigo.

—Tomás... —susurró, arqueándose en la cama—. Eso está muy bien.

Su alabanza avivó mi deseo y succioné con renovado esfuerzo, ansioso por complacerlo. Su cuerpo se estremeció bajo mis manos y supe que estaba acercándose demasiado al orgasmo. Me aparté y contemplé su rostro, ahora enrojecido y sudoroso.

—Ey —murmuré con voz ronca—. ¿Qué quieres? Dime cómo podría hacer que esto fuera perfecto para ti.

Fir se quedó inmóvil y luego, sus espléndidos ojos verdes se encontraron con los míos.

—Quiero... —dijo en un tono lleno de anhelo y vulnerabilidad—. Quiero que me folles, Tomás. Sin contenerte.

Sonreí.

—¿Salvajemente?

Rio suavemente.

—Como si no temieras romperme.

—Empotrarte contra el colchón.

—Exacto.

—Porque puedes con ello.

—Puedo con todo lo que quieras hacer conmigo.

Y con esas palabras, nos balanceamos al filo de algo que tenía el potencial de ser inolvidable.

CAPÍTULO SIETE

FIR

*E*L TENUE RESPLANDOR de la lamparita proyectaba sinuosas sombras sobre el cuerpo esculpido de Tomás, destacando cada curva y cada planicie de esos espectaculares músculos. Me deleité contemplando kilómetros y kilómetros de bronceada piel. Su oscura mirada pareció leer mis pensamientos y tragué con dificultad, sintiendo los nervios revoloteando en mi pecho. ¿Por qué cojones habían decidido aparecer de nuevo? Hasta ahora, todo había ido bien.

Tomás cubrió mi mejilla con la mano y comenzó a acariciar mi labio inferior con el pulgar.

—Fir, prometo darte lo que deseas, pero necesitas comunicarte conmigo, ¿de acuerdo? No quiero volver a joderla.

Al oír esa última frase, hice una mueca. Le había herido, tal vez más de lo que me había dado cuenta. York me había comentado que al ego de Tomás no le vendría mal un rechazo, pero ahora, no estaba tan seguro de ello. A lo mejor, el hombre era más vulnerable de lo que había pensado.

—Te lo prometo —murmuré. Le atraje hacia mí y nuestros labios se encontraron de nuevo.

Su sabor era embriagador y mis nervios volvieron a disiparse. Nuestras lenguas danzaron y nuestras manos vagaron libremente por nuestra piel. Rodé hasta ponerme sobre él, asombrándome por lo bien que encajaban nuestros cuerpos, y cuando volvió a girarme, cubriéndome por completo con su cuerpo, la sensación fue aún mejor. El deseo iba aumentando a cada contacto. Quería más, quería todo lo que Tomás pudiera darme.

Tomás rompió el beso y se apartó.

—Vamos a prepararte —dijo con los labios hinchados y enrojecidos, alargando el brazo para coger la botella de lubricante que había sobre la mesilla.

Antes de ir a su casa, me había planteado prepararme a mí mismo, pero al final me había echado atrás. Pensé que gafaría nuestro encuentro, así que Tomás tendría que hacer los honores. Cuando empecé a practicar sexo anal odiaba esta parte, pero hacía mucho tiempo que había dejado de incomodarme. Si era porque se había convertido en una parte natural de mi vida sexual con Samuel o porque era médico y me había acostumbrado a las necesidades corporales, nunca lo sabría.

Tomás exprimió un poco de lubricante sobre sus dedos, los llevó a mi orificio y comenzó a masajear la piel con lentos, pero deliberados movimientos. Era relajante, como si me estuviera aplicando un bálsamo en un área que había desatendido durante demasiado tiempo. Cuando insertó el índice sentí el familiar escozor, y me concentré en la respiración, dejando que mi cuerpo se adaptara progresivamente a la invasión. Había pasado un tiempo. Cuatro meses. Desde esa conferencia a la que asistí en Florida, donde había disfrutado de una buena cantidad de tiempo follando. Todo con suma discreción, por supuesto.

—¿Todo bien? —preguntó Tomás.

—Más que bien —murmuré. De hecho, estaba sorprendido por la facilidad con la que mi cuerpo estaba aceptando sus caricias.

Tomás siguió dilatándome lentamente, añadiendo otro dedo y, cuando me agité impacientemente sobre el colchón, el tercero. Sus movimientos fueron cuidadosos, dándome tiempo de sobra para adaptarme a la creciente presión.

—Señor, estás muy prieto, *querido* —gruñó, con un tono seductoramente lascivo—. Estoy deseando estar dentro de ti.

Puede que hubiese pronunciado esa misma frase con una infinidad hombres, pero sabía cómo entonarla para que sonara sincera.

Tomás cogió un condón y se enfundó rápidamente con la facilidad que daba la práctica. Una oleada de excitación invadió mi cuerpo. Sentía que algo increíble estaba a punto de suceder. Algo fantástico.

—¿Preparado? —Sentí su aliento contra mi oído mientras se posicionaba.

Asentí, incapaz de hablar.

Tomás apretó el capullo contra mi orificio y una descarga de placer asaltó mi cuerpo. Milímetro a milímetro, fue deslizándose en mi interior, tomándose su tiempo.

—Esto está muy bien —murmuré. Mi cuerpo se abrió a él sin resistencia, fusionándose con el suyo a la perfección. Tras nuestro encuentro anterior, había empezado a dudar de que pudiera existir cualquier tipo de química sexual entre nosotros, y oh, Señor, cómo de equivocado había estado. A cada segundo que pasaba, nuestra química no hacía más que intensificarse—. Bésame —demandé, envolviendo su rostro entre mis manos.

Tomás se inclinó hacia mí y capturó mis labios, entrelazando nuestras lenguas en una danza febril.

—Joder, eres increíble —murmuró cuando se apartó—. Prieto, cálido y húmedo. *Jesucristo,* voy a tener problemas para contenerme.

—Entonces, no lo hagas.

Paró en seco, buscando mi mirada.

—¿Estás seguro?

—Al cien por cien. Deja que te sienta, Tomás. Por favor, déjame.

—*Graças a Deus.*

Dios Santo, cada vez que me hablaba en portugués su atractivo se multiplicaba por mil, algo que habría creído imposible. Su voz se agravaba seductoramente, incluso cuando pronunciaba un simple «Gracias a Dios». Hasta ahí, era capaz de entenderlo. Puede que hubiese intentado aprender portugués en su día.

Tomás dobló mis piernas y se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la cama para equilibrarse. Hundió el rostro en mi cuello y comenzó a deslizarse dentro y fuera de mí, aumentando gradualmente el ritmo. Cada embestida abrasaba mi orificio, expandiendo su fuego por mi cuerpo, como si me estuviera electrocutando lentamente de la mejor de las formas. Sentir su peso sobre mí era algo indescriptible y cada milímetro de mi piel cobró vida.

—Más fuerte —gemí, dejando que las sensaciones me consumieran.

Tomás obedeció y sus embestidas se volvieron más bruscas, más violentas. Encontramos un ritmo, balanceándonos como si fuéramos uno, y lo único que pude hacer fue aferrarme a él, confiando en que me guiaría a través del éxtasis que amenazaba con arrasar mi cuerpo.

—Joder, Fir... —Sus manos se tensaron sobre mis caderas—. *Você é incríbel*.

No tenía neuronas para entender lo que decía, pero no importó. Nada importaba salvo el placer que estaba acumulándose en mi interior. Solo oía nuestras pesadas respiraciones y el entrechocar de nuestras pieles; una erótica sinfonía que me llevaba cada vez más y más alto. Ser follado por Tomás era como una sesión intensiva en el gimnasio, exactamente como lo había imaginado.

—No voy a aguantar mucho más —dijo con voz áspera contra mis labios. Sus movimientos se volvieron más erráticos—. Vas a hacer que me corra.

—Estoy casi ahí.

Envolvió mi dolorosa erección con una mano y agitó mi polla al ritmo de sus frenéticas embestidas. Nos aferramos el uno al otro, nuestros cuerpos resbaladizos de sudor mientras perseguíamos juntos nuestra liberación. Mi visión se nubló, mis músculos se tensaron y arqueé los pies, sintiendo un calambre en las piernas. Mi cuerpo se agarrotó mientras me balanceaba al borde del precipicio, suspendido unos interminables segundos en un extraño estado de congelación hasta que, finalmente, el dique estalló.

El orgasmo fue más intenso de lo que había esperado. Mi cuerpo estaba en llamas, temblando casi incontroladamente en una cataclísmica oleada de éxtasis. Mis pulmones ardieron por la falta de oxígeno y vagamente registré que Tomás también se estaba corriendo, gruñendo y agitándose sobre mí mientras llenaba el condón.

Tomás acababa de desbloquear algo en mi interior, liberando emociones que había sellado hacía largo tiempo. Mi cabeza daba vueltas por la intensidad con la que me asaltaron, y apreté los dientes, esforzándome por contener lo que quiera que me estuviese pasando.

—¿Fir?

—Estoy bien. —Mi cuerpo volvió a temblar por los efectos del orgasmo. Había sido demasiado intenso, demasiado poderoso, solo... demasiado. Antes de darme cuenta, las lágrimas se estaban derramando por mis mejillas—. Mierda, lo siento —dije con voz rota, intentando recomponerme

—. No sé por qué estoy llorando. —Tomás salió de mí y, sin razón alguna, mi llanto se intensificó. Joder, me estaba avergonzando a mí mismo, pero era incapaz de parar—. Lo siento. No era mi intención... —Desistí.

Tomás ató el condón, lo lanzó al suelo y me miró. Vaciló un momento y luego alargó la mano y me atrajo hacia él, envolviéndome en un reconfortante abrazo.

—Oye, no pasa nada —murmuró, acariciando mi espalda—. No necesitas disculparte.

Bien, porque ya ni siquiera podía formar palabras. No tenía ni idea de por qué estaba llorando, pero lo estaba haciendo, abiertamente y con sonidos muy poco dignos. Esta avalancha de emociones había salido de la nada, como si no hubiese llorado en siglos; lo que era basura, porque lo había hecho. Mucho. Por supuesto, siempre había esperado a quedarme a solas.

Nadie me había follado así en años, y probablemente eso era lo que había desatado este estúpido ataque. A un nivel inconsciente, el sexo con Tomás me había recordado lo bien que me había compenetrado con Samuel; no solo en la cama, sino en todo.

—Déjalo salir —murmuró Tomás—. No necesitas contenerte.

La suavidad de su tono, combinada con la calidez de su cuerpo, me permitieron relajarme y me dejé llevar. Lloré contra su pecho, liberando todas las emociones que habían ido acumulándose en mi interior durante mucho, mucho tiempo.

¿Por qué la vida era tan jodidamente injusta? ¿Por qué había tenido que quitarme al amor de mi vida, al hombre con el que había planeado envejecer? Había sido demasiado pronto. Solo tenía cuarenta y cuatro años. Deberíamos haber tenido una vida entera para estar juntos, y en su lugar, me había convertido en un padre soltero. Nada tenía sentido.

Mi llanto fue atenuándose e inspiré profunda y temblorosamente. Tomás me sostuvo en silencio, apretándome contra su sólido y fuerte cuerpo. Podía sentir su preocupación y tenía que hacer algo, tenía que asegurarle que mi estallido emocional no había sido debido a una especie de insatisfacción por lo que acabábamos de hacer.

Me limpié los ojos con el dorso de la mano.

—Estoy bien —murmuré, incapaz de encontrarme con su mirada—. En serio. El llanto solo una liberación física, ¿sabes? No es por nada que hayas hecho. Bueno, en cierto modo, lo es, pero es porque lo has hecho muy bien. El sexo ha sido increíble, quiero decir. Eso es lo que ha desatado todo. No porque hayas hecho nada malo. No lo has hecho. Solo que me ha recordado a... —Mierda. No podía decir eso.

—¿Te ha recordado a Samuel?

Joder. Apoyé las manos sobre sus brazos para apartarme de él. Él me dejó ir y aumenté la distancia que nos separaba.

—No era mi intención compararos.

Él se encogió de hombros.

—Eso no es lo que me ha molestado. Es humano.

—Aun así, no debería haber mencionado a Samuel.

—¿Por qué no? Estabas enamorado de él, y entiendo que ciertas cosas pueden recordarte a lo que teníais y hacer resurgir el dolor. No pasa nada.

—Te había garantizado que podía manejar todo esto y luego me he puesto a lloriquear sobre tu pecho. Probablemente, incluso he dejado mocos en tu pelo.

Hizo una mueca.

—Gracias por esa imagen. Me aseguraré de ducharme.

Incliné la cabeza.

—Has dicho que la comparación con Samuel no es lo que te ha molestado. ¿Qué lo ha hecho?

Apartó la mirada.

—No es tanto molestar como... No sé. Las emociones en general, supongo. No me molestan, exactamente, pero no se me dan bien.

—¿Has pasado demasiado tiempo con Marnin? —bromeé. Marnin, que también había formado parte del círculo de amigos de Tomás durante nuestra adolescencia, era célebremente cínico y alérgico a cualquier cosa que involucrara emociones.

Tomás resopló.

—No se me dan tan mal, pero... —Suspiró—. Nunca he tenido una relación seria, así que no tengo experiencia gestionando este tipo de cosas.

—¿Nunca? —pregunté asombrado. Luego, me recompuse—. Lo siento, no quería parecer tan sorprendido.

Se quedó unos segundos en silencio.

—Nunca me ha interesado estar en una relación. Con nuestros trabajos, no parecía una buena idea. Viajábamos mucho y... No es tan glamuroso como parece. Es un trabajo duro y exige muchos sacrificios, como prestar atención a nuestra dieta, eliminar casi por completo el alcohol, cuidar nuestras horas de sueño y hacer todo lo que sea necesario para mantenernos en forma. No veía cómo podría combinar ese estilo de vida con una relación estable. Además, estaba Tiago, ya sabes.

Jamás había visto esta faceta de Tomás y casi me sentí culpable, como si le hubiese obligado a revelar algo que habría preferido mantener en secreto.

—Y ahora que tiene a Cas, ¿las cosas han cambiado? —pregunté.

Un destello de dolor pasó por sus ojos.

—Todo ha cambiado. Aún estoy intentando descifrar qué hacer a partir de ahora.

—Debe haber sido un cambio enorme para ambos.

La máscara volvió a deslizarse en su sitio y el dolor se ocultó tras una encantadora sonrisa.

—Estaré bien.

No podría habérmelo dejado más claro ni poniéndolo en una valla publicitaria. No quería hablar del tema. El silencio que cayó en la habitación fue tan pesado como las mantas que se enrollaban en nuestras piernas.

Me aclaré la garganta.

—De igual forma, gracias por esto.

—Sí, ha sido... intenso.

Reí suavemente, ligeramente avergonzado.

—Sí, lo ha sido. —Jugueteé con la esquina de la sábana, sin saber dónde apoyar las manos ahora que todo había terminado—. Siento lo del... llanto. No era mi intención enrarecer el ambiente.

—No ha habido daños.

Se levantó elegantemente de la cama, como un magnífico jaguar, y comenzó a recoger su ropa del suelo. Algo revoloteó en mi estómago. Era curioso, en todo este tiempo no había pensado en él como Tomás Banner ni una sola vez, salvo ahora. De repente, se había vuelto a transformar en el modelo, y el hombre que conocía había desaparecido.

—¿Necesitas algo más? —preguntó Tomás, vacilante. Su voz estaba tenida de preocupación, pero también percibí el deseo subyacente de poner tierra de por medio, la necesidad de soledad para procesar todo lo que había pasado.

—No, estoy bien. —Forcé una sonrisa, controlando las emociones que abrumaban mi mente.

—De acuerdo, entonces te daré algo de privacidad. Puedes usar la ducha si quieres. Yo iré al baño de la otra habitación de invitados.

—Gracias.

Avanzó hasta la puerta y cerró tras él.

Vaya, Tomás había perfeccionado el arte de «follátelos y hasta luego», eso estaba claro. No iba a culparlo. No había firmado para tener que soportar mi ataque de llanto.

Con un profundo suspiro, me levanté de la cama. Era hora de volver a mi casa. De ninguna manera me iba a meter en esa ducha, arriesgándome a encontrarme con Tomás cuando saliera. Se había despedido de mí... y podía captar una indirecta.

CAPÍTULO OCHO

TOMÁS

*P*ARÍS, en verano, apestaba.

Puede que Ella Fitzgerald hubiese dedicado toda una oda a la ciudad, afirmando que la adoraba en todas las estaciones del año, pero yo no compartía ese sentimiento. Por otra parte, ella había adorado París porque su amante había vivido allí, algo que, definitivamente, no era mi caso.

Claro, Montmartre —el barrio de las artes— era espléndido, con sus innumerables edificios históricos de fachadas ornamentadas, las calles adoquinadas delineadas por inmensos árboles y las románticas farolas decoradas con cestas rebosantes de flores. Y por supuesto, el icónico *Sacré Coeur* que dominaba la cumbre de la colina. Había subido varias veces a la basílica. El aire se cargaba de un aroma dulzón, proveniente de la vegetación que adornaba el camino a la cima, y el olor a café recién hecho y pastas emanaba de las numerosas cafeterías y *pâtisseries.* En alguna ocasión, me había permitido una pequeña indulgencia, desayunando unos crepes o unos *macarons*. Y el café de esa ciudad siempre estaba espectacular; los franceses además, lo preparaban con una pizca de nuez moscada.

Pero hoy, no estaba sintiendo el encanto de la afamada «ciudad del amor». El sol caía sin compasión sobre las calles, convirtiéndolas en un auténtico horno. El calor era opresivo y mi traje no ayudaba en nada a mejorar las cosas, a pesar de que era de lino que, se suponía, era un tejido fresco. Fresco, mis cojones. Estaba sudando como un cerdo. *Aj*.

Una manada de turistas se agolpaba a nuestro alrededor, con las bocas abiertas de par en par mientras sacaban foto tras foto a los monumentos. Mi estado de ánimo estaba decayendo por segundos. Me ajusté las gafas —el artículo que me habían contratado para promocionar— e ignoré las gotas de sudor que caían por mi frente. Ese sería un problema para el maquillador. A cada clic de la cámara, cambiaba de postura, haciendo lo imposible por mantener un aire distante y sofisticado a pesar de la asfixiante atmósfera.

—Sube un poco la barbilla —me dijo el fotógrafo con un pronunciado acento francés—. Ahora, mira hacia un lado, como si estuvieras perdido en tus pensamientos.

No tenía la menor idea de por qué estaba tan irritado. Había trabajado bajo condiciones infinitamente menos favorables que esta y había aguantado las sesiones estoicamente. Pero hoy no me sentía capaz de soportarlo. Me gustaba París, y trabajar en esta ciudad siempre me había

parecido un placer y un honor, pero lo único que podía sentir ahora era el sudor pegándose a mi piel y la frustración carcomiéndome las entrañas.

—De acuerdo, Tomás, dame una sonrisa sexy —dijo el fotógrafo con una voz nasal que me estaba sacando de quicio—. Imagina que estás desnudando a alguien con la mirada.

¿De verdad pensaba que los lectores podrían ver mis ojos con estas gafas tan oscuras? Probablemente, este no era el mejor momento para preguntárselo, así que me tragué mi sarcasmo. Seguí sus indicaciones, obligándome a concentrarme en la tarea, pero mientras me inclinaba contra la barandilla para mirar al infinito, mi mente se desvió a Forestville, a Tiago y a Cas, y a la vida tan acogedora que habían construido juntos.

Dios Santo, echaba de menos a mi hermano. Más de lo que había esperado. ¿Qué cojones significaba eso?

A lo mejor, Tiago había estado en lo cierto al decirme que nuestra relación se había vuelto tóxica. En aquel momento, supuse que se estaba refiriendo a que era nociva para él, pero tal vez, también insinuó que era dañina para mí. Mi cuerpo no estaba respondiendo de la misma forma que antes. Las cosas no eran lo mismo sin Tiago, lo que carecía de sentido porque no siempre habíamos trabajado juntos. Habíamos hecho numerosas sesiones de forma independiente. La mayoría, si me paraba a pensarlo. Así que... ¿por qué parecía tan diferente sin mi hermano?

—Perfecto, Tomás —dijo el fotógrafo—. Unas cuantas fotos más y habremos terminado.

Asentí, tragándome el nudo que se me había formado en la garganta.

Me había construido una exitosa carrera dentro del modelaje, algo con lo que la mayoría de la gente solo podría soñar, pero ¿había merecido la pena? ¿Había sacrificado la compañía y la familia por una vida que ahora sentía vacía?

La cámara chasqueó de nuevo, capturando otra imagen cuidadosamente planeada de mí, una imagen que enmascaraba la vorágine de emociones que se agitaban bajo la superficie. ¿Por qué cojones tenía activado el sonido del disparador? Era ridículo, teniendo en cuenta que estaba usando una cámara digital.

—Y... Hemos terminado. Gracias a todos —anunció el fotógrafo, concediéndonos un indulto para resguardarnos del implacable sol y el postureo constante.

Me acerqué a la carpa que habían levantado para la ocasión, desesperado por encontrar algo de agua para aliviar la sequedad de mi garganta.

—Hola, guapo. —Una sensual voz ronroneó a mi espalda. José, un modelo de piel bronceada y facciones cinceladas, se inclinó casualmente contra la mesa. Me miró de arriba a abajo, demorándose sugerentemente en mis caderas, y murmuró—: Parece que te vendría bien algo de compañía.

—Gracias, estoy bien. —Cogí la botella de agua y abrí el tapón. ¿Borde? A lo mejor, pero no estaba de humor para el sexo. Otra sensación más a la que no estaba acostumbrado.

—Como quieras, tú sabrás —dijo José encogiéndose de hombros.

Lo contemplé mientras se alejaba en busca de otro hombre al que encandilar. Era

indiscutiblemente atractivo y muy gay, así que ¿por qué no estaba interesado? Mi polla ni siquiera se agitó. Probablemente, hacía demasiado calor y estaba tan agotada como el resto de mi cuerpo.

Y ahora que lo pensaba... No me había acostado con nadie desde Fir. Ese polvo me había afectado, corroborando lo que ya había intuido: no había sido un polvo normal. El sexo había sido espectacular, pero la sesión de llanto posterior, no tanto. No culpaba a Fir, por supuesto. Yo también usaba el sexo para aliviar estrés y entendía que pudiese agitar algunas emociones reprimidas. Pero había transformado un gran orgasmo en algo incómodo, y probablemente, esa era la razón por la que ninguno de los dos había contactado con el otro para repetir.

Me cambié de ropa, me despedí de todos e improvisé un pequeño disfraz con unas gafas y una gorra de béisbol. Con suerte, eso mantendría a la mayor parte de la gente a raya. Por lo general, no me importaba demasiado que me reconocieran, pero hoy no estaba teniendo un buen día.

Cuando iba de camino al metro, mi móvil comenzó a vibrar en mi bolsillo. Lo saqué y leí el nombre de mi agente en la pequeña pantalla. Suspiré, armándome de valor para el inevitable enfrentamiento.

—¿Has accedido a hacer una sesión gratuita en D.C. en octubre? —preguntó.

—Buenas tardes para ti también, Nick.

—Sí, sí, lo que sea. ¿De qué va eso de sesión gratuita?

—Es una sesión para conmemorar el Día Mundial de la Lucha contra el Sida. Me lo solicitaron y acepté. Estoy convencido de que te lo comenté hace unos meses.

—Eres uno de los modelos más cotizados del mundo —dijo Nick, rezumando desdén—. No puedes ir regalando tu talento. Sienta un precedente terrible y tus clientes empezarán a pensar que tu valor está decayendo. Podría costarte alguna sesión.

—A veces hay cosas más importantes que el dinero, Nick. —La frustración resurgió—. Quería apoyar la causa, y si eso significa no cobrar por ello, que así sea.

Mi agente dejó escapar un dramático suspiro.

—Solo me preocupa el mensaje que envía. Ya eres abiertamente gay... y no pasa nada, pero hacer sesiones como esa... Me preocupa que te vean como alguien «demasiado gay». Eres un *sex symbol*, la otra mitad de los gemelos Banner. No arruines tu imagen aceptando sesiones polémicas.

—¿Demasiado gay? —estallé—. No existe eso de «demasiado gay». Y no me importan una mierda las polémicas. Perdimos a una generación entera de hombres gais entre los ochenta y los noventa; si hubiese nacido una década antes, uno de ellos podría haber sido yo. Haré lo que esté en mi mano para honrar su memoria y evitar que vuelva a suceder una tragedia como esa. ¿Sabías que los gais no podían donar sangre hasta hace unos años? Dime que eso no son prejuicios y discriminación.

Nick suspiró de nuevo, más calmado esta vez, denotando que se había dado cuenta de que no podría ganar esta batalla. La mayor parte del tiempo era un gran agente, pero tenía fuertes opiniones sobre ciertas cosas, y una de ellas era mi orientación sexual.

—Has construido una carrera basada en tu aspecto y tu *sex appeal*. En el momento en que empieces a cargarte esa imagen te arriesgas a perder todo por lo que tanto has trabajado. A mí tampoco me gusta, pero así es como funciona esta industria, Tomás, y lo sabes.

—Entonces, a lo mejor deberíamos esforzarnos un poco más por cambiar la industria en lugar de adaptarnos a ese ridículo estándar.

—De acuerdo, de acuerdo, entendido. Haz tu sesión. Te enviaré los detalles en cuanto los tenga.

—Gracias.

—¿Qué tal le va a tu hermano?

Joder. Por supuesto que tenía que preguntar por Tiago. Yo no había sido el único que había estallado cuando mi gemelo anunció que iba a reducir drásticamente sus sesiones.

—Le va muy bien. Feliz con su novio. Está aprendiendo a cocinar.

Una sonrisa apareció en mi rostro. Así, por sí sola. Pensar en Tiago en la cocina, vistiendo uno de esos ridículos delantales, era demasiado tierno. Uno de los modelos más cotizados del mundo se sentía más cómodo en la cocina que frente a una cámara. ¿Qué decía eso de él, de nosotros?

—Así que ¿no está reconsiderando su decisión? —preguntó Nick.

—*Nop*, no contendría el aliento a la espera de que vuelva. Creo que ha terminado.

—Al menos, tú sigues aquí.

«Por ahora», quería decir, pero callé.

—Hablamos más tarde, Nick. —Colgué, con el estado de ánimo aún más sombrío que antes—. A lo mejor, hay más cosas en la vida que ser sexy —murmuré para mí, ignorando las miradas curiosas de una pareja que pasaba a mi lado—. Y a lo mejor, soy algo más que una cara bonita.

Para cuando llegué al hotel, el cielo estaba plagado de nubarrones y caían las primeras gotas de lluvia, precursoras de la fuerte tormenta que se avecinaba. La humedad envolvió la ciudad como un asfixiante manto, y de repente, me sentí sofocado y atrapado.

Abrí la puerta de mi suite y entré, encendiendo las luces. La repentina luminosidad amplificó el vacío de ese enorme espacio. Contemplé la lujosa habitación, supuestamente escogida para hacerme sentir como en casa, pero no importaba cuántos cojines de diseño yacieran sobre el sofá de cuero o el arte exclusivo que adornaba las paredes, el lugar seguía pareciéndome frío e impersonal.

Tras el semiretiro de Tiago, habíamos vendido nuestro apartamento de París —tenía poco sentido mantenerlo cuando yo sería el único en alojarme allí—; la parte negativa de ello era que ahora tenía que volver a hospedarme en hoteles cuando trabajaba en Europa.

Suspirando, lancé los zapatos a la alfombra y me deshice de la camisa. El aire acondicionado fue un placentero alivio tras el calor parisino, pero no hizo nada por atenuar el dolor en mi pecho. Cuando me tendí en el sofá, descalzo y a medio vestir, mi mente volvió a desviarse hacia Forestville, hacia mi hermano y Cas.

¿Quién habría imaginado que echaría tanto de menos ese sitio? La punzada de añoranza me pilló completamente desprevenido. Técnicamente, ni siquiera vivía allí, pero era el único sitio en el que me sentía en mi hogar. Nuestros apartamentos de Río y París habían sido magníficos, y durante un tiempo también fuimos dueños de un apartamento en Londres, pero ninguno de ellos había sido un verdadero hogar. Algo que tampoco había advertido hasta que me lo señaló Tiago. No contenían ninguna historia, ni recuerdos, ni raíces. Todo eso estaba en Forestville.

Apesadumbrado, me dirigí al aseo y abrí el grifo de la bañera. Con suerte, un baño relajante me ayudaría a apaciguar las emociones que me atormentaban. Dejé que se llenara la tina, añadiendo una bomba de lavanda, y me quité el resto de la ropa. Una vez desnudo, me sumergí en el agua y cerré los ojos, deleitándome en el aromático líquido.

Mientras yacía ahí, envuelto en el vapor y la suave luz de las lámparas, intenté vaciar mi mente, concentrándome en las sensaciones: el murmullo del agua, la calidez contra mi piel, la calma... pero los pensamientos seguían hirviendo en mi cabeza.

Había trabajado muy duro para llegar donde estaba. Había soportado largas horas de sesiones extenuantes bajo todo tipo de condiciones climáticas, había viajado por el mundo hasta perder el sentido del tiempo, había trabajado con fotógrafos capullos, compañeros prepotentes y engreídos directores artísticos, y había llevado a mi cuerpo al límite; a veces, matándolo de hambre. Pero ¿había merecido la pena? ¿Había sacrificado demasiado por alcanzar el éxito?

El vacío me consumía, como un dolor hueco que no podría aplacar ni toda la fama ni toda la fortuna del mundo.

Había tenido muchas relaciones sexuales; todas ellas pasionales, pero esporádicas. ¿Acaso me había perdido algo valioso, algo que Tiago había encontrado? ¿Una familia? ¿Amor?

Me sentía solo.

Mi pecho se contrajo al reconocer esa nueva y poco familiar emoción. Ahí estaba, exitoso de todas las formas posibles y sin embargo, no solo estaba solo, sino que también me sentía así. A lo largo de mi carrera siempre había sido ferozmente independiente, abrazando mi soledad y la libertad que me proporcionaba. Con Tiago a mi lado, nunca había deseado nada diferente. Pero ahora, por primera vez en la vida, anhelaba compañía, algo más que una hilera de polvos sin sentido y hombres de una noche.

Contuve el aliento. ¿Cómo sería tener a alguien a mi lado, alguien que me entendiera y quisiera compartir su vida conmigo? Casi podía sentir la caricia de un amante imaginario sobre mi pecho, sus dedos trazando perezosamente mi piel, su calor permeando hasta mi alma. La imagen fue tan vívida que me estremecí y las lágrimas amenazaron las comisuras de mis ojos.

—Mierda —susurré, tragando el nudo que se me había formado en la garganta.

No podía creer lo vulnerable que me sentía; me sentía expuesto, en carne viva. Anhelaba una conexión. Era una faceta de mí que nunca había sabido que existía, y me aterrorizaba. ¿Qué cojones me estaba pasando?

No tenía ni idea.

Solo sabía una cosa: quería volver a casa.

CAPÍTULO NUEVE

FIR

*L*A LUZ de la madrugada se filtraba a través de las cortinas, envolviendo al salón en una melancólica bruma. Me acerqué a la ventana con una humeante taza de café entre las manos, y contemplé el exterior, esperando a que los chicos se despertaran y bajaran. Hoy no irían al colegio, así que dormirían hasta tarde. Yo también había intentado recuperar algunas horas de sueño, pero, como era habitual, había sido incapaz. Hoy, además, no era un día cualquiera, y el peso de los recuerdos me había mantenido despierto durante la mayor parte de la noche.

Desde que Samuel falleció, me aterraba este día. Hoy se cumplirían cinco años de su muerte. ¿Cómo era posible que esos años parecieran una eternidad y, al mismo tiempo, tan fugaces? Esas primeras semanas sin él habían sido borrosas, una interminable letanía de llantos, palabras de consuelo, abrazos y más llantos. Los chicos habían estado descorazonados sin su padre, y yo me había sentido muy, muy perdido.

Y ahí estaba, cinco años más tarde. El dolor se había atenuado, pero aún estaba presente. Siempre lo estaría. Y sabía que hoy sería un día duro porque los recuerdos volverían a mí. Como en todos los aniversarios de su muerte, los chicos y yo pasaríamos el día juntos. Era una fecha importante, una que sacaría a relucir un montón de emociones, y quería estar ahí para ellos.

El piso de arriba crujió y me giré. Mis hijos, aún adormilados, bajaban por las escaleras.

—Buenos días, papá —dijo Gabe bostezando y frotándose los ojos.

—Buenos días, chicos.

—Días —murmuró Josiah aún medio dormido. Había salido a Samuel, que siempre había tenido problemas para despertarse.

—¿Qué plan tenemos hoy? —preguntó Gabe cuando nos sentamos en torno a la mesa de la cocina.

Había hecho huevos revueltos y panecillos ingleses con beicon, el desayuno favorito de Samuel. La ausencia de su risa y de su calor parecía más acusada que nunca, pero necesitaba ser fuerte por mis hijos.

Tragué para aliviar la tensión que se me había acumulado en la garganta.

—Los abuelos nos acompañarán al cementerio, pero aparte de eso, depende de vosotros. ¿Qué queréis hacer? Podemos mirar algunos álbumes de fotos o, a lo mejor, visitar los sitios favoritos de vuestro padre. Lo que os apetezca.

Gabe y Josiah intercambiaron una mirada y fruncí el ceño. ¿Qué estaba pasando? Una pesada sensación se asentó en mi estómago.

Gabe me miró a los ojos.

—Estamos muy agradecidos por todo lo que has hecho por nosotros durante estos años. Siempre has estado ahí y sé que no ha debido de ser fácil.

—Gracias. —Debía de haber malinterpretado sus miradas—. Hacéis que todo merezca la pena. Os quiero mucho. Y vuestro padre también os quería muchísimo. Dios, cuánto os quería. Tendríais que haberle visto cuando os cogió en brazos por primera vez... Estaba maravillado y en sus ojos solo había amor. —Joder, ya no era tan sencillo aliviar la tensión de mi garganta. Necesitaba unos segundos para recomponerme—. Ahora, vamos a terminar de desayunar para que podáis ducharos y arreglaros para ir al cementerio.

El sol ya estaba en lo alto cuando entramos en el aparcamiento del cementerio situado a las afueras de la ciudad. El cielo era de un radiante azul, sin una nube a la vista. También había sido un día soleado cuando Samuel murió en mis brazos. Me había cabreado tanto... porque parecía que el tiempo estaba burlándose de mi tristeza y mi dolor.

Mis padres ya habían llegado y nos esperaban de pie en la entrada. Cuando Samuel y yo empezamos a salir, le aceptaron sin reservas. Mi madre, especialmente, se esforzó muchísimo por hacerle sentir parte de la familia, sabiendo que sus propios padres estaban teniendo problemas para aceptar nuestra relación. Y a lo largo de su enfermedad, su muerte y los últimos cinco años, siempre habían estado a mi lado.

—Te quiero —dijo mi madre, abrazándome—. Estamos muy orgullosos de ti. Y Samuel también lo estaría si pudiera verte.

Ese sería el tema de hoy, esa constante mezcla de recuerdos alegres y tristeza, de gratitud por el amor que habíamos compartido y de dolor por haberlo perdido.

—Lo sé, mamá.

Mis hijos también recibieron un cálido abrazo y luego, avanzamos hasta la tumba de Samuel.

Cuando fue evidente que no iba a mejorar, Samuel y yo habíamos hablado de sus últimos deseos. Me había dejado clarísimo que no quería una de esas elegantes lápidas de cristal con el nombre grabado ni nada igualmente ostentoso. Algo simple, me había pedido, y había hecho honor a sus deseos. Su lápida era un enorme bloque de piedra en el que habían tallado su nombre, su fecha de nacimiento y la fecha de su muerte junto a una breve frase: «Amado esposo y padre». ¿Qué más había que decir? Nada.

Nadie podría capturar lo que había significado para nosotros en palabras. Cómo su sonrisa iluminaba cualquier habitación en la que entraba. Cómo me había mirado el día de nuestra boda, cuando no pudo apartar los ojos de mí. La dedicación que mostró cuando nos convertimos en padres, reduciendo su jornada de trabajo como terapeuta para cuidar a los niños. Había amado la

vida que habíamos construido... hasta que todo desapareció.

Mi madre había traído flores silvestres de su jardín y las dejó sobre la tumba. Yo me quedé de pie, con un brazo apoyado en cada uno de mis hijos. Josiah empezó a llorar y le apreté contra mí.

—Le echo de menos —sollozó.

—Lo sé, colega. Yo también le echo de menos.

—A veces tengo problemas para recordar su voz —dijo suavemente Gabe—, así que veo el vídeo para recordarla.

Samuel había grabado un vídeo para cada uno de los chicos, expresando cuánto les quería y todo lo que deseaba para su futuro. Aún no podía verlo sin hundirme.

—Pero ya no duele tanto como antes —dijo Josiah.

—El dolor se suaviza con el tiempo —dijo mi padre, apoyando una mano sobre el hombro de Gabe—. Y tu padre no habría querido que estuvieseis tristes para siempre.

Josiah había parado de llorar y se limpió los ojos con la camiseta. Me aparté de ellos.

—Tómate tu tiempo, hijo —me dijo mi padre—. Volveremos a la entrada dando un paseo.

Mis padres se llevaron a los chicos, dejándome solo frente a la tumba. Alguna gente hablaba con sus seres queridos, pero yo nunca había sido capaz de hablar con Samuel. No porque temiera sentirme estúpido —aunque, sin lugar a dudas, me sentiría así—, sino porque temía perder los papeles y no ser capaz de recomponerme. Incluso en una fecha como la de hoy, dejarme llevar no era una opción. Sabía que si empezaba a hablar con él, recordaría cuánto echaba de menos nuestras conversaciones y no podría parar de llorar nunca.

Así que me senté a los pies de la lápida y me quedé en silencio, absorbiendo la serenidad del ambiente. El aroma a hierba recién cortada se fundía con la fragancia de las flores, camuflando el olor a tierra y a moho. Las lápidas se erguían bajo el sol, proyectando alargadas sombras sobre los senderos. Varios ramilletes de flores intentaban alegrar las tumbas, atrayendo a las abejas que zumbaban a su alrededor para recolectar su néctar. La brisa agitaba las hojas de los árboles y los pájaros volaban de rama en rama, trinando ruidosamente.

El cementerio estaba lleno de vida, incluso entre tanta muerte.

¿Y acaso no era una buena metáfora? La vida seguía su curso. No paraba por la muerte, ni siquiera cuando esta había puesto patas arriba todo tu mundo. El mañana vendría inevitablemente y nadie podría hacer nada para frenarlo, a pesar de lo mucho que lo deseara a veces. Solo necesitaba un día, unas horas para permitirme liberar el dolor sin miedo a las consecuencias. Un día en el que no tuviese que ser fuerte.

Inhalé profundamente y me puse en pie.

—Te echo mucho de menos, mi amor —susurré y luego, avancé apresuradamente hasta la entrada.

—¿Podemos ir a comer un helado, papá? —preguntó Josiah cuando me uní a ellos.

Helado. No era la actividad que había imaginado para hoy, pero ¿por qué no? La temperatura, ciertamente, acompañaba.

—Claro.

Nos despedimos de mis padres con un abrazo y condujimos de vuelta a la ciudad. Aparqué frente al Collins, que vendía helados italianos en cuanto llegaba la temporada cálida. Unos minutos más tarde, nos sentábamos en un banco; mis hijos disfrutando de sus tarrinas de menta con chocolate mientras yo lamía un *Sundae*.

—¿Cuál era el sabor favorito de Pa? —preguntó Josiah.

Sonreí.

—Lo creas o no, vainilla. No le gustaban mucho los helados italianos, pero adoraba los *Magnum*.

De repente, caí en la cuenta de que Josiah no sabía estas cosas. Solo había tenido nueve años cuando falleció Samuel. Lo suficientemente mayor como para recordarle, pero demasiado pequeño como para captar detalles.

—Oye, papá —dijo Gabe suavemente con una pensativa expresión—. Sabemos que hoy es un día duro para ti, y lo entendemos, pero... Josiah y yo hemos hablado, y no nos habría importado quedarnos hoy en el colegio. Seguimos echando de menos a Pa, pero... es diferente para nosotros.

—¿En serio? —La idea ni siquiera se me había pasado por la cabeza, acostumbrado como estaba a ser yo el que tenía que mantenerse a flote por ellos.

—Solo me pone extra triste, y vuelvo a llorar, y... no me gusta —dijo Josiah.

—No hay nada de malo en llorar —dije.

—Lo sé, y a veces lloro cuando le echo demasiado de menos, pero... —Se encogió de hombros —. No me gusta que exista un día en particular en el que tengo que estar triste todo el tiempo.

—Sabemos que esto es importante para ti —intervino Gabe—, así que si quieres que pasemos el día juntos, lo haremos, pero no lo necesitamos.

Vaya. No había visto venir eso. Había asumido que querrían hacer lo mismo que habíamos estado haciendo durante los últimos cinco años, pero no me había molestado en preguntárselo. Descubrir que no les habría importado quedarse en el colegio me... inquietó.

Por un lado, estaba muy orgulloso de los jóvenes en los que se estaban convirtiendo; independientes y sabios más allá de su edad. Pero por otro, su creciente autonomía me dejaba, en cierta forma, a la deriva. Ya no me necesitaban tanto como antes.

—Gracias por decírmelo, chicos. —Tuve que esforzarme por mantener un tono neutro—. Quería estar ahí para vosotros en esta fecha.

—Y lo apreciamos —dijo Gabe. Su mirada me suplicaba que no me enfadara con él—. Pero nosotros ya no necesitamos este día. Puede que tú sí, y no pasa nada porque te tomes un tiempo para cuidar de ti. No siempre tienes que ser el fuerte, papá.

—Te queremos, papá —dijo Josiah—, y queremos que seas feliz. Igual que tú quieres que nosotros seamos felices.

—Y Pa habría querido lo mismo —dijo Gabe—. Nos dijo que fuéramos felices y que no nos sintiéramos culpables por ello.

Tragué de nuevo.

—Lo hizo.

Me encontré con sus miradas, llenas de amor y comprensión, y sentí una oleada de afecto y gratitud por mis hijos. Habían mostrado mucha fuerza y resiliencia tras perder a su padre.

—Estoy muy orgulloso de los dos y de cómo habéis gestionado todo. Ha sido un viaje duro, pero hemos llegado muy lejos. Y si preferís pasar este día en el colegio, no pasa nada, lo entiendo.

Gabe pareció aliviado.

—¿No estás ofendido?

—Nunca me ofenderé con vosotros por decirme la verdad. El dolor es diferente para mí, y es bueno que me lo recordéis.

Según fue avanzando el día, reflexioné sobre su creciente independencia y lo que ello significaría para mí. Mi rol como padre había evolucionado, y a lo mejor, necesitaba cambiar de enfoque. Tal vez, había llegado el momento de volver a buscar la felicidad; no solo para mis hijos, sino para mí.

Cuando llegamos a casa, el sol estaba descendiendo por el horizonte, dejando una paleta de azules y anaranjados en el cielo de la tarde. Los chicos subieron a sus habitaciones para relajarse y me quedé a solas en el salón, con el corazón dolorido por la ausencia de Samuel, que hoy parecía más palpable que nunca.

Me hundí en el mullido sillón orientado a nuestro pequeño jardín, permitiendo que los recuerdos fluyeran a mi mente. Nuestras risas haciendo eco por la casa mientras nos perseguíamos por las habitaciones. Samuel masajeando mis hombros tras una larga jornada en la clínica. El brillo jovial y reluciente de sus ojos cuando sonreía. Su mirada, que me hacía sentir la persona más importante del mundo.

—Dios, te echo muchísimo de menos —susurré con la voz rota.

No eran los grandes momentos los que añoraba, sino los pequeños, la intimidad del día a día con la que habíamos construido nuestra vida.

Por mucho que quisiese a mis hijos y adorara ser su padre, la soledad me consumía. Anhelaba la compañía, a alguien con quien acurrucarme por las noches, alguien con quien pasar las tranquilas mañanas de domingo, disfrutando de una taza de café. Deseaba a alguien con quien compartir los triunfos y las incertidumbres de la vida, como había hecho con Samuel.

¿Estaba mal volver a desear eso? No, y Samuel había insistido en ello. Pero abrir mi corazón a otro seguía pareciéndome una traición. Agité la cabeza, intentando disipar las dudas que me plagaban. Mis hijos me habían confesado cómo se sentían. Querían verme feliz. Además, todo el

mundo se merecía algo de compañía, ¿no? Dejar entrar a alguien en mi vida me aterraba, pero no podía quedarme atascado en el pasado. A lo mejor, era apropiado dar este paso en el aniversario de la muerte de Samuel.

Inspirando profundamente, cogí mi portátil y lo abrí. Vacilé por un momento y luego tecleé «plataforma de citas» en la barra de búsqueda. Los resultados fueron abrumadores; miles y miles de páginas prometiendo amor y conexión. Con temblorosos dedos, pinché en una que parecía seria y empecé a rellenar mi perfil. Si esperaba a encontrar el amor en Forestville me quedaría soltero para siempre. No; si quería encontrar la felicidad de nuevo, tendría que tomar la iniciativa.

«Descríbete a ti mismo», decía la pantalla. La contemplé en silencio. ¿Cómo podría expresar la esencia de mi personalidad en pocas palabras? Me sentía vulnerable, como si estuviese desnudando mi alma frente a un montón de extraños dispuestos a juzgarla. Pero si realmente quería seguir hacia delante, tendría que saltar a lo desconocido.

—Médico de familia. Viudo. Padre de dos increíbles hijos —dije mientras tecleaba con el pulso acelerado—. Busco encontrar una conexión y volver a enamorarme.

Mientras rellenaba mis preferencias y subía una foto reciente la incertidumbre fue en aumento. ¿Cómo reaccionaría la gente a un hombre mayor, aún de luto, buscando compañía? ¿Estaría alguien interesado en conocerme? Y más importante aún, ¿estaba yo preparado para abrir mi corazón a otro hombre?

Pero tras cada pregunta y cada duda, había un destello de algo más: esperanza. Esperanza de que alguien, ahí fuera, estuviese dispuesto a navegar conmigo el siguiente capítulo de mi vida. Alguien que entendiese el amor que aún sentía por Samuel mientras aceptaba el amor que estaba dispuesto a dar.

—De perdidos al río —susurré y pulsé el botón de «Enviar», lanzando mi perfil al vasto y misterioso mundo de las citas online.

Mi estómago se contrajo de ansiedad, pero este era un paso necesario en mi viaje hacia la sanación. Registrarse en una aplicación de citas era más que un intento de encontrar compañía. Era una declaración de intenciones; ya no estaba satisfecho con existir bajo la sombra del recuerdo de Samuel, quería... No; necesitaba asumir riesgos, abrazar lo desconocido y encontrar la felicidad.

Sin venir a cuento, la imagen de Tomás apareció en mi mente. Su risa haciendo eco por los pasillos del instituto, su felina agilidad en los deportes, sus ojos iluminándose al hablar de su sueño de convertirse en modelo. Nunca habíamos tenido una relación cercana, pero los recuerdos de él permanecían en mi memoria, como ascuas esperando a que una chispa reavivara la hoguera.

Y ahora que habíamos conectado —o reconectado, dependiendo de cómo se mirara— y habíamos compartido un encuentro, mi opinión sobre él había cambiado. Ya no se basaba en la inocente imaginación de un adolescente, sino en el criterio mucho más realista de un adulto. Curiosamente, no había perdido ni una pizca de atractivo.

Concentrarme en Tomás no era saludable. Después de todo, había dado un paso muy significativo hacia delante registrándome en esa aplicación de citas y necesitaba mantener la

mente y el corazón abiertos a todas las posibilidades. Pero el hombre seguía atrayéndome tanto como siempre, eso no había cambiado. Joder, haría bien en recordarme que Tomás era parte de mi pasado, puede que incluso de mi presente, si alguna vez quería volver a acostarse conmigo, pero jamás formaría parte de mi futuro.

Éramos tan compatibles como el agua y el fuego.

CAPÍTULO DIEZ

TOMÁS

*E*L SOL bañaba el jardín en un cálido resplandor dorado, filtrándose por las gruesas ramas de los árboles que se encorvaban bajo el peso de las manzanas. Aún no estaban maduras —estábamos a principios de verano—, pero el otoño traería una generosa cosecha. Varias hileras de sillas de madera blanca se alineaban frente al altar, dejando un pasillo central adornado con flores de vibrantes colores, y el aroma a hierba y vegetación flotaba en el aire. Los excitados murmullos de los amigos y familiares creaban una atmósfera jovial, y su alegría era contagiosa. Era un escenario perfecto para una boda.

Auden y Keaton habían optado por una ceremonia pequeña e íntima seguida de una gran fiesta a la que habían invitado a toda la ciudad. Era inevitable, cuando los recién casados eran el sheriff de la comunidad y el profesor de lengua del único instituto. Y Señor, no podría haberme alegrado más por esos dos. Lucían unas sonrisas radiantes mientras avanzaban juntos hacia el altar.

Auden vestía un impecable traje hecho a medida, mi regalo de bodas para él. Cuando me dijo que él y Keaton iban a atar el lazo le pregunté qué se iba a poner y me mostró la imagen de un traje que, si bien era elegante, no era digno de una boda. Así que le regalé uno, cortesía de un prometedor diseñador amigo mío. Tiago le regaló otro a Keaton, y ahora, los novios iban conjuntados con unos maravillosos trajes de lino azul oscuro, perfectos para una boda estival. No íbamos a dejar que uno de nuestros mejores amigos se casara con cualquier trapo.

Auden lo había complementado con una corbata azul cielo en la que había bordado unos versos de un poema significativo para Keaton, y Keaton, fiel a su estilo, había elegido una pajarita del mismo color, decorada con diminutas piezas de LEGO. Era exageradamente dulce para mí, pero perfecto para ellos.

Sus hijos estaban de pie, aguardándoles en el altar. Las hijas de Auden lucían unos magníficos vestidos rosa palo y portaban un ramillete de flores mientras que los hijos de Keaton vestían pantalones de lino del mismo azul oscuro que los de sus padres y unas camisas del mismo rosa pálido que las chicas. Un diminuto ramillete en la solapa de sus chaquetas completaba el conjunto.

La ceremonia fue breve pero conmovedora, con Keaton recitando un poema y Auden poniéndose todo emocional. Nunca habría pensado que vería llorar a ese hombre, pero sus ojos se humedecieron y se mostró un poco avergonzado por ello.

Sus hijos fueron los primeros en felicitarles, seguidos de sus padres. Y tras eso, llegó el turno de los invitados y me uní a la pequeña cola para dar la enhorabuena a los recién casados. Marnin se situó a mi lado y Tiago y Cas estaban unos pasos por delante.

—Uno menos —sonrió Marnin, entrechocando nuestros hombros.

—Auden ya ha estado casado así que ¿esto cuenta? —pregunté.

Marnin se encogió de hombros.

—Lo único que quería decir es que es el único que se ha casado de los cinco. Otra vez. Te apuesto lo que quieras a que tu hermano será el siguiente.

Mi corazón se paró en seco. Lo sería, sí. *Jesus*, ¿qué iba a hacer cuando pasara eso?

—Aún no están prometidos —comenté.

—No, pero míralos.

Tiago se inclinó para besar a Cas, y el amor que se profesaban era casi palpable.

—Las bodas sacan el lado más romántico de la gente —dije con un suspiro.

Marnin resopló.

—¿Me estás diciendo que esos dos no son siempre así?

Como era habitual, tenía razón, por supuesto.

—No es algo en lo que quiera pensar demasiado.

Marnin abrió la boca, pero debió de leer la advertencia en mi mirada y la cerró de nuevo. No estaba de humor para que me presionara nadie.

Cuando llegó mi turno, abracé fuertemente a Auden.

—Me alegro muchísimo por ti —murmuré en su oído. Y lo decía en serio. A pesar de los sentimientos encontrados que me estaba provocando esta ceremonia, verlo tan feliz me inundaba de alegría y jamás le reprocharía que hubiese vuelto a encontrar el amor.

—Gracias —sonrió él—. Y gracias de nuevo por el traje. Keaton tiene un aspecto increíble.

Reí, dándole una palmada en el hombro.

—Tú también tienes un gran aspecto.

Flexionó el brazo, sonriendo.

—Y mira, incluso puedo moverme dentro de esta cosa.

Reí de nuevo.

—Ahhh, una de las muchas bondades de los trajes hechos a medida. Te deseo una vida llena de felicidad, amigo.

En un impulso, también abracé a Keaton. Ahora era el marido de Auden, y eso le convertía en mi

amigo.

—Gracias por hacer tan feliz a Auden —murmuré.

Keaton se ruborizó.

—¿Un placer? —dejó escapar una encantadora risa—. No creo que vaya a ser muy difícil estar casado con este hombre.

No, no lo sería. Auden no era mi tipo —dejando a un lado el hecho de que jamás había pensado en él como pareja, dado que todos habíamos creído que era hetero—, pero era un gran hombre, uno muy familiar y comprometido con la comunidad. Sus raíces en Forestville eran profundas y, aunque no podía imaginarme a mí mismo siendo feliz bajo esas circunstancias, sabía que él lo era.

Organizaron un enorme buffet surtido de delicias —todas ellas preparadas por Ennio, el hermano pequeño de Auden que trabajaba de chef en el albergue—, y probé un poco de todo. No tendría otra sesión hasta dentro de tres semanas, así que podía permitirme abandonar mis restricciones dietéticas. El champán era decente, y tras unas cuantas copas, su sabor mejoró.

La ceremonia nupcial se fue transformando en una animada fiesta. La música inundó el ambiente y los invitados salieron a bailar sobre la hierba con los rostros ruborizados y resplandecientes de alegría. Parecía que toda la ciudad estaba presente compartiendo la celebración. Participé en todo, ovacionando a Auden y a Keaton cuando terminaron su primer baile y saliendo a la improvisada pista yo mismo. Sin embargo, una parte de mí estaba en otra parte, observando y analizando la ceremonia sin involucrarse emocionalmente en ella.

Tiago estaba bailando una balada con Cas. Sus cuerpos parecían fundidos y sus mejillas se rozaban. Estaba extasiado al ver a mi hermano tan feliz y tan claramente enamorado. Y me gustaba Cas. Le había venido bien a Tiago. Pero mi corazón dolía, porque sentía que me estaba dejando atrás. Tiago siempre había sido mi otra mitad y ahora tenía a otra persona con la que compartir su vida. Marnin tenía razón; no pasaría mucho tiempo antes de que esos dos se dieran el «Sí, quiero».

Abandoné la copa de champán que llevaba un tiempo sujetando para cambiarla por algo más fuerte; el whisky parecía encajar más con la montaña rusa emocional que estaba experimentando. Mientras la fiesta rugía a mi alrededor, me abrí paso hasta la barra libre. Por lo general, no solía beber tanto, pero esta noche parecía distinta. Necesitaba una vía de escape, una forma de entumecer el dolor que me oprimía el pecho cada vez que veía a mi hermano y a mi amigo gozando de su felicidad mientras yo seguía a la deriva, inseguro de hacia dónde se dirigía mi vida.

—¿Otra? —me preguntó el camarero cuando vio mi vaso vacío.

Asentí y vertió otra generosa cantidad de líquido ambarino en el cristal. El ardor del alcohol se extendió por mi cuerpo, relajando mis músculos y acallando mi mente.

Alguien se acercó y paró a mi lado. Le miré de soslayo. Fir.

—Hola —saludó suavemente.

—Hola. No sabía que estabas aquí.

—He llegado hace poco. Un paciente me necesitaba. ¿Qué puedo decir? La vida de un médico en una ciudad pequeña. ¿Qué me he perdido?

—Su primer baile y un montón de cosas de enamorados.

Rio.

—¿Detecto cinismo?

Di un sorbo a mi whisky.

—No podría alegrarme más por Tiago. Por Auden y Keaton, quería decir.

Fir siguió mi mirada y contempló a Tiago y a Cas, que aún bailaban sobre la pista.

—Agridulce, ¿eh? —comentó.

Lo había clavado.

—Sí. —No confiaba en mí mismo para elaborar mi opinión, temeroso de revelar demasiado. Ya me había expuesto más de lo que me habría gustado tras nuestro polvo, que era la razón por la que no le había llamado para proponerle una repetición. Necesitaba dejarle claro que solo quería sexo.

—Las bodas tienden a sacar todo tipo de emociones —dijo Fir—. Pero creo que es importante recordar que el amor no es finito. Hay suficiente para todos. El que Tiago haya encontrado a alguien no significa que te quiera menos.

—A lo mejor. —Intenté deshacerme de la melancolía que me atenazaba—. Pero ahora mismo, siento que estoy perdiendo una parte de mí.

—No creo que nadie pueda entender realmente lo que sientes, a menos, claro, que tengan un gemelo. Tengo dos hermanas, pero nuestra relación no se parece en nada al vínculo que compartís Tiago y tú.

Su sinceridad era refrescante.

—No lo es, y gracias por reconocerlo. La gente siempre dice que los gemelos fraternos no tienen un vínculo tan estrecho como los idénticos, pero nosotros lo tenemos. Siempre lo hemos tenido. Es mi otra mitad, ¿sabes? Salvo que ahora ha encontrado a su otra mitad en Cas, lo que me deja... desgarrado, como si me faltara una parte. Y me alegro muchísimo por él, pero...

Fir apoyó una mano sobre mi hombro.

—Puedes sentir ambas cosas. Eso no te convierte en una mala persona.

—Me siento culpable por sentirme así.

—No tienes por qué. Todas tus emociones son válidas. Lo importante es cómo las gestionas.

—¿Y cómo gestiono esto? ¿Qué hago ahora, Fir? Mi hermano ha abandonado su carrera y no sé lo que hacer sin él. Me alegro por Tiago, pero es duro darse cuenta de que, en su nueva vida, mi lugar ha cambiado. Si es que acaso sigo teniendo un lugar. No sé lo que me depara el futuro sin él.

Los ojos de Fir me miraron con compresión.

—Es aterrador, ¿eh? No saber hacia dónde te diriges ahora.

Él también debía de saberlo. Había tenido que hacer frente a la pérdida de su marido y con ella, la pérdida del futuro que habían imaginado juntos.

—No es tan horrible como lo que has pasado tú.

Apretó mi hombro, pero no apartó la mano, cosa que lo agradecí. Por algún motivo, su contacto me resultaba reconfortante.

—No es una competición para ver quién lo ha tenido peor, Tomás. Pero sí, entiendo lo que se siente cuando tu mundo cambia de repente y te enfrentas a lo desconocido.

—Es aterrador. —Di otro sorbo al whisky—. Me he pasado toda la vida persiguiendo el éxito, y ¿para qué? Ahora que he llegado a la cima me pregunto si eso era lo que realmente quería. —Mi vida como modelo era glamurosa y excitante, pero también superficial y, a veces, vacía, especialmente ahora que Tiago se había apartado de los focos. Por primera vez, me cuestioné si realmente estaba satisfecho con todo lo que había logrado. Mi carrera me había proporcionado fama y fortuna, pero ¿a costa de qué? No me ofrecía la plenitud que Tiago había encontrado en Cas, ni el compañerismo que veía en las miradas de Auden y Keaton.

—A veces, estamos tan absortos persiguiendo nuestros sueños que perdemos de vista las cosas que realmente importan. Pero nunca es demasiado tarde para cambiar de rumbo, Tomás. Aún tienes mucho tiempo por delante para descubrir lo que quieres.

—A lo mejor, pero es difícil dejar atrás el pasado, ¿sabes?

Fir suspiró.

—Sí, pero a veces la única forma de seguir hacia delante es saltar al vacío. En ese momento, te descubrirás a ti mismo y todo aquello de lo que eres capaz. Tiago te quiere en su vida, Tomás. Te lo prometo. Puede que vuestra relación haya cambiado, pero no te está abandonando.

Las palabras de Fir me afectaron profundamente. O a lo mejor, era el alcohol que fluía en ingentes cantidades por mi sistema.

—Estoy un poco borracho. Creo.

Rio.

—Lo sé. ¿Por qué te crees que te estoy sujetando el hombro?

Oh.

—Pensé que estabas intentando consolarme.

—Eso, y asegurarme de que no te tambaleas y te caes.

Reí.

—No puedes deshacerte del médico que hay en ti, ¿eh? Ni siquiera durante una fiesta.

—Es la vida que he elegido voluntariamente —sonrió Fir—. No olvides que sabía exactamente en lo que me estaba metiendo. Me crie viendo trabajar a mi padre. Este oficio tiene un precio, y parte de él es que rara vez puedo permitirme beber. Pero no me importa.

Resoplé.

—No te preocupes, creo que he bebido lo suficiente por los dos. —Mierda, ya ni siquiera podía articular bien—. O por tres.

—Al menos, no eres un borracho violento.

—No, solo me pongo melancólico. —Suspiré—. Soy un borracho triste, lo que es... triste.

Fir sonrió.

—Eso es un montón de tristeza en el que se supone que debería ser un día alegre.

—¿Lo siento?

—Vamos a que te dé un poco el aire. —Fir me quitó el vaso de la mano y lo dejó a un lado.

Le seguí tambaleándome hacia el fondo del jardín, pero al menos, me las apañé para no caerme. Cuando encontramos un sitio tranquilo, paramos y me apoyé contra la rugosa corteza de un árbol. La presencia de Fir era sorprendentemente reconfortante. La fiesta continuaba de fondo, pero nos habíamos alejado tanto que el ruido parecía muy distante, como en otro mundo.

—Debes de saber una o dos cosas sobre la pérdida, ¿eh? —comenté tras un largo silencio—. Tras perder a tu marido...

Los ojos de Fir se humedecieron, pero no eludió la conversación.

—Cuando Samuel murió, sentí que todo mi mundo se había derrumbado a mi alrededor. Me quedé intentando reconstruir las ruinas mientras criaba a dos niños pequeños y dirigía la clínica. Hubo días en los que pensé que me volvería loco, que jamás volvería a encontrar un equilibrio.

—Dios, Fir, lo siento mucho. —Se me rompió el corazón al pensar en todo lo que había tenido que sufrir—. ¿Se hizo más fácil con los años?

—Sí. Pero me llevó tiempo... y mucha introspección. Incluso fui a terapia para que me ayudaran.

—Terapia, ¿eh? —Dejé escapar una pequeña risotada. La idea de buscar ayuda profesional era un concepto alienígena para mí—. Nunca me lo he planteado.

Se encogió de hombros.

—A veces necesitamos a alguien de fuera que nos ayude a ampliar nuestra perspectiva. No hay que avergonzarse por admitir que no podemos hacerlo todo solos.

Sus palabras despertaron emociones que había enterrado hacía mucho tiempo: necesitaba ser lo suficientemente fuerte por Tiago y por mí, cargar con sus problemas y con los míos. Nunca había aceptado la debilidad porque no podía permitírmela.

—¿Sacaste algo en claro de la terapia?

Fir se tomó un tiempo para contestar.

—Sí. Que aunque la vida nos lance una bola curva, siempre podemos encontrar la manera de adaptarnos y crecer. Puede que no tengamos todas las respuestas de inmediato, y no pasa nada. Las iremos encontrando, confiando en nosotros mismos y en nuestro instinto. Mi vida no es como había esperado ni como la había planeado, pero sigue siendo una buena vida. Quiero con locura a mis chicos y estoy trabajando en mi clínica, que es lo que siempre había soñado. No es perfecta, pero es suficiente.

—¿No quieres encontrar a alguien?

Suspiró.

—Por supuesto que quiero. Samuel me dejó claro que quería que fuese feliz, así que no me siento culpable por intentarlo. Pero encontrar a alguien no es tan sencillo cuando tienes una vida tan ajetreada como la mía.

La suave brisa agitó las hojas de los árboles que nos ocultaban de las festividades de la boda. Las bombillas que colgaban de sus ramas derramaban una cálida luz sobre nuestros rostros, suavizando las líneas de la edad que nos marcaban a ambos.

—Ni siquiera sé si soy buen material para una relación —admití—. Dicen que es imposible enseñar trucos nuevos a un perro viejo, y así es exactamente como me siento. Demasiado mayor como para aprender cómo funciona todo esto.

—Tiago se las ha apañado muy bien.

—Odio cuando te pones todo lógico y razonable —refunfuñé.

Rio.

—Vaya, lo siento, ¿estabas esperando un «pobrecito de ti»?

—Un poco de compasión no es mucho pedir.

Rio de nuevo.

—Te entiendo, Tomás, pero eso no significa que esté de acuerdo con las mentiras que te estás contando a ti mismo. No eres demasiado mayor como para aprender lo que quieras. No será sencillo, eso es cierto, pero confío en ti. Ya has logrado un montón de cosas en tu vida y tienes lo que hace falta para superar esta etapa.

—Señor, Fir, haces que sea imposible cabrearse contigo.

Su risa vagó por la cálida brisa estival.

—Ese es el alcohol, amigo mío. Mañana, no tendrás ningún problema en odiarme.

Me incliné hacia él y apoyé la cabeza sobre su hombro.

—A lo mejor. Pero de momento, esto es agradable. Muy agradable.

Contuvo el aliento, como si mis palabras le hubieran sorprendido, y luego, se relajó.

—Lo es. Pero te juro por Dios, Tomás, que si empiezas a vomitar te quedarás solo.

Mi risa eliminó las lágrimas que habían empezado a escocer en mis ojos, peligrosamente cerca de derramarse.

—Trato hecho.

CAPÍTULO ONCE

FIR

*E*N EL INSTANTE en que entré en el salón de Tiago, la animada atmósfera de la fiesta me envolvió. Las puertas deslizantes que daban a la enorme terraza estaban abiertas y la gente se había congregado fuera para disfrutar de la tarde veraniega y contemplar la caída del sol. La música se mezclaba con las risas y la charla, y de cada esquina emanaba un ambiente cálido y acogedor. Dos alargadas mesas se alzaban contra una de las paredes, desplegando un variado bufé que despedía un aroma delicioso. En una de las esquinas, habían instalado una mesita que albergaba una amplia variedad de refrescos y a su lado, un carrito de bebidas proporcionaba todo tipo de alcohol.

Los gemelos Banner habían tirado la casa por la ventana para celebrar su cuadragésimo noveno cumpleaños, y me había sorprendido gratamente su invitación. Ahora que veía cuánta gente había asistido al evento, me sentía menos especial; aun así, apreciaba el gesto.

—¡Fir! —Tiago me besó en ambas mejillas, una de esas costumbres europeas que siempre me dejaba aturdido un par de segundos.

—Feliz cumpleaños —sonreí, tendiéndole mi regalo.

Frunció el ceño.

—Dijimos que nada de regalos.

—Lo sé, pero este es un poquito diferente. —Abrió el envoltorio y sacó la carta. No se me escapó la aprensión con la que la miró mientras se preparaba mentalmente para leerla, pero luego, sus ojos se iluminaron—. He donado a la Fundación de Apoyo a la Dislexia como regalo —dije suavemente.

—Eso es... —sonrió ampliamente—. Gracias, Fir. Creo que es el regalo más considerado que he recibido jamás por mi cumpleaños.

—De nada. —Apoyé una mano sobre su brazo—. Lamento que no lo descubrieras antes. Habrías podido recibir más ayuda. Solo entendí todas las situaciones a las que tuviste que enfrentarte cuando llegué a la universidad.

—Tomás hizo mucho por mí... —Sonrió con malicia—. Incluidos algunos de mis exámenes.

Reí.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

Me encogí de hombros.

—Todos lo sabíamos y estoy convencido de que muchos de nuestros profesores también se dieron cuenta. A nadie le importó porque veíamos cómo te esforzabas y entendíamos que no era culpa tuya. Merecías graduarte y sabíamos que no ibas a seguir la ruta académica, de igual forma. Queríamos que te graduaras con nosotros.

Sus ojos se humedecieron.

—No lo sabía. Nadie me dijo nada.

—El orgullo es una emoción muy poderosa, amigo. Si no hubieses empezado a hablar tan abiertamente de tu dislexia jamás te lo habría mencionado.

Me besó en la mejilla.

—Gracias, Fir. Significa mucho para mí, más de lo que puedas imaginar.

Sonreí.

—Es un placer. —Me aclaré la garganta—. ¿Dónde está Tomás?

Tiago agitó una mano en dirección a la cocina.

—Está por ahí, enseñándole la casa a Brianna. La última vez que los vi, ella estaba babeando sobre nuestra cocina.

Reí.

—Iré a buscarle. Solo quiero darle su regalo.

Tiago me lanzó una mirada inquietantemente similar a la de su hermano.

—Por supuesto —sonrió.

Ignoré su insinuación y me dirigí hacia la cocina. Tomás atrajo mi mirada al instante, como si se tratara de un enorme imán. Estaba charlando con Brianna y su marido, y, como siempre, su risa era infecciosa y jovial. Exhalé lentamente, sintiendo cómo se aceleraba mi pulso.

—¡Ey, Fir! —saludó Tomás—. Me alegro de que hayas podido venir.

Me acerqué a ellos.

—Gracias por invitarme.

Nuestras miradas se encontraron y sentí el familiar aleteo en mi estómago. Estúpido flechazo.

—Hola Fir —saludó Brianna—. Íbamos a... —Hizo un gesto hacia la terraza y comenzó a alejarse con su marido, guiñándome un ojo cuando pasó a mi lado.

—Feliz cumpleaños —dije a Tomás cuando nos quedamos solos. Debería haberle besado, por supuesto, de la misma forma en la que Tiago me había besado a mí, pero no me atreví. Seguramente, me habría tropezado con mis propios pies o habría hecho algo igual de bochornoso. Ni mi cuerpo, ni mi mente funcionaban correctamente cuando él estaba a mi alrededor. Así que en su lugar, le tendí el regalo.

—¿Me has traído un regalo? —Su enorme sonrisa aceleró aún más mi corazón.

—No es un regalo típico.

Rasgó impacientemente el envoltorio, sacó la carta y la leyó. Luego, me miró.

—Gracias. Ni... Ni siquiera sé qué decir. Es muy considerado por tu parte.

—Has mencionado varias veces a la Fundación de la Lucha contra el Sida y sé que le has donado tu tiempo y tu imagen, así que pensé que sería una buena causa.

Me envolvió entre sus brazos, estrechándome con fuerza contra su pecho. Tras un segundo de vacilación, le abracé de vuelta.

—Gracias —susurró—. Significa mucho para mí.

Gracias a Dios que había acertado con ambos. ¿Qué regalabas a dos hombres que no solo tenían todo, sino también el dinero para comprarse cualquier cosa que desearan? A pesar de ello, había querido regalarles un detalle y este me había parecido un bonito gesto. Estaba extasiado por lo bien que había funcionado.

Me besó suavemente en los labios y luego, me liberó. Mis mejillas comenzaron a arder. ¿Habría visto alguien ese beso? Pero nadie parecía estar mirándonos. Mi piel aún hormigueaba e inspiré lentamente para calmarme.

—¿Qué tal te ha ido desde la boda? —pregunté.

Hizo una mueca.

—Me desperté a la mañana siguiente con la madre de todas las resacas —dijo con un tono completamente miserable—. *Jesus*, pensé que me iba a estallar la cabeza. Pero no puedo quejarme porque me lo busqué yo solito.

Contuve la risa.

—Sí, fuiste tu solito. ¿Te acuerdas de que estuvimos hablando?

—Por supuesto. No estaba tan borracho.

Reí.

—Eso podríamos debatirlo, pero me alegro de que te acuerdes. Estuvo... bien.

Se inclinó contra la encimera, dando un sorbo a su lata de *seltzer*.

—Se te da muy bien escuchar.

—Viene con el oficio.

Suspiró.

—No hagas eso. No le quites importancia. Lo digo en serio. Me escuchaste, realmente me escuchaste, y hoy en día eso no es algo tan común.

—Lo siento. Por intentar restarle importancia, quiero decir, no por escucharte. —Dios Santo, ¿pero qué cojones estaba diciendo? Me aclaré la garganta—. Me gustó escucharte. Me alegré de que hablaras conmigo.

—Me sugeriste ir a terapia —dijo bajando la voz.

Me encogí de hombros.

—Podría venirte bien. Una persona sin sesgos y con formación podría ayudarte a resolver las cosas. Orientarte, de alguna forma.

—Pero no estoy deprimido ni nada de eso.

«¿Estás seguro?», quería preguntarle, pero me contuve. El diagnosticarle no era cosa mía.

—¿Y? La terapia no solo es para personas deprimidas o con problemas mentales. Todo el mundo puede beneficiarse de asistir a un buen terapeuta, sea a corto o a largo plazo.

—Creo que no es tan serio como para eso. Le haría perder el tiempo.

Apoyé una mano sobre su brazo y una descarga eléctrica atravesó mi cuerpo. Alcé los ojos y Tomás me miraba sobresaltado. ¿También lo había sentido? *Nah*, imposible.

—Intentar descubrir cuál es el siguiente paso en tu vida nunca será una perdida de tiempo. No es un compromiso a largo plazo; o no, necesariamente. A lo mejor, con dos sesiones tienes suficiente para aclararte la mente y tomar una decisión.

Dio un sorbo a su *seltzer*, pero no aparté la mano de su brazo.

—¿Crees que podrías recomendarme a alguien? —dijo finalmente.

Sonreí.

—Te enviaré algunos contactos, ¿de acuerdo? —Tuve que liberar su brazo para evitar incomodarle, pero lo hice con reticencia.

Tomás miró el lugar donde había estado mi mano y frunció el ceño, pero no comentó nada. Nos quedamos en un cómodo silencio, como envueltos en una burbuja; oí y vi a los demás invitados, pero su presencia parecía distante.

—¿Estás disfrutando de la fiesta? —preguntó Tomás, en un tono extrañamente formal.

Reí suavemente.

—Acabo de llegar. Aún no he hablado con nadie salvo con tu hermano y contigo.

—¿Quieres unirte a los demás? —Nuestras miradas se encontraron y el aire se electrificó.

—Estoy bien aquí —dije con voz ronca.

Se inclinó hacia mí hasta que sentí su aliento en mi oído.

—Yo también —susurró.

Un escalofrío me recorrió la espalda y mi pene empezó a hincharse en mis pantalones. ¿Cómo podía afectarme tanto este hombre? Ni siquiera me había tocado, por el amor de Dios, y ya estaba empalmado. Y no podía usar la falta de sexo como excusa, porque Tomás y yo habíamos follado meras semanas antes. Había aguantado mucho, mucho más tiempo sin un polvo y no me había afectado. No, todo esto era culpa de mi estúpido flechazo.

Tomás se desplazó hacia la derecha, escudándome del resto de la casa, y me acarició la entrepierna.

—Estás empalmado —murmuró.

Me aclaré la garganta.

—Lo siento, me...

Me calló, apoyando el índice sobre mis labios.

—¿Por qué siempre estás disculpándote? No era una crítica.

—Ah.

Cogió mi mano y la llevó hasta su entrepierna. Abrí los ojos de par en par. Él también estaba empalmado. Tragué.

—¿Quieres...? —pregunté.

—Joder, sí. ¿Mi habitación?

—Te veo allí en unos minutos.

Sí, me apuntaba a esto, me apuntaba a todo. Podía considerarlo un regalo extra de cumpleaños.

Él desapareció primero y, unos minutos más tarde, puse rumbo al baño para proporcionarme una coartada antes de colarme en su dormitorio y cerrar la puerta. Tomás me esperaba en medio de la habitación con una mirada oscura e intensa.

—¿Qué quieres? —susurró con un tono grave y seductor. Los sonidos de la fiesta vagaban hasta nosotros, amortiguados y distantes, como si hubiésemos entrado en otro mundo.

Me acerqué a él.

—A ti —susurré, acariciándole la mejilla.

Por un segundo, se le cortó el aliento y el anhelo inundó su mirada.

Enroscó una mano alrededor de mi cuello y me arrastró hacia él hasta que nuestros labios colisionaron. El beso se tornó apasionado en segundos. Nuestras lenguas batallaron y nuestras manos buscaron y encontraron, acariciando, tocando, arañando... Exploramos nuestros cuerpos apartando impacientemente la ropa, desesperados por llegar a la piel. Nuestras camisetas volaron y luego, Tomás se deshizo de esos vaqueros rasgados y descoloridos que le quedaban tan sexis.

Mis pantalones, mucho menos sofisticados, fueron los siguientes, y los lancé sin ceremonias al suelo. Luego, arrojé las gafas al colchón, deseando que nada se interpusiese entre nosotros.

Tomás volvió a reclamar mi boca. Señor, cuando me besaba así, todo lo demás se desvanecía a mi alrededor, incluidas mis dudas. No estaba fingiendo esto. Tendría que ser un actor digno de Óscar para ello. No, me deseaba tanto como yo le deseaba a él, y la rígida erección que apretó contra mi vientre mientras me arrastraba de espaldas hasta la pared era una evidencia indiscutible de ello.

—Quiero hacerte una mamada —dije casi sin aliento.

—Joder, sí.

Acaricié su pecho, recorriendo el camino de vello plateado que descendía hasta su polla, erecta sobre una mata pulcramente recortada de pelo negro. Acaricié el capullo con la punta de los dedos y busqué su mirada. Le tenue luz de la habitación iluminaba su rostro, acentuando el deseo en sus ojos. Cuando me hundí de rodillas, se le cortó el aliento. Envolví su polla con una mano y lamí tentativamente el capullo. Luego, succioné con fuerza, y Tomás gimió suavemente, entrelazando los dedos en mi pelo. Sentí su pulso acelerándose y los músculos de sus piernas se tensaron. Mis labios vagaron por su erección presionando la carne, lamiendo la suave protuberancia de sus venas, y me deleité en el punzante sabor de su semen, que ahora perlaba la punta. Aumenté la presión, ávido de más.

Las manos de Tomás se tensaron sobre mi pelo y sus gemidos inundaron la habitación. Señor, adoraba verlo así, saber que yo era el responsable de su estado. Gracias a Dios por la música y el coro de voces. Con suerte, camuflaría nuestros ruidos.

Tomás balanceó las caderas y relajé la garganta, dejando que su polla me invadiera.

—¿Puedo follarte la boca? —preguntó.

—Por favor —dije ásperamente.

Abrí los labios tanto como pude y Tomás embistió de nuevo, hundiéndose hasta mi garganta. Se mantuvo unos segundos ahí y luego, se retiró y volvió a repetir el movimiento. Fue cauteloso, sosteniendo mi mirada en todo momento. Señor, adoraba hacer esto por él, adoraba ver su rostro, cómo se iban enrojeciendo sus mejillas, cómo sus ojos se volvían vidriosos y su respiración se aceleraba. Cada gemido, cada jadeo solo alimentaba mi deseo de complacerle.

—*Meu Deus* —dijo entrecortadamente con la voz tomada por el placer—. Eres increíble.

Una ráfaga de orgullo me inundó y redoblé mis esfuerzos, ansioso por sonsacarle más alabanzas. Su cuerpo se tensó, luchando por mantener el control, y sus dedos se hundieron en mi cuero cabelludo. Siguió asaltando brutalmente mi boca, cada movimiento menos coordinado que el anterior. La saliva comenzó a resbalar por mi barbilla y todo se desdibujó a mi alrededor; mis ojos no eran capaces de ver demasiado sin mis gafas, para empezar, menos aún ahora, que estaban llenos de lágrimas por la presión que estaba soportando mi garganta.

Fue absolutamente perfecto.

—No te contengas —murmuré cuando me dio unos segundos de respiro.

—No podría aunque lo intentara —susurró y volvió a embestir mi boca.

Apoyé las manos sobre sus muslos y acaricié los músculos que se tensaban y temblaban bajo mis dedos. Le estaba llevando al borde del precipicio y Dios Santo, cómo deseaba saborearlo.

—Estoy muy cerca —jadeó.

Solo pude canturrear transmitiéndole que se dejara ir.

Y luego, pasó. Con un grave y gutural gemido, Tomás comenzó a descargar en mi boca. Tragué fervientemente, casi ahogándome con la segunda oleada de semen. Una profunda sensación de orgullo se apoderó de mí. Le había dado esto, le había llevado a ese asombroso orgasmo y me sentía extasiado.

Aún estaba lamiéndome los labios cuando Tomás me alzó hasta ponerme en pie y me besó. Su lengua invadió mi boca casi posesivamente y me sobresalté; no había esperado que fuera a alzarme literalmente del suelo, pero cuando enroscó la mano en torno a mi polla mi cerebro se apagó por completo. La agitó rápidamente con un movimiento circular y cerré los ojos, gimiendo de placer. Tras un par de sacudidas, me estaba corriendo, estremeciéndome contra su pecho. Tomás se tragó mis gemidos con un beso que fue ralentizando gradualmente a medida que me recuperaba de mi orgasmo. Y finalmente, me liberó.

Cuando abrí los ojos, seguía temblando. Tomás sostuvo mi mirada y algo pasó entre nosotros. Un maravilloso segundo de absoluta intimidad. Ahí estábamos, escondidos del mundo, compartiendo un momento que había parecido profundo. Y a nuestro alrededor, la vida seguía su curso, con su música y los ruidos de los festejos.

—¿Podemos...? —Tomás se aclaró la garganta—. ¿Podemos repetir esto?

Mi mente estalló de alegría.

—Eso me gustaría.

El rostro de Tomás se iluminó con una amplia y sexy sonrisa.

—Porque ha sido alucinante. Sabes cómo hacer que un hombre se sienta especial en su cumpleaños.

—Estoy seguro de que también puedo hacerle sentir así cuando no sea su cumpleaños.

Rio suavemente.

—Más razón aún para repetir.

—Tienes mi número. Envíame un mensaje cuando estés de humor para un polvo.

Resopló.

—Eso es prácticamente todos los días. No estoy seguro de si estás preparado para eso.

—Podría sorprenderte. —Sonreí.

Ladeó la cabeza.

—¿En serio?

—¿Qué? ¿Pensabas que eras el único al que le gusta follar de forma regular?

—No, pero... —Se frotó la nuca—. Tenía la impresión de que tú no eras así. No quiero ofenderte, pero ¿cómo eres capaz de hacer todo esto tras la muerte de tu marido?

Apreciaba la sinceridad. Tomás nunca tenía reparos en mencionar a Samuel, a diferencia de otra gente que pensaba que solo mencionar su nombre me provocaría un ataque de llanto. De hecho, Tomás incluso se atrevía a sacarlo a colación cuando estábamos desnudos después de haberle hecho una mamada. Tenía pelotas.

—Durante los dos primeros años, mi libido se esfumó por completo. Estaba tan roto y entumecido que el sexo ni siquiera se me pasó por la mente. Después, mi libido fue volviendo poco a poco y ahora el sexo es algo que ocupa gran parte de mis pensamientos. La mayoría. —Alcé la cabeza—. Digamos que tengo una suscripción a los *Ballsy Boys* y unos cuantos juguetes sexuales con los que me ejercito a menudo.

Sonrió con malicia.

—Entendido. Solo por curiosidad, ¿solo te gusta que te follen?

—Es lo que prefiero, pero a veces he cambiado de tornas. Con Samuel era, a lo mejor, un 80-20. Él adoraba follarme, pero en ocasiones necesitaba una buena polla en el culo.

—Yo también puedo apreciarla de vez en cuando, así que es bueno saberlo.

—Solo dilo. Me encantará proporcionarte lo que necesites.

Se inclinó para darme un beso.

—Gracias. Por todo. Me voy a dar una ducha rápida, así no reapareceremos por la fiesta al mismo tiempo.

Desapareció en el baño y yo me quedé ahí, de pie, durante un largo tiempo, apretando los dedos contra mis hormigueantes labios, justo donde me había besado.

CAPÍTULO DOCE

TOMÁS

*M*E DESPERTÉ DE UN SOBRESALTO, contorsionándome de dolor. *Jesus*, nunca había experimentado algo así, como si alguien me hubiera clavado un atizador ardiendo en las entrañas y estuviera retorciéndolo sin compasión. Gruñí, aferrándome al estómago. A pesar de que solo llevaba puestos los calzoncillos y había encendido el aire acondicionado, estaba sudando.

Santa mãe de Deus, ¿qué me estaba pasando? Llevaba dos días destemplado y ahora ¿ese punzante dolor en el estómago? Todo había empezado con una ligera náusea; supuse que había comido algo en mal estado y lo achaqué a un pequeño virus estomacal o algo similar, pero este dolor era agónico.

Me obligué a levantarme, pero una sensación de vértigo me asaltó y casi me desmayé en la cama. El dolor me golpeó de nuevo y me dejé caer sobre el colchón, aferrándome al vientre. Joder, me dolía todo el cuerpo, pero por encima de todo, el abdomen. ¿Qué era esto?

La puerta crujió y murmuré:

—¿Tiago?

—¿Sí?

—¿Puedes venir un momento?

Mi hermano entró y, al segundo de ver mi aspecto, su rostro se ensombreció.

—¿Qué pasa? —Su voz reflejaba el mismo miedo que sentía yo.

—Me duele el abdomen —dije apretando los dientes—. Algo... va mal.

Apoyó una mano sobre mi frente.

—Tienes fiebre. Creo. Y estás pálido y sudoroso. Voy a llamar a Fir.

No dejó lugar a discusión. Tampoco habría tenido energías para protestar. No era de los que se quejaba al enfermar, pero jamás me había sentido así. Esto no era un pequeño virus estomacal. Algo iba realmente mal en mi cuerpo y necesitaba ayuda. Rápido.

—Dile que se dé prisa —dije sintiendo el pánico apoderándose de mí.

Tiago se sentó a mi lado en la cama y me cogió de la mano mientras hacía la llamada.

—¿Fir? —Sus dedos temblaron entre los míos—. Soy Tiago. Siento molestarte un domingo por la mañana, pero Tomás está enfermo. Muy enfermo. —Puso el móvil en altavoz.

—¿Cuáles son los síntomas? —La voz de Fir llegó desde el otro lado, alta y clara.

—Fuerte dolor en el abdomen y fiebre —dijo Tiago—. Tiene un aspecto horrible.

—Voy de camino.

Fir no esperó a que le respondiera, sino que colgó.

—Duele mucho —murmuré. Me asaltó otra oleada de dolor y me aferré a las sábanas como si mi vida dependiera de ellas.

Tiago apretó mi mano.

—Aguanta un poco más. Fir está de camino. Voy a abrirle la puerta, pero volveré en seguida, ¿de acuerdo?

Mi visión comenzó a nublarse, pero asentí. Ese gesto no hizo más que aumentar mi agonía. Tiago alertó a su novio, y vi a Cas de fondo, aproximándose a mí con una expresión tan sombría como la de mi hermano.

Y luego, apareció Fir, con una actitud resuelta que jamás había visto en él, portando su maletín. Lo dejó en el suelo y se inclinó sobre mí.

—Ey, Tomás —dijo suavemente. Apoyó una gélida mano sobre mi frente—. ¿Puedes describirme el dolor? ¿Es agudo o débil? ¿Constante o intermitente?

Tragué.

—Agudo e intermitente. Empezó ayer, pero solo era molesto.

—¿Tienes náuseas?

—Un poco. No tanto como para vomitar, pero tampoco he comido demasiado en los últimos dos días. Pensé que me había intoxicado con algo en mal estado.

Sacó un termómetro de oído y, con un rápido y experimentado movimiento, envolvió la sonda en una funda desechable.

—Voy a tomarte la temperatura, ¿de acuerdo?

Durante unos segundos, lo único que pude oír fue mi pesada respiración. Luego, el termómetro silbó con el revelador pitido que indicaba fiebre. No había esperado otra cosa, realmente.

—¿Puedes decirme dónde está localizado el dolor? —preguntó Fir.

En ese instante, caí en la cuenta. Apendicitis. Tenía apendicitis.

—A la derecha, abajo —indiqué. Tragué de nuevo—. Es apendicitis, ¿verdad?

Me sonrió tiernamente.

—Deja que termine de examinarte, ¿de acuerdo? Voy a palparte el abdomen. Puede que sea un poco doloroso, pero es necesario.

Empezó por el lado izquierdo, lo que fue incómodo, pero no atroz; pero al segundo de tocarme en el lado derecho me asaltó un dolor agonizante que casi me hizo brincar en la cama.

Fir apartó las manos.

—Sí, parece apendicitis. Tenemos que llevarte al hospital de inmediato. Necesitas cirugía. Llevas dos días con dolores, así que cuanto más esperemos, más peligroso será.

El pánico se apoderó de mí y mi pulso se aceleró. La apendicitis podía presentar complicaciones serias si se descubría demasiado tarde. ¿Aún estábamos a tiempo? Mi mente era un torbellino de dudas, pero intenté concentrarme en Fir y en su reconfortante presencia.

—De acuerdo —dijo Tiago aterrado—. ¿Qué hacemos ahora?

Mis ojos se encontraron con los de Fir, que me estudiaba seriamente.

—No podemos esperar a que aparezca la ambulancia —dijo cálidamente mirándome con ternura —. Tardaría demasiado. Te llevaré yo mismo. Necesitamos salir ya. —Se giró hacia Tiago—. ¿Puedes cogerle algo de ropa? Asumo que querrás venir con nosotros.

—Cogeré sus cosas y te seguiré en mi camioneta —dijo Cas a Tiago—. ¿Necesitas ayuda para bajar las escaleras? —me preguntó.

No era el momento de hacerse el duro.

—Sí, por favor.

Cas era el único lo suficientemente fuerte como para cargar mi peso, y eso hizo, sosteniéndome con tanta delicadeza como pudo mientras avanzábamos hacia la salida. Luego, me ayudó a acomodarme en el asiento trasero del vehículo de Fir. Para cuando me dejó ahí, sentía que miles de agujas estaban perforando mi tripa.

Solo llevaba los calzoncillos, pero eso tendría que bastar. La modestia no estaba en mi lista de prioridades.

Tiago se sentó a mi lado y, tras envolverme en una manta, me ayudó a ponerme el cinturón. Fir puso en marcha el coche y salió del camino de entrada con una rápida y fluida maniobra. Por supuesto, debía de haber hecho eso cientos de veces cuando vivía ahí.

—Voy a llamar al hospital para que sepan que vamos para allá —nos informó Fir.

En cuanto salimos a la carretera, aceleró.

—Ha llamado a Urgencias del Hospital Skykomish, le atiende Sheila.

—Hola, Sheila, soy el doctor Fir Everett. Voy de camino con un varón de cuarenta y nueve años con lo que sospecho es una apendicitis aguda. Esperamos llegar ahí sobre las diez.

—Entendido. ¿Cuáles son los síntomas?

—Dolor agudo y punzante en el área abdominal, que ha ido intensificándose durante las últimas

cuarenta y ocho horas, sensibilidad dolorosa en el punto de McBurney, ligera sensación de náusea y treinta y ocho de fiebre. El paciente presenta palidez y sudores fríos.

—Gracias, doctor Everett. Daré la alerta a emergencias y al cirujano de guardia.

—Gracias. —Fir colgó y se concentró en la carretera con la mandíbula tensa.

—Siento haber arruinado tu domingo —dije débilmente.

Me miró por el espejo retrovisor.

—No malgastes tus energías, Tomás. No querría estar en otro lugar.

El dolor aumentaba a cada segundo que pasaba e intenté concentrarme en la rítmica respiración de Tiago, que no había dejado de sostener mi mano. El coche se quedó en silencio, salvo por mi entrecortada respiración y el zumbido del motor. Otra oleada de dolor me asaltó y me aferré al asiento, hundiendo la punta de los dedos en el cuero. Intenté ocultar mi agonía de Tiago, pero no funcionó. Mi hermano podía ver a través de mí.

—Aguanta un poco más —susurró.

Fir volvió a acelerar. A juzgar por la velocidad con la que veía pasar el paisaje, definitivamente, no estaba respetando los límites de velocidad. De vez en cuando, me miraba por el espejo retrovisor, otro indicador de la seriedad de mi situación.

—Casi hemos llegado —dijo tranquilizadoramente.

Mi visión comenzó a nublarse, pero me obligué a enfocar los ojos en la mano de Tiago. De alguna forma, me mantenía anclado a tierra, a pesar del insoportable dolor que amenazaba con abrumarme.

El hospital se cernió ante nosotros como una fortaleza, y lo contemplé con pavor. Mientras aparcábamos en la zona destinada a las ambulancias, mi abdomen alcanzó nuevas cotas de dolor, casi impidiéndome respirar. Inspirar se convirtió en un esfuerzo hercúleo, y perlas de sudor resbalaban por mi frente.

La puerta del coche se abrió.

—Vamos a subirle a una camilla —dijo una voz extraña.

El dolor era demasiado intenso ahora, y dejé de esforzarme por entender lo que acontecía a mi alrededor.

—Quédate conmigo, Tomás —dijo Fir, aferrándose a mi hombro mientras alguien empujaba la camilla.

Cuando entramos en Urgencias, la dura luz de los fluorescentes me envolvió y solo pude oír los caóticos sonidos de las máquinas y un murmullo ininteligible de voces. Me transfirieron a una cama y cerré los ojos, tragando una oleada de náusea.

—Hola, Fir —dijo una voz femenina. Abrí los ojos—. Sheila me ha dicho que sospechas de apendicitis.

Fir volvió a enumerar mis síntomas.

La cirujana se inclinó sobre mí con una sonrisa amistosa y profesional.

—Soy la doctora Martins, la médico de urgencias. ¿Puede decirme su nombre? —Luego, parpadeó—. Eres Tomás Banner.

—Sí.

—Vaya. Lo siento. —Agitó la cabeza y, para mi alivio, su actitud profesional retornó. Bien; no estaba de humor para admiradores. No perdió el tiempo, apoyó las manos sobre mi abdomen y comenzó a presionar y soltar, pidiéndome que evaluara el dolor en una escala del uno al diez. Mis respuestas estuvieron entre el gruñido y el gemido desesperado—. Confirmo que es apendicitis —dijo a Fir—. Y concuerdo contigo. Necesita cirugía de inmediato. ¿Sabemos su tipo de sangre? ¿Algún problema médico que deberíamos conocer?

Tiago se aclaró la garganta.

—Es cero negativo y es alérgico a la penicilina. Más allá de eso, ninguna enfermedad.

—De acuerdo. La enfermera vendrá en seguida para que rellenéis el papeleo.

Joder. Mi hermano no sería capaz de rellenar eso. Era demasiado complicado para él.

—Una vez que Tomás entre a la sala de operaciones, te ayudaré a rellenarlo —dijo Fir a Tiago, y Señor, podría haberle besado por eso.

Las frías y estériles paredes de los pasillos se deslizaron ante mí mientras arrastraban mi camilla hacia la sala de operaciones. Mi corazón palpitaba en mis oídos, y el miedo y la inseguridad atormentaban mi mente. Intenté controlar mi respiración, pero el dolor lo convirtió en una hazaña imposible.

—Oye —dijo suavemente Fir—, todo va a ir bien. —Apretó mi hombro mientras seguía avanzando a mi lado.

—¿Lo hemos cogido a tiempo? —murmuré.

—Sí. Estarás bien, Tomás. Te lo prometo —sonrió y me liberó.

Me aferré a esas palabras.

—No puedo ir más lejos —dijo, apretando mi mano—. Estaré aquí cuando te despiertes. —¿Estaría? ¿No iba a volver a su casa?—. Cuidad bien de él —dijo a alguien.

Y tras eso, todo mi mundo se volvió borroso.

El equipo de cirugía me transfirió a una mesa con movimientos ágiles y precisos. El anestesista me hizo varias preguntas, pero no supe si mis respuestas tuvieron sentido. La anestesia hizo efecto y, finalmente, el dolor se desvaneció y la oscuridad me envolvió mientras descendía a la inconsciencia.

Me desperté desorientado. ¿Dónde estaba? Parpadeé. Mantener los ojos abiertos me costaba demasiado y me hundí de nuevo en las sombras. Esa secuencia se repitió varias veces antes de que recuperase el nivel de consciencia necesario para registrar lo que estaba pasando.

Estaba en el hospital. Apendicitis.

—Hola —dijo una cálida y familiar voz—. Ya has vuelto.

Giré la cabeza. Fir estaba sentado a mi lado con el rostro marcado por el alivio y la preocupación. El suave contacto de su mano sobre la mía me ancló a tierra. Me lamí los labios.

—¿Estoy bien?

—¿No debería ser yo el que te haga esa pregunta? —sonrió Fir—. Pero sí, la cirugía ha ido bien. Te han quitado el apéndice sin complicaciones y, aparte de una pequeña cicatriz, volverás a ser tú mismo en seguida.

Graças a Deus.

—¿Tiago?

—Está en la sala de espera con Cas. Le he ayudado a hacer todo el papeleo.

—Gracias.

Sonrió tiernamente.

—De nada.

—Por todo.

—No necesitas agradecérmelo.

—¿Solo estabas haciendo tu trabajo? —¿No era más que un paciente para él?

Asintió.

—Solo he hecho mi trabajo. Me asombra el buen aspecto que tienes ahora. Por un momento, me habías preocupado.

Tragué el amargor que se había instalado en mi boca.

—¿Cuándo puedo irme a casa?

—Si todo va bien, mañana, y deberías poder volver a la normalidad de quince a treinta días. Probablemente, poco más de quince, teniendo en cuenta que estás en excelente forma.

Tendría que bastar, aunque esa sensación amarga fue reacia a irse. No quería ser su paciente, pero tampoco tenía claro lo que quería de él. ¿Ser su amigo?

Cerré los ojos. Pensaría en ello más tarde. Ahora, estaba agotado.

CAPÍTULO TRECE

FIR

*U*NA SEMANA después de la cirugía, Tomás se presentó en mi clínica para un examen rutinario. Había visto su nombre al revisar la agenda esa misma mañana y desde ese instante, había estado tan entusiasmado como un crío chico el día antes de Navidad. Apenas había sido capaz de trabajar con esa extraña excitación. ¿Cómo de ridícula era esa reacción a mi edad?

Además, era un paciente. Lo que era un problema en sí mismo. Uno enorme.

Tendría que sacar el tema a colación y darle un ultimátum... y temía que me escogiese a mí, como médico, en lugar de a mí, como polvo. A pesar de ello, y a sabiendas de que volvería a ser rechazado por Tomás Banner, tenía que planteárselo. No podía, en conciencia, acostarme con un paciente.

No pasaba nada por evaluar una apendicitis. Después de todo, había sido una urgencia y si me hubiese negado a verlo, casi con toda probabilidad, habría muerto. Pero el peligro había pasado y había concertado una cita conmigo, lo que le convertía, de inmediato, en mi paciente. Y de ahí, mi dilema actual.

Lo más estúpido era que, a pesar de que estaba a punto de tener una conversación incómoda que sabía que terminaría con un nuevo rechazo, mi mente no dejaba de contar los minutos que faltaban para que llegara el momento. Estúpido. Inconcebiblemente estúpido. Como si hubiera vuelto a la adolescencia, suspirando por él desde lejos. Salvo que en esta ocasión no estaría lejos, sino ahí mismo, en mi consulta. Que Dios me ayudara.

Sería mi último paciente del día, lo que era una bendición y una maldición. Tendríamos tiempo para mantener una conversación tranquila, sin apresurarnos, pero mis nervios se iban acumulando a cada hora que pasaba de una jornada que se me estaba haciendo eterna. Una bendición y una maldición, en efecto.

Cuando entró, con esa perezosa y sexy sonrisa, sentí el familiar aleteo en mi estómago.

—Hola, Tomás.

—Hola, Fir. Lo siento, doctor Everett.

Negué lentamente con la cabeza.

—Ese barco zarpó hace mucho tiempo, pero aprecio el esfuerzo.

—No era mi intención faltarte al respeto.

Reí.

—No lo has hecho. La mitad de la ciudad me llama Fir aunque soy su médico. No pasa nada.

Me estudió como intentando determinar si estaba siendo sincero. Luego, asintió para sí.

—De acuerdo.

Hice un gesto hacia la camilla de exploración.

—Quítate la camiseta, por favor, para que pueda examinar la herida. —Me enorgullecí del tono relajado y profesional con el que pronuncié la frase. Ahora, lo único que tenía que hacer era seguir así y concentrarme en él como paciente, no como hombre. Un hombre tremendamente atractivo.

Tomás se pasó la camisa por la cabeza cuidadosamente y la dejó sobre la camilla.

—¿Cómo estás llevando la recuperación? —pregunté mientras me lavaba las manos.

—Bien. Está siendo más fácil de lo que esperaba.

—Eres un hombre saludable y estás en una condición física excelente. Eso marca una gran diferencia. —Me sequé las manos y me acerqué a la camilla—. ¿Puedo?

Asintió.

La herida tenía buen aspecto. Una sutura limpia, sin hinchazón ni rojeces. Perfecta de manual. Palpé cuidadosamente la zona. Bien, no estaba cálida ni presentaba durezas que pudieran indicar problemas.

—Parece que está sanando muy bien. ¿Has sido capaz de comer con normalidad?

—He abandonado el alcohol, pero más allá de eso, sí. Volví a mi habitual comida para conejos dos días después de la cirugía.

Fruncí el ceño.

—¿Comida para conejos?

—Así la llama Cas. Como hidratos de carbono con moderación, así que un gran porcentaje de mi comida son verduras y fruta. Cas cree que eso es más propio de los conejos que de un hombre hecho y derecho. Sus palabras.

Reí suavemente.

—Como médico, no puedo evitar estar de tu parte. Desearía que todos mis pacientes comieran así de saludable.

Vaciló y algo pasó por su mirada.

—A veces, me pregunto si ha merecido la pena.

—¿A qué te refieres? Puedes vestirte, por cierto.

Se tomó unos segundos para ponerse la camiseta, como intentando ganar tiempo para encontrar las palabras.

—Es parte de todo eso que te dije en la boda. Supongo que estoy teniendo una especie de crisis existencial. Aunque a lo mejor, la palabra crisis es demasiado fuerte para definir lo que, básicamente, es un viejo lamentándose.

Sentí una punzada de culpabilidad.

—Nunca te envié el nombre de los terapeutas que te recomendé.

Agitó una mano para quitarle importancia y se deslizó de la camilla al suelo.

—Si no hubiese necesitado un cirujano, lo habrías hecho. No te martirices por ello.

—De acuerdo. Además, no eres viejo. Ni siquiera te acercas.

Rio.

—Probablemente, también crees que hace veinte años estábamos en los ochenta, ¿verdad?

—¿Me estás diciendo que no? —Apoyé las manos sobre mis caderas en un exagerado gesto—. Qué grosero. —Reímos. Luego, volví a ponerme serio—. Te prometo que te enviaré una lista con los terapeutas.

Sonrió.

—Sé que lo harás. Y gracias por estar ahí cuando pasó todo esto —dijo, señalando la herida.

—Por supuesto. —Una parte de mí era reacia a sacar el tema a colación, pero era crucial poner límites, por su bien y por el mío—. Tomás, necesito dejar algo claro. Si nos acostamos, no puedo ser tu médico. Es una violación directa de mi código ético y no puedo comprometerlo.

—No te lo pediría.

—El problema es que el número de médicos de familia en la zona ha decrecido, y la mayoría de las clínicas están llenas. Puede que te resulte difícil encontrar a alguien que te acepte como paciente nuevo.

—Pero ¿tú me aceptarías?

—Vives en Forestville. No rechazo a nadie que viva aquí. Ese es un código no escrito. Pero sí he tenido que negarme a admitir pacientes de las ciudades colindantes porque ya tengo más de los que puedo manejar, y me temo que esa es una realidad compartida entre todos los médicos de esta área.

—Entendido.

El momento de la verdad.

—Lo que significa que tendrás que elegir entre tenerme en tu consulta o en tu cama. —Contuve el aliento, esperando el veredicto.

—¿Qué prefieres tú? —preguntó Tomás.

Joder, se suponía que tenía que responder, no devolverme la pregunta.

—No me corresponde decidirlo a mí.

—Por supuesto que sí.

—No quiero tomar la decisión.

—¿Y qué te hace pensar que yo sí?

—¡No puedo tomar esa decisión! —alcé la voz y ambos nos sorprendimos. Inspiré profundamente—. Lo siento, no tenía intención de gritar.

Tomás rio.

—Eso no ha sido gritar. Ha sido dejar clara tu postura.

—No puedo tomar esa decisión, Tomás —repetí más relajadamente—. Por favor, no me obligues.

Me estudió durante unos segundos y luego, asintió.

—De acuerdo, entonces la tomaré yo. Encontraré a otro médico. Por lo general, tengo buena salud, de igual forma. Además, y no digo esto para alardear, tengo dinero. Según mi experiencia, eso te abre muchas puertas. Tal vez no debería, pero lo hace.

Parpadeé, con la mente atorada en esa segunda frase. ¿Estaba dispuesto a buscar otro médico?

—¿Prefieres acostarte conmigo a que sea tu médico?

—¿Tan inesperado te parece? Eres un gran médico, Fir, pero... y no te tomes esto a mal, como médico puedes ser reemplazado. ¿Cómo pareja sexual? No es tan sencillo. Me gusta lo que tenemos.

Una llama se encendió en mi interior.

—A mí también.

—¿Sí?

—¿Necesito preocuparme por si tienes pérdida de memoria? Parece que no recuerdas lo mucho que disfruté contigo en tu fiesta de cumpleaños.

Alzó las manos.

—Buena observación.

—Me alegro de que me hayas elegido como polvo y no como médico.

Frunció el ceño.

—No eres un polvo. Los polvos son cosa de una noche, dos como mucho.

—Nos hemos acostado dos veces, así que la definición aún sería aplicable.

—Pero tenemos intención de volver a quedar, así que no es válida.

—¿Ahora la intención cuenta como polvo? —Reí—. Porque si lo hace, nos hemos acostado tres veces.

Negó lentamente con la cabeza, riendo.

—No puedo ganar una discusión contra ti, ¿eh? Eres más inteligente que yo.

—No, no lo soy.

—Yo ni siquiera fui a la universidad.

—Eso no tiene nada que ver con ser o no inteligente.

—A lo mejor, pero sigues siendo más inteligente que yo. No me estoy menospreciando, Fir. Solo estoy señalando un hecho. No solo has recibido más educación formal de la que yo recibiré en la vida, sino que eres más inteligente. En más de un sentido. No solo se te dan bien los libros, también tienes excelentes habilidades leyendo a la gente. Como cuando llegamos al hospital y le dieron todos los papeles a Tiago para que los rellenara. Antes de que pudiera decirte nada, te ofreciste a ayudarle. Eso es inteligencia emocional.

Me incliné contra la pared.

—Me estás adjudicando demasiado mérito. Me percaté de eso porque conozco a Tiago desde preescolar y estoy muy familiarizado con sus problemas con la lectura, aunque no descubrí que era dislexia hasta más tarde. Por supuesto que iba a ayudarle a rellenar esos formularios.

—De acuerdo, puede que ese no haya sido el mejor ejemplo. Pero te das cuenta de muchas cosas. Como en la boda, cuando te acercaste a hablar conmigo.

—Estabas borracho como una cuba y preocupado porque tu hermano fuera el siguiente en casarse. No necesité ser un genio para darme cuenta de eso.

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Por todos los Santos, Fir, realmente apestas aceptando cumplidos.

Reí, avergonzado.

—Lo siento. Intentaré hacerlo mejor. —Sonreí—. Gracias. Aprecio mucho que digas eso.

—Vaya, nunca lo habría adivinado con tanta protesta.

Reí suavemente.

—De nuevo, lo siento. Me esforzaré.

—¿Crees que no se te da bien leer a la gente?

Vacilé.

—No es eso. Sí, se me da bien... pero a ti también. Has pulido el arte de las habilidades sociales. Siempre se te han dado bien, incluso en el instituto; te llevabas bien con todo el mundo. Creo que no había nadie que te odiase.

Su expresión se ensombreció.

—¿Y adónde me ha llevado eso? Al modelaje. No es un trabajo que requiera demasiada inteligencia.

—Eso es una mierda —dije afiladamente—. Sé que estás dudando de algunas de las decisiones que has tomado en tu vida, pero no te engañes a ti mismo. Lo que hacéis Tiago y tú es duro. No hay nada fácil en ello. Y lo admitiste en el documental que sacaron hace unos años.

Alzó una ceja.

—¿Lo viste?

Me esforcé por no ruborizarme.

—Toda la ciudad lo vio. Joder, organizaron un grupo y lo proyectaron en el centro comunitario para que todos pudieran verlo juntos.

—¿Es ahí donde lo viste?

Por supuesto que no. Lo había visto en la privacidad de mi dormitorio, en mi portátil, para ver a Tomás de cerca y sentir que estaba en la habitación conmigo. Ni siquiera habían pasado dos años de la muerte de Samuel y verlo me había proporcionado una extraña sensación de confort.

—No importa donde lo vi. Había carteles por todas partes; no habría sido capaz de evitarlo aunque hubiese querido. Pero fue un buen documental, y lo que quería enfatizar es que mostraba lo duro que habéis trabajado y cuánto talento, habilidad y dedicación requiere lo que hacéis, aparte de tener que manteneros en forma.

—Gracias. Aprecio mucho que digas eso.

Reí.

—¿Ese eres tú enseñándome cómo aceptar un cumplido?

Su sonrisa de satisfacción me demostró que estaba en lo cierto.

—Esa idea se me ha pasado por la cabeza, sí. Parece que te cuesta recordarlo.

Reí.

—Me doy por aludido, ¿de acuerdo?

Se puso serio.

—Tengo miedo, Fir. Por primera vez en mi vida no sé qué viene después y estoy aterrorizado. Si ya no soy un modelo famoso, entonces, ¿quién soy?

—Oye —dije suavemente cogiéndolo de la mano—. Es natural sentirse así cuando las cosas están cambiando. Pero eres mucho más que tu carrera, Tomás. Tienes muchas más cualidades que te hacen ser quien eres.

—¿Cómo cuáles?

—Tu fuerza, tu resiliencia, tu amabilidad, tu habilidad para cuidar de otros. —Comencé a

enumerar, satisfecho cuando una pequeña sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios—. Esas cualidades te servirán sin importar el camino que decidas tomar a partir de ahora.

—A lo mejor. —Mis palabras parecieron reconfortarle de algún modo—. Pero me resulta difícil desprenderme de algo que ha formado parte de mi vida durante tantos años.

—Lo entiendo. —Y lo hacía. Lo único que necesitaba hacer para entenderle era pensar en Samuel. Había sido dolorosamente difícil seguir adelante sin él—. Pero a veces la vida nos lanza en una dirección distinta, y nos lleva a personas y experiencias que jamás pensamos que necesitaríamos.

—¿Es eso lo que te pasó a ti? —preguntó Tomás.

Mis mejillas enrojecieron bajo la intensidad de su mirada.

—Estoy muy agradecido por la gente que ha aparecido en mi vida desde la muerte de Samuel, y eso te incluye a ti.

Con suerte, no pensaría que estaba siendo un ñoño; a juzgar por el asombro con el que me miraba, no lo hacía.

—Gracias. Admiro tu fuerza.

—Ser padre soltero es complicado —admití—. Nunca pensé que tendría que criar a mis hijos solo.

Tomás suavizó su mirada.

—Ni siquiera puedo imaginarme lo duro que ha tenido que ser para ti. Pero estás haciendo un trabajo magnífico. Por lo que puedo ver, son buenos chicos.

—Gracias. —Mi corazón se hinchó de orgullo por mis hijos—. Pero es la soledad lo que me afecta a veces. Samuel y yo éramos un equipo. Hacíamos todo juntos. Y ahora, todo depende de mí.

—¿Te has planteado volver a salir con alguien?

Por supuesto que iba a preguntar eso.

—Hace poco me creé un perfil en una plataforma de citas.

—¿En serio? ¿Y cómo te está yendo?

Me encogí de hombros, sintiendo de nuevo la incertidumbre. ¿Había hecho lo correcto? Aún no estaba seguro.

—Bien, supongo. Me han respondido dos hombres, pero no he contactado con ellos todavía. Es difícil saber si alguien entenderá realmente lo que es perder a una pareja y criar a dos hijos.

Frunció el ceño.

—Te mereces a alguien mejor que un tipo que te salga al azar en una página de citas. Eres una persona increíble y un padre maravilloso. Tiene que haber alguien ahí fuera que se de cuenta y te aprecie por quién eres. Las páginas de citas no parecen tu estilo. Te mereces a alguien que te

entienda, te respete y encaje en tu vida.

Sonreí, enternecido por su preocupación.

—Gracias. Significa mucho para mí que digas eso. ¿Y qué hay de ti? ¿Estás interesado en salir con alguien?

Desvió la mirada y pareció reflexionar su respuesta. ¿Había cruzado un límite al hacerle una pregunta tan personal?

—Nunca he querido nada más serio que algo casual. Mi vida siempre ha estado centrada en mi carrera y mi hermano. Las relaciones nunca fueron mi prioridad. Solo el sexo esporádico. —Bajó la mirada a sus manos, que yacían sobre su regazo—. Pero últimamente he estado sintiendo que... No sé. A lo mejor, ha llegado la hora de un cambio. A lo mejor, ha llegado el momento de encontrar algo más significativo. —Se encogió de hombros—. Una de las muchas preguntas existenciales que me estoy planteando.

Me aclaré la garganta.

—Si dices en serio eso de encontrar a alguien, no deberías tener problemas. Quiero decir... eres Tomás Banner, debe haber una cola interminable de hombres deseando salir contigo.

—Pero ¿saldrían conmigo porque soy Tomás Banner o porque les gusta quién soy? ¿Cómo podría saber que están conmigo por la razón correcta?

Vaya, nunca lo había mirado desde esa perspectiva, pero debería haber sabido que las cosas nunca eran tan sencillas como parecían. Al igual que él no tenía ni idea de lo que era ser un padre soltero, yo desconocía los retos a los que tenía que enfrentarse en su día a día.

—Lo siento. Ha sido insensible por mi parte. Supongo que ser famoso también viene con sus desafíos.

—Ser famoso y rico. —Suspiró—. No me gusta hablar de dinero. No porque me avergüence de ser rico, ¿por qué lo haría?, he ganado honestamente todo lo que tengo. Pero lo cambia todo. Una vez la gente se entera de cuánto tienes en la cuenta, su actitud cambia. Nunca puedo confiar del todo en alguien, ¿sabes?

—No, no lo sé. Nunca he estado en esa situación, que es la razón por la que no debería haber hecho suposiciones.

Me ofreció una suave sonrisa.

—Creo que nunca he conocido a alguien tan sensible como tú, Fir. En el buen sentido. Realmente te preocupas por los demás. Es refrescante

Estuve a punto de restarle importancia, pero me contuve.

—Gracias —dije en su lugar, sintiéndome estúpidamente orgulloso cuando me sonrió.

—Mucho mejor.

Los últimos rayos de sol iluminaban la habitación, proyectando alargadas sombras en el suelo. Todo el mundo había abandonado la clínica y solo estábamos nosotros dos. Nos quedamos en un

cómodo silencio, solo interrumpido por el distante canto de los pájaros que llegaba del exterior.

Dos hombres buscando algo. ¿Qué probabilidad había de que encontrásemos lo que buscábamos el uno en el otro? Menor que cero, habría sido mi apuesta. Tomás no estaba interesado en alguien como yo. Quería a alguien que apreciara su estilo de vida, y eso no me describía a mí.

Era un hombre de mundo, acostumbrado a volar en primera clase, a alojarse en los mejores hoteles y a la vida de los ricos y famosos. Yo era un médico de una pequeña ciudad, un padre soltero con dos hijos y tan enraizado en Forestville como los enormes robles del bosque.

No, no tendríamos ningún futuro a largo plazo. Pero ¿por ahora? A lo mejor, por ahora, podíamos ser lo que necesitábamos... y ciertamente, lo que yo anhelaba. Y cuando terminara, como pasaría inevitablemente, lidiaría con ello como había lidiado con todo lo demás. Un pasito al día.

CAPÍTULO CATORCE

TOMÁS

*T*AN PRONTO COMO entré en el Eddie, el olor a café me golpeó, despertando recuerdos de mi infancia. Inhalé profundamente; amargo y dulce. El familiar aroma removió un destello de nostalgia en mi interior. Era curioso cómo los olores podían evocar tantas emociones, y tan intensas, incluso décadas más tarde.

El bar tenía el mismo aspecto de siempre, deteriorado y acogedor, con los mismos sillones grasientos de vinilo rojo y las mismas viejas fotografías en blanco y negro decorando sus paredes, mostrando las cuadrillas de tala y la ciudad en sus primeros tiempos. Algunos parroquianos se agolpaban frente a la barra mientras que otros se inclinaban sobre enormes porciones de la famosa tarta de manzana del Eddie.

Me deslicé en una cabina vacía situada al lado de la ventana y el sillón crujió bajo mi peso. Mi pierna se agitaba con energía acumulada, tan inquieta como mi mente, que llevaba días atormentada por un caótico torrente de pensamientos. Habían pasado más de nueve meses, y solo había abandonado la ciudad para hacer las sesiones que tenía programadas, volviendo inmediatamente. De alguna forma, la habitación de invitados de Tiago se había convertido en mi hogar, y ¿cómo de irracional era eso?

¿Qué estaba haciendo ahí? Forestville nunca me había parecido suficiente; no, cuando la fama y la fortuna me aguardaban más allá de sus fronteras. Y sin embargo, ahí estaba, arrastrado hasta mis orígenes como la marea a la orilla del mar. A estas alturas, ya tendría que haberme muerto de aburrimiento, pero seguía volviendo. Incluso París había sido incapaz de romper esta extraña conexión. ¿Era mi hermano lo que me atraía, o había algo más en juego?

Una parte de mí nunca abandonó este sitio, aunque no me di cuenta hasta que Tiago se instaló en la ciudad. Supuse que habíamos dejado atrás Forestville, pero no podía negar que esa reunión de antiguos alumnos también había cambiado algo en mí.

Miré por la ventana. Al otro lado de la calle se alzaba el instituto, bañado en la dorada luz del sol estival. Una punzada de nostalgia me atravesó. Había vivido una buena infancia aquí. Una increíble, incluso. A un nivel subconsciente, anhelaba la simplicidad que había despreciado en mi juventud, anhelaba una vida adaptada al ritmo sereno de una pequeña ciudad en lugar del vertiginoso mundo de la moda. Pero Forestville ya no podía ser mi realidad. ¿No? Su tranquilidad nunca encajaría con mi espíritu inquieto. Esta ciudad no podría ofrecerme lo que

necesitaba para llenar el vacío que sentía, así que, ¿por qué no podía alejarme de ella? La idea de vivir en la casa de mi hermano durante el resto de mi vida, de verme obligado a contentarme con las migajas de su tiempo y de su afecto era... dramática. Ridícula.

Joder, me estaba convirtiendo en una reina del drama y necesitaba parar ya mismo.

Alguien deslizó una taza ante mí y el olor a café recién hecho flotó hasta mis fosas nasales. Alcé la vista. Auden me estudiaba con una cálida mirada, sosteniendo su propia taza entre sus enormes manos.

—Te he traído tu café, Tomás. Negro como la noche, como a ti te gusta.

Sonreí de par en par.

—¿Quieres divorciarte de tu marido y casarte conmigo?

Se sentó frente a mí y sus ojos grises relucieron con humor.

—Te quiero, pero no. Joder, no. No voy a soltar a Keaton por nada ni por nadie.

Su afectuoso tono me enterneció.

—Y no deberías. Cuando encuentras algo tan raro y preciado, tienes que aferrarte a ello.

—Eso intento. —Su mirada se suavizó—. Me hace muy, muy feliz. Más feliz de lo que jamás pensé que sería.

—Y yo no podría alegrarme más por ti, y lo digo de todo corazón. Por supuesto, me ofendió un poco que tardaras tanto en descubrir tu bisexualidad. Estoy convencido de que nos lo habríamos pasado muy bien, pero estoy dispuesto a pasarlo por alto.

—Qué magnánimo.

Reí suavemente.

—No habrías ido a por mí, de igual forma. Marnin habría sido tu primera opción. Siempre habéis sido como hermanos.

Auden hizo una mueca.

—Y pienso en él como un hermano, así que agradecería que no pusieses imágenes incestuosas en mi mente.

Alcé las manos.

—No digas más. Cerraré la boca.

—Tienes mi eterna gratitud.

Di un sorbo a mi café.

—Gracias por quedar conmigo —dije.

—Cuando quieras.

—¿No vas a preguntarme de qué quiero hablar?

Se encogió de hombros.

—Me lo dirás cuando estés preparado. Y si no lo estás, tampoco me importa pasar un rato con un viejo amigo.

Auden era como una roca, y siempre lo había sido. Fuerte, fiable e imperturbable. En el instituto, había sido el pacificador y el que nos mantenía a raya e impedía que hiciéramos verdaderas locuras.

—Te admiro, ¿lo sabías? —dije.

—¿Por qué?

—Por estar tan... cómodo con quien eres. Con tu vida. Cuando descubriste que eras bisexual, ni siquiera te inmutaste. Abrazaste tu nueva orientación y seguiste adelante, solo que ahora, con Keaton a tu lado. Envidio tu flexibilidad.

Se rascó la barba.

—Creo que viene de tener unos cimientos sólidos, unas raíces profundas aquí. Un árbol con raíces profundas puede capear cualquier temporal. Son aquellos con raíces superficiales de los que te tienes que preocupar.

—¿Tengo raíces superficiales?

—Eso tendrás que descubrirlo tú.

Gruñí.

—Eres de gran ayuda, capullo.

—Sheriff capullo, para ti —sonrió. Volvió a ponerse serio—. ¿Qué tal te está yendo? Ya llevas un tiempo por aquí. Pensaba que no tenías intención de quedarte.

Clavé la mirada en el café. Si alguien podía entenderme, ese sería Auden.

—Ya somos dos. Estoy... inquieto y no sé por qué me está costando tanto despedirme de esta ciudad.

—¿Estás preocupado por Tiago?

Negué rápidamente con la cabeza.

—Cas es perfecto para él. Incluso yo puedo darme cuenta de eso.

—¿No sientes que te ha reemplazado?

Tenía que ser Auden el que metiese el dedo en la llaga.

—Por supuesto que sí. Sería imposible no sentirme así. Pero estoy intentando mejorar. Y realmente me alegro por él.

—Deberías. Están muy enamorados, Tomás. Sé que no es sencillo para ti, pero —.

—No te haces una idea. Con todo el respeto, Auden, a menos que tengas un gemelo no puedes saberlo. Tenemos vínculo más profundo que el de los hermanos.

Asintió lentamente.

—Entendido. Deja que lo explique así, entonces. Si me pongo en tu piel, puedo entender que esto no está siendo nada fácil para ti. Llevas toda la vida cuidando de Tiago y ahora, alguien lo está haciendo por ti. Cualquiera en tu lugar se replantearía cuál es su propósito en la vida.

—*Jesus,* Auden, apuñálame en el corazón, ¿quieres?

—¿Me equivoco?

Suspiré.

—No —admití. ¿Cómo podría poner en palabras mis enmarañados sentimientos?—. No, no te equivocas. He estado... pensando últimamente, haciéndome un montón de preguntas; preguntas existenciales para las que parece que no tengo respuesta.

—¿Y Fir no ha sido capaz de ayudarte a resolver las cosas?

—Sutil. Muy sutil, Auden.

Se encogió de hombros.

—Si no querías que la gente se enterase de que os estáis liando, no deberías haber aparcado ese ostentoso coche tuyo frente a su casa durante horas. O su reconocible Subaru frente a la casa de Tiago cuando todos sabemos que los dueños no están allí.

—¿Cómo has...? No importa. Ciudades pequeñas. Me había olvidado de que todo el mundo se entera de todo aquí.

Sonrió.

—Lo hacemos, y Fir no es exactamente invisible. Es el médico de la ciudad y es un hombre gay y soltero. Y tú también eres abiertamente gay y soltero. La gente habla. No puedes culparles por eso.

—Supongo que tienes razón. Estamos... viéndonos. Casualmente. Muy casualmente, debería añadir, así que no cuentes con una invitación de boda, ¿de acuerdo?

—No cuento con nada. Solo me estaba preguntando cuáles eran tus intenciones.

—¿Mis intenciones? Dios Santo, ¿hemos retrocedido al siglo diecinueve?

—No estuviste aquí cuando Samuel murió, Tomás. Todos tuvimos que presenciar cómo se rompía Fir, cómo pasaba por algo por lo que nadie debería pasar, preocupándonos por si sería lo suficientemente fuerte como para salir de ello. No quiero verle herido de nuevo.

Eso escoció. A pesar de que entendía que su lealtad estuviese con Fir, dolió.

—¿Y no te preocupa que sea yo el que salga herido? ¿Solo es Fir el que necesita protección?

Auden abrió la boca y luego, la cerró. Tras una larga pausa, dijo:

—Lo siento. Supongo que ha sido injusto pensar que él es el único vulnerable aquí.

—Yo también tengo un corazón, ¿sabes? Puede que no lo muestre siempre, pero tengo sentimientos.

—Tomás —dijo con voz suave—. Sé que los tienes, y siento haber insinuado lo contrario. Es solo que... Estuvimos tan preocupados por Fir, tan dolidos por lo que le había pasado... Pasó por un infierno y se merece toda la felicidad del mundo. No digo que tú no te la merezcas, porque lo haces, pero él es... Es muy sensible, y generoso, y quiero volver a verle feliz.

—¿Y crees que yo no puedo darle lo que quiere?

—No sé. ¿Puedes? ¿Estás interesado en una relación a largo plazo? Porque Fir no es de los de un polvo de una noche.

Resoplé.

—Eso solo demuestra que no tienes ni idea de lo que quiere. Él fue quien me pidió que nos acostáramos, Auden. Él, no yo. Fue muy específico sobre lo que quería y créeme, no era un anillo de bodas.

Auden abrió la boca de par en par y luego la cerró de golpe.

—No... No sé qué decir.

Me incliné hacia delante.

—Me ves como una especie de Casanova que deja un rastro de corazones rotos a su paso, pero los hombres con los que me he acostado sabían exactamente en lo que se estaban metiendo. Nunca he mentido a nadie sobre lo que quería o necesitaba y Fir no es una excepción. Hemos sido sinceros desde el principio y sabemos en qué lugar estamos. Y si eso no es suficiente para ti, te sugiero que lo hables con Fir. No es un hombre frágil y de cristal que se resquebrajará con un mero toque. Está hecho de un material mucho más resistente que eso, créeme.

Era curioso cuánto había cambiado mi opinión sobre Fir. La primera vez que quedamos en esa desastrosa primera cita, había pensado lo mismo que Auden. Le había tratado como alguien vulnerable que necesitaba protección. Pero no la necesitaba. Necesitaba amabilidad, como todo el mundo, pero Fir Everett podía defenderse a sí mismo jodidamente bien.

Auden ladeó la cabeza, estudiándome mientras sorbía su café.

—Ya veo.

—Ya ves, ¿qué?

—La verdad —dijo.

—¿Qué verdad?

—Lo que acabas de decir.

El hombre me estaba desgastando y suspiré.

—Lo que digas.

—Así que, ¿estás buscando algo a largo plazo?

Fir me había planteado la misma cuestión.

—A lo mejor. No lo sé. Nunca he tenido una relación seria, así que me da un poco de miedo. —Había pasado tanto tiempo huyendo del compromiso que la idea de encontrar una pareja estable me parecía imposible. Y sin embargo, cuando contemplaba a Tiago y a Cas, la facilidad con la que demostraban su afecto, su confianza ciega,... un anhelo había crecido en mi interior. Suspiré, pasándome una mano por el pelo—. No sé si está en mis cartas. A lo mejor, soy demasiado egoísta y nadie me aguanta.

—No me lo creo. —Auden apoyó una mano sobre mi brazo—. Cuidas y te preocupas por las personas de tu vida, aunque a veces pretendas lo contrario. En alguna parte, bajo ese confiado y presumido exterior, hay un corazón anhelando que lo quieran. —Sus labios se alzaron en una media sonrisa—. Solo tienes que tener el valor para dejar entrar a alguien.

Contemplé el fondo de mi taza vacía. ¿Acaso Auden tenía razón? ¿Anhelaba amor? Pero tras tantos años protegiendo mi corazón, la idea de mostrarme vulnerable me aterrorizaba.

—No sé si puedo dar a alguien tanto poder sobre mí.

Auden se encogió de hombros.

—El amor es un riesgo. Pero la recompensa merece la pena. No puedes pasarte el resto de la vida temiendo dar ese paso. Si lo haces, siempre te preguntarás «¿qué habría pasado?», y terminarás lleno de remordimientos. Y sí, sé que para mí es fácil decirlo, dado que acabo de casarme y estoy locamente enamorado de mi marido, pero no tengo palabras para expresar lo contento que estoy por no haber desaprovechado la oportunidad cuando me di cuenta de lo que sentía por Keaton. Si lo hubiese hecho, habría dejado escapar al amor de mi vida.

Su consejo resonó en mí. Había vivido evitando riesgos, aferrándome a las relaciones superficiales que no amenazaban las paredes que había construido en torno a mi corazón. Pero el tiempo se me estaba escapando de las manos, y la idea de envejecer en soledad era aterradora.

Alcé la mirada, y solo vi preocupación y amor en los ojos de Auden. Ahí estaba el hombre dispuesto a desafiar mis mentiras al tiempo que me ofrecía confort sin juzgarme. Un hombre capaz de admitir cuándo estaba equivocado y lo suficientemente valiente como para dar un salto de fe cuando sentía que estaba haciendo lo correcto.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabio? —pregunté con una irónica sonrisa.

Auden sonrió de par en par.

—Las cosas se me van ocurriendo sobre la marcha, no es coña. Supongo que viene con el territorio. Todo eso de tener hijos y ser el sheriff.

Resoplé.

—Dos cosas que jamás tendré que ser.

Auden me estudió.

—¿Te acuerdas de Carol Jenkins?

Fruncí el ceño, confuso por el abrupto cambio de tema.

—¿La camarera?

—Sí. Está intentando vender su casa. Su nieto tiene cáncer y se va a mudar a Arizona para ayudar a su hija a cuidarlo. Necesita una venta rápida.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Me has dicho que estás inquieto. Comprar una casa te asegurará una base permanente en Forestville, un sitio al que llamar hogar entre sesión y sesión de modelaje. —Se encogió de hombros—. Solo es una idea. La ubicación es magnífica y estoy convencido de que el precio no será un problema. Sería una solución perfecta para ella y a ti podría venirte bien echar raíces.

Su sugerencia me pilló desprevenido. No se me había pasado por la cabeza comprarme una casa, ni siquiera tras ver a mi hermano comprándose la suya. No estaba especialmente encariñado con su habitación de invitados, pero cualquier cosa más allá de eso me parecía un compromiso enorme. Sería como admitir que iba a quedarme. Si era sincero conmigo mismo, ansiaba una estabilidad, un lugar al que volver en lugar de la interminable sucesión de habitaciones de hotel y apartamentos temporales, un lugar en el que guardar todas mis posesiones, que ahora estaban apiñadas en casa de mi hermano. Pero la idea de atarme a un sitio hacía estallar todas las alarmas en mi cabeza.

—No sé. —Las palabras salieron roncas, ahogadas por emociones que no habría sabido nombrar —. ¿Qué pasa si lo odio, o si se me acaba el trabajo y me quedo atrapado aquí?

—Entonces, la vendes. Tienes dinero suficiente para hacer lo que quieras. La verdadera pregunta es ¿qué quieres hacer? —Su tono fue amable, pero firme—. ¿Quieres seguir correteando de país en país, sin asentarte nunca en ningún lado para construir un hogar? ¿O estás preparado para dejar de perseguir la siguiente emoción y encontrar algo de paz?

Sus preguntas se saltaron todas mis defensas, dejando al descubierto las heridas que había dejado una vida entera huyendo. Había pasado tanto tiempo aterrorizado por quedarme atrapado en un sitio que nunca me había permitido echar raíces. Pero Auden tenía razón. Si seguía así, terminaría viejo y solo, con nada más que remordimientos por las oportunidades que dejé escapar.

Inspiré profundamente.

—¿Con quién tengo que hablar sobre la casa de Carol?

CAPÍTULO QUINCE

FIR

*T*ENÍA la casa para mí solo, una rara ocurrencia con dos hijos adolescentes. Incluso más raro aún era que hoy tuviese el día verdaderamente libre. Claro, se suponía que libraba los lunes, pero por lo general, las cosas no funcionaban así. Hoy, sin embargo, las estrellas se habían alineado. La clínica no me necesitaba, y Gabe y Josiah estaban en un viaje escolar. Por unos minutos, me deleité en el silencio y la soledad.

Tras meses de irritación por lo desastroso que estaba mi garaje, por fin había sacado un hueco para adecentarlo. Puede que sonase extraño, pero limpiar me relajaba. Ordenar el espacio físico me ayudaba a ordenar los pensamientos en mi cabeza. Además, mi garaje, que llevaba meses siendo una monstruosidad, había recuperado el aspecto que tanto había anhelado, lo que me llenaba de alegría.

Mi asistenta venía una vez a la semana —no una exageración, teniendo en cuenta que en esa casa habitaban dos adolescentes—, y los chicos se encargaban de los platos y la basura, así que por lo general no tenía mucho que limpiar. Solo había tenido que cambiar las sábanas de mi cama y limpiar el baño. De acuerdo, también había pasado el aspirador, pero solo porque mis calcetines eran nuevos y habían dejado algunas pelusas en la alfombra color crema de mi dormitorio. Normalmente, no me habría molestado, pero... Tomás se iba a pasar por aquí.

El sexo estaba en el menú del día. Los nervios me habían acompañado durante toda la mañana, y me había resultado difícil pensar en otra cosa. Había pasado un tiempo desde nuestra última quedada y anhelaba a Tomás como un hombre sediento ansiaría agua. Tras terminar con el garaje, me había duchado y había pasado un tiempo en el baño acicalándome. Tenía buen aspecto, si se me permitía decirlo, y estaba preparado para algo de acción.

El timbre sonó después del almuerzo y un escalofrío me recorrió la espalda. Abrí la puerta y ahí estaba, Tomás, tan atractivo como siempre. Llevaba el pelo cuidadosamente alborotado y su intensa mirada castaña se clavó en mí.

—Hola —saludé, intentando parecer casual a pesar de que todo mi cuerpo estaba zumbando.

—Hola.

Entró y cerré la puerta tras él. Nos miramos en silencio durante unos segundos y luego, nuestros

labios se encontraron en un feroz beso. Su avidez igualó la mía; mis gafas se interpusieron entre nosotros, así que me las quité y las lancé hacia el armario de la entrada. Su sabor, su olor, su barba arañándome la piel, prendieron una llama en lo más profundo de mi alma que se extendió como la pólvora por mi cuerpo. Me empotró contra la pared, frotándose contra mí sin pudor y me empalmé al instante.

Nuestras manos deshicieron botones y bajaron cremalleras con ansia. La ropa empezó a caer, y un reguero de tela fue desperdigándose por el suelo mientras nos desnudábamos mutuamente, desesperados por sentir la piel. Mierda, aún estábamos en la entrada. Cualquiera podría vernos.

—Arriba —dije entre besos.

Aún enredados, nos tambaleamos hacia las escaleras.

Cuando alcanzamos mi dormitorio, nos quedamos de pie el uno frente al otro, desnudos. El deseo electrificaba el aire. Alcé la mano y pasé los dedos por las salpicaduras plateadas de su barba, maravillándome por cómo enmarcaba su rostro, aumentando su atractivo. Enrosqué la mano en su nuca y le acerqué para otro ferviente beso. Tomás apretó su cuerpo contra mí y sentí cada curva y cada músculo encajando a la perfección contra los míos. Nos movimos fluidamente, casi como por instinto, como una danza.

—Dios, deseaba esto —susurré contra su boca.

Sus labios se curvaron en respuesta.

—Yo también —murmuró y capturó mis labios de nuevo.

El mundo que me rodeaba dejó de existir. Lo único que importaba era Tomás y la extraña conexión que compartíamos en estos momentos robados.

Deslizó sus alargados dedos por mi pecho y sus ojos se oscurecieron de deseo mientras vagaban por mi cuerpo.

—Joder, Fir, siempre tienes un aspecto increíble.

—Que me dices de ti —murmuré, admirando su tonificada y bronceada figura. Probablemente, jamás me cansaría de contemplarlo.

Tomás volvió a besarme, empujándome hacia la cama hasta que mi espalda chocó contra el colchón, y luego, se acomodó sobre mí. Nuestros labios permanecieron pegados y nuestras lenguas danzaron como si tuvieran mente propia. El aire se volvió más pesado, cargado de deseo y lujuria.

Tomás rompió el beso.

—¿Qué te parece si probamos algo distinto? —preguntó.

—¿Qué tienes en mente?

—Mi número favorito —dijo con una traviesa sonrisa

Joder, sí. Podía contar conmigo.

Tomás movió mi cuerpo hasta tenerme exactamente donde quería: tumbado frente a él, en

sentido opuesto. La intimidad de la posición me quitó el aliento. Podía ver de cerca todos y cada uno de los detalles con los que tantas veces había fantaseado: la seductora curvatura de su cadera, la impresionante longitud de su erección y los gloriosos músculos de sus muslos.

No esperé a que empezara y le ataqué, ansioso por saborearlo de nuevo, besarlo y explorarlo. Acaricié sus pelotas y, envalentonado por sus gemidos, me las metí en la boca, succionándolas suavemente. Su perineo también era sensitivo, descubrí, y adoraba que le frotase ahí. Cuando lo besé y lo lamí, casi saltó en el sitio.

Pero luego, Tomás devolvió el favor y engulló mi polla, robándome el aliento. Sentí su lengua saboreando el capullo, provocándolo expertamente, haciendo que me retorciera en la cama. Succionó sonoramente, aparentemente sin avergonzarse por el ruido, y cuando lamió un camino hasta mi orificio, perdí toda concentración. ¿Iba a...?

Oh, sí. Alzó mi pierna, la posicionó sobre su cabeza y enterró su rostro en mi culo como un hombre poseído. Cielos Santo, su lengua hizo cosas que jamás habría creído posibles. Cuando me empaló, mis piernas se cerraron sobre su cabeza como si no quisieran dejarla ir nunca... lo que no estaba muy alejado de la realidad.

Mierda, se suponía que yo también tenía que hacer algo. Para compensar mi falta de reacción, me llevé su polla hasta la garganta. Él maldijo contra mi culo y reí; al menos, tanto como me lo permitió la carne. Nuestros gemidos crearon una sinfonía que retumbó en nuestros cuerpos.

—¿Quieres...? —gemí—. Oh, Dios Santo, Tomás, estoy a punto de explotar. —Con la respiración entrecortada, le liberé, y cuando movió mi cuerpo para devolverme a mi posición inicial, sonreí.

Sus ojos relucían de deseo y afecto, una combinación que me dejó sin palabras.

—¿Bien? —preguntó con voz ronca.

—Más que bien. Me encanta que me follen con la lengua.

—Hacía años que no lo hacía. —Pareció incluso sorprendido.

—Entonces, me siento más honrado aún. Ha sido increíble.

—¿Quieres follarme tú esta vez? —murmuró. Había cierta vulnerabilidad en su mirada, un anhelo que me derritió el corazón.

—Será un placer.

—Ha pasado un tiempo, así que...

Aparté un mechón de pelo de su frente.

—Iré despacio.

La confianza que estaba depositando en mí me conmovió. Esto parecía algo significativo para él.

Alargué el brazo hacia la mesilla de noche y cogí el lubricante y un condón. Tras deshacerme del envoltorio, enrollé el látex sobre mi erección y exprimí una generosa cantidad de gel sobre mis dedos.

Cuando acaricié su entrada, dejó escapar un gemido, y sonreí. Luego, con el mayor de los cuidados, deslicé un dedo en su interior, sintiendo sus músculos contrayéndose en torno a él.

—Relájate —murmuré, amasando el interior de su muslo con mi mano libre—. Te tengo.

Cuando añadí un segundo dedo, Tomás contuvo el aliento, y luego, presioné, hundiéndolos hasta el fondo. Se aferró a mi mano con tanta fuerza que sus nudillos se tornaron blancos, pero sus ojos nunca abandonaron los míos. Confiaba en mí. ¿Cuánto tiempo había pasado para él? No se lo preguntaría, pero sí tenía curiosidad. Nadie que lo hiciese de forma regular estaría tan prieto. Sus músculos fueron ajustándose a la invasión.

—Me... gusta —dijo entrecortadamente con el rostro ruborizado.

Alentado por sus palabras, comencé a mover los dedos, dilatándolo. Y luego, añadí el tercero. Sus gemidos crecieron en intensidad, y seguí invadiéndolo hasta asegurarme de que podría conmigo.

—¿Preparado? —murmuré, besándolo tiernamente en los labios.

—Más que eso. —Tomás me atrajo impacientemente hacia él, transmitiéndome que había esperado lo suficiente.

Me posicioné entre sus piernas, inspiré profundamente y apreté cuidadosamente contra su orificio. La cálida piel me envolvió en segundos y tuve que esforzarme por mantener el control mientras ambos nos adaptábamos a la sensación.

Tomás gimió y hundió los dedos en mis hombros.

—Es... increíble.

—¿Sí?

—Necesitaba esto. Necesitaba sentirte. Sentir algo.

Las alarmas estallaron en mi mente, pero las ignoré. Ahora no era momento de terapias.

Me lo tomé con calma, balanceándome suavemente hasta que mi polla estuvo completamente enfundada en su cuerpo y luego, paré. Me alcé sobre los antebrazos y contemplé nuestra conexión. Habían pasado años desde la última vez que estuve dentro del cuerpo de otro hombre; y esa última vez fue con mi esposo. No me había dado cuenta de lo mucho que lo había echado de menos, pero... Cerré los ojos. Joder, no; no iba a tener otra crisis emocional.

—¿Fir? —preguntó Tomás. La inquietud en su tono me dijo que no era el único preocupado por que estallara en lágrimas.

Aparté el dolor a un lado y me concentré en el hombre que tenía ante mí. Abrí los ojos.

—Eres increíble —murmuré—. Esto está muy, muy bien.

Su rostro se iluminó.

—*Ditto*.

Empecé a moverme, entrando y saliendo de su cuerpo a un ritmo constante. Tardé unos segundos

en perfeccionar el ángulo y sincronizar nuestros movimientos, pero luego, comenzamos a balancearnos fluidamente, como uno.

—Más fuerte —demandó Tomás, mirándome con fiera intensidad—. No te contengas.

Podría con ello, de eso estaba seguro, así que cedí a sus deseos. Yo también quería abandonarme al placer, de igual forma. Le embestí violentamente con una elegancia que ni siquiera sabía que poseía, como si el hombre sacara lo mejor de mí, y yo también debía de sacar lo mejor de él, porque se sometió por completo. Nunca había visto así a Tomás. El elegante modelo había desaparecido y en su lugar, estaba el hombre apasionado que se dejaba llevar por el placer de ser follado. Lanzó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con una expresión de pura dicha, un estado que conocía demasiado bien.

Se aferró a mis caderas, empujándome hacia él, animándome a invadirle de nuevo. Y eso hice. Una y otra vez hasta que el placer pareció incontenible. El dormitorio se inundó de gemidos, del chasquido de la carne, de palabras susurradas que solo sirvieron para alimentar el fuego. Tomás cambió a portugués, y aunque no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, pude entender la esencia.

«No pares» «Ahí» «Joder, muy bien».

—*Por favor* —suplicó con la voz rasgada—. Estoy muy cerca...

—Yo también.

La espiral de placer se apoderó de mí, llevándome más y más alto hasta que todos mis músculos se contrajeron. Con un último esfuerzo, le embestí brutalmente y me lancé al orgasmo. Pero Tomás también se estaba corriendo, y nuestros gemidos se fusionaron en una sobrecogedora oleada de éxtasis. Mis pelotas se tensaron y descargaron en el condón al tiempo que Tomás lanzaba su carga entre nosotros, gruñendo por la intensidad.

Mi cuerpo se rindió y colapsó sobre él. Tomás me envolvió entre sus brazos y susurró algo que no pude entender, algo dulce y preciado. En ese instante, sentí que éramos los únicos hombres sobre la faz de la tierra.

Supuse que me apartaría, pero no lo hizo. Me abrazó hasta que los temblores cesaron, nuestra respiración se reguló y nuestros latidos se ralentizaron. Mi polla perdió su erección y me tragué un suspiro de decepción. Salí cuidadosamente de él y, con reticencia, me aparté.

Até el condón torpemente. No había hecho eso en más de veinte años, desde que Samuel y yo empezamos en serio y decidimos abandonarlos, y jamás me había follado a otro hombre. Otra primera vez. Otra de las muchas cosas a las que tendría que acostumbrarme ahora que Samuel no estaba a mi lado.

Tiré el condón al suelo y me dejé caer sobre el colchón, saciado y exhausto. Tomás se había tumbado de costado y me miraba con la expresión de un hombre que acababa de ser follado, soñoliento y relajado.

—Mmm ha sido increíble —murmuró. Su seductora voz estaba cargada de satisfacción.

—Estoy de acuerdo —sonreí.

Por unos segundos, nos quedamos en silencio, disfrutando del calor de nuestros cuerpos, pero luego, Tomás me acarició la mejilla en un gesto tan íntimo que se me cortó el aliento.

—Hacerlo contigo ha sido una gran decisión —murmuró.

—Gracias. Tu confianza significa mucho para mí.

—¿Nada de lágrimas esta vez? —sonrió.

Reí suavemente.

—*Nop*. Eso fue cosa de una vez, lo prometo.

—No me importó.

—¿No? Me dio la impresión de que te sentiste incómodo.

Hizo una mueca.

—De acuerdo, me sentí incómodo. Pero eso fue entonces. No creo que reaccionara igual ahora.

—¿Qué ha cambiado?

—No lo sé, pero ahora parece distinto. A lo mejor, porque te conozco mejor.

¿Y por qué ese comentario me derritió? No estaba seguro, pero no quería detenerme demasiado a pensar en ello.

—Puede. Pero de igual forma, estoy bien.

Gruñendo, se estiró, mostrándome su escultural cuerpo, y luego, suspiró.

—En otra época, habría sido capaz de ir a por una segunda ronda. Por desgracia, esos días se han quedado atrás.

—¿Estás insinuando que estamos demasiado viejos para esto? Si es así, habla por ti. Yo tengo muchos años por delante.

Rio.

—No, pero mi tiempo de recuperación no es el que era —respondió flexionando las piernas—. Puede que necesite uno o dos días para volver a estar en plena forma. Ahhh, las alegrías de la mediana edad.

—¿Mediana edad? —Resoplé—. Estamos en la flor de la vida, amigo —solté de vuelta, y ambos estallamos en una carcajada.

Tras la intensa sesión de sexo, agradecí la agradable y desenfadada conversación, y evitó que las cosas volvieran a ponerse demasiado emocionales; mayormente, para mí. Tomás no necesitaba esta distracción. El hombre había perfeccionado el arte de ligar; era yo el que tenía más dificultades para mantener la distancia emocional. Pero en ese instante, Tomás decidió acercarse a mí, apoyó un brazo sobre mi pecho y plantó un tierno beso en mi sien.

—Gracias —murmuró.

Cuando apoyó la cabeza sobre mi hombro, casi automáticamente lo abracé y le apreté contra mi cuerpo. Sentí el pausado ritmo de su respiración y joder, ahí estaban esos molestos sentimientos de nuevo.

—Un placer.

A pesar de lo mucho que quería relajarme y disfrutar de ese momento, no pude. Tomás solo quería sexo. Me lo había dejado clarísimo. Cierto, me había confesado que tal vez, había llegado el momento de sentar la cabeza, pero ni siquiera había insinuado que deseaba hacerlo conmigo. No podía culparle. ¿Por qué querría emparejarse con alguien como yo? No éramos compatibles en nada. Salvo en la cama, a lo mejor.

Necesitaba cambiar de tema.

—Según los rumores, te has comprado la casa de Carol.

Tomás rio suavemente.

—Veo que no ha cambiado mucho en estos años. Sí, lo he hecho. Le hice una oferta en metálico que estuvo encantada de aceptar.

—Apuesto a que sí. Es una solución perfecta para ella.

—Y para mí. Es una casa encantadora, y Cas me ha hecho un hueco en su agenda para reformar algunas cosas. Empezará la semana que viene. En general, está en buen estado, pero quería quitar el papel de las paredes y pintarla.

—Vaya, ¿no te gusta tener rosas en el salón?

Tomás se estremeció.

—No. Sin ofender.

—Estoy contigo. ¿Qué colores has elegido?

—Muy básicos. Gris y blanco. Me gusta el gris porque lo puedes combinar con todo, y unos buenos muebles y unas cuantas piezas de decoración le darán color y carácter.

—¿Tienes muebles?

—Ahora, sí. O los tendré en un par de semanas. He comprado todo online y me lo entregarán tan pronto como la casa esté lista.

Debía de ser maravilloso tener el dinero suficiente como para amueblar toda la casa del tirón, aunque no envidiaba su fortuna, ni la vida que había tenido que llevar para acumularla. Sabía que había trabajado muy duro y había tenido que renunciar a muchas cosas.

—Estoy deseando verla.

—La próxima vez, podemos quedar allí.

«La próxima vez». Lo dijo con total naturalidad. Señor, necesitaba salir de esta situación de inmediato, antes de que mi corazón decidiera empezar a interpretar todo esto como una señal de que Tomás quería algo más que mi cuerpo.

—Suena bien. —Inspiré profundamente y miré la hora en mi reloj—. Siento tener que ser grosero, pero es hora de que te vayas. Los chicos llegarán en media hora.

Se inclinó hacia atrás para mirarme.

—Quieres que sea tu sucio secreto, ¿eh? —sonrió burlonamente.

Reí.

—Preferiría que mis hijos adolescentes no supieran nada sobre la vida sexual de su padre, sí, muchas gracias. Siempre he sido abierto con ellos, pero hay cosas que no necesitan saber. Y esta, es una de ellas.

Me dio un rápido beso y se apartó.

—Lo sé. Solo te estaba picando.

Salió de la cama, con el pelo alborotado y las mejillas aún sonrojadas. Deambuló desnudo hasta mi baño y cogió una toalla para limpiarse. Adoraba lo cómodo que se sentía aquí, como si considerara mi casa su hogar. Si solo fuera cierto...

Se puso los calzoncillos y me miró jovial.

—Estoy convencido de que el resto de mi ropa está en algún lugar entre la escalera y la entrada.

Reí.

—Probablemente.

Se acercó a la cama.

—¿Te veré pronto?

—Sí.

Vaciló por un instante, luego se inclinó y me besó.

—Envíame un mensaje cuando tengas un rato libre.

—Lo haré.

Cuando salió de mi dormitorio, mi boca se había quedado seca. Como siempre, se había despedido llevándose un pedazo de mi corazón. Le oí descender por las escaleras y distinguí el sonido de la ropa mientras se vestía. Luego, la puerta principal se cerró tras él.

Me quedé tendido en la cama, en silencio, y la tristeza fue recuperando terreno. Estaba solo. De nuevo.

El lado donde Tomás se había tumbado unos minutos antes aún estaba cálido y el aroma a sexo flotaba en el aire. Acaricié las arrugadas sábanas con la punta de los dedos. Ese había sido un buen polvo. Uno espectacular, de hecho. Pero eso era todo, y joder, sería mejor que no lo olvidara.

Pasados unos minutos, me obligué a salir de la cama y avancé lentamente hasta la ventana para contemplar las pintorescas calles de Forestville. Este era mi hogar, mi vida. No tenía cabida en el

glamuroso y acelerado mundo de Tomás, y estaría engañándome a mí mismo al siquiera considerarlo. Sí, teníamos una gran química sexual, pero nada más. Desde su punto de vista, al menos.

Aunque esta vez se había comportado de forma distinta. Más cariñoso. Más confiado. Más... cercano. Pero eso no significaba nada, ¿no? Nos estábamos haciendo amigos, eso era todo. Amigos con derechos. Más o menos. Eso tendría que bastar.

Abrí las ventanas para airear la habitación y luego empecé a recoger. Me di una ducha rápida y me puse ropa limpia. Los chicos llegarían pronto, y necesitaba volver a asumir mi rol de padre. A pesar de lo mucho que anhelaba el afecto y la intimidad, no podía perder de vista lo que realmente importaba: mis hijos, mi trabajo, mi familia… el amor y la estabilidad que todos necesitábamos.

Pero cuando saludé a mis chicos unos minutos más tarde, con un abrazo y una sonrisa, el rescoldo de esperanza se negó a extinguirse.

CAPÍTULO DIECISÉIS

TOMÁS

*E*L FESTIVAL de verano de Forestville —que solía caer en torno al Cuatro de julio— siempre había sido un evento animado cuando era un crío y, en ese aspecto, poco había cambiado. Las familias se congregaban en el campo deportivo y el aire se inundaba de risas y conversaciones. Los encargados de la organización habían instalado numerosas hileras de mesas de picnic, que ahora estaban cargadas de una amplia variedad de platos caseros, desde suculenta carne a la barbacoa hasta coloridas ensaladas, pasando por postres que me hicieron la boca agua. El sol derramaba una cálida luz dorada sobre el césped y los niños jugaban y se perseguían por el campo.

Tiago y Cas habían llevado comida suficiente por los tres, algo por lo que me sentí agradecido. Sabía cocinar, pero no tenía ni idea de qué platos eran apropiados para este tipo de eventos. Estaba convencido de que mi habitual «comida de conejos» no tendría demasiado éxito. Mi hermano había horneado un pastel para conmemorar el Cuatro de Julio, decorándolo con gelatina roja, fresas, nata y arándanos para emular la bandera. Un poco exagerado en mi opinión, pero encantador, y cuando me concedió el honor de probar la primera versión el día anterior, me derretí de gusto. Sabía a mi infancia.

—¡Tomás! —me llamó Auden. Estaba sentado en una de las mesas con Keaton. Los dos más pequeños de su prole, Dani y Milton, si no recordaba mal, se sentaban frente a ellos.

—Hola —sonreí al acercarme y un coro de saludos me respondió.

—Siéntate con nosotros. —Auden hizo un gesto hacia el hueco que había a su lado—. ¿O ya tenías pensado sentarte con otra gente?

—Tiago y Cas vienen de camino. Iban a recoger a la hermana de Cas y a su novia. Pero creo que hay suficiente espacio para que se nos unan.

Me deslicé en el banco al lado de Auden.

—¿Quieres que te traiga algo de comida? —me preguntó Dani, para mi sorpresa.

Auden sonrió.

—Le gusta hacer ese tipo de cosas —me explicó—. Además, la señorita Culo Inquieto tiene

problemas para estar sentada durante mucho tiempo. Así le das algo que hacer.

—Vaya. En ese caso, claro. Gracias.

Dani se puso en pie de un salto.

—¿Tienes alguna alergia? ¿Alguna preferencia?

Reí suavemente por la seriedad con la que se tomaba la tarea.

—No soy un fanático del pescado, pero salvo eso, me gusta cualquier cosa.

—Entonces, nos saltaremos la ensalada de atún de la señora Brown —dijo Milton, poniéndose también en pie—. No está rica, de igual forma. Y eso que me gusta el atún.

—Confiaré en vosotros —sonreí. Y con eso, desaparecieron en dirección al bufé. Me giré hacia Auden—. Parece que se llevan bien.

Auden sonrió.

—Lo hacen. —Miró con orgullo a su marido—. Ambos estamos un poco sorprendidos por lo bien que se han fusionado nuestras familias. Esperábamos tener más problemas, para serte sincero.

Apreté su hombro.

—Me alegra mucho oír eso.

—Vaya, mirad. —Keaton alzó una mano—. Ahí están Fir y sus chicos.

Fir. Giré la cabeza y *sip*, ahí estaba, avanzando hacia nosotros con un niño a cada lado. Bueno, ya no eran niños; de hecho, eran casi tan altos como él. En cuanto me vio, paró en seco, pero al segundo siguió andando como si nada hubiera pasado. Cuando estuvieron cerca, Keaton preguntó:

—¿Queréis sentaros con nosotros?

Fir se aclaró la garganta.

—Suena bien. ¿Dónde están vuestros hijos?

Auden gesticuló vagamente hacia el bufé.

—Dani y Milton han ido a por comida para Tomás, y los otros dos están con amigos por algún lado.

—¿Puedo ir a buscar a Violet? —preguntó Gabe.

—Y yo —se unió Josiah.

—Claro. Pasadlo bien. —dijo Fir. Luego, se sentó frente a mí y nuestras miradas se encontraron.

—Hola —dije suavemente.

—Hola.

Keaton resopló.

—Necesitáis practicar un poco más eso de que apenas os conocéis. Podría cortar la tensión sexual con un cuchillo.

Auden dio un codazo a su marido.

—Calla. Vamos a pretender que no lo hemos notado.

—¿Por qué? Es mucho más divertido burlarnos.

Quería hacerles la peineta, pero había demasiados niños pequeños a mi alrededor, así que comenté:

—¿Te importaría decirle a tu marido que se meta en sus propios asuntos, Auden?

Auden sonrió de par en par.

—No es que esté equivocado.

Fir se ruborizó, y evité mirarlo por un tiempo, no queriendo avergonzarlo aún más. Afortunadamente, Tiago y Cas se nos unieron, y con ellos, la conversación fluyó con naturalidad.

—¿Y vosotros? —preguntó mi hermano a Keaton—. ¿No queréis iros de luna de miel?

Keaton se encogió de hombros.

—Es algo difícil desaparecer quince días con cuatro hijos. Aún son demasiado pequeños como para dejarles solos tanto tiempo.

Tenía sentido. Todos eran adolescentes, pero sabía que Byron, el mayor de Keaton, había tenido algunos problemas para adaptarse a la ciudad. Probablemente, dejarles sin supervisión no sería lo más sensato.

—Tricia se ofreció hacer de niñera —dijo Auden—. Pero pensamos que era demasiado pedirle que cuidara de los cuatro.

Tricia era su exmujer y una antigua compañera del instituto.

—Habéis puesto el listón muy alto en cuanto a cómo deberían relacionarse los padres divorciados —comenté.

Auden asintió.

—Tuvimos suerte de separarnos antes de empezar a odiarnos. —Sonrió—. Está un poco enfadada conmigo porque, aunque se prometió antes que yo, al final he vuelto a pasar por el altar antes que ella. —Rio—. Pero Tricia y Jason quieren una boda por todo lo alto, y planificar algo así lleva tiempo.

Keaton se inclinó y besó a su marido.

—Me encantó nuestra boda. Fue perfecta.

—No tanto como tú. —Auden se inclinó y le besó.

Antes habría hecho algún comentario sarcástico, pero ahora les observé en silencio, sintiendo algo demasiado parecido a la ternura. Verlos juntos me hacía sentir extraño, como cuando observaba a mi hermano con Cas. No se hacían carantoñas constantemente, ni se pasaban el día pegados, pero... Era la forma en la que se miraban, la forma en la que hablaban, la forma en la que Cas era tan protector con Tiago, a pesar de que era veinte años más joven que mi hermano.

Siempre había pensado que el amor sería algo grande, exagerado, como los desmesurados gestos románticos que había visto en las películas. Pero lo que estaba contemplando no era nada de eso. Su amor se notaba en un millón de pequeñas cosas, en miradas y roces, en palabras susurradas cuando nadie estaba mirando, en detalles que la mayoría de la gente no advertiría. El amor era, de muchas formas, invisible... hasta que prestabas atención. En ese momento, se volvía tan visible, tan claro, que te hacía preguntarte cómo no lo habías visto antes.

No, no quería todo el dramatismo y la exageración de las películas, ese tipo de amor que parecía más enfocado a guardar las apariencias frente al exterior, el que olía a falso y me dejaba mal sabor de boca. Pero ¿este tipo de amor, el invisible, el que se evidenciaba en pequeños gestos? Esa era una historia completamente distinta. La pregunta era si eso encajaría conmigo. ¿Sería capaz de amar así a alguien? No tenía ni idea. ¿Y por qué mis ojos seguían buscando a Fir mientras me preguntaba todas estas cosas?

Los chicos volvieron y, de repente, seis adolescentes se sentaron a la mesa. Hablando de nuevas experiencias.

—Eres un modelo de verdad, ¿no? —Dani me miró con los ojos abiertos, llenos de expectación —. ¿Cómo es? Viajar alrededor del mundo.

—Es excitante, pero también agotador. Ves sitios alucinantes y conoces a gente muy interesante, pero también te pierdes muchas cosas y echas de menos otras... como un hogar.

—¿No teníais casa? —preguntó Violet.

—Teníamos varios apartamentos, pero nunca llegas a sentirlos como un hogar. No sé si eso tiene sentido.

Dani asintió.

—Como cuando tardamos un poco en acostumbrarnos a vivir en casa de los abuelos cuando nos mudamos allí.

Sonreí.

—Exacto.

—¿Echabas de menos Forestville? —dijo Violet—. Papá dice que hasta hace poco no venías mucho aquí.

Miré a Auden, que me hizo un gesto, animándome a decir la verdad.

—Hice todo lo que pude para asegurarme de no echarla de menos —dije suavemente—. Irnos de aquí fue difícil. Hay algo especial en esta ciudad. Ninguno de los sitios en los que he vivido ha podido reemplazarla, así que me obligué a no pensar en ello.

—Pero ahora has vuelto —dijo Josiah.

—He vuelto.

—¿Para quedarte? —volvió a preguntar.

—Acabo de comprarme una casa, así que sí, supongo.

—¿Qué casa te has comprado? —preguntó Gabe.

—La de la señora Carol —dijo Fir antes de que pudiera responder—. Ella se muda a Arizona.

—Está al lado de la nuestra —dijo Josiah.

—Vaya, muy conveniente —dijo Gabe.

Toda la mesa cayó en un estupefacto silencio.

Conveniente ¿para qué? ¿Estaba insinuando lo que yo creía que estaba insinuando?

Fir gruñó.

—¿En serio?

Gabe se encogió de hombros.

—Si querías mantenerlo en secreto no deberías haber dejado que Tomás aparcara frente a nuestra casa. El colega tiene un BMW, papá. No es exactamente algo que vaya a pasar desapercibido por aquí. —Me miró—. Sin ofender.

—Ninguna ofensa —dije, pero lo cierto es que no tenía ni idea de cómo reaccionar. ¿Era esto normal? ¿Se suponía que los chavales de diecisiete años tenían que saber estas cosas? Por otra parte, nadie pareció ni remotamente sorprendido—. ¿Lo sabéis todos? —pregunté antes de pensarlo mejor.

A mi alrededor, todo fueron asentimientos de cabeza y encogimientos de hombros.

—Nada se mantiene en secreto durante mucho tiempo por aquí —dijo Violet—. Me sorprende que no te acuerdes de eso.

Auch. Buena clavada.

—Violet... —Auden entornó la mirada hacia ella.

—¿Qué? Creció aquí, ¿no? ¿Era diferente hace cincuenta años?

«¿Cincuenta años?» Pero... esa pequeña...

Los chicos estallaron en una carcajada y los adultos reímos suavemente. Señor, sí, habían pasado casi cincuenta años. Medio siglo.

—Nos estamos haciendo viejos —dije con un suspiro.

—Habla por ti —dijo Fir—. Yo ni siquiera me acerco a los cincuenta.

Eso le granjeó otra oleada de risas.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver, papá —dijo Josiah riendo.

Cuando los chicos desaparecieron para comprarse un helado, me giré hacia Fir.

—¿Es esto un problema? —pregunté—. Que lo sepan, quiero decir.

Se encogió de hombros.

—Gabe no estaba equivocado. Si queríamos mantenerlo en secreto tendríamos que haber sido más discretos.

—¿No te importa?

—No creo que nadie deba avergonzarse del sexo, así que no. No tenía pensado discutir esto con mis hijos, pero eso es cosa mía, supongo. —Ladeó la cabeza—. ¿Te importa a ti?

—¿Por qué lo haría? Todo el mundo sabe que soy promiscuo.

Hizo un ruido en señal de protesta.

—Promiscuo tiene una connotación negativa, como si estuvieras engañando a alguien. Y no lo haces.

—Ya te digo, llevo sin acostarme con otro desde... —Fruncí el ceño. Vaya, ¿me había vuelto monógamo sin darme cuenta? Sería la primera vez, y ni siquiera estaba saliendo con Fir.

—Yo tampoco —dijo Fir.

¿Y por qué eso me alegró? No tenía ni idea; aunque, por otra parte, toda esta situación carecía de sentido para mí. Estaba rompiendo todas las normas que había seguido a rajatabla durante toda mi vida, y lo estaba haciendo sin miramientos. No, lo que tenía con Fir no se parecía a nada que hubiese tenido antes. Fir era distinto.

Cuando el día se transformó en noche, la atmósfera del festival mutó. Los críos se replegaron a otra zona del campo donde estaban proyectando una película en una pantalla enorme, y el aire se llenó de libertad para los adultos que quedaban. El DJ de antes fue reemplazado por una banda de música, y una suave melodía inundó el ambiente. Las bombillas que colgaban sobre nuestras cabezas bañaban el césped en una luz cálida, creando una atmósfera romántica, y la gente empezó a salir a la improvisada pista de baile.

—¿Te gusta? —preguntó Fir, contemplando a las parejas que se balanceaban con la música. La luz iluminaba su rostro, realzando la suavidad de su piel y las pecas con las que tanto me había encariñado—. Y están tocando a U-2, que es mi banda favorita.

—Así que ¿vas a pedirme un baile o vamos a quedarnos aquí parados? —sonreí, intentando mantener un tono ligero a pesar de que mi corazón había empezado a acelerarse.

Fir sonrió y un ligero rubor empezó a colorear sus mejillas.

—¿Te gustaría bailar conmigo, Tomás?

—Será un placer —dije dignamente. Le cogí de la mano y le guié hasta la pista de baile. Mientras nos hacíamos un hueco entre las otras parejas, la banda cambió de tema y empezó a entonar una balada. La atmósfera se volvió más íntima. Fir apoyó una mano sobre mi hombro,

otra sobre mi cadera y me acercó hacia él. El sutil y tentador aroma de su colonia me envolvió y mi pulso se aceleró aún más al sentir el calor que radiaba de él. Nuestros cuerpos encajaban sin esfuerzo, y nos balanceamos como si lleváramos años bailando así.

—¿No te importa? —pregunté.

—Ni lo más mínimo —respondió con una dulce sonrisa.

No me preocupaba mi reputación, sino la suya. No quería que se arrepintiese de esto cuando la gente empezara a hablar; cosa que, sin duda alguna, harían. A pesar de lo tolerante que era Forestville, aún no era habitual el ver a dos hombres bailando. Puede que la ciudad entera supiese que nos estábamos liando, pero verlo era distinto. Aunque el que Tiago, Cas, Auden y Keaton se nos unieran, ayudó en algo a apaciguar mis reservas y alivió un poco la presión.

Bailamos lentamente, con las risas de nuestros amigos y las animadas conversaciones de fondo. Fir se movía con elegancia, como un hombre seguro de sí mismo y cómodo en su piel. Adoraba eso de él. Y en la pista nos compenetrábamos tan bien como en la cama. La química era innegable.

Cuando las últimas notas del tema se desvanecieron, le liberé con reticencia. No me habría importado seguir bailando, pero no podía; no, cuando sabía la tormenta de cotilleos que desencadenaría.

—Hoy ha sido un gran día. —Fir me dio un beso en la mejilla—. Nos veremos por aquí, Tomás.

Cuando se alejó, la más extraña de las sensaciones se asentó en mi pecho. Como si hubiese... ¿perdido algo?

CAPÍTULO DIECISIETE

FIR

*U*NA DE LAS cosas que abandoné cuando Samuel cayó enfermo fue el ocio. Por aquella época, mis prioridades habían sido distintas. Además, la quimioterapia le dejaba derrotado y no soportaba tener a nadie a su alrededor salvo a su familia. Y tras su muerte, me concentré en sobrevivir, demasiado ocupado intentando superar el día a día como para pensar en invitar a alguien a mi casa. York se pasaba a cenar regularmente, pero era el único, y a estas alturas ya era más familia que un invitado.

Pero tras el festival de verano, me sorprendió el darme cuenta de lo mucho que había disfrutado socializando. Por primera vez en años me había tomado un día entero libre y me había permitido salir y divertirme. Incluso me había bebido una cerveza. Bailar con Tomás había sido nada menos que mágico, pero tras un baile, me había retirado, sabiendo que si me quedaba allí habría estado demasiado tentado a sentir cosas que no debería sentir. Cada vez era más y más difícil mantener mi corazón a raya.

—Esta noche vendrán unos amigos a cenar —informé a mis hijos esa misma mañana.

Ambos se helaron en el sitio.

—¿Has invitado a unos amigos a cenar? —repitió Gabe incrédulo.

—Sí. Vendrá York, el sheriff y el señor Perry, Tiago y Cas, Marnin y... algún otro amigo.

Josiah resopló.

—Suena ridículo que les llames sheriff y señor Perry. Puedes llamarles Auden y Keaton. Sabemos cómo establecer diferencias dependiendo de dónde les veamos—. Hizo una pausa—. Y también puedes pronunciar su nombre, ¿sabes?

Sentí el calor subiendo por mis mejillas.

—¿Qué nombre?

Mis chicos captaron mi patético intento de fingir ignorancia.

Josiah suspiró, cruzando los brazos.

—Mira, papá, nosotros tampoco queremos hablar de esto, confía en mí, pero no nos trates como si fuéramos estúpidos.

Agaché la cabeza.

—Lo siento. No estaba seguro de cómo manejar esto.

—Solo sé sincero —dijo Gabe—. No necesitamos detalles. De hecho, por favor, omite los detalles. Pero no pasa nada por mencionar a Tomás. Sabemos que estáis saliendo. Nos parece bien.

Tragué.

—¿De verdad os parece bien?

Se miraron el uno al otro y, por sus expresiones, intuí que ya habían hablado de esto.

—Por supuesto —dijo Josiah suavizando el tono.

—Eso no significa que no eche de menos a vuestro padre —dije.

—Lo sabemos, papá. Pero la vida sigue. Eso es lo que intentamos decirte el otro día, en el aniversario de su muerte. Queremos que seas feliz y Pa quería lo mismo. No queremos que pases solo el resto de tu vida.

Mi garganta se había cerrado tanto que casi me dolió hablar.

—Gracias. Aunque tengo que añadir que Tomás y yo no estamos... saliendo. Esto no es nada serio. Solo estamos... pasándonoslo bien.

—Estáis liados. —Gabe se encogió de hombros—. Lo que sea.

¿Debería aplaudir la casual aceptación de mi adolescente de dieciséis años o debería preocuparme por ello?

—Sí.

—Genial —dijo Josiah—. Así que ¿Tomás también va a venir esta noche?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Quieres que nos quedemos un rato y luego subamos a nuestra habitación?

¿Cómo había tenido tanta suerte con unos hijos tan comprensivos? Oh, podían ser un auténtico grano en el culo cuando querían, pero en algún momento, Samuel y yo debíamos de haber hecho algo bien, porque eran generosos y empáticos.

—¿Puedo abrazaros? —pregunté casi en un susurro—. ¿Por favor?

Mis hijos, graciosamente, me permitieron abrazarles durante unos segundos y una oleada de afecto me inundó.

—Estoy muy agradecido por teneros. Sois lo mejor de mi vida y espero que lo sepáis.

—Lo sabemos, papá. —Gabe me dio unas palmaditas en el hombro, como si estuviese

preocupado por mí.

—Bien, bien —dije, un poco más emocional de lo que había esperado. Me giré, sabiendo que mis hijos se sentirían incómodos—. Será mejor que pongáis el culo en marcha o llegaréis tarde al campamento.

De ninguna manera iba a intentar cocinar para tanta gente. Afortunadamente, teníamos a Intan, una mujer originaria de Indonesia que se había casado con un americano tras enamorarse durante unas vacaciones en Bali. No solo adoraba cocinar, sino que organizaba eventos. Nunca había probado la comida indonesia hasta que la conocimos, y fue la cena más espectacular que había saboreado nunca. Así que la llamé y encargué un bufé para diez personas. Siempre podría recalentar lo que sobrara.

Intan se presentó a las cinco en punto con su marido, Owen, pisándole los talones. Descargaron recipiente tras recipiente de su vehículo, llevándolos hasta la cocina, y las fragancias que inundaron mi hogar me hicieron la boca agua.

—Muchas gracias, Intan. —dije cuando dejaron la última olla sobre la encimera—. Te has superado a ti misma, huele de maravilla.

Su rostro se iluminó.

—Espero que tus amigos y tú lo disfrutéis mucho, doctor Everett. La comida indonesia sabe mejor cuando se comparte con familia y amigos. Está hecha para eso.

—Muchas gracias.

Owen hizo un gesto hacia las tres ollas repletas de comida que se alzaban junto a las dos bandejas de horno.

—Vendré a recoger eso mañana, si te parece bien.

—Solo dime cuándo te pasarás y me aseguraré de dejártelas en el porche.

Justo cuando se iban, llegó el primero de los invitados, y minutos más tarde, mi casa estaba llena de gente. Añadí una mesa plegable a la mesa del salón —un préstamo de mis padres, que se habían mostrado extasiados al enterarse de que iba a organizar una cena—, pero aun así, tuvimos que apretarnos. Tiago y Cas trajeron vino, York y Marnin aparecieron con una botella de whisky cada uno y Auden y Keaton vinieron con un bol que parecía contener el postre.

Cuando llegó Tomás, esperaba algo similar, pero en su lugar me tendió una pequeña bolsa de regalo.

—Feliz cumpleaños adelantado.

—¿Cumpleaños? No es hasta dentro de dos semanas.

Se encogió de hombros.

—Lo sé, pero supuse que habías organizado esto como celebración. Siempre lo hacías cuando

éramos pequeños porque tu cumpleaños caía en verano.

¿Cómo cojones se acordaba eso?

—Gracias. Es muy considerado por tu parte.

Quité el celo que sellaba la bolsa y eché una ojeada al interior. ¿Qué me había comprado? Parecía un trozo de papel doblado. Lo saqué y lo desplegué. Espera, ¿qué? Mi boca se abrió de par en par mientras leía las palabras.

—Yo... No puedes...

—¿Qué te ha regalado, papá? —Josiah se acercó y miró sobre mi hombro como el adolescente cotilla que era—. Oh, vaya, entradas para el concierto de U-2. Genial.

No podía creérmelo. ¿Cómo cojones había conseguido entradas para eso? Cuando vi que iban a dar un concierto en Las Vegas me había planteado asistir, pero las entradas más baratas ya habían volado y el resto estaban muy por encima de mi presupuesto. Debía de haberse gastado una fortuna. Abrí la boca para protestar, pero la cerré de inmediato. No, no debería. Puede que para mí fuese un montón de dinero, pero para él no significaba tanto, y si había decidido hacerme un regalo así, tendría que agradecérselo. Así que le abracé.

—Gracias. Es el mejor regalo del mundo.

Cuando le liberé, Marnin nos estaba mirando con las cejas alzadas.

—¿Me he perdido algo? —preguntó.

—No te preocupes. —Auden le dio una palmada en el hombro—. Te pondremos al día.

La cena fue un evento escandaloso, el vino fluyó libremente y las risas fueron interminables. Me hizo profundamente feliz. Auden y yo ya nos conocíamos bien, por supuesto, pero no habíamos quedado a menudo, y Tiago y Tomás acababan de instalarse en Forestville, pero por algún motivo, encajábamos bien juntos. A Samuel le habría encantado verme así.

Mis hijos pasaron media hora con nosotros y luego huyeron a sus habitaciones. Nunca había estado tan agradecido por su comportamiento; había sido estelar. Mucho mejor que el de Marnin, que nos amenizó la velada con una alocada historia sobre un polvo a cuatro bandas en el que había participado la semana pasada. Nunca habíamos tenido una relación muy estrecha, pero era el mejor amigo de Auden, y a pesar de su cinismo y su amor por el sarcasmo, me gustaba. Al menos, siempre sabías lo que esperar del él.

Cuando terminó su relato con el esperado clímax, me miró.

—¿Qué? —pregunté.

—Oh, estaba esperando a que hicieras algún comentario sobre el sexo seguro o algo por el estilo.

Resoplé.

—Entonces, puedes seguir esperando. Si tengo que explicarte a tu edad lo que es el sexo seguro, es que te has estado inventando todas esas historias.

Marnin sonrió de par en par.

—Gran respuesta. Así que ¿no tienes problemas con los cuartetos?

—Siempre y cuando no esperes que me una, sírvete tú mismo.

—Vaya, no pensé que fueras a ser tan aventurero.

Me estaba provocando, lo que no era una novedad para mí, conviviendo con dos adolescentes, y ni siquiera estaba tentado a morder el anzuelo.

—Fir es... —Tomás me miró dubitativamente.

Le sonreí.

—Está intentando provocarme. No pasa nada.

Los ojos de Tomás se oscurecieron.

—No me gusta.

—¿No te gusta? —Marnin rio—. Bueno, en ese caso dejaré de hacerlo inmediatamente.

Auden le dio un codazo sin sutileza alguna.

—Déjalo.

Marnin se frotó el costado.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque estás siendo un capullo.

Marnin suspiró y alzó las manos.

—De acuerdo, de acuerdo. Me retiro. Solo me estaba divirtiendo un poco.

—La comida está deliciosa —dijo Keaton, demostrando el mismo talento innato como pacificador del que hacía gala su marido.

Agradecido por el cambio de tema, me apresuré a contestar:

—Intan se ha superado a sí misma.

—Mi plato favorito es el de salsa de coco —intervino York, sirviéndose otra porción de pollo—. Pero el de satay también está delicioso. De hecho, me encanta todo.

—Lo llaman *nasi padang* —dije, repitiendo lo que me había dicho Intan—. Viene de Sumatra. Ella se crió en la zona oeste de la isla. Técnicamente, se supone que debería haber arroz y una variedad de platos más amplia, pero dado que eso implica muchísimo trabajo para ella, aumenta las porciones y disminuye la variedad. El de salsa de coco es... deja que lo mire. —Alargué el brazo para coger una hoja de papel con la descripción de todos los platos, ingredientes incluidos —. *Rendang*. Así se llama. Es carne de ternera cocinada a fuego lento en leche de coco con un montón de especias.

—Te pediría la receta, pero ni siquiera sé cocinar, así que no tendría sentido —dijo York—. Pero

la próxima vez que venga a cenar, le encargaré una olla.

—Trato hecho. Siempre es un bonus el no tener que cocinar, y a los chicos también les encanta ese plato.

—¿Dónde están? —preguntó Tomás—. Podrían haberse quedado.

—¿Y escuchar las aventuras sexuales de Marnin? Son un poco jóvenes para eso, ¿no crees? Están en su habitación.

—El mayor tiene... ¿cuántos? ¿dieciséis? —preguntó Marnin—. Eso no es demasiado joven para el sexo.

—A lo mejor, no. Pero preferiría retrasar lo de hablar de cuartetos delante de él, si no te importa.

—Entendido —dijo Marnin—. No hice mi primer cuarteto hasta que llegué a los veinte.

Sonreí.

—No sé si necesitaba oír eso, pero gracias por compartirlo.

Nadie parecía tener prisa para irse, lo que me alegró. Al menos, no era el único que estaba disfrutando.

—Han vendido el área de acampada —dijo Auden cuando terminamos de cenar, dando pequeños sorbos a su whisky.

—Ni siquiera sabía que estaba en venta —dije, saboreando mi copa de vino.

—Mike nunca lo publicó en ningún sitio, pero llevaba unos años buscando a alguien que le hiciera el relevo —dijo Auden—. No se está haciendo más joven.

No, eso era cierto, y a juzgar por los resultados de sus últimos exámenes médicos, su corazón estaba a punto de rendirse, así que solo podía aplaudir su decisión de retirarse.

—¿Y quién lo ha comprado? —preguntó Cas—. ¿Alguien local?

Auden negó lentamente con la cabeza.

—No, un ex-militar que quería algo de soledad. Bueno, puedo aseguraros que ahí arriba va a conseguirla.

La zona de acampada estaba situada en la cima de la montaña de Bear Creek y era de todo menos accesible, sobre todo durante el invierno, a menos que tuvieses un Jeep o algo similar. A lo mejor, una quitanieves.

—¿Y tiene pensado mantener la zona abierta? —preguntó Cas.

—Por lo que tengo entendido, sí. —Auden se encogió de hombros—. Ya veremos. No sería el primer forastero que no aguanta en la ciudad más de un invierno.

York se aclaró la garganta.

—Mis padres quieren vender.

Todas las cabezas se giraron hacia él.

—¿Quieren vender el albergue? —preguntó Tiago.

—Sí. Tampoco se están haciendo más jóvenes, y dado que yo no estoy interesado en hacer el relevo... —Hizo un gesto de impotencia—. Una de las múltiples cosas en las que les he decepcionado.

—Eso es cosa suya —dije afiladamente—. Deberían estar orgullosos de ti por la carrera que te has creado. Cualquier otro padre lo estaría.

—Bueno, supongo que no cuenta si no eres un Marine que ha muerto en combate —lo dijo con amargura, pero no estaba equivocado. Sus padres estaban siendo tremendamente injustos con él. Además, su hermano había sido tan capullo que no habría sabido ni por donde empezar a describirlo.

—Ellos se lo pierden —dijo suavemente Marnin. Fue un comentario tan inesperado viniendo de él, que todas las miradas se giraron en su dirección—. Sé lo que es tener padres a los que no les importas una mierda. Mi padre podría competir con los tuyos para el premio a los peores progenitores del año. Los padres de Auden fueron más familia para mí que la mía. Y como me dijo el padre de Auden el día de nuestra graduación, ellos se lo pierden. Se están perdiendo el conocernos y nada de eso es culpa nuestra. Y creo que estamos mejor sin ellos, ¿sabes? ¿Qué ganamos intentando obtener el afecto de personas que no están interesadas? Encuentra a tu propia familia y protege a aquellos que te quieren tal y como eres.

Estaba anonadado. Tenía razón, por supuesto, pero nunca habría esperado oír esas palabras de la boca de Marnin. Aunque intuía que sabía muy bien de lo que estaba hablando.

Auden apretó el hombro de Marnin.

—Bien dicho.

York se quedó en silencio por un tiempo.

—Gracias —dijo finalmente—. Es difícil ponerlo en práctica, pero sé que tienes razón.

Marnin le dio una palmadita en la mano.

—Llegarás ahí.

Toda esta conversación me estaba poniendo emocional.

—Voy a comprobar cómo están mis chicos rápidamente —dije, levantándome de la silla. Necesitaba unos minutos a solas para recomponerme.

—Siempre me pongo un poco nervioso cuando hay demasiado silencio —dijo Keaton, y él sabía de qué estaba hablando, dado que tenía dos hijos.

Sonreí.

—Por lo general, se portan bien, pero sí, no hace daño comprobarlo.

Les encontré en sus dormitorios. Josiah estaba jugando a un videojuego con unos amigos y Gabe estaba enfrascado en una partida de ajedrez online.

—Os podéis quedar hasta tarde, si queréis —dije.

Gabe estaba tan concentrado que su respuesta fue más un gruñido. Josiah tuvo un poco más que decir, y una vez abandonó el juego preguntó:

—¿Tomás se va a quedar a pasar la noche?

—No —dije rápidamente—. ¿Por qué pensarías que...? —Callé—. No, no se va a quedar. Ya os lo he dicho, no estamos saliendo. Solo es un amigo. Un ligue, quiero decir.

—¿Qué va a ser, papá? ¿Un ligue o un amigo?

Sabelotodo.

—¿No puede ser ambos?

—Así que es un amigo con derecho.

Dios Santo, no estaba preparado para esta conversación.

—Supongo que lo es, sí. Aunque no es de tu incumbencia.

—¿Por qué no?

—Porque la vida sexual de las personas es privada, incluso si esa persona es tu padre.

—Así que ¿si empiezas a salir con alguien no podemos opinar? ¿Qué pasa si le odiamos?

Vaya, a lo mejor detrás de sus comentarios y sus preguntas había más de lo que había pensado. Me senté en su cama y él giró su silla para mirarme de frente.

—Jamás saldría con nadie al que odiaseis. Me importáis más que nada ni nadie.

—Nos estás dando un montón de poder ahí.

—A lo mejor, pero os conozco lo suficiente como para saber que no vais a abusar de él. Confiamos mutuamente, ¿no?

—Supongo. —Calló, pero aún podía ver los engranajes de su cerebro en funcionamiento—. Papá... ¿por qué no estás saliendo con Tomás?

Joder, Josiah sabía cómo hacer las preguntas difíciles, ¿eh?

—Es complicado de explicar, pero no queremos lo mismo a largo plazo. Yo quiero algo serio, una pareja, y Tomás es... Es más de relaciones cortas, supongo.

—Mmmm. Y si no lo fuese, ¿saldrías con él?

—¿Por qué todas estas preguntas, colega? ¿Qué está pasando?

Bajó la mirada al suelo.

—Gabe y yo nos hemos dado cuenta de que estás más contento desde que empezaste a salir con Tomás. Sonríes más y trabajas menos. Y ahora incluso has invitado a tus amigos a cenar. Nunca habías invitado a nadie. Es solo que... —Finalmente, alzó la cabeza—. Te vine bien, papá. Te

hace feliz.

Me quedé completamente atónito. No había visto venir eso, especialmente de mis hijos. ¿Tenían razón? ¿Tanto había cambiado desde que me había acostado con Tomás?

—No sé qué decir.

—¿Estás seguro de que él no quiere salir contigo?

No podía creer que estuviese discutiendo esto con mi hijo de catorce años.

—Josiah...

—Solo lo digo porque... Papá, siempre nos dices que preguntemos antes de asumir nada.

—Lo hago, pero —.

—¿O eso deja de ser aplicable cuando eres adulto?

—Por supuesto que es aplicable, pero —.

—Entonces, pregúntaselo. Pregúntale si está interesado. Gabe dice que cada vez que le miras sonríes de la misma forma en la que sonreías cuando mirabas a Pa.

¿Lo hacía? Joder, mis hijos eran mucho más perceptivos de lo que creía.

—No puedo, colega, ¿de acuerdo? No puedo.

—¿Por qué no? —insistió mi pequeño pitbull. Incluso de niño no había parado hasta conseguir una respuesta.

Gruñí, negando lentamente con la cabeza.

—¿Puedes pasar esto por alto, por favor?

—Es que... no lo entiendo. ¿Por qué no puedes salir con él?

Sostuve la mirada de mi hijo.

—Porque si le doy mi corazón, lo romperá. Y no creo que pueda sobrevivir a eso por segunda vez.

CAPÍTULO DIECIOCHO

TOMÁS

*E*RA PROPIETARIO. Qué sentimiento tan extraño. Claro, ya había poseído apartamentos en Londres y París, pero siempre los había compartido con Tiago. Aún teníamos nuestra casa en Río, pero esta era mía y solo mía. Y hoy, iba a mudarme allí.

Mis muebles habían llegado el día anterior, todo profesionalmente descargado, desempaquetado y montado por la tienda donde los había comprado. A juzgar por el trato que había recibido, les había solucionado el año. Nada de IKEA para mí, muchas gracias, prefería mi mobiliario ya montado y hecho a medida, sin querer ofender a Cas ni a mi hermano.

Me quedé de pie en el centro de la habitación de invitados que había sido mía, rodeado por todos los objetos que había acumulado a lo largo de los años. Cuando Tiago se compró la casa, habíamos almacenado todos nuestros trastos en su garaje, y ahora, estábamos desempaquetando cosas que no había visto en siglos. El familiar aroma de nuestra historia en común me envolvió mientras guardábamos mis pertenencias. Envolví un delicado bol de cristal en papel de burbujas y lo deslicé cuidadosamente en la caja etiquetada como «Frágil». De vez en cuando, Tiago tosía, resultado del desagradable catarro con el que estaba lidiando. Era la consecuencia inevitable de volver a vivir en el húmedo noroeste, al lado del Pacífico.

—Ey, ¿te acuerdas de eso? —Alzó un viejo álbum de fotos.

Cuando me acerqué a él, lo abrió, revelando imágenes de nuestra infancia en Forestville. Tiago y yo aparecíamos con Marnin, Auden y Essex, sujetando orgullosamente nuestras bicicletas y luciendo sonrisas similares

Mi corazón se contrajo al recordar la escena, haciéndome dolorosamente consciente de cuánto tiempo había pasado desde esos despreocupados días.

—*Jesús*, parecemos muy jóvenes.

—Éramos muy jóvenes. Unos niños inocentes.

Pasó la página y ahí estábamos, él con el brazo en torno a mi cintura y yo con el brazo sobre sus hombros, mirando a la cámara con idénticas sonrisas.

—¿Te acuerdas de cuando nos colamos en la vieja cabaña del árbol que había en el bosque? —

pregunté.

Tiago rio.

—¿Cómo podría olvidarlo? Estábamos segurísimos de que papá y mamá no se enterarían.

—Hasta que nos encontraron a la mañana siguiente, temblando y cubiertos de picaduras de mosquito. —Negué lentamente con la cabeza, con el corazón lleno de nostalgia—. Pensábamos que éramos invencibles, ¿eh?

—Y lo somos —dijo él con seriedad—. Solo que ahora, de forma distinta.

Dejé que sus palabras calaran en mí. Siempre habíamos estado juntos, nuestras vidas entrelazadas como las ramas de los viejos árboles que rodeaban nuestra casa, y tenía que confiar en que el vínculo que nos unía era fuerte. Irrompible. Éramos gemelos, dos mitades de un todo, y esa conexión no podría cercenarse nunca.

Cogí el álbum de sus manos y comencé a pasar las páginas.

—Lo que más echo de menos de ser joven es cómo todo parecía posible. No teníamos ni idea de las limitaciones que nos encontraríamos después. El mundo se alzaba ante nosotros, y estábamos dispuestos a conquistarlo.

—La belleza de ser un crío. Todo parece posible.

Miré a mi hermano.

—¿Te arrepientes? De nuestra carrera, me refiero.

—No, ni por un segundo. —Su respuesta fue inmediata, gracias a Dios—. El que haya decidido reducir el ritmo no significa que odie lo que hacíamos. Lo que hacemos.

—Me alegra oír eso.

Tiago apoyó una mano sobre mi hombro.

—Lo digo en serio.

—Lo sé. Nunca me mentirías.

—Jamás.

La atmósfera era agridulce. La trascendencia de este momento pesaba en nuestros corazones. Por primera vez desde que nacimos, dejaríamos de compartir casa. Siempre habíamos sido inseparables, apoyándonos el uno en el otro a través de los vaivenes de la vida. Habíamos sido nuestro refugio. Y ahora, con esta mudanza, la realidad de la situación empezó a calar en mi mente.

Y en la suya, porque los ojos de mi hermano, tan idénticos a los míos, reflejaban las mismas emociones que oprimían mi corazón. Pero no sabía cómo consolarlo, cómo mitigar el dolor que también estaba desgarrando mi alma. Las palabras no llegaron, así que me quedé en silencio, tan perdido en mis recuerdos como Tiago, y comencé a empaquetar los últimos resquicios de nuestra vida juntos. La distancia que nos separaba ya estaba aumentando, aunque físicamente seguíamos cerca.

Cuando cerré la última caja, sellando años de experiencias compartidas, me invadió una profunda sensación de pérdida. Este era el final de una era, estábamos cerrando un capítulo de nuestras vidas y ninguno de los dos parecía preparado para ello. El vacío de la habitación parecía reflejar mi vacío interior.

Me aclaré la garganta.

—Eso es todo. Creo.

—Lo es. Tomás, yo... —Tosió unas cuantas veces antes de recuperar el control—. Solo quería decirte: Gracias. Siempre has estado ahí para mí, siempre has cuidado de mí cuando más lo necesitaba, y... No estaría donde estoy ahora de no haber sido por ti.

—Ni siquiera te atrevas a agradecerme eso. Así no es como debería ser.

—A lo mejor, pero necesitaba decirlo. Porque estoy muy, muy agradecido de haberte tenido a mi lado todos estos años. Y creo que nunca te he dicho cuánto aprecio todo lo que has hecho por mí.

Su mirada solo transmitía sinceridad y me asaltó una oleada de amor por mi hermano.

—Ha sido un placer y un privilegio compartir este viaje contigo, hermano. Solo... Lamento haber sido tan sobreprotector. Y espero que sepas que nunca tuve mala intención.

Él asintió, apretándome el hombro.

—Lo sé —dijo cálidamente—. Hemos madurado mucho a lo largo de los años, y seguiremos haciéndolo, juntos y por separado.

—No será lo mismo ahora que tienes a Cas.

No quería hacerle sentir culpable, pero tenía que decirlo. Necesitaba que supiese cómo me sentía, aunque estaba convencido de que ya lo sabía.

—Lo sé, pero el cambio es algo positivo, aunque siempre resulte un poco aterrador. Encontrarás tu camino, Tomás, igual que lo he hecho yo.

—Me pregunto si, al apoyarnos tanto entre nosotros, nunca aprendimos realmente lo que es vivir por nuestra cuenta.

Mi hermano se quedó en silencio, pero pude leer la respuesta en sus ojos.

—Creo que la palabra exacta es codependencia —dijo finalmente.

Escoció, pero bueno, la verdad solía escocer.

—Nunca tuve intención de que pasara esto —murmuré.

—Lo sé. Ni yo. Pero pasó. Por eso es tan duro.

—¿También es duro para ti?

Tiago me arrastró hacia él y me abrazó como si jamás quisiera abandonarme.

—Me está haciendo añicos.

Por extraño que pareciese, esa confesión me hizo sentir mejor. Si hubiese respondido con algo casual, intentando quitarle hierro, me habría dolido infinitamente más. Le aplasté contra mi pecho y nos quedamos unos segundos así, en silencio.

Cuando me liberó, ambos teníamos los ojos enrojecidos.

—Tomás... —dijo Tiago.

Asentí.

—Te vas a retirar por completo.

—Sí.

—Lo sé, *querido*. Y lo entiendo.

—¿Lo entiendes?

Cubrí su mejilla con mi mano.

—Has encontrado el amor. Eso importa más que nada que pueda ofrecerte el trabajo. Si estuviese en tu lugar, tomaría la misma decisión.

—Gracias —dijo, con la voz tomada por la emoción—. Y sabes que siempre estaré aquí para ti, ¿verdad? No vas a perderme.

Las lágrimas amenazaron las comisuras de mis ojos.

—Lo sé. *Te amo, irmão*.

—Yo también te quiero. Nada podrá cambiar eso.

Este no era el final. Era el principio de algo nuevo.

Unas horas más tarde, cerré la puerta de mi nueva casa tras de mí. Tiago y Cas me habían ayudado a trasladar todas mis pertenencias y nos habíamos despedido con un breve abrazo. Y eso fue todo. Un nuevo comienzo.

Solo.

Vagabundeé por la casa con una sensación de extrañeza. El sofá de cuero azul quedaba bien con las paredes gris plata y la mesita de café blanca junto con la alfombra decorada con un diseño abstracto en tonos azulados hacía que todo el conjunto encajara. Había dejado la cocina tal y como estaba, dado que los colores eran neutros, todo metal y blanco, algo que resultaba muy práctico. Cas se había limitado a pintar las paredes para rejuvenecerlas.

Mi dormitorio era un desastre. Aún tenía que desempaquetar cajas, maletas y hacer la cama, pero eso no debería quitarme demasiado tiempo, ¿no? El baño adjunto era pequeño, pero tenía una ducha elegante y decente y no necesitaba una bañera.

La otra habitación parecía diminuta, con mi escritorio ocupando más de la mitad del espacio. No

tenía ni idea de para qué necesitaría esa mesa, pero ¿qué otra cosa podía meter ahí? El sótano era perfecto para instalar un gimnasio y el dormitorio extra haría las veces de habitación de invitados, si es que alguna vez tenía invitados. A lo mejor... ¿Marnin? *Nah*, preferiría quedarse en casa de Tiago; su hogar era más bonito y más amplio, y su relación con mi hermano era más estrecha de lo que había imaginado.

Pensé que Tiago siempre me había confiado todo, pero nunca me contó que llevaba años liándose con Marnin. Descubrí su relación el año pasado, poco más tarde de la reunión de antiguos alumnos, y aún no sabía cómo sentirme al respecto. Una de las muchas cosas que tenía en mi enorme lista de «Cosas que ignoro». Llegados a este punto, ¿qué sabía a ciencia cierta? No demasiado.

Sentí una punzada de dolor ante esta novedosa y desconocida soledad, y tuve que esforzarme por respirar. Las paredes se cernían sobre mí y me estaba sofocando bajo el peso de mis emociones. Dios Santo, estaba autocompadeciéndome demasiado y necesitaba parar. Ya.

Antes de darme cuenta, tenía el móvil en la mano. Solo que no era a Tiago al que estaba llamando, sino a Fir.

—¿Todo bien? —preguntó.

Por algún motivo, oír voz hizo que se me humedecieran los ojos. Joder, estaba perdiendo la compostura.

—Sí, sí, estoy bien. Solo... Solo quería decirte que ya estoy en mi nueva casa.

—¡Enhorabuena! ¿Cómo te sientes?

Aterrado.

—Excitado por el nuevo paso.

Rio suavemente.

—Eres un mentiroso terrible, Tomás Banner.

—Estoy intentando estar excitado por este nuevo paso.

—¿Te has puesto en contacto con alguno de los terapeutas que te recomendé?

Me había enviado una lista con seis terapeutas, tres en el área y tres que ofrecían sus servicios online.

—Aún no he tenido tiempo, con la mudanza y todo eso.

—Tomás...

—Lo haré. Les llamaré mañana, te lo prometo.

Se quedó unos segundos en silencio.

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Estoy bien. Solo estoy compadeciéndome un poco de mí mismo.

—¿Quieres que me pase por allí? —Alguien habló de fondo—. Un segundo, Tomás. —Su voz llegó amortiguada—. Dame un par de minutos, Gabe, y luego comprobaré tu ensayo, ¿de acuerdo?

Sus hijos. Fir tenía hijos. Era egoísta robarle tiempo cuando sus hijos le necesitaban.

—No, no necesitas pasarte —dije según volvió—. Ve a ayudar a tu chico.

Colgué antes de que me diera tiempo a cambiar de opinión y empezara a suplicarle que se pasara. Estaba siendo patético y nadie debería verme así, mucho menos el hombre que había sobrevivido a una de las peores tragedias que le podía pasar a alguien, y había tenido la fuerza y el valor suficientes como para superarlo. Si me viera ahora, solo le daría lástima, viéndome hundido porque mi gemelo había encontrado al amor de su vida y me había quedado solo.

Las lágrimas comenzaron a acumularse en mis ojos, nublándome la vista. Me deslicé al suelo, apreté las rodillas contra mi pecho y las rodeé con mis brazos. Finalmente, me permití a mí mismo derrumbarme. El llanto agitó mi cuerpo, pero no alivió el vacío que sentía en mi interior. Joder, estaba siendo ridículo. Gracias a Dios que al menos había esperado a que nadie pudiera verme. Estaba hecho un auténtico desastre. Un lamentable y patético desastre.

Me sentía jodidamente perdido. Ya había intuido que Tiago iba a retirarse. Había cumplido con las sesiones a las que ya se había comprometido por contrato, pero no había querido que le reservara ninguna nueva. Por supuesto que lo había visto venir. Pero ahora que había pronunciado las palabras, haciéndolo oficial, la realidad volvió a golpearme. Se había ido. ¿Cómo sería mi futuro sin él a mi lado?

—Contrólate —me dije severamente, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano. No podía ahogarme en la autocompasión para siempre. Necesitaba un plan, algo que me ayudara a recuperar las riendas de mi vida. Algo para distraerme de esta sensación de vacío y soledad.

No podía hacer esto. No podía vivir en esta perfecta casita de esta perfecta y encantadora ciudad y pretender que mi vida era igual de perfecta, porque no lo era. Apestaba. El que Tiago fuera a retirarse apestaba. El estar solo apestaba. El sentirse solo apestaba. Todo apestaba y no era lo suficientemente fuerte como para lidiar con ello. Señor, ni siquiera había pasado una hora solo y ya estaba perdiendo los papeles.

No podía hacer esto.

Una idea se me pasó por la mente y me aferré a ella como a un clavo ardiendo. Londres. Podría escapar a Londres. Al menos, por un tiempo. El pensar en estar a miles de kilómetros de Forestville, a miles de kilómetros de todas las acarameladas parejas parecía apetecible. Podría aplazar el inevitable enfrentamiento conmigo mismo y huir del vacío que esta ciudad hacía tan patente. Y *mãe de Deus*, necesitaba hacer algo para poner fin a esta penosa fiesta de autocompasión antes de que empezara a revolcarme por el suelo gimoteando.

Cogí mi móvil y busqué vuelos. Mi corazón se aceleró al encontrar uno que salía a primera hora de la mañana. Perfecto. Con una mezcla de ansiedad y excitación, reservé el billete, zanjando mi decisión. Quince minutos más tarde, lancé algo de ropa en una maleta, cogí mi pasaporte y mi neceser, y me dirigí a la puerta, recordando en el último momento que tenía que cerrarla con llave. Pasaría la noche en un hotel cerca del aeropuerto y estaría en Londres mañana por la tarde.

Problema resuelto.

¿No?

CAPÍTULO DIECINUEVE

FIR

*L*A INTENSA LUZ del mediodía se filtraba por las cortinas de la clínica, proyectando sombras sobre la camilla mientras me lavaba las manos. El fuerte olor del jabón antibacteriano inundó mis fosas nasales. Estaba cansado, completa y absolutamente agotado, y me esforcé en concentrarme en Tiago, que se estaba poniendo la camiseta ahora que había terminado de auscultarle por lo que él consideraba un «desagradable catarro que no quería irse».

Me aclaré la garganta.

—Esto no es un catarro, Tiago. Tienes una infección de oído, una infección de garganta y una infección de los senos nasales. Y no me gusta cómo suenan tus pulmones, en absoluto. Voy a recetarte un tratamiento antibiótico y si no ves una mejoría en los próximos días, por favor, ponte en contacto conmigo. Puede que tengamos que recurrir a un tratamiento más fuerte y recetarte esteroides.

—Gracias —dijo, con la voz de un hombre que fumaba dos cajetillas de cigarrillos al día.

—Si te molesta mucho la garganta pide a Brianna que te consiga algunos caramelos de regaliz. Su marido los compra de una tienda online holandesa y sé que hacen milagros aliviando el dolor de garganta. Eso si puedes aguantar el sabor. Parece que es una de esas cosas que adoras u odias. Personalmente, preferiría comer tierra, pero esa solo es mi opinión.

Tiago rio suavemente.

—Ya los he probado y no me desagradan, así que le preguntaré. Gracias por el consejo.

—No hay de qué. —Limpié mi estetoscopio y me lo colgué de nuevo al cuello—. ¿Todo bien en casa?

Alzó una ceja.

—Sí, ¿por qué?

—Es una pregunta rutinaria que hago a todos los pacientes que vienen a mi clínica, por si hay algo de lo que necesiten hablar. La salud mental es una parte crucial de la salud en general, y puede impactar en tu estado anímico de formas que aún no entendemos del todo.

—Ah. Sí, todo bien en casa. —Una cálida sonrisa suavizó su expresión—. Aún estoy locamente enamorado de Cas y nunca había sido tan feliz.

—Me alegra mucho oír eso. Os merecéis lo mejor.

Ladeó la cabeza.

—¿Cas y yo? ¿O Tomás y yo?

—Estaba hablando de Cas y tú, pero obviamente, también deseo lo mejor para Tomás. —Lo dije sin trabarme y con profesionalidad, algo que me enorgulleció. Claramente, podía separar mi vida personal de la laboral, aunque me costó no preguntar a Tiago cómo le iba a su hermano. Llevaba una semana sin tener noticias de él, y estaba deseando repetir nuestro último encuentro, que había sido más que alucinante.

Tiago me estudió y luego, suspiró.

—Tomás ha salido de la ciudad.

Fruncí el ceño.

—Por trabajo, ¿te refieres? —Era curioso, no me había mencionado nada. Aunque tampoco me debía una explicación.

—No, se marchó a Londres en un impulso. Ni siquiera me informó hasta que llegó allí.

—Espera, ¿Tomás se ha ido? ¿Por qué haría eso? —pregunté, incapaz de ocultar mi asombro.

—No lo sé. —Los ojos de Tiago se humedecieron—. Creo que fue tras mudarse a su casa. Ni siquiera pasó una noche allí. Se fue a Londres el mismo día que se mudó. Está teniendo dificultades para acostumbrarse a vivir solo. Nunca ha estado solo antes.

Mi corazón dolía por Tiago. Era obvio que la culpa le estaba aplastando. Apoyé una mano sobre su hombro.

—No puedes culparte por querer construir una vida con el hombre del que te has enamorado. No es culpa tuya que a Tomás le esté costando adaptarse.

Tiago asintió, limpiándose discretamente los ojos.

—Lo sé, y él también me lo ha dicho, pero no puedo evitar preocuparme.

—Lo único que podemos hacer es estar ahí para los que queremos. Al final, encontrar su propio camino depende de ellos.

—Tienes razón, lo sé, solo... Espero que mejore.

—Estoy seguro de que lo hará, pero puede que le lleve tiempo.

Tiago apretó los labios y luego dijo:

—Creo que nuestra relación no era sana. Cas mencionó el concepto de codependencia y he visto algunos vídeos sobre eso en YouTube. Digamos que me resultó muy familiar. Sé que me quiere y que se preocupa por mí, y nunca le echaría nada en cara, pero no era saludable para ninguno de

los dos.

—No estoy cualificado para determinar si lo que teníais era codependencia o no, pero puedo entender que hayas llegado a esa conclusión. Y si estás en lo cierto, aunque sea a un grado mínimo, significa que gran parte de la identidad de Tomás está basada en ser tu gemelo, tu hermano mayor y tu cuidador. Ahora que eso ha desaparecido, puede que se esté cuestionando a sí mismo y su propia identidad.

—¿Has hablado con él de esto?

Estaba adentrándome en un área gris. Técnicamente, Tomás no era mi paciente, pero no me sentía cómodo compartiendo con Tiago lo que me había confesado.

—Creo que no debería discutir esto contigo sin consultarlo antes con Tomás.

—Entonces, no lo hagas. Si ha hablado contigo, no quiero poner en peligro esa confianza. Necesita a alguien. Y me alegro mucho de que os hayáis hecho amigos.

—No estoy seguro de si «amigos» es el término adecuado. —Agité los pies en el sitio—. Amigos con derecho, tal vez. O como quiera que quieras llamarlo. Nos hemos acostado.

—Me lo dijo. Pero una cosa no excluye la otra.

—No, técnicamente no, pero... —¿Cómo podría explicárselo si ni siquiera lo entendía yo mismo? —. No estoy seguro de si podría ser su amigo, Tiago. Solo amigo, me refiero. Es... —Suspiré—. Mira, siempre he tenido una debilidad por tu hermano, y desafortunadamente, eso no ha cambiado. Necesito mantener una distancia emocional o terminaré herido. Otra vez.

Los ojos de Tiago, tan parecidos a los de Tomás, se suavizaron.

—¿No estás interesado en tener nada más con él? ¿Algo a largo plazo?

Resoplé.

—¿Algo a largo plazo? ¿En qué planeta vives? Porque en el mío, no hay ningún escenario en el que Tomás Banner vaya a querer algo a largo plazo con alguien como yo.

Tiago alzó una ceja.

—Cas es contratista, y funcionamos maravillosamente bien.

—Sí, pero —.

—¿Estás diciendo que no eres lo suficientemente bueno para él o que eres demasiado bueno para él?

—Ninguna de las dos. Somos muy distintos, eso es lo que estoy intentando decirte. Soy un padre soltero, Tiago. Un padre soltero constantemente cansado e interminablemente ocupado que lleva los últimos cinco años viviendo en modo supervivencia. Apenas tengo tiempo para dormir, menos aún para tener citas, y tengo muy poco que ofrecer a cualquiera, mucho menos a tu hermano, que es... Dios Santo, ni siquiera sé por dónde empezar. Es un hombre famoso, rico, atractivo... y yo solo soy un tipo normal intentando vivir el día a día.

Ahora, fue Tiago el que apoyó una mano sobre mi hombro.

—¿Alguna vez has visto *Notting Hill*?

—¿La de Hugh Grant y Julia Roberts? Sí, claro. Me encanta esa película. ¿Por qué?

—¿Recuerdas esa escena en la que ella va a la librería y le dice que bajo toda esa fama, solo es una chica, frente a un chico, pidiéndole que la quiera?

Tragué sintiendo cómo me ardían las mejillas.

—Sí.

—Ese es Tomás, Fir. Solo es un hombre que necesita amor, como todo el mundo. No dejes que te engañen las apariencias. No sois tan distintos en lo que importa.

—No... No podría... No está enamorado de mí, Tiago.

—Pero podría. Eso es lo único que intento decirte. He visto cómo te mira y cómo habla de ti. Le gustas y te respeta enormemente. Nunca le he visto esforzarse tanto por nadie. Le importas y ni siquiera creo que se esté dando cuenta. Por favor, no le apartes por su trabajo o porque es una celebridad. Si te gusta la mitad de lo que creo que te gusta, no le des por perdido.

Señor, sabía cómo hablar, ¿eh? Pero ya había decidido que, incluso si estaba equivocado, incluso si Tomás no estaba interesado en mí, no quería que pasara solo por todo esto. Me importaba lo suficiente como para contactar con él.

—¿Te molestaría si le llamo y le digo que sé que está en Londres?

Tiago me miró aliviado.

—Por favor, hazlo. Le vendrá bien hablar con alguien y sé que le encantará que le llames.

—De acuerdo, lo haré. Pero no te prometo nada. A lo mejor no quiere hablar conmigo. Tiene que tener sus motivos para haber abandonado Forestville.

Tiago alzó las manos.

—Aprecio que lo intentes, eso es todo. Dejaré el resto en vuestras manos.

Cuando llegó mi descanso para almorzar, ofreciéndome un merecido respiro del ajetreado ritmo de la clínica, me senté frente a mi escritorio y desenvolví el sándwich que me había preparado esa misma mañana. Entre bocado y bocado, mis pensamientos se desviaron hacia Tomás, tal y como habían estado haciendo durante todo el día. Las palabras de Tiago seguían repitiéndose en mi mente. ¿Tenía razón? ¿Podría haber algo entre Tomás y yo?

Sentí un aleteo en el estómago y me maldije a mí mismo por mi estupidez. La esperanza era algo muy peligroso. Cuando diagnosticaron a Samuel, la situación había parecido desoladora, pero luego oímos hablar de un nuevo tratamiento experimental que podría funcionar. Durante dos meses, vivimos con la esperanza de que, tal vez, podríamos vencer al cáncer después de todo... solo para recibir la devastadora noticia de que no había surtido efecto. A veces, era mejor aceptar la realidad y no dejar que la esperanza ganara terreno.

Pero eso no importaba ahora. Tenía que llamar a Tomás. Necesitaba que alguien estuviese ahí para él, y ese alguien no podía ser Tiago. Inspiré profundamente, saqué mi móvil y elaboré un

mensaje. Mis dedos vacilaron unos segundos sobre el teclado, pero luego, encontré las palabras.

«Tiago me ha dicho que estás en Londres. Solo quería comprobar qué tal estabas. ¿Puedo llamarte?»

Pulsé enviar y aguardé la respuesta con el corazón en un puño. Una parte de mí estaba preocupada por saber cómo reaccionaría a mi mensaje. ¿Aceptaría mi ofrecimiento o me rechazaría de lleno? La respuesta llegó casi de inmediato.

TOMÁS: Me encantaría hablar contigo.

El alivio me inundó y pulsé el botón de «Llamar».

—Hola —saludó Tomás con voz soñolienta.

—Espero que no te importe que te llame. Solo quería asegurarme de que estabas bien.

La línea se quedó en silencio durante un instante y contuve la respiración.

—Gracias. Me alegro de que me hayas llamado.

Me apiadé de él, imaginando lo solo y perdido que debía sentirse. A pesar de lo mucho que quería abrazarlo, lo único que podía hacer era prestarle un oído e intentar proporcionarle el apoyo que necesitaba.

—Sé que no estás pasando por un buen momento, y quería asegurarme de que supieses que no estás solo. Estoy aquí y haré lo que pueda para ayudarte a salir de esto.

Tras unos segundos, Tomás respondió, vacilante:

—Realmente te preocupas por mí, ¿eh?

Sus palabras me pillaron desprevenido, y titubeé hasta dar con la respuesta apropiada.

—Por supuesto, Tomás. Nos conocemos desde hace mucho, y además, somos amigos, ¿no? Más o menos. Quiero decir, te consideraría mi amigo, aunque somos más... —Exhalé, poniendo fin a mi embarazoso tartamudeo—. Por supuesto que me preocupo.

—Gracias. Y lo decía en serio. Me alegro mucho de que me hayas llamado. Y sí, también te considero un amigo.

¿Lo hacía? Tragué.

—Me alegra oírlo. Sé que no éramos amigos en el instituto. —Dios Santo, ¿por qué había sacado ese tema? Por algún motivo, nunca podía mantener la serenidad y la elegancia que quería con Tomás. Tenía ese desconcertante efecto en mí.

Rio suavemente.

—No, pero no porque me cayeses mal. Además, salías con otro grupo de gente. No estabas solo.

—No, no lo estaba. Y tú tenías un grupo de amigos maravilloso. Bueno, salvo Essex.

Se quedó en silencio unos segundos.

—No lo sabíamos.

—No sabíais ¿el qué? —Intuía a lo que se refería, pero necesitaba que lo dijera él mismo.

—Lo abusón que era. York habló con Tiago en la reunión del año pasado y le confesó cómo le había tratado su hermano. Eso me hizo recordar lo desagradable que fue contigo el día de nuestra graduación.

Suspiré.

—No solo nos trató así a mí y a York, Tomás. Era un matón. Trató así a muchos. Pero era lo suficientemente inteligente como para no comportarse de esa forma delante de vosotros. Sabía muy bien que le habríais parado los pies.

—Lo habríamos hecho. Te lo prometo. Si lo hubiese sabido, le habría pateado el culo.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Nunca lo dudé. En primer lugar, Auden no lo habría tolerado, pero Tiago, Marnin y tú también le habríais puesto fin. Ninguno de vosotros fue desagradable con nadie. Nunca.

—¿Incluso Marnin? —Rio—. Es la definición de gruñón.

Reí.

—Ese hombre ladra mucho, pero muerde poco. Créeme. Por dentro, es un tierno.

—¿Marnin? ¿Tierno? —La voz de Tomás estaba llena de incredulidad.

—*Sip*, no hablo en broma. Estoy deseando que encuentre a una persona que vea a través de él y no le deje salirse con sus mierdas.

Tomás resopló.

—Ese sería un día para conmemorar. Tendría que ser alguien jodidamente especial.

—Bueno, nunca sabes cuando te va a noquear el amor.

Se quedó en silencio por un momento.

—Sí. Tiago y Cas son un ejemplo perfecto de eso. —Inhaló bruscamente—. Pero no vayamos por ese camino. Te agradezco mucho que me hayas llamado... y me alegro de que ahora seamos amigos. Creo que nunca conectamos porque teníamos intereses muy distintos.

—¿Y eso ha cambiado ahora? —No pude evitar preguntarlo. El comentario de Tiago de que Tomás y yo no éramos tan diferentes aún revoloteaba en mi cabeza.

—Eso creo. Nunca tenemos problemas para entablar conversación. Eso siempre es una buena señal, ¿no crees?

—Sí, pero es muy fácil hablar contigo.

—Creo que es más bien al revés, pero da igual. Lo que quería decir es que nuestras conversaciones son naturales y no me exigen ningún esfuerzo. Me gusta hablar contigo.

Mi traicionero corazón brincó en mi pecho.

—Lo mismo digo.

—¿No estás trabajando ahora?

—Descanso para almorzar. Así que si sigues hablando puedo comerme mi sándwich. Eso estaría bien, porque mi próximo paciente llegará en diez minutos.

Rio.

—Eso es mucha presión. ¿Qué quieres que te cuente?

—Háblame de Londres. ¿Qué te gusta de esa ciudad?

—Es elegante —dijo Tomás mientras daba un mordisco a mi sándwich—. Es una ciudad monárquica, y lo puedes sentir en sus calles. Me encantan los edificios históricos, como la abadía de Westminster y el Puente de la Torre, incluso el Big Ben y las casas del Parlamento. Sé que son los típicos sitios turísticos, pero rezuman historia y son magníficos. Y hacer compras por aquí es alucinante. Todas las tiendas de las grandes firmas están agrupadas entre las calles High y Kensington, pero lo que más me gusta son las boutiques pequeñas que venden prendas de nuevos diseñadores en ascenso. He encontrado cosas increíbles ahí.

Tragué.

—¿Cómo reaccionan los dueños cuando te ven entrar? ¿Te reconocen?

—Cuando paseo por aquí llevo gafas para intentar ocultar un poco mi identidad, aunque no siempre es una opción porque llueve mucho, y he descubierto que llevarlas cuando hace mal tiempo atrae más la atención. También me pongo una gorra de béisbol o un sombrero. Pero cuando entro en alguna tienda, la gente tiene tiempo para estudiarme y por lo general, me reconocen. Bueno, saben que soy uno de los gemelos Banner. Habitualmente, no saben cuál.

Resoplé.

—Eso siempre me ha sorprendido. Quiero decir, os parecéis, pero no sois idénticos y las diferencias son fáciles de localizar. Nunca te he confundido con tu hermano, ni siquiera en la voz.

Rio.

—Tú nos conoces desde que éramos críos, Fir. Hemos jugado juntos en el parque. Hay una gran diferencia.

—Supongo —dije con la boca llena—. Pero sigo pensando que es estúpido.

—A estas alturas ya me he acostumbrado. Pero te diré que los dueños de las tiendas siempre se ponen locos de contentos cuando compro algo, y si me lo piden, poso para ellos. Rara vez les digo que no.

—Ese es un gran detalle.

—Bueno, yo lo considero normal. Es parte de mi trabajo, de igual forma. Además, ser amable no cuesta esfuerzo.

—Cuesta tiempo y energía. Apuesto a que hay momentos en los que no estás de humor para hablar con gente.

—Claro, pero entonces me quedo en casa o me aseguro de ser cien por cien irreconocible.

—¿Cómo?

—Me tiño el pelo. Tan sencillo como eso.

—¿Qué? Pe-Pero... tu pelo es espectacular.

Rio.

—Y también muy reconocible. Tiago y yo descubrimos que la solución perfecta era teñirnos con uno de esos tintes que desaparece en tres o cuatro lavados. Yo me tiño de castaño y nadie sabe quién soy.

—Me pregunto si yo podría reconocerte. Creo que sería capaz, aunque puede que tuviese que esforzarme un poco.

—Me encantará mostrártelo algún día. La diferencia te sorprenderá.

—Puedes mostrarme lo que quieras —dije, y luego quise abofetearme a mí mismo—. Borra eso. Ha salido más sucio de lo que esperaba.

Rio.

—Y yo pensando que estábamos a punto de tener sexo telefónico.

—Estoy en el trabajo, ¿sabes? No puedo hacer eso aquí.

—Así que ¿podrías hacerlo en tu casa? —me provocó.

—No, cuando están los chicos. Señor, me moriría de vergüenza si me oyeran.

—¿Por qué? ¿No tienes permitido tener una vida sexual?

—Claro que sí, pero eso no significa que tengan que oírla.

—Cierto. Nada de sexo telefónico, entonces.

Resoplé.

—Como si estuvieras interesado.

—Te acuerdas de que nos hemos acostado en la vida real, ¿verdad? ¿Por qué no estaría interesado en el sexo telefónico? Ahora que no estamos en la misma ciudad...

¿Me estaba provocando? Pero parecía que lo decía en serio.

—Estoy seguro de que tienes a un montón de hombres entre los que elegir allí.

Se quedó unos segundos en silencio.

—Supongo, pero no estoy de humor para eso.

¿Qué estaba diciendo?

—¿Pero estás de humor para tener sexo telefónico conmigo?

Otra larga pausa.

—Aprecio mucho que me hayas llamado, Fir. Dejaré que termines de comer y vuelvas con tus pacientes.

—Espera. ¿Puedo volver a llamarte? Solo para asegurarme de que estás bien.

Su tono se suavizó.

—Puedes llamarme cuando quieras.

CAPÍTULO VEINTE

TOMÁS

*M*E ACERQUÉ a la ventana de mi suite y contemplé el Támesis. El cielo estaba plagado de nubarrones que amenazaban tormenta, pero eso no frenó a los turistas que se agolpaban en la Torre del puente. El Ojo de Londres giraba lentamente, ofreciendo a la gente sentada en su interior una magnífica vista aérea de la ciudad. Me había montado en él en alguna ocasión, e incluso me había fascinado la experiencia. Londres siempre parecía animada y vibrante, independientemente de su meteorología.

Cada ciudad europea tenía su propio carácter. Berlín era vanguardista, y la escena underground siempre estaba persiguiendo la última gran tendencia. Roma era sucia y ridículamente cara, pero estaba llena de encanto y cargada de historia. Cada plaza, cada fuente, cada iglesia y calle ofrecía un destello de su glorioso pasado, y pasear por donde una vez habían luchado los gladiadores nunca pasaría de moda. Praga parecía de otro mundo, como si alguien la hubiese sacado de una novela de fantasía llena de castillos, caballeros y dragones. Amsterdam era fascinante, con sus canales y los edificios que mostraban su pasado mercante, aunque siempre tenía que estar pendiente de la interminable corriente de bicicletas. París era romántica, Estocolmo relajante, Madrid cosmopolita y Bruselas tenía su encanto, aunque prefería Brujas. Y a Viena siempre la asociaba con música y cada vez que paseaba por sus calles, me encontraba tarareando algún vals.

Y luego, estaba Londres. Ajetreada, cara, estilosa Londres, donde la gente de negocios y los turistas competían para abrirse camino entre sus húmedas calles, sosteniendo sus paraguas como armas, y donde los autobuses de doble piso eran una forma de vida, como el metro. Adoraba Londres, tal vez más que ninguna otra ciudad europea; al menos, para pasar largos períodos de tiempo.

Pero no habían pasado ni dos semanas y ya estaba aburrido a muerte. Por algún motivo, la ciudad había perdido su encanto y no tenía ni idea del porqué. Me alojaba en una lujosa suite de un hotel de cuatro estrellas con unas impresionantes vistas al río, pero me sentía como un extraño, un invitado, y todo parecía una pérdida de tiempo y de dinero. Las pequeñas tiendas que siempre me habían excitado ahora no me ofrecían nada apetecible, y todas las grandes marcas me dejaban frío. El metro estaba abarrotado, el tiempo apestaba y la multitud de turistas me tenía hasta los cojones.

Desde que había puesto un pie en el aeropuerto, me habían intentado contratar para tres sesiones,

pero había ordenado a mi agente que las rechazara todas. Una de ellas me habría llevado a una isla caribeña —Aruba, ¿tal vez?—, algo que siempre me había gustado, pero solo de pensar en tener que viajar hasta allí... No, parecía demasiado esfuerzo. Además, era para otro traje de baño, y no había estado prestando la debida atención a mi dieta. Tendría que perder tres kilos, al menos, para dejar que me fotografiaran así, y me agotaba de solo pensarlo.

En su momento, Londres me había parecido una gran idea. Pensé que venir aquí resolvería mágicamente todos mis problemas, que sería capaz de empezar de nuevo. Sin duda, esta ciudad me ofrecería suficientes distracciones como para poder dejar de pensar en Tiago, en mi futuro y en lo patético que me sentía.

Me había equivocado. De hecho, nunca había estado tan equivocado en mi vida. Lo único que hacía era pensar, preocuparme por mi futuro y compadecerme de mí mismo. Este viaje se había transformado en la madre de las fiestas de autocompasión y estaba empezando a cansarme mucho de mí mismo. Venir aquí había sido un error enorme.

Echaba de menos Forestville, mucho más de lo que había esperado. Por supuesto, añoraba a mi hermano, que al fin se había recuperado de esa molesta infección de garganta, pero también extrañaba el ritmo pausado de la ciudad, la paz y la tranquilidad que se respiraba en su atmósfera. Echaba de menos el paisaje, el aire de la montaña y las encantadoras tiendas de la calle principal. Echaba de menos los deliciosos bollos de Brianna y cómo me saludaba todo el mundo como si fuese uno más de la comunidad.

Y echaba de menos a Fir, lo que había sido una enorme sorpresa. Me había llamado un par de veces más y no podía quitármelo de la cabeza. Aparte de Tiago, nadie más había mostrado tanto interés en mí. Bueno, mis padres, pero eso era distinto; era parte de su trabajo como padres, y se suponía que tenían que preocuparse por mí. Claro, Auden me había escrito al enterarse de que había abandonado la ciudad para comprobar mi estado, pero eso había sido todo. Y Marnin me había enviado un mensaje diciendo: «¡Pásatelo bien en Londres!», y ese fue el alcance de su preocupación.

Pero Fir me había escrito un mensaje todos los días y me había llamado dos veces, y sabía el poco tiempo libre del que disponía. ¿Qué significaba eso? Y más importante aún, ¿qué significaba el entusiasmo con el que esperaba sus llamadas? Le había escrito, por supuesto, pero aún estaba indeciso con lo de llamarle, temeroso de interrumpir su trabajo o su preciado tiempo en familia.

Le echaba de menos, y eso, en sí mismo, era una sensación extrañísima. Nunca había echado de menos a nadie, salvo a Tiago y tal vez, a mis padres durante mi adolescencia. Pero ¿como hombre adulto? No, nunca había extrañado a nadie tanto como a él. Deseaba verlo, pero ¿por qué? ¿Qué significaba eso? Solo éramos amigos, así que ¿por qué me sentía así? Claro, éramos amigos con derecho, pero por alguna razón, no podía liarme con otro. No quería a cualquiera. Quería a Fir. Quedar con él era divertido, familiar y, aparentemente, adictivo.

En un impulso, llamé a Auden, que cogió el teléfono al instante, las bondades de tener un amigo sheriff que estaba acostumbrado a mantenerse accesible.

—¿Interrumpo algo? —pregunté.

—*Nop*, es un día tranquilo y estoy enterrado en papeleo, así que apreciaría la distracción.

—Necesito preguntarte algo porque tú eres el único al que puedo preguntárselo. No quiero ir a Tiago con esto, y no conozco a nadie que me conozca tan bien como tú y vaya a ser sincero conmigo.

—Deacueeeeerdo —arrastró la palabra—. Dale.

—¿Qué significa que eches de menos a alguien? Es decir, ahora mismo estoy en Londres y echo de menos a esa persona, lo que es inesperado. ¿Qué significa?

—Habitualmente, es una señal de que te preocupas por alguien. Que te has encariñado con esa persona.

—Encariñado como... ¿amistad? ¿O como algo más?

—Tiago y tú lleváis toda vuestra vida viajando. ¿Alguna vez has echado de menos a alguien aparte de él o de tus padres?

—No.

—Creo que eso es una clara señal de que, para ti, Fir, significa mucho más que un mero amigo.

—No he dicho que esté hablando de Fir.

Rio suavemente.

—Buen intento, colega. No soy ciego ni estúpido. Vosotros dos lleváis liándoos un tiempo y veo cómo le miras.

Tragué.

—¿Cómo le miro?

—Ahí hay algo, Tomás. Algo más.

Suspiré. Auden siempre había sido muy perceptivo.

—No sé lo que significa todo esto. Nunca me he sentido así.

—No vas a descubrirlo en Europa.

—También echo de menos Forestville.

—Entonces, ¿por qué no vuelves a tu hogar?

«Hogar».

La palabra me golpeó como un gancho en la mandíbula. ¿Cuándo había empezado a pensar en Forestville como mi hogar? Porque lo era. La única razón por la que me sentía tan inquieto en Londres era porque quería volver a mi casa. Por primera vez en mi vida, echaba de menos mi hogar.

Vaya.

—¿Tomás? —preguntó Auden—. ¿Estás bien?

¿Estaba bien? No, y hacía mucho tiempo que no lo estaba.

—No, no lo estoy, pero ahora sé qué es lo que tengo que hacer. Gracias.

—Sabes que siempre estoy aquí para ti, ¿verdad?

Esa frase llevó una sonrisa a mi rostro.

—Eres un buen amigo, Auden. Mejor de lo que merezco.

—*Nah*, te lo mereces. Siempre lo has hecho. Cuídate, ¿vale? Y vuelve pronto. Te echamos de menos.

—Lo haré. Lo prometo.

En cuanto colgué, abrí mi agenda y busqué los números de los terapeutas que me había recomendado Fir. Llevaba demasiado tiempo aplazando este momento, pero había llegado la hora de enfrentarse a la realidad. No estaba bien y necesitaba hacer algo en lugar de seguir recreándome en mi dolor. La autocompasión había terminado.

Inspiré profundamente y llamé al primer nombre de la lista.

—Hola, me llamo Tomás y me gustaría informarme sobre las terapias que ofrecen online.

La primera mujer con la que contacté tenía todas las horas reservadas durante los próximos dos meses, así que estaba descartada, pero la segunda tenía algunas citas abiertas debido a un par de cancelaciones. La bombardeé a preguntas que respondió con honestidad, enfatizando que no había manera de determinar cuánto duraría el proceso sin conocerme antes y saber qué problemas quería resolver. Su franqueza me impresionó y, tras asegurarme que todo lo que discutiéramos en las sesiones estaría protegido bajo las leyes de privacidad y responsabilidad de los seguros sanitarios, concerté una cita para dos días más tarde, con el fin de iniciar la terapia a través de Zoom.

Angie Roninson era una mujer negra de cuarenta y tantos años, con un glorioso pelo afro y cálidos ojos marrones. También tenía el aspecto de alguien que no toleraba estupideces y me gustó a primera vista.

—Así que, Tomás, ¿por qué no empiezas contándome algo sobre ti y por qué has decidido a hablar conmigo?

—Odio cómo suena esto, pero ¿sabes quién soy?

Ella asintió.

—*Sip*, reconocí tu nombre inmediatamente.

—De acuerdo, eso facilita las cosas. Así no tengo que explicar esa parte de quién soy.

—No estoy muy familiarizada con los entresijos de tu trabajo, así que si consideras que es relevante, puede que necesites darme algunos detalles. Pero por el momento, podemos dejarlo a un lado.

—De acuerdo. —*Santa Mãe de Deus*, ¿por dónde empezaba?—. No sé cómo empezar.

—No te preocupes. Empieza por algún lado y ya iremos descubriendo lo demás poco a poco.

Perfecto.

—Creo que mi hermano y yo teníamos una relación de codependencia, y ahora que se ha enamorado de su novio y se ha retirado, me siento completamente perdido sin él. Impulsivamente, me he comprado una casa en mi ciudad natal, y hace dos días descubrí que se había convertido en mi hogar sin darme cuenta. Además, puede que esté desarrollando sentimientos por un tipo al que conozco desde que éramos críos, pero no estoy seguro.

Ella rio.

—En lo que respecta a resúmenes, ese ciertamente parece cubrir todo lo esencial, así que empezamos con buen pie. Háblame sobre tu hermano. ¿Cómo era vuestra relación de niños?

Me acomodé en la silla y di un sorbo al té con miel que me había preparado.

—Era mi otra mitad. Hasta que entramos en la guardería no descubrí que no todo el mundo tenía un gemelo. —Una vez empecé, seguí hablando sin parar. La hora se pasó volando y cuando terminamos, me había quedado ronco—. Lo siento. Creo que te he vomitado todo sin respiro.

Ella sonrió.

—Es parte de mi trabajo, Tomás. Escuchar a la gente desahogándose. Y estoy agradecida por que te hayas abierto tanto a mí, porque hoy he aprendido mucho sobre ti.

—Así que, en una escala del uno al diez, ¿cómo de jodido estoy?

Rio suavemente.

—Ni siquiera un tres, te lo prometo.

—¿En serio? ¿No crees que mi relación con Tiago era y es enfermiza?

—No estoy diciendo eso, pero el que ambos os hayáis dado cuenta y estéis dispuestos a cambiarlo es un paso enorme en la dirección correcta. Obviamente, os queréis y deseáis luchar por lo que tenéis. No me cabe ninguna duda de que resolveréis las cosas.

Las estúpidas lágrimas ardieron en mis ojos y tuve que tragar antes de contestar.

—Gracias. Me alegra oírte decir eso.

—Tus cimientos son sólidos, lo que facilitará enormemente el construir sobre ellos.

—¿Y el resto? ¿Crees que puedes darme algún consejo sobre cómo arreglar mi vida?

—No se trata de arreglar tu vida, Tomás; esa palabra implicaría que estás roto o dañado, y no lo estás. Te sientes perdido y tienes que tomar algunas decisiones difíciles, eso no lo niego, pero posees todas las respuestas que necesitas. Lo único que te hace falta es encontrar las preguntas correctas, pero cuando lo hagas, todo se aclarará en tu mente. Y esa es la razón por la que estoy aquí.

Se me cerró la garganta.

—¿Cuándo podemos hablar de nuevo?

CAPÍTULO VEINTIUNO

FIR

*C*UANDO CERRÉ la puerta de la clínica, un leve dolor de cabeza se estaba fraguando en mis sienes. Eché la llave y activé la alarma. A pesar de lo mucho que odiaba las nuevas medidas de seguridad, los recientes robos en las clínicas del área habían demostrado su necesidad. La desesperación obligaba a la gente a hacer cosas que jamás se habrían planteado en otras circunstancias.

Ya había sido una larga jornada, y luego me entró un aviso de urgencia: una paciente embarazada alarmada porque hacía demasiado tiempo que no había sentido el movimiento de su bebe. Afortunadamente, todo estaba en orden, pero la animé a que se pusiera en contacto conmigo en caso de que la inquietara algo más. Eso también era parte de mi trabajo como médico. Teníamos pocas comadronas en la región, y la más cercana estaba a una hora de distancia, por lo que asumir parte de sus funciones era la solución más sencilla.

Y ahora, necesitaba algo de tiempo para mí. Era viernes noche y durante los próximos siete días estaría completamente solo en mi casa. Mi suegro, el padre de Samuel, había recogido a los chicos esa misma mañana y no les traería de vuelta hasta el próximo viernes. Una semana entera sin mis hijos. ¿Era mezquino estar tan ansioso por empezar a disfrutar de ese tiempo a solas? Incluso me había tomado unas pequeñas vacaciones de la clínica, decidido a exprimir al máximo estos días en los que, por primera vez en mi vida, estaría sin niños.

Cuando llegué al coche, algo se movió entre las sombras y me sobresalté.

—Cielos Santo, Tomás, me has dado un susto de muerte.

Se acercó a mí con una expresión avergonzada.

—Lo siento. Me he pasado por tu casa, pero no estabas allí, así que pensé en pasarme por aquí para ver si aún estabas trabajando. Te he visto cerrando y supuse que sería mejor esperarte fuera.

—¿Cuándo has vuelto?

—Hace una hora. Vengo del aeropuerto.

Me incliné contra el coche, demasiado cansado como para sostenerme en pie.

—¿Has acabado lo que tenías que hacer en Londres?

—Sí, mayormente. Yo... —Entornó la mirada hacia mí—. Estás pálido.

Me encogí de hombros.

—Solo estoy cansado, y me duele un poco la cabeza. Nada nuevo.

—Debería dejar que te vayas a casa.

—No pasa nada. Mis hijos no están allí, de igual forma, así que no tengo prisa.

—No por ellos. Por ti. Necesitas descansar.

Como si se tratara de una señal, un enorme bostezo hizo crujir mi mandíbula.

—Lo siento. No es nada que no pueda arreglar una buena noche de sueño.

—No deberías conducir.

Fruncí el ceño. ¿De dónde venía esa repentina preocupación por mí?

—Puedo asegurarte que llevo mucho tiempo cuidando de mí mismo. Estoy bien.

Se mordió el labio. Nunca había visto a Tomás tan vacilante y era un poco perturbador.

—¿Me dejarías acercarte a tu casa? ¿Por favor?

—¿Y qué hay de tu coche?

Agitó la mano, restándole importancia.

—Puedo recogerlo más tarde. No está tan lejos andando.

Otro enorme bostezo decidió por mí, y capitulé.

—De acuerdo.

Transfirió dos maletas de su coche al mío y nos pusimos en marcha.

—¿Te duele la cabeza a menudo? —preguntó mientras salíamos del pequeño aparcamiento situado tras la clínica.

—Ocasionalmente. No funciono bien cuando duermo poco, lo que no es algo bueno para un médico de una ciudad tan pequeña.

—Mmm —canturreó sin comprometerse.

No pronunciamos palabra durante el resto de trayecto, pero el silencio fue cómodo.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—No estoy de humor para —.

—Para cuidar de ti. No para follar.

—Ah. —¿Cuidar de mí? ¿Por qué pensaba que necesitaba eso? Pero discutir parecía demasiado esfuerzo, así que asentí—. Claro.

Cerró mi coche y me siguió hasta la puerta principal. Abrí, entramos y cerró tras él. Lo primero que hice fue encender el aire acondicionado. Cuando Samuel enfermó instalamos un sistema centralizado de aire, dado que se acaloraba en seguida, y ahora que pasábamos por una ola de calor, lo apreciaba. No todas las casas tenían un dispositivo así.

—¿Has comido algo? —preguntó Tomás.

Vaya, buena pregunta. ¿Cuándo fue la última vez que comí?

—No, desde el almuerzo. Me estaba haciendo la cena cuando recibí un aviso, primero por un amago de infarto y luego para hacer un ultrasonido. No llegué a cenar nada.

—Siéntate. Voy a hacerte algo.

¿Tomás iba a hacerme la cena? Eso era nuevo. Aunque no iba a poner objeciones. Necesitaba ingerir algo, y había pasado mucho tiempo desde que alguien que no fuesen mis padres había hecho algo así por mí. No era tan orgulloso ni tan obstinado como para rechazar su oferta.

—Gracias. Lo aprecio. Estoy seguro de que en la nevera hay cosas para hacer algo. —Aparentemente, esas vagas instrucciones fueron suficiente. Me dejé caer en mi sillón favorito, lancé las zapatillas al suelo y cerré los ojos.

—Fir —me llamó una suave voz. Parpadeé. ¿Qué había pasado?—. Tienes que comer algo antes de dormir.

Tomás. Tomás había cocinado para mí. Me erguí en el sillón. ¿Me había quedado dormido?

—Lo siento. No era mi intención —.

—No pasa nada, pero he supuesto que querrías comer algo o el hambre te despertará en un rato.

Algo olía realmente bien.

—¿Qué has hecho?

—Fritatta con patatas y beicon. También he añadido lo que quedaba de un pimiento rojo y una cebolleta que estaba a punto de morir en tu nevera. Además, mucho queso, por supuesto.

Empecé a salivar.

—Suena exquisito.

Sonrió.

—Ve a sentarte a la mesa de la cocina y te serviré un plato. Yo también voy a comer algo para intentar combatir el jet lag.

Nos sentamos frente a frente, y la escena era tan doméstica que casi parecía irreal. Sirvió un par de enormes cucharadas en mi plato y ataqué la cena. Estaba deliciosa. Los huevos jugosos y perfectos, con un extra de cremosidad que no pude identificar—. ¿Qué le has echado a los huevos? Están exquisitos.

—Un poco de nata. Añade humedad.

—También un montón de calorías. No es un problema para mí, pero pensaba que tenías que ser cuidadoso con la comida.

Se encogió de hombros.

—Entonces, no aceptaré anuncios de bañadores por un tiempo. No debería ser un problema para el resto.

Joder, salivaba al ver sus anuncios de bañadores, especialmente los que había hecho para Speedo, con esa diminuta tela que había marcado todo a la perfección. Dios Santo, no podía pensar en eso ahora.

—Muchas gracias por hacerme la cena. Estaba famélico.

—De nada. Hay suficientes sobras para que comas mañana, así que lo meteré en la nevera una vez se haya enfriado un poco.

Mastiqué furiosamente.

—Puedes meterlo ya. No necesitas dejar que se enfríe.

—¿En serio? Pensé que eso estropeaba los frigoríficos.

—Solo si es una fuente enorme, pero no para porciones pequeñas. Es mejor enfriarlo lo antes posible para que las bacterias no tengan tiempo de desarrollarse.

—Nunca lo había oído. —Se puso en pie.

—No me refería a que lo hicieses ahora mismo. Puedes terminar de cenar.

—Está demasiado caliente para mí, de igual forma. No puedo comer cosas calientes. Prefiero que estén templadas. Extraño, lo sé, pero eso significa que puedo envolver las sobras.

Ver a Tomás moviéndose tan cómodamente por mi cocina me generó un cúmulo de emociones. Desde Samuel, nadie había cocinado para mí, salvo mi madre. York no podría cocinar aunque su vida dependiese de ello, así que cuando quería invitarnos a cenar, siempre encargaba algo. Pero Tomás parecía a sus anchas, abriendo y cerrando armarios hasta que encontró lo que estaba buscando. Luego, acumuló las sobras en un plato, lo cubrió con un plástico y lo deslizó al interior de la nevera.

—Gracias —repetí cuando tomó asiento—. Por traerme a casa, por hacer la cena y por solucionarme la comida para mañana.

Sonrió.

—Un placer. —Inclinó la cabeza a un lado—. ¿Dónde están tus hijos?

—Con los padres de Samuel. Se quedarán con ellos toda la semana. Son sus últimos siete días de vacaciones de verano y les gustó la idea de pasarlos con sus abuelos.

—Entiendo. Debe de ser extraño estar aquí sin ellos.

—Se fueron esta mañana, así que aún no he tenido tiempo de sentir su ausencia, pero sí, estoy seguro de que lo será. Nunca hemos estado separados tanto tiempo.

—¿Nunca se han quedado antes con los padres de Samuel?

Casi había terminado mi plato mientras que Tomás estaba empezando el suyo. No me había dado cuenta de lo hambriento que estaba.

—Los padres de Samuel me lo ofrecieron, pero los chicos no quisieron ir. No querían pasar demasiados días alejados de mí, y dado que sus abuelos viven en Oregón, que está a varias horas de distancia, no merecía la pena llevarles solo para pasar un fin de semana.

—¿Y ahora sí que están dispuestos a ir? ¿Qué ha cambiado?

—Hace unas semanas fue el aniversario de la muerte de Samuel y mis hijos me dijeron que estaban preparados para seguir adelante. Desde que murió, siempre nos cogíamos ese día libre, yo no iba a la clínica y ellos no iban al colegio. Pasábamos el día juntos, visitando su tumba y compartiendo recuerdos. Este año, me informaron de que ya no necesitaban nada de eso. Creo... —Suspiré—. Creo que no querían ir a casa de sus abuelos por mí. No querían dejarme solo porque sabían cuánto les echaría de menos. Es diferente para ellos, ¿sabes? Son niños. Por supuesto que echan de menos a su padre, pero tienen toda la vida por delante. No puedo esperar que sientan el dolor de la misma forma que yo.

La mirada de Tomás se suavizó.

—No puedo imaginarme lo que es perder a alguien al que querías así.

—Es como si faltara una parte de mí. Nos queríamos muchísimo y siento que mi vida está incompleta sin él.

—Nunca... Nunca he sentido eso por nadie.

Aparté mi plato vacío y me incliné contra el respaldo de la silla. Joder, esa frittata había estado fantástica.

—Aún tienes tiempo.

—Eso me han dicho.

—¿No lo crees?

Se quedó unos segundos en silencio.

—He empezado a ir a terapia —dijo finalmente—. Con Angie Robinson, una de las psicólogas que me recomendaste.

—Vaya, eso es genial. Me gusta esa mujer. He hablado con ella en varias ocasiones, así que puedo recomendársela a mis pacientes sabiendo que estarán en buenas manos.

—Hemos hablado tres veces, y deja que te diga, ha sido toda una experiencia. No se muerde la lengua.

Reí suavemente.

—No, no lo hace. Y eso es exactamente lo que necesitan algunas personas.

—Es lo que necesitaba yo. El lado negativo de la fama es que muy poca gente se atreve a decirte

la verdad. Ella no parece impresionada por nada de lo que he conseguido y es refrescante.

—¿Cuál ha sido la mayor revelación hasta ahora?

Vaciló.

—¿Me lo estás preguntando como amigo o como médico?

Negué lentamente con la cabeza.

—No soy tu médico, Tomás. Nunca lo fui, salvo por tu apendicitis, y eso no cuenta porque fue una urgencia. Nunca seré capaz de desactivar esa parte de mi cerebro por completo, pero esta es una conversación entre amigos, no entre médico y paciente. —¿De dónde venía esa necesidad de aclarar nuestros roles? No lo entendía, pero aparentemente, era realmente importante para él.

—Hemos estado hablando sobre cómo me autoexplico y racionalizo mi comportamiento. Me ha hecho ser jodidamente consciente de las mierdas que me digo a mí mismo, lo que es irritante, pero también me ha ayudado a descubrir que me autoengaño muchísimo.

—Creo que todo el mundo lo hace. Hasta cierto punto, al menos. La pregunta es si esas mentiras son dañinas, tanto para nosotros como para el resto.

—Eran dañinas. —La vulnerabilidad de su tono me conmovió—. Las mías hicieron daño a Tiago y, a la larga, a mí. Me convencí a mí mismo de que me necesitaba, de que sin mi ayuda no podría desenvolverse en la vida, pero lo cierto es que era yo el que quería que me necesitara. Impedí que desarrollara todo su potencial para que siguiera atado a mí, y ni siquiera me di cuenta de lo que estaba haciendo. No, hasta que Cas apareció en su vida. Creo que nunca dejaré de lamentar lo que hice.

Mi necesidad de consolarle fue demasiado fuerte como para ignorarla, así que alargué el brazo y entrelacé nuestros dedos.

—Lo hiciste porque le quieres, y estoy convencido de que Tiago lo sabe.

—¿Ves? Eso es lo que siempre me repetía a mí mismo, y es lo que le decía a Tiago, pero ahora... empiezo a ponerlo en duda. ¿Puede ser amor realmente si era tan egoísta? Mi actitud no le benefició en nada. Solo a mí.

—Por supuesto que le benefició. Puede que no al nivel que piensas, pero lo cierto es que Tiago sí te necesitaba para ciertas cosas muy concretas. Jamás podría haber lidiado con algunos aspectos de vuestro trabajo sin tu ayuda, especialmente los contratos. Pero no necesitaba tanta como le diste. —Apenas terminé la frase, otro bostezo me sorprendió—. Lo siento. No quería ser grosero.

—Necesitas dormir —dijo Tomás—. No debería mantenerte despierto.

—Antes necesito una ducha —murmuré—. Me siento asqueroso.

—Entonces, ve a darte esa ducha. Yo limpiaré aquí, ¿de acuerdo?

Liberó mi mano, que siguió hormigueando por su contacto, pero ahora no quería pensar en eso.

—De acuerdo.

Me arrastré escaleras arriba, lancé toda mi ropa al suelo y entré en la ducha. Me quedé largo

tiempo bajo el chorro de agua caliente, sintiendo cómo se iba desvaneciendo mi dolor de cabeza. Cuando cerré el grifo, un pensamiento me asaltó. ¿Tomás se había ido? Me había dicho que iba a limpiar, pero no me había despedido, ni había podido decirle cuánto me gustaría verlo después. Muy poco considerado por mi parte.

Con un profundo suspiro, me sequé y entré en el dormitorio... donde Tomás me estaba esperando, sentado al borde de la cama. Mi corazón brincó de alegría.

—Temía que te hubieras ido.

—No quería irme sin despedirme.

Terminé de secarme y me puse unos calzoncillos limpios. Curiosamente, no me molestó estar desnudo delante de él.

—Gracias a Dios, estaba tan cansado que ni siquiera me di cuenta de que había subido sin decir nada.

Me sonrió suavemente.

—No pasa nada. Métete en la cama. Yo colgaré la toalla.

Vaya, estaba esforzándose, ¿no? Podría acostumbrarme a esto. Aparté las sábanas.

—Has hecho la cama —observé.

—Siempre se duerme mejor con sábanas limpias. He dejado las otras en el cesto de la colada.

¿En serio? Agité lentamente la cabeza mientras me deslizaba en la cama, que olía a lavanda gracias a los saquitos de flores secas que Samuel siempre había insistido en poner entre las pilas de nuestra ropa de cama. Tan pronto como inhalé el aroma que tanto me recordaba a mi marido, mis ojos se cerraron.

—Gracias —balbuceé.

Unos cálidos labios rozaron mi mejilla.

—Duerme bien, *meu amor*.

¿*Meu amor*? Eso era nuevo. ¿No significaba...?

CAPÍTULO VEINTIDÓS

TOMÁS

*C*ONTEMPLÉ el rostro durmiente de Fir y una extraña sensación me inundó. ¿Ternura? Cuando me senté a su lado, ni siquiera se agitó. En algún momento, se giró de costado hacia mí y pasó un brazo por mis muslos, como queriendo asegurarse de que no me escapaba. No tenía que preocuparse. No iba a ir a ninguna parte.

¿Qué me estaba pasando? Jamás me había sentido así. Tan... cómodo, solo con mirarlo. Mi estómago parecía agitado y mi corazón estaba... Joder, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero no era normal. Nada de esto era normal. Estaba sentado ahí, en su cama, completamente satisfecho con verlo dormir. No, no era normal. Ya llevaba casi dos horas así y me sentía incapaz de apartar la mirada.

Sus pecas formaban un millón de figuras fascinantes contra su cremosa piel y sus labios eran de un profundo rosa. Adoraba sus pestañas; largas, espesas y tan pelirrojas como su pelo, que ahora era estaba encantadoramente revuelto. Su estrecha muñeca colgaba entre mis muslos y sus alargados dedos se aferraban a mí como si no quisiera soltarme nunca. Yo tampoco quería que me soltara y ¿qué cojones significaba eso?

Conocía la atracción. Era fácil de reconocer. Para mí, era mayormente sexual; mi cuerpo respondiendo a la apariencia de un hombre. Claro, podía acelerar ligeramente mi pulso, pero eso era lujuria, nada más. Ni siquiera necesitaba que me cayera bien para sentirme atraído hacia él.

Esto no era nada de eso. Oh, me atraía Fir. Mucho, de hecho. Pero sobre todo le respetaba enormemente. Era un buen hombre, generoso hasta la médula, un gran médico, y, por lo que decían de él, un fantástico padre. Admiraba su fuerza, su determinación, su sentido del deber y su brújula moral.

Y sí, me sentía físicamente atraído hacia él. Los pelirrojos nunca me habían fascinado particularmente, pero no podía negar que este lo hacía. Adoraba su piel, cremosa y suave, y las pecas que él parecía despreciar tanto. Las gafas le daban un aire encantador y sus ojos eran de un espléndido verde. Adoraba cómo se abandonaba cuando me lo follaba, como si se desprendiese de sus roles de padre y de médico por un tiempo para ser solo Fir. Era muy sensitivo y apasionado, y mucho más sexy de lo que jamás había imaginado.

Pero esta sensación parecía ir más allá de la mera atracción física o de una incipiente amistad.

Era más grande que eso. Como si...

¿Era esto lo que la gente experimentaba cuando se enamoraba? ¿Era esto lo que había sentido Tiago al conocer a Cas? Lo había visto en su expresión, en sus ojos, que mutaban cada vez que miraba a su novio. Se llenaban de asombro y admiración. Tiago siempre había sido más sensible que yo, e infinitamente más tierno, pero Cas había amplificado esas cualidades. Le había cambiado.

Tal y como Fir me había cambiado a mí. ¿Cocinar para él? ¿Cambiar las sábanas de su cama? ¿Esperar a que saliera de la ducha? Nunca había querido hacer eso por nadie. Y por supuesto, esa extraña y persistente sensación que me invadía cada vez que estaba a su lado. Joder, me bastaba con escuchar su voz.

Había preguntado a Angie si creía que estaba desarrollando sentimientos hacia Fir, y ella se había limitado a reír. Eso tendría que descubrirlo por mí mismo, me dijo; lo único que podía hacer desde su posición era hacer preguntas, y eso había hecho.

¿Alguna vez me había sentido así antes? Esa respuesta fue un rotundo no.

¿Qué había de diferente en lo que sentía ahora? Joder, no tenía ni idea. Pero tenía algo que ver con sentirme cálido y cómodo a su lado.

¿Qué relación quería tener con él? Esa había sido la pregunta más difícil. ¿Quería vivir mi primer flechazo con Fir, o el término que resultase apropiado para un hombre de mi edad? No, no era un flechazo. Eso sonaba a adolescente, pero no sabía qué otra palabra podría encajar.

¿Amor? Eso parecía una locura. No podía estar enamorado de Fir. El amor era algo que se cultivaba lentamente. Había que seguir unos pasos, ¿no?, un proceso en el que la atracción iba transformándose progresivamente en amor. Al menos, eso era lo que siempre había pensado. Como Auden y Keaton. Primero habían sido amigos y luego se habían enamorado. Aunque Tiago no había necesitado tanto tiempo para caer rendido ante Cas, y mis padres se casaron a los seis meses de conocerse. Mmmm.

Me froté los ojos. Estaba exhausto y necesitaba dormir desesperadamente tras pasar el día entero de viaje. Había conducido hasta la clínica directamente desde el aeropuerto. Joder, Tiago ni siquiera sabía que había vuelto a la ciudad. No había tenido intención de ocultárselo, pero antes había querido ver a Fir.

Y ahora, solo de pensar en salir de esa casa y dejarle solo... Me destrozaba. No quería irme. Sus hijos no volverían hasta dentro de una semana, así que tendríamos tiempo para estar juntos. ¿Era malo querer aprovechar esta oportunidad para descubrir qué significaba todo esto?

Parpadeé y abrí los ojos con esfuerzo. Si quería llegar a mi casa de una pieza, tendría que salir de inmediato. *Aj*, mierda; mi coche aún estaba frente a la clínica. Tendría que caminar hasta allí; no podía tomar prestado el coche de Fir porque lo necesitaría en caso de que le llamaran para una emergencia. Que le jodiesen a todo. No iba a volver a mi casa esta noche; no, cuando estaba tan cansado.

Con la decisión tomada, me deshice sigilosamente de los vaqueros y me quité la camiseta. Me habría encantado lavarme los dientes, pero no iba a arriesgarme a hacer ruido, no quería despertar a Fir, así que apagué la luz y me deslicé bajo las sábanas a su lado. Tan pronto como

me acomodé, pasó un brazo por mi pecho y apoyó una pierna sobre mi muslo como un adorable y pegajoso pulpo. Y yo, que nunca había sido de los que se acurrucaba, cerré los ojos y me quedé dormido, más contento de lo que había estado en mucho tiempo.

Cuando me desperté, tardé unos segundos en descifrar dónde estaba, pero luego, contemplé los maravillosos ojos verdes de Fir mirándome asombrados.

—Hola —dijo, aún adormilado.

Me giré de costado.

—Hola.

—Aún estás aquí.

—Estaba demasiado cansado para volver a mi coche.

—Cierto, está en la clínica.

—Pensé que no te importaría.

—No me importa.

—¿Has dormido bien? Estabas exhausto.

—Sí. Hacía mucho tiempo que no descansaba tan bien.

—¿En serio?

Apartó la mirada.

—Duermo mejor con alguien a mi lado.

Ese comentario me alegró, aunque no supe bien por qué.

—Encantado de servirte. —Miré mi reloj—. Son casi las ocho, por cierto. ¿Trabajas hoy?

—No, libro los próximos cinco días.

—¿Cómo te las has apañado para conseguir eso?

—Planeándolo con meses de antelación y contratando a un sustituto para que se haga cargo de las emergencias. He informado a todos mis pacientes, así que cruzo los dedos para que se acuerden y no me llamen.

—Por tu bien, eso espero. Necesitas algo de tiempo libre. Me daré una ducha, si no te importa, y luego te dejaré a lo tuyo.

Apoyó una mano sobre mi brazo.

—No. Quiero decir, no quiero que te vayas. Puedes quedarte.

—¿No quieres disfrutar de la soledad?

—No es eso lo que necesito.

Fruncí el ceño.

—Entonces, ¿qué es lo que necesitas?

Inhaló bruscamente.

—Necesito desconectar por unos días, no tener que mirar el reloj, ni abstenerme de tomar alcohol, ni tener que preocuparme por mis hijos o por mis pacientes. Necesito ser capaz de hacer lo que me salga de los cojones como el hombre adulto que soy y no tener responsabilidades.

—Entendible. Pero ¿por qué quieres que me quede?

Sonrió abiertamente.

—Porque una de las cosas que quiero es sexo. Toneladas de sexo. Y ahí es donde entras tú. Si quieres, por supuesto. Obviamente. Nunca asumiría que —.

Le besé, a la mierda el aliento mañanero. A Fir no pareció importarle porque soltó un pequeño gruñido y me besó de vuelta con fervor. ¿Quería toneladas de sexo? Eso podía proporcionárselo. Nos devoramos mutuamente, profundizando el beso. Nuestras lenguas se enredaron y comenzaron a bailar una intrincada danza de dar y tomar. En la cama, la timidez de Fir Everett se evaporaba. Era un hombre seguro de sí mismo y de su sexualidad, lo que era tremendamente excitante.

Acaricié la curvatura de su brazo y se estremeció bajo mis dedos. Su respiración fue volviéndose más pesada según iba explorando su cuerpo. Deslicé una mano sobre su torso, deleitándome en la suavidad de su pecho y la cálida y tensa piel de su estómago. Seguí viajando en dirección sur y cuando acaricié su polla a través de los calzoncillos, presionó contra mí.

—Tomás... —gimió, cerrando los ojos—. Eso está muy bien.

—¿Te gusta? —sonreí perversamente, apartando la mano de su entrepierna.

—Eres un calientapollas —refunfuñó.

Empecé a frotar la sensitiva piel de sus pezones.

—Ahora, soy más un calientapezones. —dije besándole el cuello—. Creo que quieres que vuelva a ser un calientapollas.

Murmuró algo ininteligible, pero me apiadé de él y volví a acariciar su erección. Fir gimió en mi boca, aferrándose a mis hombros como si temiera que fuera a desaparecer.

—Necesito más —susurró.

Rodó hasta tumbarse sobre mí, abrió las piernas y se agitó hasta alinear nuestras pollas, separadas únicamente por la fina tela de nuestra ropa interior. Deslicé las manos bajo sus calzoncillos y estrujé su firme trasero. Fuerte. Su piel era suave en todas partes, pero especialmente en esa área, como terciopelo bajo mis dedos con la más leve capa de vello. Su gemido de satisfacción me excitó y comencé a acariciar su orificio con el corazón. Él apretó contra mi dedo y repetí el movimiento.

—¿Quieres que te folle? —susurré.

—Dios, sí.

—Un segundo.

Le aparté suavemente, sorprendido al darme cuenta de cuánto echaba de menos su peso, y saqué el lubricante y los condones del cajón de la mesilla de noche. Cuando volví a girarme, Fir se había deshecho de sus calzoncillos y tiraba impacientemente de los míos. Alcé las caderas para ayudarle y Fir se apresuró a bajarlos y los lanzó al suelo.

—¿Podemos...? —dijo.

—Podemos... ¿qué?

—No me prepares mucho. Necesito sentirlo. Sentirte.

—Dime cuando. Conoces tu cuerpo mejor que yo.

—Gracias.

Volvió a acomodarse a horcajadas sobre mí y, sin mirar, me las arreglé para abrir el lubricante y humedecer mi mano. No tarde demasiado en deslizar un dedo en su interior, sintiendo el prieto calor de su cuerpo envolviéndome.

—¿Bien?

Fir asintió, y cuando metí el segundo dedo, contuvo la respiración. Comencé a moverlos lentamente, separándolos de vez en cuando para dilatarlo mejor

—Preparado —dijo Fir, y liberé mis dedos.

—¿Quieres cabalgarme? —pregunté.

Su rostro se iluminó como un árbol de navidad.

—Joder, sí.

Se arrastró hacia atrás hasta sentarse sobre mis muslos y alargó el brazo para coger el condón. Abrió el paquete y desenrolló el plástico sobre mi erección con un elegante y fluido movimiento. Mis dedos aún estaban húmedos, así que los pasé sobre el látex para transferir el lubricante restante.

—Ven aquí —murmuré, atrayéndolo hacia mí hasta tenerlo a horcajadas sobre mi estómago. Mis manos encontraron el camino hasta su culo, y le di un firme apretón antes de ponerlo en posición sobre mi polla. Aún me asombraba lo bien que encajaban nuestros cuerpos.

Alargó el brazo hacia su espalda, cogió mi polla entre sus dedos y comenzó a descender sobre ella. Su calor me envolvió una vez más, apretando maravillosamente mi miembro, y tuve que esforzarme para no embestirlo. Fir siguió deslizándose lentamente, comprimiendo mi polla milímetro a milímetro. Mi cuerpo estaba en llamas y tuve que recordarme a mí mismo que necesitaba respirar.

—Joder, Tomás —gimió Fir cuando estuvo completamente sentado sobre mí. Apoyó las manos sobre mi pecho para equilibrarse, y admiré su elegante cuerpo—. Necesitaba esto. Te necesitaba a ti.

Una hoguera se encendió en mi interior.

—Yo también te necesitaba a ti.

Hundí los dedos en sus caderas, esforzándome por mantenerme quieto y dejarle el control. Fir comenzó a moverse, lentamente al principio, buscando su ritmo, y luego, empezó a acelerar. No pasó demasiado tiempo antes de que su respiración se entrecortara y perlas de sudor comenzaran a resbalar sobre sus cejas. Lanzó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y aumentó la velocidad, cabalgándome con abandono. No pude apartar la mirada de él. Era sexy, espléndido...

Mío. Al menos, por ahora, Fir era mío.

—Más fuerte. —Su voz fue apenas un susurro, pero el tono suplicante me estremeció como una corriente eléctrica—. Fóllame más fuerte.

—Será un placer —murmuré. Me aferré a sus caderas y le embestí violentamente, empalándolo en mí.

—¡Dios! Sí, así. Justo así.

Nuestra coordinación era impecable, nuestros movimientos en perfecta sincronía. Sus mejillas estaban sonrosadas y aún tenía los ojos cerrados, por lo que pude contemplarle a mi antojo. Le embestí de nuevo, sacando el aire de sus pulmones, y entreabrió los labios, húmedos y enrojecidos por el esfuerzo. Los suaves gemidos que se le escapaban eran embriagadores y sentía que estaba ardiendo, que todo mi ser se estaba consumiendo en medio de la pasión que nos engullía a ambos.

No quería que terminara. Si seguíamos así, me correría en segundos, y a pesar de lo mucho que mi cuerpo ansiaba esa liberación, aún no estaba preparado para ello. Necesitaba más.

Paré en seco, le alcé por las caderas y le lancé al colchón, cambiándonos de posición. Soltó un grito de sorpresa, pero rápidamente enroscó las piernas en mi cintura. Nuestras bocas se encontraron de nuevo, mi lengua se deslizó sobre la suya y su sabor me enloqueció.

Ralenticé mis movimientos, mis embestidas ahora controladas y profundas. Quería sentir cada milímetro de él, beberme todos sus gemidos.

—Tomás. —Sus ojos verdes estaban llenos de preguntas.

—Déjame, por favor. Haré que lo disfrutes.

¿Qué más podía decir? ¿Cómo podía explicarle que mi pecho estaba a punto de estallar, que las emociones eran demasiado intensas como para contenerlas? Así que le besé de nuevo y me hundí en su culo, empujando hasta asegurarme de que no podía ir más lejos. Deslicé la mano derecha entre nuestros cuerpos y comencé a agitar su polla.

—Tomás... —Pronunció mi nombre como una plegaria.

Seguí besándolo, y cuando me aparté, con nuestros labios a milímetros de distancia, susurré:

—Eres precioso.

Le embestí de nuevo. La presión era tan exquisita que aborrecí el tener que sacar mi polla.

El sexo nunca había sido así, tan intenso, tan sensual. Estaba adorando su cuerpo con abnegado asombro. Todos mis músculos se quejaban, exigiendo liberación, pero no importaba. Lo único que importaba era Fir. Y no existía nada más, salvo él. Era...

Me helé.

Me había enamorado de él. La idea apareció en mi mente tan clara como un cielo despejado tras una tormenta. Estaba enamorado de Fir.

Me cago en todo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

FIR

—¿*T*OMÁS?

Se había quedado parado sobre mí con el cuerpo en tensión, y no de placer.

Parpadeó.

—¿Qué?

—¿Va todo bien? Has dejado de moverte.

Más parpadeos.

—¿He parado? Oh, sí. Sí. Lo siento. Estaba... —Inspiró profundamente—. Me he dado cuenta de algo, eso es todo. Estaba teniendo dificultades para procesarlo.

Fruncí el ceño.

—¿Te has dado cuenta de algo en medio de un polvo?

—Sí.

—¿Quieres decir que tu cerebro puede pensar? Porque el mío se desconectó hace tiempo.

—El mío también. Es solo... No es nada malo. Lo que he descubierto, me refiero. De hecho, es bueno. Así que por favor, no pienses que no estaba prestando atención o, ya sabes, disfrutando. Lo estaba. Lo estoy.

Estaba balbuceando. Nunca pensé que vería a Tomás así de aturullado. ¿Qué cojones estaba pasando?

—¿Estás seguro de que estás bien?

Su expresión cambió y su mirada me quitó el aliento. Casi como si... No, me estaba imaginando cosas. Este estúpido y obstinado flechazo me hacía fantasear despierto y no podía permitirme el lujo de soñar con algo que no pasaría jamás.

—Nunca he estado mejor —dijo roncamente. Luego, volvió a besarme.

Era magnífico besando. Besarlo me recordaba a Samuel, y lo extraño era que ni siquiera me sentía culpable. Siempre había adorado besar a mi marido, y me alegraba ser capaz de disfrutar de esa sensación con alguien más.

Tomás balanceó las caderas y me penetró con un sinuoso y profundo movimiento. El mundo volvió a desvanecerse a mi alrededor. No hubo más palabras, pero nuestros cuerpos se comunicaron sin esfuerzo, como si pudiéramos leernos el pensamiento. Siguió deslizándose dentro y fuera de mí, sin prisas, y cada nueva embestida era otro estallido de placer. Esta vez, el orgasmo fue acumulándose poco a poco. Intercambiamos húmedos y torpes besos, y Tomás mantuvo un ritmo constante, llevándome más y más alto con cada deslizamiento de su mano, cada caricia de sus labios, cada sensual invasión. Me hizo volar más de lo que habría creído posible, manteniéndome al borde del precipicio durante lo que parecieron horas, suspendido en ese instante justo antes del orgasmo. Mi culo estaba ardiendo, mi polla palpitaba dolorosamente entre nuestros cuerpos y mis pelotas estaban tan cargadas que creí que estallarían.

—Tomás... —No estaba seguro de si era un ruego o una orden, si quería suplicarle o exigirle que por favor, por favor, me dejara correrme.

Y luego, cambió el ángulo, golpeó mi próstata y en mi mente estallaron los fuegos artificiales. Vi las estrellas y las supernovas, y apreté los ojos con fuerza, dejándome arrastrar por ese intenso orgasmo. Mi polla lanzó su carga sin necesidad de tocarla y mi cuerpo comenzó a estremecerse, contrayéndose en torno a su polla que aún seguía enterrada en mí. Él se quedó inmóvil, aparentemente satisfecho con dejarme cabalgar esa oleada de éxtasis hasta que, con un último y tembloroso espasmo, terminó.

Solo entonces, Tomás comenzó a moverse sobre mí y, tras un par de embestidas, se dejó llevar, aunque su orgasmo pareció más contenido que el mío. Me abrazó hasta que su pene perdió la erección, y luego, se apartó rápidamente para quitarse el condón y volvió a acurrucarse contra mí. Mi cuerpo comenzó a recuperarse del asalto, y Señor, ese había sido uno de los mejores orgasmos de mi vida.

—Gracias —susurré—. Eso ha sido espectacular.

Me besó en la coronilla.

—Lo ha sido. Y de nada. ¿Quieres que nos duchemos juntos?

¿Ducharnos juntos? Otra novedad. Como también lo había sido despertarme con él a mi lado.

—Claro. —Nunca rechazaría la oportunidad de ver a Tomás desnudo. Jamás.

Mi ducha era un poco pequeña para los dos, pero hicimos que funcionara.

—Gírate —dijo, y obedecí sin pensar—. Inclínate y mantén los ojos cerrados.

¿Iba a lavarme el pelo? Sí, Tomás iba a lavarme el pelo. Exprimió un poco de champú en su mano y, cuando comenzó a masajear mi cabeza, se me escapó un gemido digno de una película porno.

Tomás rio suavemente.

—¿Te gusta?

—Sí, está muy bien. No pares.

—Seguiré tanto tiempo como quieras.

¿Qué pasaba con él? Estaba comportándose de forma extraña. No en el mal sentido, pero... diferente. Siempre me había dejado claros los límites, asegurándose de que supiese que esto era solo sexo. Pero había cuidado de mí la noche anterior, había dormido en mi cama y ahora estaba ahí, en mi ducha, lavándome el pelo. No iba a poner objeciones, pero no entendía lo que estaba pasando. Algo había cambiado y, aparentemente, nadie me había enviado el memorándum.

Aun así, aceptaría todo lo que estuviera dispuesto a darme.

—¿Quieres que te lave el pelo? —pregunté.

Me lanzó una sexy sonrisa.

—Me encantaría.

—Probablemente, usas un champú más elegante que este. Suelo comprar el que esté en oferta en el supermercado, que es el producto más jodidamente barato.

Alzó una ceja.

—¿Me estás llamando pijo?

—No, pero no creo que tu pelo tenga tan buen aspecto porque usas un champú de dos dólares la botella.

Sonrió.

—¿Dos dólares? ¿Qué pasa, lo compraste en los setenta?

Le di un azote y el ruido reverberó en el baño.

—Listillo.

—Vaya, no sabía que te gustaban los azotes. Pervertido...

Exprimí una buena cantidad de champú en mi mano y comencé a masajear su cabeza.

—Estoy convencido de que has probado todo tipo de perversiones.

Se quedó unos segundos en silencio.

—He follado mucho, si es eso a lo que te refieres.

Tomás cerró los ojos, lo que me facilitó el hablar con él.

—No, me refería a perversiones. Como azotar y todo eso. Y para que conste en acta, no te juzgo por tu vida sexual. ¿Por qué lo haría? No hay nada de malo en disfrutar del sexo, ni en tener varias parejas sexuales, siempre y cuando sea consentido.

—Mucha gente dice eso... hasta que es alguien con el que están saliendo.

Mis manos pararon en seco.

—¿Salir?

Abrió los ojos.

—Fir... —Se inclinó hacia atrás, poniéndose accidentalmente bajo el chorro de agua. El jabón comenzó a deslizarse por su rostro en dirección a sus ojos. Los cerró con fuerza, pero ya era demasiado tarde—. Auch... Joder, esto escuece.

Apenas pude contener la risa. No era gracioso, por supuesto, pero ver a Tomás quejándose y maldiciendo porque se le había metido un poco champú en los ojos era encantador. Cuando comenzó a frotárselos le di un manotazo en los dedos.

—Eso solo va a empeorarlo.

—Pero duele.

—Lo sé. Deja que te lo aclare.

—¿Cómo sabes que eso va a funcionar? —refunfuñó.

Esta vez, no pude contener la risa.

—Porque no solo soy médico, sino también padre. Ya he pasado por esto.

—De acuerdo. —Pareció avergonzado—. Lo siento.

Aclaré cuidadosamente su cara, retirando hasta la última gota de espuma con mis manos.

—¿Mejor?

Parpadeó y abrió lentamente los ojos, que ahora estaban enrojecidos y llorosos. ¿Cómo podía ser tan sexy y a la vez tener ese aspecto tan adorable?

—Eso creo —murmuró.

Mientras terminábamos de ducharnos y nos secábamos se mantuvo en silencio. ¿Le había ofendido en algo? A lo mejor, no le había sentado bien que me riera del incidente del champú. Pero Tomás no era de los que se molestaba por estupideces.

Mientras nos vestíamos seguí mirándolo de soslayo. ¿Dónde había ido su mente? Parecía serio y ensimismado. Algo le estaba perturbando, pero por mi vida, que no era capaz de discernir el qué.

Cuando le acompañé a la puerta, me cogió de la muñeca.

—Fir, ¿podemos hablar?

Quería poner fin a lo que quiera que fuese esto. Esa era la razón por la que había estado tan atento y cariñoso. Había querido terminar las cosas con un broche de oro. El dolor me atravesó el corazón, pero me las arreglé para mantener una expresión impasible.

—Por supuesto.

—Tal vez, ¿mientras desayunamos?

Claro, ¿por qué no extender la tortura?

—Suena bien.

Para Tomás, el desayuno resultó ser fruta fresca —una naranja y un kiwi— y una taza de café. Yo me tomé mi habitual yogur griego con cereales y frambuesas frescas, además de, obviamente, mi café. Mi cerebro no se activaba sin él, aunque sabía muy bien que debería reducir mi ingesta de cafeína.

—¿De qué quieres hablar? —pregunté cuando no pude aguantar el suspense.

Masticó lentamente su kiwi, inclinándose contra el respaldo de la silla.

—Has mencionado los azotes y ese tipo de perversiones.

Ehhh, ¿iba a decirme que estaba metido en la escena BDSM? Bien por él, pero tendría que hacerlo sin mí. No era lo mío.

—Como broma, sí.

—Y te he contestado que he follado mucho.

—Y que a la mayoría de la gente no le importaba hasta que concernía a alguien en el que estaban interesados.

—Salir. He dicho a alguien con el que estaban saliendo.

—Cierto. —¿Por qué era tan importante esa distinción? Estaba completamente perdido y no tenía ni idea de la dirección que iba a tomar esta conversación.

—Tú... —Se aclaró la garganta—. Has dicho que estabas teniendo citas, ¿no?

—Me he registrado en una web de citas. En realidad, no he ido a ninguna. —Pensando en ello, ni siquiera había comprobado los mensajes últimamente. Vaya.

—Pero si lo hicieses, si fueses a salir con alguien, ¿el historial sexual de esa persona sería un factor decisivo a la hora de decidir si aceptas o no?

—No, a menos que signifique que no vamos a ser compatibles. Como por ejemplo, si él está muy metido en la escena BDSM, supondría un problema, porque no es algo en lo que esté interesado.

—Pero ¿no te importaría si ha tenido muchas parejas sexuales? Te disuadiría de salir con él.

Cielos Santo, ¿adónde quería llegar con todo esto? Estaba confuso.

—Ya te he dicho que no juzgo a la gente. Ni teóricamente, ni en la vida real. No creo que nadie tenga que avergonzarse por follar. Es placentero cuando lo haces bien, divertido, una gran forma de liberar estrés... No hay nada de malo en ello.

—¿Qué más buscas en una pareja potencial?

¿Estaba intentando hacer de Celestina para mí? A lo mejor, tenía un amigo o un conocido con el que pensaba que encajaría. ¿Qué otra cosa podía ser? ¿Por qué estaría tan interesado en esto si...?

No, no podía ser. No quería salir conmigo.

¿No?

Ese destello de esperanza, que nunca se había extinguido totalmente a pesar de las veces que había intentado apagarlo, resurgió con fuerza. «¿Ves? Puede que esté interesado en ti», me dijo la parte estúpida de mí.

Me negué a escucharla. No podía; no, si quería mantener mi corazón de una pieza.

—Mmm... Deja que piense. Quiero a alguien más o menos de mi edad, ni mucho más joven ni mucho más viejo. Alguien que sea amable y cariñoso, y que comprenda mi estilo de vida: que mis hijos van primero y que mi trabajo, a veces, también tendrá prioridad. Tendremos que tener cosas en común para crear un vínculo. Alguien con el que pueda hablar, que sepa cómo conversar y que aporte algo a mi vida.

Asintió lentamente.

—¿No tienes ninguna preferencia en cuanto a apariencia? ¿No necesita ser delgado, o atractivo, o algo de eso?

Me encogí de hombros.

—Es un buen extra, pero para mí, lo más importante es el carácter. Por desgracia, muchos de los hombres atractivos con los que me he encontrado son unos capullos arrogantes. Tu hermano y tú puede que seáis las únicas excepciones que conozco.

—¿Crees que no soy arrogante?

Incliné la cabeza a un lado.

—Un poco, a lo mejor, pero tiene sentido, teniendo en cuenta tu trabajo. Pero no eres un capullo o no estaría aquí sentado contigo en mi cocina.

Se irguió en el sitio.

—¿Te gusto?

¿Era esto lo que creía que era? ¿Había dado mil rodeos solo para buscar mi aprobación? A lo mejor, había empezado a cuestionarse su personalidad después de que Tiago anunciase su retiro. Sabía que las heridas de Tomás eran profundas, pero tal vez las había subestimado. Pero entonces, ¿por qué todas esas preguntas sobre el sexo?

—Por supuesto que me gustas. Siempre me has gustado. —Joder. Sentí cómo me iba ruborizando—. Olvida que he dicho eso último.

—En el instituto estabas enamorado de mí —dijo Tomás.

Gruñí, enterrando el rostro entre las manos.

—Y has pensado que necesitabas sacar eso a colación, ¿por qué? Es jodidamente embarazoso, ¿sabes?

—Porque yo también estoy enamorado de ti. —Su voz fue tan tenue que, por un segundo, pensé que lo había soñado. Pero cuando se quedó en silencio, alcé la cabeza. Iba en serio.

—¿Qué... Qué has dicho?

—Estoy enamorado de ti. Me he dado cuenta esta mañana cuando estábamos... ¿Cuando me quedé en blanco en medio del polvo? Ahí lo he descubierto.

—Estás enamorado de mí. —Mi boca repitió las palabras, pero mi cerebro aún estaba intentando procesarlas.

—Sí.

—Yo... Estás... —Callé—. No sé qué decir.

—¿Me crees?

—No me mentirías con esto. —De eso estaba cien por cien seguro—. Supongo que me está costando creer que hayas podido enamorarte de mí.

—Eres increíble, Fir. Eres amable y dulce, trabajas muy duro, te vuelcas en cuerpo y alma en tus hijos y en esta ciudad. Te preocupas por la gente, incluyéndome a mí, y... —Alzó las manos al aire—. Nunca esperé que pasara esto. Te dije que no estaba interesado en relaciones, y era cierto. Parece una broma del universo, porque resulta que sí estoy interesado si es contigo. Adoro lo que tenemos, *meu amor*, pero quiero más. Contigo quiero todo.

—*Meu amor* —repetí.

—Significa mi amor.

—Eso es lo que me dijiste anoche cuando me quedé dormido.

—Nunca he llamado a nadie así. Nunca.

—Cuando dices todo, ¿a qué te refieres?

—A todo, Fir. Todo lo que puedas darme.

Conocía a Tomás desde el jardín de infancia, pero jamás había visto antes esa expresión. Parecía que se había quitado un velo de la cara, permitiéndome ver algo que nadie había visto nunca. Porque si me hubiese mirado así antes, lo habría sabido. Habría sabido, sin sombra de duda, que me amaba. Esos ojos lo delataban todo. Contenían tanta ternura que sentí las lágrimas amenazando mis ojos.

—Vengo con un equipaje considerable.

Negó lentamente con la cabeza.

—No es equipaje. Tienes dos hijos maravillosos, que espero conocer mejor, aunque entenderé que quieras esperar a presentarnos. Y tenías un marido increíble al que jamás intentaré sustituir. Admiro lo que compartíais y nunca intentaré borrarlo. Pero espero que estés dispuesto a darme una oportunidad, a darnos una oportunidad.

—Tomás. —Alargué el brazo para cubrir su mejilla—. No quiero cuestionar tus sentimientos, pero necesito que entiendas que no puedo tomar esta decisión a la ligera. Si hago esto contigo, si me abro a ti... podrías romper mi corazón en un millón de pedazos. No puedo... —Mi voz se rompió—. No puedo hacerlo a menos que estés seguro al cien por cien. Mi corazón no sobrevivirá a perderte a ti también.

—¿Significa eso que tú también quieres algo más conmigo?

Mierda. Debería haber empezado por ahí.

—Sí, quiero. Cuando volviste a mi vida, ese viejo flechazo resurgió. Estoy enamorado de ti, Tomás. En cierta forma, siempre lo he estado.

Las líneas de su rostro se relajaron.

—Gracias.

Reí suavemente.

—No sé si eso es algo que tengas que agradecerme. No es que haya tenido elección.

Cogió mis manos y plantó un beso en cada una de ellas en un anticuado gesto romántico que hizo hormiguear mi estómago.

—Prometo que no te haré daño, *meu amor*. No a propósito, al menos. Voy en serio. Tan en serio que...

—Qué.

Inhaló profundamente.

—Me retiro.

—¿Qué?

—Tiago tenía razón. Es suficiente. Hemos tenido una carrera fantástica, pero ha llegado la hora de darla por terminado.

—No quiero que te retires por mí. No te lo estoy pidiendo.

Besó mis manos de nuevo y Señor, mis rodillas me fallaron. ¿Qué me estaba haciendo ese hombre? Estaba derritiéndome, casi literalmente.

—No estoy haciendo esto por ti. Lo estoy haciendo por mí. Quiero pasar tiempo contigo y con tus hijos, si me dejas, y con Tiago y Cas, y mis amigos... A lo mejor, hacer algunos amigos nuevos. Tengo suficiente dinero para retirarme y vivir cómodamente, así que ¿por qué querría seguir trabajando? Es suficiente. He acabado.

Apoyé mi frente contra la suya.

—Estás haciendo un montón de cambios. ¿Estás seguro de esto?

—Nunca he estado más seguro de algo en mi vida. —Me besó suavemente en los labios— Pero ¿qué quieres tú, *meu amor*? Quiero decir, conmigo. Nosotros. Nuestra relación.

Relación. Vaya, necesitaría un tiempo para acostumbrarme a eso.

—Quiero todo al descubierto. Nada de ocultarse, y eso incluye contárselo a mis hijos y a mi familia. Los secretos no duran demasiado tiempo aquí, de igual forma, y además, mantenerlo en secreto sería como si me avergonzara, de algún modo, lo que no hago.

—Así que, ¿te parecería bien presentarme a tus hijos como tu novio?

—Estaré orgulloso de presentarte como mi novio, cariño. —Cuando no respondió, fruncí el ceño —. ¿Qué?

—Me has llamado cariño.

Ah. Sonreí.

—Sí, lo he hecho. ¿Te gusta? A diferencia de ti, no hablo un segundo idioma tan sensual, así que el cliché y poco original «cariño» tendrá que bastar.

—Es tremendamente sexy cuando lo dices tú —murmuró Tomás.

Por supuesto, tuve que besarle.

Lo que nos llevó a más besos y caricias hasta que me encontré recibiendo una mamada en medio de la cocina. ¿Quién dijo que los hombres de nuestra edad tenían un largo periodo refractario?

O a lo mejor, era culpa de Tomás.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

TOMÁS

*T*RES DÍAS DESPUÉS, aún no había pasado ni una sola noche en mi nueva casa. Nunca había estado tanto tiempo con alguien, salvo con Tiago, pero lo adoraba. En cierto modo, había esperado quedarme sin temas de conversación con Fir, pero eso no pasó. Hablar con él no requería ningún esfuerzo, y los silencios que compartíamos eran cómodos.

Y luego, estaba el sexo. Toneladas y toneladas de sexo. Fir parecía insaciable y tuve que admitir que era extraordinariamente excitante... y muy positivo para mi autoestima.

Cuando llegó el cuarto día, me estaba volviendo loco. No habíamos abandonado su casa, viviendo de lo que quedaba en la nevera y en el congelador. Necesitaba aire fresco, ver el cielo. Cuando sugerí salir, Fir aceptó de inmediato.

—Necesitamos hacer la compra, así que ¿por qué no bajamos a la ciudad y pasamos por donde los Collins? Podemos comprar todo lo gordo mañana, pero al menos esto nos sacará del apuro. Nos hemos quedado sin leche y sin huevos.

—Y yogur para el desayuno.

Había intentado cocinar varios tipos de desayuno para él, pero Fir siguió insistiendo en su yogur con cereales, explicándome que era un hombre sencillo con gustos y rutinas sencillas. Dado que yo rara vez comía algo más que fruta por las mañanas, difícilmente podía echárselo en cara.

—Y a la vuelta, podemos recoger tu coche. Porque aún está aparcado frente a mi clínica.

Era un perfecto día estival, con veintisiete grados de temperatura y un brillante cielo azul. Salimos de casa y pusimos rumbo a la calle principal, vestidos con pantalones cortos y camisetas.

—¿Estás seguro de que no te importa? —preguntó Fir.

—¿Caminar juntos hasta la ciudad? ¿Qué hay de peligroso en eso?

—La gente hablará.

—Ya te he dicho que no quiero mantener nuestra relación en secreto.

—Lo sé, pero esto será como anunciárselo a toda la ciudad. Ya sabes cómo funciona la red de cotilleos por aquí.

—Ya han visto mi coche frente a tu casa y nos vieron bailar en el festival de verano.

—Sí, pero esto lo hará oficial. Hoy caminamos dados de la mano por la calle principal y mañana la gente empezará a planear nuestra boda.

—¿Nuestra boda? —Me abaniqué con la mano—. Será mejor que esperes a que me declare, *meu amor*.

Resopló.

—¿Y quién dice que no voy a ser yo el que me declare primero?

Estaba seguro de que hablaba en broma, y yo lo había dicho en ese mismo tono, pero ambos nos pusimos serios de repente.

—¿Te gustaría eso? —pregunté suavemente—. A la larga, me refiero.

—¿Y a ti? Yo ya he estado casado, y volvería a pasar por el altar sin pensarlo, pero para ti es distinto.

Sabía a lo que se refería, y no estaba equivocado; pero lo que una vez había parecido imposible, ahora me parecía sorprendentemente real y atractivo.

—Quiero casarme contigo, Fir Everett. No de inmediato, porque ambos necesitamos tiempo para adaptarnos a esto, pero quiero pasar mi futuro contigo... y algún día, espero que tengamos el mismo apellido.

Prácticamente, pude sentir cómo se deshacía a mi lado.

—Cielos Santo, Tomás, cuando te decides, vas a por todas, ¿eh?

—¿Te parece bien?

Me besó con firmeza.

—Más que bien. Es perfecto. Tú eres perfecto.

—No lo soy, pero lo hago lo mejor que puedo.

Me besó de nuevo.

—Nunca te pediría nada más.

—Así que ¿la calle principal, entonces?

—A la calle principal.

Por supuesto, Fir había estado en lo cierto. Tan pronto como la gente advirtió que caminábamos de la mano, nos señalaron y susurraron. Yo no tuve problemas para ignorarlos, acostumbrado a la atención, pero las mejillas de Fir se tiñeron de un intenso rojo. Aun así, se aferró a mi mano y

caminó erguido a mi lado, y no pude estar más orgulloso de él.

—Eres consciente de que en algún momento alguien nos hará una foto y la publicará, ¿verdad? —dije suavemente—. Ya sabes lo que les pasó a Tiago y a Cas cuando empezaron a salir.

—No pasa nada.

—¿Estás seguro? Puede que a tus hijos les salpique algo en el colegio.

Se encogió de hombros.

—Lo dudo. Es una generación muy distinta, ¿sabes? No les importan demasiado las etiquetas. Tengo muchas esperanzas puestas en ellos. Me gustará ver lo que hacen cuando sean lo suficientemente mayores como para gobernar. A lo mejor, conseguimos una verdadera igualdad.

Brianna, como siempre, sonrió al vernos, y cuando advirtió nuestras manos entrelazadas su rostro se iluminó de alegría y salió apresuradamente del mostrador. Primero abrazó a Fir y luego a mí.

—Si le haces daño, jamás volveré a venderte nada —me amenazó, y la creí.

—Le quiero, *querida*. Más de lo que creía posible.

La ferocidad de su mirada se suavizó.

—Bien. Ambos os merecéis esto.

Nos acomodamos en una esquina y nos trajo té y algo llamado *tompouce*, que era un pastel de forma alargada compuesto por dos láminas de hojaldre rellenas de abundante crema, con una cobertura de un tono rosado.

—Solo azúcar y grasa —dijo, guiñándome un ojo—. Así que ya sabéis que va a estar bueno.

Y Señor, bueno, estaba. Cremoso y tan azucarado que casi me dolieron los dientes.

—A los chicos les encantaría este pastel —dijo Fir apartando su plato—. Apuesto a que luego tendré que concertar una cita con el dentista, pero pagaría el precio encantado.

Esta era la ocasión perfecta para sacar a relucir algo que llevaba preguntándome un tiempo.

—¿Puedo preguntarte por tus hijos? Sobre sus padres biológicos, quiero decir.

Fir asintió.

—Todo el mundo asume que Gabe es mi hijo biológico, pero en realidad es de Samuel. Ambos lo son. Mi hermana pequeña donó los óvulos para ambos y encontramos a una mujer dispuesta a ser madre subrogada. Nunca se lo pedimos directamente a mi hermana; ella se ofreció, e inmediatamente aceptamos. Era lo más cercano a hijos biológicos que podríamos tener nunca. Resultó que Gabe salió a ella y heredó los rasgos físicos de mi familia, así que todo el mundo asume que es mío. Pero son de Samuel y solo están conectados a mí a través de mi hermana.

—Tu hermana hizo algo maravilloso por ti.

—Sí, lo hizo. Mi hermana mayor se enfadó consigo misma porque no se le había ocurrido antes, pero una vez nació Gabe, queríamos que el segundo fuese su hermano biológico, así que mi

hermana pequeña nos donó más óvulos y tuvimos mucha suerte porque a la madre subrogada de Gabe le gustó la idea y aceptó dar a luz a Josiah. Además, lo conseguimos al primer intento en ambas ocasiones, algo extremadamente raro. Ayudó que ambas, tanto mi hermana como nuestra madre subrogada, fueran jóvenes.

—Si estamos juntos... —Ni siquiera supe cómo terminar la frase.

—Te convertirías en el padrastro de Gabe y de Josiah, sí.

Yo. Padrasto. *Santa mãe de Deus*. Nunca había visto venir eso.

—¿Y te parece bien?

—Tomás, si no supiese que puedo confiarte a mis hijos, no estaríamos aquí sentados.

—Tengo miedo a cagarla.

Sonrió, cogiéndome de la mano.

—Oh, lo daba por sentado. Todos los padres tienen miedo a cagarla, yo incluido. Lo maravilloso de los hijos es que no solo son resilientes, sino también indulgentes; siempre y cuando reconozcas tus errores, te disculpes y mejores, estarás bien. Tienes un corazón enorme. Confío en ti.

—Más de lo que confío yo, parece. No sé nada de niños.

—Empecemos por llamarles adolescentes. Creo que apreciarán que sepas la diferencia.

—Cierto.

—Y son mini-adultos. Bueno, no realmente, pero mis hijos pueden ser muy independientes y asumir varias responsabilidades. En parte, es debido a que paso mucho tiempo fuera de casa, pero también es porque son buenos chicos.

Estábamos ahí sentados, con las manos entrelazadas, rodeados de gente que nos observaba, e incluso nos señalaba, pero lo único que podía ver era a Fir. Todo lo demás parecía haberse difuminado a un segundo plano.

—Eso demuestra lo bien que los educasteis Samuel y tú.

Fir se quedó en silencio por un segundo.

—Siempre tendré sentimientos encontrados. Sobre perder a Samuel y estar contigo, me refiero. Espero que puedas entenderlo.

—Puedo. Si no hubiese fallecido, tú y yo jamás nos habríamos encontrado. Estás profundamente enamorado de él. Entiendo que es complicado.

Me miró ojiplático.

—Has dicho «estás». —Cuando fruncí el ceño, repitió—: Has dicho que estoy profundamente enamorado de Samuel, no que «estaba». La mayoría de la gente habla de ello en pasado.

Me encogí de hombros.

—No creo que dejes de amar a alguien cuando muere. En todo caso, eres más consciente de lo que has perdido y lo mucho que significaba para ti.

—Sí —dijo con la voz rota.

—También creo que puedes amar a más de una persona. El amor no es algo finito. No es una tarta en la que tienes que reducir el tamaño de los trozos para que toque a todos. Siempre hay espacio para más.

—Oh, Tomás...

Su mirada me estremeció el corazón.

Pero quería ser sincero con él, y eso significaba sacar a colación un tema que aún pesaba sobre mi mente.

—Angie y yo hemos hablado mucho de la codependencia.

Su rostro recuperó la seriedad.

—No ha debido de ser nada fácil para ti.

—No, no lo ha sido. Le dije que estaba preocupado porque no sabía si sería capaz de mantener una relación estable con alguien. Nunca.

—Tomás...

Apreté su mano.

—Por favor, déjame terminar, *meu amor*. Necesito decir esto.

—Lo siento.

Inspiré para coger fuerzas.

—Estoy preocupado porque no sé si seré capaz de amar a alguien sin asfixiarlo. Puede que lo que hice con Tiago fuera por amor, pero no era sano. ¿Quién me asegura que no haré lo mismo contigo? Quiero esto, Fir; más que nada en el mundo, pero no daré un paso más si eso significa que cometeré el mismo error contigo.

Se mantuvo en silencio hasta cerciorarse de que había terminado y luego, asintió lentamente.

—Entiendo tu preocupación, pero no la comparto y te diré por qué. No soy Tiago. Él empezó en una posición de dependencia porque tenía problemas de lectura y siempre te ha necesitado de una u otra forma. Quiero estar contigo, Tomás, pero no te necesito. No moriré sin ti. —Hizo una pausa—. Cuando Samuel murió, pensé que no sobreviviría sin él, pero lo hice. Resultó que era mucho más fuerte de lo que pensaba. No vas a asfixiarme, cariño, porque yo no voy a dejar que lo hagas. Y te prometo que si veo cualquier indicio de que nos estamos moviendo en esa dirección, te lo diré.

Un peso desapareció de mis hombros.

—Gracias. No quiero hacerte daño nunca.

Sonrió.

—En algún momento, lo harás. Eso es lo que pasa en las relaciones, incluso cuando la gente se ama. No estaremos de acuerdo en todo y nos pelearemos; y uno de nosotros, o los dos, terminará diciendo algo de lo que luego se arrepentirá. Es parte de compartir tu vida con alguien. Pero lo hablas, perdonas y sigues adelante. El caso es que, al final, vas a olvidar esos momentos. Samuel y yo debimos de tener peleas enormes, pero no recuerdo qué fue lo que las desencadenó. Lo que recuerdo es cuánto me amaba y todos los buenos momentos que compartimos. Lo malo, simplemente, se va olvidando.

—Ese es un pensamiento muy bonito —sonreí. Seguimos charlando y el tiempo voló. La panadería fue vaciándose y comprobé la hora—. Son las cinco pasadas. Será mejor que nos vayamos o los Collins nos cerrarán la tienda. —También tendría que acostumbrarme a eso, a los comercios echando el cierre tan pronto. En la ciudad, todo cerraba a las seis, incluidas las tiendas de alimentación. Solo ampliaban su horario los viernes por la noche.

Paseamos hasta el Collins y, cuando entramos, Fir paró en seco. Hizo un sonido ahogado, señalando algo en la distancia, y cuando miré en la dirección que indicaba su dedo, suspiré. Señor.

—Ese de la portada eres tú —dijo Fir con voz ahogada.

—Sí. Lo siento.

Estalló en una carcajada.

—No te disculpes. Creo que es tronchante. ¡Mírate!

Cogí la revista queer. En la portada había una imagen de mí con unos vaqueros desgastados y el pecho al descubierto.

—Es una foto decente —comenté.

Fir batió las pestañas hacia mí.

—Es una foto fantástica. Estás endiabladamente sexy.

—¿Gracias?

—Vaya, también te hicieron una entrevista.

—No... —Pero Fir me quitó la revista de las manos y empezó a pasar las páginas, buscando las que me habían dedicado. Ni siquiera recordaba de qué iba el artículo; habían pasado meses desde que me senté con ese periodista.

—Allá vamos. —Los ojos de Fir se iluminaron—. Vaya, dice que eres desafortunado en el amor.

Jesucristo, ahora lo recordaba. El periodista se había empeñado en hacerme revelar mis más profundos secretos, centrándose en mi vida amorosa. Pfff. Como si tuviese alguno. Bueno, en ese momento no lo tenía.

—Hice esa entrevista en mayo.

—Mmm... Cita tus palabras diciendo que nunca has estado enamorado.

—Nunca lo había estado.

Alzó la mirada y sus ojos verdes danzaron con malicia.

—A lo mejor, deberías llamarle y emitir un comunicado rectificativo.

Resoplé.

—¿Quieres que le diga al mundo entero que me he enamorado? Porque no te equivoques, si eso es lo que quieres, lo haré sin pensarlo.

Suspiró, inclinándose contra mi hombro.

—Tienes un pico de oro, Tomás Banner.

—Lo digo en serio.

—Lo sé. Aunque leer esto sigue siendo gracioso.

—Déjala donde estaba, por favor.

—Joder, no. Voy a comprarla. Esta portada va a la nevera. ¿Has visto estas fotos? —Alzó la revista, mostrándome dos fotos a toda página de mí. En una, llevaba unos calzoncillos y una camisa de vestir desabotonada, y no tenía mal aspecto. La otra era mucho más provocativa, conmigo de espaldas, completamente desnudo, mostrando el culo.

Negué con la cabeza, riendo.

—Estás siendo ridículo.

—Tienes razón. No puedo pegarlas a la nevera porque las verían los chicos. Pero puedo colgarlas en la puerta de mi baño. Así podría babear sobre ellas cuando quiera.

—Perdona, pero... ¿Por qué querrías fotos cuando tienes al hombre en carne y hueso en tu cama?

—Bien pensado. —Cerró la revista—. Pero voy a comprarla de igual forma.

Cuando llegamos a la caja, la dependienta cogió la revista, me miró y luego volvió a mirar la revista.

—En esta foto apenas pareces tú —comentó la chica.

Fir resopló.

—Es mucho más atractivo en persona, ¿verdad? —Entrechocó nuestros hombros.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo que diga, doctor Everett.

Esa misma noche, en la cama, le demostré que mi versión en carne y hueso era mucho mejor que cualquier foto que jamás pudiera tener. Una vez fue capaz de hablar, después de habérmelo follado hasta la inconsciencia contra el colchón, Fir me dio la razón.

CAPÍTULO VEINTICINCO

FIR

*P*ARA MI SORPRESA, Tomás no había informado a su hermano de que había vuelto. Cuando le pregunté el motivo, me explicó que antes quería disfrutar de un tiempo conmigo a solas y sin interrupciones. Pero tras cuatro días, le llamó, y por supuesto, Tiago nos invitó a cenar a su casa. Era la última noche que pasaríamos juntos, dado que mis chicos volverían al día siguiente, pero no me importaba pasar una velada con Tiago y Cas. Tomás, sin embargo, necesitó algo más de persuasión.

—No entiendo por qué no pueden esperar unos días más para vernos —se quejó cuando ascendíamos con el coche por la sinuosa carretera de montaña—. Podríamos haber pasado la tarde en la cama.

—Aún podemos pasar toda la noche en la cama.

—Lo sé, pero esperaba que quisieras volver a follarme. —El hombre sabía jodidamente bien lo que ese tono quejumbroso y esa abrasadora mirada hacían conmigo.

—Los ojos al frente, Tomás Banner; no te atrevas a distraerme mientras conduzco.

—Solo lo comentaba... Ahora mismo podrías haber estado con la polla enterrada hasta las pelotas en mi cuerpo.

Negué lentamente con la cabeza, riendo.

—Oh, sigue así y no habrá polvo esta noche.

—¿En serio? ¿Te castigarías a ti mismo para defender tu postura?

—Soy padre, cariño. Somos excelentes castigándonos por una causa mayor.

Suspiró dramáticamente.

—De acuerdo. Me portaré bien.

—Gracias.

Tan pronto como Tiago abrió la puerta, me atrajo hacia él y me envolvió en un feroz abrazo.

—Gracias, gracias, gracias —susurró—. Gracias por quererle y ver lo alucinante que es.

Sonreí y le abracé de vuelta.

—No es algo que tengas que agradecerme, pero de nada.

Cas y yo contemplamos a Tomás y a Tiago mientras se abrazaban, murmurando palabras en portugués demasiado tenues como para poder descifrarlas. A pesar de todas sus quejas, ahora Tomás rebosaba alegría por ver a su hermano.

—Necesitaban esto —me dijo Cas, poniendo una mano sobre mi hombro.

—Lo hacían. Venga, vamos a darles algo de espacio. —De la misma forma en que Tomás nunca se interpondría entre mis recuerdos con Samuel, yo jamás intentaría interponerme entre él y su gemelo. Cualquiera podía darse cuenta de lo especial que era el vínculo que compartían y entendía que también necesitaban un tiempo juntos a solas.

Tardaron unos minutos en volver y, cuando lo hicieron, ambos tenían los ojos relucientes. Tiago me abrazó de nuevo.

—Bienvenido a la familia, *querido*.

—*Obrigado*.

Alzó una ceja.

—¿Aprendiendo portugués?

—Puede que empezara en octavo curso —confesé, suscitando un «Aww» de Tiago y Cas.

Tomás pasó una mano por mi cintura.

—Estaré encantado de enseñarte todas las palabras sucias, *meu amor*.

Reí.

—Apuesto a que sí.

—Es un idioma difícil —dijo Cas—. Cuando empecé a salir con Tiago me apunté a un curso online y aún no he avanzado casi nada.

—A lo mejor, Tiago no ha usado los incentivos adecuados —dijo Tomás, en un tono sugerente. Agitó las cejas hacia mí y añadió—: Estoy seguro de que con la recompensa adecuada podrías progresar rápidamente.

Reí.

—Me gusta cómo piensas.

Cas frunció el ceño, mirando a Tiago.

—Tú nunca me has ofrecido una recompensa. ¿Por qué no me has ofrecido una recompensa?

Tiago hizo un gesto de desesperación.

—Claramente, he sido negligente.

—Sé cómo podrías compensármelo —murmuró Cas, susurrando algo en su oído.

El rostro de Tiago se iluminó.

—Te tomo la palabra, *querido*.

—Tenéis los ojos iguales —comenté, y tres cabezas se giraron hacia mí—. Lo siento, es solo una observación. Siempre digo a Tomás que me sorprende que la gente no sepa diferenciaros porque, para mí, no os parecéis tanto. Pero tenéis los ojos iguales. La forma en la que has mirado a Cas ahora, es... —Ah. Tragué.

—¿La misma forma en la que te miro a ti? —dijo suavemente Tomás.

—Sí.

—Eso es porque te quiero.

Me quería. Ahora que había visto la misma devoción y admiración en el rostro de Tiago, esa declaración caló más hondo. Me quería. No era un flechazo infantil, no era un polvo de una noche. Tomás Banner se había enamorado de mí. Era poco menos que un milagro que ese hombre, del que había estado enamorado desde niño, ahora fuese mío.

Las palabras me abandonaron, así que me incliné hacia él y le besé, intentando derramar todas mis emociones en ese gesto. Con suerte, mis labios dirían lo que mi garganta era incapaz de pronunciar. Supongo que lo hizo, porque cuando nos separamos, sus ojos me miraban con algo parecido a la adoración.

La cena fue relajada y deliciosa. Tiago nos sirvió orgullosamente un salmón al horno que había hecho especialmente para la ocasión, acompañado de varios platillos de verduras y arroz salvaje.

—Pensé que no te gustaba el pescado —dije a Tomás cuando alabó el plato.

—El salmón es la única excepción —dijeron los gemelos al unísono, sonriéndose mutuamente.

—¿Hay algo que uno de vosotros odie y el otro adore? —pregunté.

Se miraron el uno al otro.

—Las camisetas de cuello cisne —dijo Tiago—. Yo no puedo soportarlas. Siento que me ahogan. Pero a Tomás le gustan.

—No me molestan —dijo Tomás, encogiéndose de hombros—. No es que las adore. Y para mí son las Converse. A Tiago le fascinan y a mí me parecen las zapatillas más incómodas que han inventado nunca.

—En eso estoy contigo, Tomás —dijo Cas—. Me compré unas y me provocaron una fascitis plantar porque no ofrecen soporte alguno.

—¿Ves? —dijo Tomás triunfalmente mirando a su hermano.

Tiago rio.

—¿Qué más? —pregunté.

—Tiago sabe nadar y yo no —dijo Tomás.

—¿No sabes nadar? —Estaba asombrado por esa revelación.

—Sabe cómo mantener la cabeza fuera del agua... Más o menos —dijo Tiago con una media sonrisa—. Por lo menos, sabemos que no se va a ahogar en una piscina. Pero no, no llamaría a eso nadar. Es más como un perro agitando las patas.

Resoplé ante la imagen mental. El elegante y famoso Tomás Banner nadando a perrito en una piscina.

Tomás se encogió de hombros.

—No está equivocado. Hace unos años, hice una sesión para una marca de bañadores en Barbados y el director artístico quiso tomar unas cuantas fotos mar adentro. Una ola masiva me golpeó y casi me ahogo. Desde entonces, me he negado en rotundo a meterme en cualquier sitio donde el agua me llegue por encima de los muslos.

—¿Fue el anuncio de Speedos? —pregunté, ruborizándome al advertir lo que acababa de revelarles.

Tomás alzó una ceja.

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Puede... Puede que me quedara con una de esas fotos cuando la vi en una revista. —Suspiré. Bien podría confesarlo ahora—. Estabas super sexy, ¿de acuerdo? Estabas prácticamente desnudo, solo con esos diminutos Speedos, y bueno, digamos que lo encontré atractivo. No lo suficiente como para comprarme unos Speedos, porque nunca conseguiría que me quedaran bien, pero sí me convertí en un fan de cómo te quedaban a ti, así que ahí está, ya lo he dicho.

Tiago y Cas estallaron en una carcajada y Tomás me sonrió como un gato que acababa de localizar a un canario.

—Me alegro de que aprecies mi arte, *amor* —comentó.

Resoplé.

—Arte. Esa es una palabra para describirlo —bromeé. Mierda, si tan solo mis mejillas no me traicionaran—. He visto más tela en una Barbie. —Ahora, fue Tomás el que soltó una carcajada —. Y puedo asegurarte que no volverás a ponerte uno de esos delante de nadie. Son indecentes. Podrían arrestarte por escándalo público.

Aún riendo, me besó.

—Solo me los pondré para ti.

—Eso lo permitiré —dije, mortificado.

Cuando terminamos de cenar, nos acomodamos en el sofá. Yo me acurruqué contra Tomás y Tiago prácticamente se tumbó sobre Cas.

—Así que ¿cuáles son vuestros planes de aquí en adelante? —preguntó Tiago—. ¿Puedo hacer esa pregunta?

—Aún no lo hemos hablado. —Tomás me miró—. Pero dudo mucho que Fir quiera mudarse, con los chicos y todo, así que, una vez estemos preparados para el siguiente paso, supongo que venderé la casa.

Cas se irguió en el sitio.

—¿Te interesaría convertirte en casero? A mi hermana y a Jess les gustaría mudarse a Forestville, pero Sam acaba de salir de un divorcio que la ha medio arruinado, y Jessie no puede permitirse comprar solo con su sueldo, dado que los precios se han disparado.

Tomás se encogió de hombros.

—Claro, ¿por qué no? Si les ayuda en algo, no hay problema.

Así de simple. Ni siquiera tuvo que pensárselo. Estaba descubriendo que era un hombre muy generoso; y comprensivo, porque había entendido que no querría mudarme sin necesidad de palabras. Y le adoré por ello. No quería ponerme exageradamente dramático, pero esa casa contenía demasiados recuerdos para mí. No solo del nacimiento de mis hijos y de su infancia, sino de Samuel. Especialmente, de Samuel. Ahí fue donde pasó sus últimos días y exhaló su último aliento, y no quería cortar esa última conexión con él.

—¿Cómo crees que reaccionaran tus hijos a la noticia? —me preguntó Tiago.

—Teniendo en cuenta que Josiah casi me ordenó que preguntara a Tomás si quería salir conmigo, dudo que tengamos problemas en ese frente.

Tomás pareció anonadado.

—¿Qué?

—¿Cuando vinisteis todos a cenar y subí para ver cómo estaban? Ese día, Josiah me dijo que debería salir contigo porque Gabe y él podían ver que me hacías feliz.

La mirada de Tomás se suavizó.

—¿Y tenía razón?

—No estaría aquí en caso contrario, pero me sorprendió que se diesen cuenta. Son más perceptivos de lo que creía.

—Son grandes chicos —dijo Tiago.

Bueno, ¿por qué no preguntarle? No era mi estilo el pasar de puntillas sobre temas controvertidos.

—¿Es eso algo que os gustaría? Niños, quiero decir.

Tiago y Cas mantuvieron una silenciosa conversación con las miradas.

—Nos hemos apuntado al curso obligatorio que exigen para convertirse en padres de acogida —dijo suavemente Tiago—. Encaja con nosotros. Yo ya no trabajo, y hay muchos chavales ahí

fuera que necesitan la seguridad y el cariño que nosotros podríamos ofrecerles.

—Eso es maravilloso —dije—. Y tenéis razón. Hay una enorme falta de buenas familias de acogida.

—Aún no nos han aprobado —dijo Cas—, y después de esto, tendremos que superar varios obstáculos, pero es un paso en la dirección correcta.

—No sabía que querías niños —dijo Tomás a su hermano y mi corazón se encogió al oír el dolor en su tono.

—Y hasta hace poco ni siquiera me lo había planteado —dijo Tiago—. Al principio, no quise comentártelo porque Cas y yo aún estábamos debatiendo el tema. Y cuando tomamos la decisión, te marchaste a Londres, y no me pareció bien soltarte algo así por teléfono.

—Tienes razón. —Tomás se relajó—. Y necesito dejar de sentirme herido por no ser el primero en enterarme de lo que pasa en tu vida. Admito que aún escuece, pero ese es mi problema, no el tuyo. Además, sería hipócrita; llevo varios días en la ciudad y no te avisé hasta anteayer porque quería pasar un tiempo a solas con Fir. —Calló unos segundos—. Creo que es la primera vez que hago eso; y ahora entiendo que es normal. Ya no soy el primero en tu vida y tú no eres el primero en la mía, y no pasa nada —su voz se rompió ligeramente—. Siento mucho haber tardado tanto en darme cuenta.

—Siempre serás mi otra mitad, Tomás —dijo Tiago—. Nada cambiará eso.

—Lo sé, y tú la mía. Pero voy a necesitar un poco de tiempo para adaptarme a esto.

Estarían bien. Tomás estaría bien. Lo supe con total certeza. Como había dicho, necesitarían tiempo, pero al menos eran conscientes de su situación y estaban siendo sinceros. Sí, siempre y cuando siguieran por ese camino, les iría bien.

Y a Tomás y a mí, también.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

TOMÁS

*E*STABA NERVIOSO, más nervioso de lo que había estado en la vida. Joder, estuve más relajado la primera vez que me enfrenté a una cámara. Había trabajado con fotógrafos famosos y cotizados diseñadores, había compartido pasarela con leyendas de la música, de la danza, del séptimo arte..., pero ninguno de esos acontecimientos me había intimidado tanto como lo que estaba a punto de acontecer ahora: Fir iba a presentarme a sus hijos como su novio.

Su novio. *Santa Maria mãe de Deus, a*ún no podía creer que estuviese saliendo con Fir Everett. El dulce, sexy y fuerte Fir, que, por algún motivo, era todo lo que jamás supe que necesitaba. Solo rezaba por ser el hombre que se merecía.

—Irá bien —dijo Fir por décima vez—. Te lo prometo.

Hasta ahora, no había tenido demasiado éxito en eso de convencerme. Cuando un coche aparcó en el camino de entrada, subí al primer piso para estorbar lo menos posible. El padre de Samuel no necesitaba verme; no, cuando ni siquiera los hijos de Fir sabían lo nuestro, así que esperé en el dormitorio hasta que Fir me llamó.

—Chicos, sé que ya le conocéis, pero Tomás y yo estamos saliendo oficialmente. Somos novios —anunció.

Ambos chicos se giraron hacia mí.

—Genial. —Gabe me ofreció la mano—. Bienvenido a la familia.

Josiah sonrió a su padre.

—Te lo dije, papá.

Fir le revolvió el pelo.

—Sí, lo hiciste. Buena idea.

—¿Podemos ir arriba a deshacer la maleta? —preguntó Gabe.

—Claro —dijo Fir—. La cena estará lista en una hora.

Con un último gesto hacia mí, ambos chicos subieron atronadoramente las escaleras y

desaparecieron en sus dormitorios.

—¿Eso ha sido todo? —pregunté a Fir.

Él se encogió de hombros.

—Prácticamente, sí. Estoy seguro de que tendrán algunas preguntas más tarde, pero por ahora, eso ha sido todo.

¿Por qué cojones me había puesto tan nervioso?

Pero Fir no se había equivocado. Durante la cena —un delicioso pollo Korma con arroz y judías verdes—, los chicos hicieron más preguntas.

—¿Significa esto que te vas a mudar aquí? —preguntó Josiah con la boca llena.

—¿Puedes, por favor, esperar a vaciarte la boca antes de hablar? —dijo Fir—. No somos bárbaros.

—Lo siento, papá —murmuró Josiah tragando furiosamente—. Así que, ¿vas a mudarte?

—En algún momento, pero no ahora mismo —respondió Fir—. Pero pasará muchas noches aquí.

—Siempre que no hagáis ruido... —murmuró Gabe—. Porque nadie necesita oír eso.

Fir gruñó.

—Gracias por ese comentario, colega. Muy elegante.

Josiah me estudió en silencio. Al parecer, aún no había acabado

—Así que, si las cosas van bien ¿te convertirás en nuestro padrastro?

Esta vez, Fir me dejó contestar a mí.

—Sí.

—¿Y qué te parece eso? —preguntó Josiah—. ¿Querías hijos?

Me había prometido a mí mismo ser sincero. No saldría nada bueno de mentir ahora.

—Estoy aterrado, no os voy a engañar. No he tenido contacto con ningún niño desde hace mucho tiempo, menos aún adolescentes, así que va a ser una curva de aprendizaje muy pronunciada. Espero que seáis pacientes conmigo, porque no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Papá tampoco. —Josiah se encogió de hombros—. Siempre nos dice que va decidiendo las cosas sobre la marcha.

Fir rio suavemente.

—Cierto. Ni toda la teoría del mundo podría prepararte para la realidad de la crianza. Así que sí, voy improvisando según vienen las cosas. Tardé un tiempo en sentirme cómodo con ello.

—¿Conocías a nuestro otro padre? —preguntó Gabe.

Sí, quería ser sincero, pero no necesitaban saber todos los detalles.

—Sí. Éramos amigos.

Los ojos de Gabe se iluminaron.

—¿Erais amigos?

Al menos, podría contarles un poco.

—Estoy seguro de que tengo algunas fotos de él de por aquella época, pero tendré que buscarlas. Era un gran tipo. Amable, gracioso,... Muy valiente.

—¿Valiente?

Miré a Fir. ¿Cuánto podía contarles?

—Ya sabéis que los abuelos Thompson eran muy religiosos cuando Pa era adolescente, así que necesitó mucho valor para salir del armario y declararse gay. Se enfurecieron con él —dijo Fir.

—Nunca entenderé por qué hay personas que tienen tantos problemas con que la gente sea gay o bi o lo que sea —dijo Josiah con un suspiro—. Si no les afecta, ¿por qué les importa?

—Tengo puestas muchas esperanzas en los de vuestra generación, colega —dijo Fir— A lo mejor, llegamos a un punto en el que nadie tenga la necesidad de salir del armario.

—Hemos empezado un club queer en el colegio —dijo Josiah—. Es para chicos que sean queer o tengan familiares queer. Los aliados también son bienvenidos.

—Vaya, es estupendo —dije—. Y es muy inteligente el abrirlo a todos para que nadie tenga que exponerse si no quiere.

—Me gusta ver cómo reivindicáis la palabra queer —dijo Fir—. Antes la usaban como insulto. Además, siempre he pensado que es más sencillo usar una palabra en lugar de todas las siglas; así no tengo que preocuparme por si he dejado a alguien fuera.

Gabe asintió.

—Sí, y de esa forma no necesitas identificarte con una etiqueta en concreto. Tarde un tiempo en descubrir si era gay o bi, solo sabía que no era hetero, así que el término queer funcionaba mejor para mí.

No había esperado una conversación tan seria con dos adolescentes, pero la estaba disfrutando.

—La triste realidad es que el ser queer aún te puede causar problemas —dije—. El mes pasado tuve una discusión con mi agente. Me informó que no debería ser «demasiado gay» porque eso repercutiría negativamente en mi carrera.

Fir hizo un gesto de desesperación.

—Vaya, no sabía que había grados.

—Y eso es, casi literalmente, lo que le contesté.

—¿Qué hiciste para que pensara que eras «demasiado gay»? —preguntó Gabe.

—Me comprometí a hacer una sesión fotográfica gratuita para el Día de la Lucha contra el Sida.

Todos los beneficios irán a parar la Fundación para la Lucha contra el Sida. Mi agente pensó que no debería asociar mi imagen a una causa como esa.

—El año pasado hice un ensayo sobre la epidemia del sida —dijo Gabe.

—Vaya, ese es un tema muy interesante —dije—. ¿Para qué asignatura fue? ¿Salud?

—No, sociales. Nuestra profesora nos hizo escoger un evento que cambió el curso de la historia, y yo elegí ese. Fue difícil entender lo aterrorizada que estaba la gente por aquella época, como si solo tocar a los enfermos pudiera contagiarte. Pero mi padre me explicó que al principio nadie entendía cómo funcionaba ni cómo se contraía la enfermedad.

—Seguro que te cruzaste con el nombre de Lady Di —dije—. Su gesto tuvo un gran impacto.

Gabe asintió.

—Fue muy generoso usar su fama de esa forma. Parecido a lo que tú estás haciendo con esa sesión.

Reí suavemente.

—No estamos para nada en la misma liga, pero sí. Intento usar mi fama para algo positivo. Y el sida es una causa que me afecta particularmente.

—¿Perdiste a alguien cercano? —preguntó Gabe—. ¿O es algo que no debería preguntar?

—Puedes preguntar, por supuesto, y no, no perdí a nadie. Pero tu padre y yo... De hecho, tus padres y yo crecimos en mitad de la epidemia. Si hubiésemos nacido diez años antes, puede que nos hubiese matado. Eso es algo que nunca he podido ignorar. Fuimos afortunados, porque para cuando empezamos a ser activos sexualmente, ya se conocía lo suficiente sobre la enfermedad como para enfatizar la importancia del sexo seguro. —Joder, mierda. La primera conversación real que tenía con los hijos de Fir, y ya me las había apañado para cagarla hablando de sexo. Pero Fir no pareció molesto en absoluto.

—Ahora entendéis por qué sigo taladrándoos la cabeza con el tema de los condones —dijo—. Hemos visto una de las peores cosas que pueden pasar. Y ahora, el sida no es la sentencia de muerte que era entonces, pero tampoco es algo que pueda tomarse a la ligera.

—Sí, papá —canturrearon los chicos al unísono, rompiendo la tensión.

Un poco más tarde, con los niños en sus habitaciones y nosotros en el dormitorio de Fir, dije:

—Son buenos chicos.

Dado que aún no había pasado por mi casa desde que había vuelto de Londres y seguía teniendo mis maletas en su hogar, acepté su invitación a pasar la noche.

Nos metimos en la cama, vestidos tan solo con nuestra ropa interior, y Fir se acurrucó contra mí. Le gustaba abrazar, más que a cualquier hombre que hubiese conocido, y había llegado a adorar tenerlo entre mis brazos. Jamás habría pensado que me convertiría en este tipo de hombre, y sin embargo, ahí estaba.

—Gracias —dijo—. Estoy muy orgulloso de cómo ha ido la cena. Aunque no puedo adjudicarme

todo el mérito. Ha sido un trabajo en equipo.

—Espero que no te haya molestado el giro inesperado que ha tomado la conversación.

—¿Te refieres a lo del sida y el sexo? No, me ha encantado. Intento hablar con ellos del mundo real al que van a enfrentarse, y el sexo va a ser una parte importante de sus vidas. Además, están llegando a una edad en la que es imprescindible mantener abiertas las vías de comunicación.

—Creo que es impresionante que tengáis una relación tan abierta.

—Ese estúpido puritanismo ha causado mucho daño. Evitar hablar del sexo o de temas difíciles con los niños, especialmente los adolescentes, no solo no resuelve nada, sino que provoca situaciones desastrosas, como embarazos adolescentes y enfermedades de transmisión sexual. Ya he hablado con Gabe sobre la PreP. Puede que aún sea demasiado joven, pero quiero que conozca todas las opciones que hay ahí fuera. Para un hombre gay es importante tener ese tipo de información.

—No podría estar más de acuerdo. —Le besé en la coronilla—. Gracias por presentarme a tus hijos y por estar dispuesto a compartirlos conmigo. Te prometo que lo haré lo mejor que pueda.

Sonrió.

—Sé que lo harás. —Suspiró, jugueteando con el vello de mi pecho—. Aún sigo conmocionado por el comentario de Gabe sobre no querer oírnos follar.

—Y yo. —Reí suavemente—. Supongo que tendremos que tener cuidado, entonces.

Se alzó sobre un codo para mirarme, y una traviesa sonrisa empezó a dibujarse en su rostro.

—Tal vez deberíamos ensayar para ver si estamos a la altura del desafío.

—Parece lo más inteligente. —Tomé las riendas y rodé hasta ponerme sobre él, capturando sus labios en un apasionado beso. Fir gimió en mi boca—. Shhh —le reprendí—. No puedes gemir tan alto.

—Entonces deja de besarme así.

—Si haces todo este ruido solo con besarnos dudo que seamos capaces de ir más allá.

—Lo intentaré, ¿de acuerdo? Ahora, sigue besándome.

Vaya, Fir se estaba volviendo mandón. Lo adoraba. Le besé de nuevo, mientras ambos nos desprendíamos de los calzoncillos. Si había una forma elegante de hacerlo, aún no la había encontrado, y a estas alturas, dudaba de que fuese a hacerlo.

Le empujé suavemente hasta tenerle de espaldas contra las sábanas, y contemplé su cuerpo desnudo, absorbiendo cada detalle, desde la curvatura de sus hombros hasta el movimiento de su pecho al respirar, y por supuesto, esas pecas con las que tanto me había encariñado.

—Dios, eres magnífico —murmuré, incapaz de apartar la mirada.

—Mira quién está hablando. —El deseo ardía en sus ojos, y sentí cómo se incendiaba mi cuerpo.

—¿Podemos...? —Inspiré—. ¿Te importaría descartar el condón? No he estado con nadie más

desde mi último chequeo.

—Yo tampoco. —Sonrió—. Y eso me encantaría.

Volví a reclamar su boca en un beso que pareció abrasar mi alma y apreté mi cuerpo contra el suyo, deleitándome en la suavidad de su piel. El deseo aumentaba a cada segundo que pasaba, con cada movimiento de nuestros labios y cada roce de nuestras lenguas. Su sabor era intoxicante y podría haberme pasado horas besándolo.

—Dime —susurré mordisqueando el lóbulo de su oreja—. Dime cuánto me deseas, *meu amor*.

—Quiero sentirte dentro de mí, mi amor.

Algo había cambiado. El fuego estaba ahí, ardiendo a la misma temperatura imposible de siempre, pero había algo más. Una nueva capa de emociones. Una ternura, una dulzura que nos envolvía a ambos, como una crisálida que nos apartaba del mundo.

Mientras le besaba me lubriqué la polla. Habíamos follado esa misma mañana, así que Fir no necesitaría mucha preparación, ni la querría. Qué sensación más extraña el hacerlo sin condón, una primera vez para mí. Nunca había renunciado al látex, ni una sola vez en mi vida. Jamás.

—Por favor... —susurró Fir con la voz tomada por el deseo.

Nuestros besos se ralentizaron y fui deslizándome lentamente en él, llenándolo milímetro a milímetro hasta que estuvimos completamente unidos. Sentí que nuestras almas también se fundían en una sola, como si una parte de mí se perdiera para hacer sitio a una parte de él.

—Nunca me he sentido tan cerca de alguien —susurré—. Te quiero muchísimo.

Su sonrisa fue lo más bello que había visto nunca.

—Yo también te quiero.

Nos besamos e hicimos el amor, porque eso era lo que estábamos haciendo ahora. Nada de sexo desenfrenado, aunque no me cabía duda de que también tendríamos de eso, sino una lenta y sensual danza, una interminable exploración de nuestros cuerpos entre perezosos y tiernos besos. Mis labios vagaron por todas partes, y sus manos recorrieron mi piel, acariciando mis brazos, mis hombros y mi pecho.

Suspiró.

—Eres precioso. Realmente me quitas el aliento. —Me miró y sonrió—. Pero me gusta incluso más lo que hay aquí —murmuró, apoyando la mano en mi pecho a la altura del corazón.

No podría haberme hecho un cumplido mejor. Saber que le gustaba mi aspecto era una cosa, pero ¿tener la certeza de que me conocía y me amaba de igual forma? Esa era una sensación embriagadora.

Perdimos la noción del tiempo, y cuando la presión se hizo imposible de soportar, nos corrimos a la vez. Fue un orgasmo sosegado, que nos barrió como una serena ola en un inmenso océano, pero Señor, se prolongó tanto que nos dejó temblando y sin aliento. Cuando me aparté, Fir estaba medio dormido, murmurando algo ininteligible.

Sonreí y salí cuidadosamente de la cama. Apenas se despertó cuando le limpié, y al volver a la cama, tras limpiarme a mí mismo, se acurrucó rápidamente contra mi pecho y, al segundo siguiente, estaba dormido.

Me quedé despierto unos minutos, acariciándole el pelo, más feliz de lo que había sido nunca.

CAPÍTULO VEINTISIETE

FIR

*L*AS VEGAS no era como la había imaginado. Para nada. Pensé que sería romántica y glamurosa, pero en su lugar, me encontré con una ciudad sucia y vulgar, con borrachos deambulando por todas partes y el aire saturado de tabaco, alcohol y marihuana. Aun así, era perfecta.

Tomás me había regalado dos entradas para ver a U-2 —mi regalo anticipado de cumpleaños—, dejándome elegir quién sería mi acompañante. Bueno, por supuesto que iba a elegirle a él, y no porque supiese que se empeñaría en pagar todo. Al hombre le gustaba viajar con estilo, vuelo en primera clase y una elegante suite en el Bellagio incluido. Menos mal que adoraba lo que había construido en Forestville, porque habría sido muy sencillo acostumbrarse a esa forma de vida.

El concierto estaba programado para el sábado, pero Tomás sugirió ir el viernes y pasar allí todo el fin de semana. No necesitó demasiado tiempo para persuadirme. Los chicos se quedaron con mis padres, y se pusieron como locos cuando les llamamos y les mostramos lo ridículamente lujosa que era nuestra suite. Por lo visto, ellos también se lo estaban pasando en grande.

Paseamos por el Strip dados de la mano, esquivando borrachos, artistas engalanados para sus funciones y bailarinas eróticas escasamente vestidas que intentaban atraernos a sus espectáculos hasta que veían nuestros dedos entrelazados. *Síp*, errando el tiro ahí.

Las Vegas era ruidosa, cegadora e increíblemente extravagante, pero adoré visitarla con Tomás a mi lado. Nos reímos con los espectáculos callejeros, fuimos al centro comercial donde se ubicaban las tiendas de las grandes marcas —una de ellas exhibiendo una enorme foto de Tomás — y mayormente disfrutamos de nuestra compañía.

Tomás se había disfrazado, como me había dicho que haría, y el resultado era poco menos que inquietante. No le reconoció nadie, ni siquiera cuando se quitó las gafas y la gorra de béisbol. Era asombroso que unos cambios tan sencillos marcaran tanta diferencia. Cuando había salido del baño, había tenido que esforzarme para reconocerlo. Entre el tinte castaño, las lentillas azules, los ordinarios pantalones del chándal y la descolorida camiseta de los Seahawks, no parecía un reputado modelo en absoluto. Ni siquiera se acercaba.

—Podemos ir a las fuentes y luego coger un taxi para llegar a la función —dijo Tomás tras comprobar la hora en su reloj. Había reservado entradas para un espectáculo, pero no había querido decirme nada, salvo que sabía que me iba a gustar.

—¿Realmente merece la pena ver las fuentes? —pregunté.

—Si vienes a Las Vegas no puedes perdértelas. Es divertido.

Tendría que confiar en su palabra, y ¿cómo negarme cuando me miraba así? Aunque el impacto no era el mismo con esas extrañas lentillas.

—Tus ojos son inquietantes —comenté—. Es como si estuviese mirando a alguien que te ha robado la cara.

Rio.

—Que es, exactamente, el objetivo.

—Lo sé, pero sigue siendo extraño. Tienes que quitártelas antes de follarme. No puedo acostarme contigo así. Sentiría que te estoy poniendo los cuernos o algo.

Resopló.

—Eso no tiene sentido, pero haré lo que te haga feliz, *meu amor*.

Sí, lo haría. Algo que había estado demostrándome durante los últimos dos meses.

Volvimos paseando al Bellagio, y paramos en el lugar que, según Tomás, era perfecto para ver el espectáculo. Se colocó a mi espalda y me envolvió entre sus brazos. En Forestville, esta era la temporada de lluvias, pero aquí, el tiempo se mantenía en unos agradables veinticinco grados y lo adoraba.

—¿Qué te está pareciendo Las Vegas hasta ahora? —preguntó Tomás.

—Es diferente a lo que había esperado. Menos romántica.

—Dios, sí. No hay nada de romántico en esta ciudad. Es hortera y ostentosa, como un diamante falso, pero si sabes dónde ir, puedes encontrar esos lugares especiales que hacen que la visita merezca la pena. Los restaurantes, por ejemplo, son excelentes.

—¿Lo son?

—Nos he reservado una mesa para el domingo por la noche en el Asador de Gordon Ramsey. Te prometo que jamás volverás a probar un entrecot así. El sabor es de otro mundo.

Solo de pensarlo se me hizo la boca agua. La carne roja no era muy saludable, pero nunca había podido resistirme a un buen entrecot, que era, probablemente, la razón por la que Tomás había reservado en ese restaurante. Se fijaba en los detalles, en las cosas que me hacían feliz. Me asaltó una nueva oleada de amor por él y giré la cabeza para mirarle.

—Te quiero —susurré—. Te quiero mucho. Siempre te esfuerzas para hacerme feliz.

—Yo también te quiero, *meu amor*. Y me gusta tratarte como a un príncipe. O un rey. Te lo mereces.

Me incliné contra su hombro. Ya no me importaban las fuentes. Estar ahí con el hombre que amaba era especial en sí mismo.

Pero luego, empezó el espectáculo y me cautivó. Las fuentes se encendieron, las luces oscilaron al ritmo de la música y el agua comenzó a danzar ante nosotros. Era deslumbrante. Los chorros fueron alzándose más y más alto, explotando en estallidos de color.

—Vaaaya —dije, tan ensimismado como la gente que me rodeaba. Cuando todo cesó, y la relativa oscuridad volvió a envolvernos, me giré hacia Tomás y exclamé—: ¡Eso ha sido alucinante! Mucho mejor de lo que había esperado.

Tomás rio.

—Son populares por un buen motivo. Realmente saben cómo montar un espectáculo.

Paramos un taxi y Tomás le dio una dirección ubicada casi a la otra punta del Strip. El conductor nos dejó frente a un anodino edificio y avanzamos hacia él. Aún no tenía ni idea de qué estábamos haciendo allí. Tomás tendió unas entradas a la señora de la recepción, ella las aceptó y, con una amable sonrisa, dijo:

—Aún tienen tiempo para ver nuestra exhibición erótica antes de que empiece el espectáculo. Espero que lo disfruten.

—¿Exhibición erótica? —susurré mientras entrábamos—. ¿Dónde cojones nos has traído?

Con una enorme sonrisa, Tomás señaló un cartel en el que dos hombres, completamente desnudos, se sostenían las pollas. «Títeres fálicos», pude leer en la parte inferior. Abrí la boca de par en par. Títeres...

—¿Qué es esto?

—Es como el arte con globos, pero con penes. Es graciosísimo —dijo Tomás, desternillándose de risa.

—¿Con sus pollas? ¿Están desnudos en el escenario?

—*Sip*, y te juro que a los cinco minutos eso será lo que menos te sorprenda. Estarás demasiado ocupado partiéndote el culo por las cosas que pueden hacer con sus penes.

—Suena a... —Reí—. Las Vegas.

—Es la cosa más *vegasiana* que te puedas imaginar, pero te prometo que es tronchante.

Y tronchante fue. Me partí de risa desde el momento en que los dos tipos subieron al escenario, como Dios les trajo al mundo, y dieron voz a sus pollas. Su actuación era surrealista, demencial, completamente absurda y, por un momento, sentí que había abandonado la Tierra y entrado en otra dimensión. Luego, empezaron a hacer figuras con sus penes y mi risa se desbocó. Hicieron perros, elefantes y una infinidad de animales. Jamás habría imaginado que alguien pudiera hacer una representación tan fiel de la Torre Eiffel con un falo, pero se las apañaron, y casi me caí al suelo sujetándome la tripa de la risa. Las lágrimas corrieron por mejillas y tras veinte minutos, incluso la boca me dolía.

Para cuando terminó el espectáculo, tenía agujetas en el estómago y, de vez en cuando, estallaba en una carcajada al recordar alguna de las escenas más alocadas.

—Ha sido el mejor espectáculo del mundo —dije a Tomás cuando cogimos un taxi—. Creo que

nunca me he reído tanto.

—Tiago y yo fuimos el año pasado, y no pudimos sacárnoslo de la cabeza durante semanas, descojonándonos cada vez que lo comentábamos. Es jodidamente absurdo, pero divertidísimo.

—Ha sido espectacular. Gracias por traerme.

«Espectacular» también sirvió para definir la ronda de sexo que tuvimos según llegamos a nuestra habitación del hotel. Primero, me inclinó sobre la cama; una posición, que, había descubierto, Tomás adoraba. Y luego, me folló en el baño, donde causamos un auténtico estropicio. Tras eso, necesitamos otra ducha, pero mereció totalmente la pena.

Al día siguiente, paseamos por la calle Fremont. Esa zona no era mi estilo, pero fue interesante conocerla. Y luego, hicimos tiempo visitando algunas tiendas hasta la hora del concierto.

Cuando llegamos al *Sphere* me quedé ojiplático, absorbiendo cada detalle de la impresionante construcción esférica. El edificio, en sí mismo, ya era espectacular, pero una vez pusimos un pie en su interior me deslumbró aún más. Tomás nos había reservado asientos de primera. El hombre nunca hacía nada a medias; estábamos tan cerca del escenario que podía distinguir la cara de Bono sin tener que mirar las enormes pantallas.

Y Dios, el concierto fue... colosal. Tocaron todos los grandes clásicos, desde *With or without you* y *One* hasta *Where the Streets have no name*, y sus éxitos más recientes. Canté con cada tema hasta quedarme afónico y, aun así, seguí cantando hasta que me quedé sin voz. Para cuando terminó el concierto, me ardía la garganta y apenas podía susurrar, pero no me arrepentía en absoluto.

—Gracias —sonreí con voz rota, besando efusivamente a Tomás sin importarme una mierda lo que pudiera pensar la gente a nuestro alrededor—. Ha sido el mejor regalo de cumpleaños del mundo.

—Me alegro de que te haya gustado. Quería que fuese algo especial.

Le besé de nuevo.

—Todo lo que hacemos juntos es especial.

¿Noño? Joder, sí, pero también resultaba ser la verdad.

Nuestro domingo transcurrió prácticamente en la cama, durmiendo y haciendo el amor antes de convencernos de que necesitábamos desayunar. O almorzar, más bien. Aún tenía la voz tomada, y Tomás pidió al servicio de habitaciones que nos subieran té con miel y limón, un remedio infalible para la garganta.

No estábamos de humor para alejarnos demasiado, así que decidimos deambular un rato por el hotel. Exploramos algunas de sus lujosas tiendas, curioseamos el conservatorio y paseamos por el jardín botánico, que fue un descubrimiento más que placentero.

Estaba excitado por nuestra cena en el Ramsey. El restaurante estaba ubicado en el interior del Hotel París, y cuando llegamos, me quedé atónito al ver la réplica de la Torre Eiffel que habían levantado frente a la entrada. Joder, en Las Vegas todo era excesivo.

—¿Han cenado con nosotros en alguna ocasión? —preguntó nuestro camarero tras conducirnos a nuestra mesa.

—Yo sí, pero para mi novio es la primera vez —dijo Tomás, y sonreí, como siempre hacía cada vez que me reclamaba tan abiertamente. Le gustaba hacer eso, siempre orgulloso de presumir de mí, algo que no dejaba de asombrarme.

—Entonces, le espera un viaje sorprendente, caballero —me dijo el camarero.

—Tengo debilidad por la carne, así que lo estoy deseando. —Mi voz se había recuperado lo suficiente como para permitirme hablar con normalidad, pero seguía doliendo.

Tomó nota de nuestras bebidas —ambos pedimos uno de sus cócteles de autor— y nos dejó las cartas.

Ojeamos detenidamente el menú.

—No sé qué elegir —dije a Tomás—. ¿Cómo hacerlo, cuando todo parece delicioso?

—Tienes que probar las patatas trufadas. Son dignas de los Dioses. Aunque el puré de patatas también es sublime.

Fruncí la nariz.

—¿Puré de patatas? ¿Qué hay de especial en eso?

—No tengo ni idea de lo que le echan, pero tiene una textura aterciopelada y está exquisito. Te lo juro.

Al final, me decidí por un *filet mignon* de carne de *wagyu* americano, y el camarero se puso poético alabando mi decisión. A cien dólares los doscientos gramos, ya podía estar exquisito, aunque no era, ni de cerca, el plato más caro del menú. Tomás añadió el puré de patatas y las patatas trufadas como acompañantes y un plato de jamón ibérico, una ensalada y caviar como entrantes para compartir. Yo decidí dejar de mirar los precios. El hombre quería invitarme y no iba a poner resistencia.

Los entrantes estuvieron fenomenal. Joder, nunca había pensado que el cerdo pudiera saber así. Cuando di el primer bocado a mi solomillo, se me escapó un gemido casi pecaminoso, pero no podría haberlo contenido aún queriendo. Dios, esa carne se derretía en la boca; era la más tierna que había probado nunca, y el sabor era tan rico e intenso que casi estuve a punto de escribirle un soneto.

—¿Bueno? —preguntó Tomás con una sonrisa.

—Ni siquiera tengo palabras.

—Prueba el puré de patata. —Cogió un poco con su tenedor y lo acercó a mi boca.

No dudé y oh, Señor, no había bromeado. Era cremoso y ligero, y tenía un sabor tan magnífico que se merecía un nombre muchísimo más elegante.

—No puedes llamar a esto puré de patatas —me quejé—. Esto no tiene nada que ver con la pasta amarilla que hace mi madre en Acción de Gracias. Esto es néctar de los Dioses.

El camarero oyó mi efusiva opinión y rio disimuladamente.

—Me alegra oírlo, caballero.

—Preguntaría cómo lo han hecho, pero ¿sabe qué? Prefiero no saberlo. Es increíble y perfecto, y creo que quiero mantener el halo de misterio.

La sonrisa del camarero se amplió.

—Como desee —dijo—. ¿Qué le ha parecido la carne?

—Perfecta —dije con un alegre suspiro—. Absolutamente perfecta.

Cuando salimos del Hotel París nos dirigimos al Bellagio atravesando la pasarela que los comunicaba.

—¿Es esto lo normal para ti? —pregunté a Tomás cuando me quedé corto de superlativos para describir la cena—. Este tipo de comida, me refiero.

—¿La he probado antes? Sí, varias veces, pero no lo consideraría normal. Es un capricho que me permito de vez en cuando, y contigo lo disfruto aún más porque es obvio que te ha gustado.

—Incluso sería triste acostumbrarse a ese tipo de comida. Después de eso, ¿qué quedaría para sorprenderte?

—Oh, el listón está mucho más alto, créeme. Tiago y yo hemos tenido el privilegio de cenar en algunos de los mejores restaurantes europeos y ni siquiera pueden empezar a compararse con este. Es mucho más que una cena. Es una experiencia inmersiva.

—¿No lo echarás de menos al retirarte?

Una de las muchas cosas que apreciaba de Tomás es que nunca se tomaba las preguntas a la ligera. Nunca respondía con palabras vacías ni intentaba satisfacerme con una respuesta fácil y superficial.

—A lo mejor —admitió—. Pero una vez los chicos empiecen la universidad, tendremos más tiempo y podremos escaparnos algún fin de semana. Podríamos probar restaurantes nuevos y visitar otras ciudades juntos.

Sonreí.

—Eso me encantaría.

Fiel a su palabra, Tomás no había aceptado nuevos encargos. Estaba cumpliendo con los compromisos que tenía en su agenda, pero una vez hubiera acabado con ellos —cosa que haría en unos meses—, volvería al hogar para quedarse. Y por hogar me refería a mi casa, dado que ni siquiera había pasado una noche en la que se había comprado, algo con lo que me gustaba picarle. Jess y Sam se mudarían allí en un mes y estaban locas de alegría.

Esa noche, cuando me acurruqué contra él en la cama, susurré:

—Este ha sido un fin de semana perfecto, cariño. Gracias.

Me apretó aún más contra su cuerpo.

—Te lo mereces. Lo único que quiero es hacerte feliz.

—Y lo haces. Me haces muy feliz. Ni siquiera necesito un fin de semana como este para eso.

—¿No?

—Me haces feliz siendo tú mismo, Tomás Banner. Lo único que necesito es tu cariño y el placer de tu compañía.

Se quedó en silencio unos segundos.

—Y mi polla —dijo seriamente.

Resoplé.

—Y tu polla, mi amor. Pero mayormente, a ti.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

TOMÁS

*N*UNCA HABÍA ESTADO en el cementerio, y era más apacible de lo que había imaginado. Las hojas caídas cubrían las lápidas como mantas otoñales, añadiendo brillantes tonalidades rojas y anaranjadas a la interminable hilera de gris y mármol blanco. El sol asomaba por entre las nubes, abriéndose paso a través de las ramas de los árboles para proyectar alargadas sombras en el suelo. Las flores silvestres aún no se habían marchitado y decoraban varias tumbas, arracimadas en sencillos *bouquets*, o sobresaliendo de pequeños jarrones de cristal, algunos con una única rosa o un lirio blanco.

Mi madre, que se había criado en un ambiente católico, nos había inculcado cierto sentido de la fe. No demasiado como para hacernos sentir culpables o temerosos de Dios, pero sí lo suficiente como para estar abiertos a la idea de un Ente superior, alguien que velaba por nosotros. Nunca había encontrado satisfactorias las respuestas ante las grandes preguntas de la vida, pero me gustaba pensar que me esperaba una especie de Cielo. Y si lo había, tenía que estar abarrotado de buena gente, aquellos que realmente sabían lo que era el amor y la alegría.

Eso tenía que incluir a Samuel Thompson. Los recuerdos que tenía de él eran alegres, y ni siquiera el escándalo que habíamos provocado cuando el entrenador Keeling nos pilló bajo las gradas los había empañado. Samuel había sido un chico divertido, cálido y cariñoso, y habíamos disfrutado experimentando juntos.

Pero aún más importante, había sido un gran marido para Fir y un padre maravilloso para sus hijos, y solo por eso, se merecía el Paraíso. Y si estaba allí, si existía la más mínima posibilidad de que estuviese velando por Fir y sus chicos, al menos, le debía esto.

Había buscado la ubicación de su tumba en el apañado directorio del cementerio. Estaba al fondo del todo, y avancé lentamente hasta allí portando las flores de lavanda que había cortado de mi jardín, un regalo inesperado de Carol, la dueña anterior. Había atado el ramo con una cinta púrpura y me había quedado más elegante de lo que había esperado. La exquisita fragancia que emitían competía con el húmedo y terroso aroma de las hojas y el césped.

Escaneé los nombres grabados en las lápidas. Algunos me resultaron familiares, tenían el mismo apellido que varios de mis conocidos. Había muchos jóvenes, incluso niños.

Vaya. Paré en seco.

«Essex Coombe. Amado hijo y hermano. USMC KIA». Cuerpo de Marines de los Estados Unidos Muerto en combate.

Essex. Por supuesto. Él también estaba enterrado aquí, pero por algún motivo, lo había olvidado. Tiago y yo habíamos volado hasta Forestville para asistir a su funeral. Sus padres se habían negado a enterrarle en el cementerio militar, insistiendo en tener sus restos cerca. Le habían despedido con todos los honores, y en su momento, la escena me dio escalofríos. Me acuclillé frente a su tumba, observando la lápida.

Veintiuno. Solo había tenido veintiún años. Habíamos vivido más desde su muerte de lo que él había vivido en toda su vida. Qué extraño y descorazonador pensamiento. Su muerte me había devastado, a pesar de que no habíamos hablado mucho desde que nos graduamos. Mientras Tiago y yo nos recorríamos el mundo, él había empezado su carrera en los Marines. Habíamos tomado caminos muy distintos en la vida, pero volvimos para honrar su memoria. Lo que habíamos descubierto recientemente seguía dejándome un sabor agridulce.

Siempre había pensado en él como un bromista, un payaso inmaduro. Tiago y yo incluso hablamos de lo bien que le vendría su paso por el Cuerpo de Marines. Le encarrilarían, pensamos. Pero nunca nos dimos cuenta de lo capullo que realmente había sido; con su hermano, con Fir y, por lo visto, con muchos otros. ¿Cómo se nos había escapado? Aún seguía sin encajar bien ese descubrimiento.

Pero podía ser un héroe y un capullo; el hombre que lo había dado todo por su país y el cabrón que aterrorizaba a sus compañeros, un gran amigo para mí y un abusón para otros. No pasaba nada por tener sentimientos encontrados. Tardaría un tiempo en desenmarañar esas emociones... y tampoco pasaba nada.

Me levanté de nuevo, eché un último vistazo a su tumba y seguí caminando.

Encontré la lápida de Samuel al fondo, de cara a una preciosa vista que abarcaba los verdes pastos y el río, con las montañas alzándose en la distancia. Pequeños montoncitos de hojas cubrían la piedra y las retiré cuidadosamente con la mano. Luego, me quedé de pie frente a su lápida, mirándola fijamente. «Amado esposo y padre». Toda su vida en esas sencillas cuatro palabras. Esposo y padre. Esos eran los papeles más importantes que había desempeñado. Y ahora yo iba a seguir sus pasos.

Me aclaré la garganta.

—Hola. ¿Te acuerdas de mí? Sí, Tomás. Quería hablar contigo. —Una vez dije las primeras palabras, todo se volvió más sencillo, y me senté en la suave y húmeda hierba sin preocuparme por mis vaqueros—. Espero que sepas cuántos buenos recuerdos guardo de ti y de lo bien que nos lo pasamos juntos, incluso cuando causamos tanto revuelo. Nunca olvidaré el valor que mostraste cuando te negaste a lanzarme a los lobos e insististe que había sido consentido y que no te había obligado a hacer nada. Podrías haberme culpado fácilmente y escapar de la ira de tu padre, pero no lo hiciste. Eso te costó la relación con tu familia y tu iglesia, y siempre te estaré agradecido por ello. Te admiraba muchísimo por atreverte a enfrentarte a todos ellos. —Arreglé el ramo de lavandas y lo posé sobre su tumba—. Te he traído unas flores. Fir me ha dicho que estas eran tus favoritas porque adorabas su aroma. A mí también me gustan. Me recuerdan a Fir. Aún usa esos pequeños sacos de lavanda que hacías, ¿lo sabes? No se ha olvidado de ti, y no creo que lo haga nunca. Pero lo entiendo y estoy en paz con ello. —Me aclaré la garganta para

deshacerme del repentino nudo que se me había formado—. Sí, debería haber empezado por ahí. Ahora estoy con Fir. Sí, lo sé, soy la última persona que habrías elegido para él, y sin embargo, aquí estamos. Me he enamorado de él. Completamente. Como un loco. Y por razones que no puedo comprender, él también se ha enamorado de mí. Somos muy distintos, y sin embargo, encajamos maravillosamente bien. Pero no quiero ocupar tu lugar. Ni con Fir, ni con tus hijos. Nunca podría. Te quieren muchísimo y el vacío que dejaste sigue siendo enorme. Nunca podré reemplazarte, y tampoco deseo hacerlo. —Mis ojos comenzaron a escocer y me aparté una lágrima—. Querías que Fir fuera feliz, que encontrara el amor de nuevo, así que espero que te parezca bien que me haya elegido. Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para hacerle feliz y cuidar de él. Y Dios, realmente necesita que alguien cuide de él. Lleva cinco años cargando solo con todo el peso y está exhausto. Quiero ayudarle, aliviar un poco su carga. Quiero pensar que eso es lo que te gustaría que hiciera, porque es lo que tú hiciste por él. Se apoyaba en ti, y eso es lo que quiero ser para él: una roca, para cuando la necesite. —Suspiré—. La he jodido a lo grande con mi hermano; le obligué a depender demasiado de mí, pero no volveré a cometer el mismo error. Angie, mi terapeuta... —Resoplé—. *Jesus*, esa era una frase que jamás pensé que pronunciaría. Bueno, Angie es mi terapeuta, y me ha prometido que se mantendrá atenta a las señales para que no vuelva a caer en el mismo hábito de codependencia. Fir tampoco me lo permitiría, de igual forma. Es demasiado fuerte y testarudo como para eso. Creo que, probablemente, no necesito decírtelo a ti.

Las nubes cubrieron el sol y me estremecí al perder su calor.

—Solo quería decírtelo en persona y pedirte tu bendición, supongo. Lo único te puedo asegurar es que le querré hasta mi último aliento, y espero que eso aún esté muy, muy lejos. No tengo palabras para decirte cuánto lamento que hayas tenido que abandonarlos tan pronto. Es injusto. Te merecías una vida larga y feliz con ellos. Espero poder hacer eso por ti, quererles y cuidar de ellos de la forma en que tú lo habrías hecho. Eso es todo. Eso es lo que quería decirte.

Y luego, las lágrimas llegaron y me senté ahí a llorar por el chico que había conocido. El chico dulce, cariñoso y divertido. Joder, ¿cómo podía ser tan cruel la vida?

Tardé un tiempo en recomponerme, pero cuando lo hice, me sentí extrañamente mejor. Más ligero. Como si me hubiera quitado un peso de encima.

Me impulsé con la mano para ponerme en pie, y sacudí mis pantalones en un intento desapasionado por quitarme la suciedad. Lo dejé estar. Daba igual.

Los rayos de sol volvieron a parecer por entre los árboles y alcé la mirada. Las nubes habían comenzado a despejarse, dejando un perfecto círculo azul en torno al sol, que ahora calentaba mi rostro, y una parte de mí, pensó que Samuel me había dado su aprobación.

Con un último vistazo a su morada final, me fui, preparado para empezar mi futuro con Fir y su familia.

EPÍLOGO

FIR

*N*OS CASAMOS DOS AÑOS DESPUÉS, justo antes de la graduación de Gabe. Fue una ceremonia íntima; solo nosotros, nuestras familias y nuestros amigos más cercanos. Intercambiamos los votos al lado de nuestros hijos, y cuando encendimos una vela por Samuel no hubo ni un solo ojo seco entre los congregados. Fue Tomás el que insistió en que Samuel también debería estar presente, y le adoré por ello.

Desde el principio, Tomás había sido categórico con lo de no querer reemplazar su lugar. Se había mostrado extraordinariamente sensible en ese aspecto, no solo conmigo, sino también con los chicos, con mis padres y más aún con los padres de Samuel. No había sido una presentación sencilla. El padre de Samuel aún recordaba demasiado bien a Tomás y la escena que había protagonizado con su hijo. Pero Tomás terminó ganándose su respeto con sinceridad, demostrándole que me quería y quería a sus nietos. Al final, el padre de Samuel cedió y, de momento, eso era lo mejor a lo que podíamos aspirar.

Tomás tardó un tiempo en adaptarse a su nuevo papel de padrastro. Al principio, la inseguridad le había consumido, ¿podía disciplinarles o tenía que dejarme esa parte a mí? Luego, fue convirtiéndose en el tío divertido, y Señor, había cortado eso pronto. Al final, encontró un término medio entre poner límites cuando tenía que hacerlo y delegar en mí los temas que consideraba más sensitivos. Los chicos ya le respetaban y, con el tiempo, llegaron a quererle.

Se había esforzado mucho para ganarse ese cariño, pasando tiempo a solas con cada uno de ellos, preocupándose por sus gustos y buscando afinidades. Había llevado a Gabe a un torneo de ajedrez y se había apuntado a un curso de fotografía con Josiah. Todos habían disfrutado de la experiencia y los lazos se habían ido estrechando de forma natural.

Y ahora, Gabe estaba preparado para abandonar el nido en dirección a la universidad. Medicina. Estaba decidido a seguir mis pasos, y los de mi padre antes que yo. Cuando el director pronunció su nombre, Tomás y yo vitoreamos a voz en grito. No podía haber estado más orgulloso de él. Haría grandes cosas en la vida, pero más importante aún: se estaba convirtiendo en un gran hombre; uno amable y generoso.

Y también Josiah, que ahora tenía dieciséis. Tenía más temperamento que su hermano y luchaba fieramente por aquello en lo que creía. Le admiraba por ello. Era muy popular en el colegio y aunque aún no tenía ni idea de lo que quería hacer con su vida, no me cabía duda de que

marcaría una diferencia.

Ahora, con solo dos años por delante para que el nido se quedara completamente vacío, estábamos adaptándonos lentamente a la siguiente etapa de nuestras vidas.

—He tomado una decisión —dije esa noche cuando estábamos acurrucados en el sillón de nuestro jardín, disfrutando de la paz y la tranquilidad tras un ajetreado día.

Tomás pasó un brazo por mi espalda y apoyé la cabeza sobre su hombro.

—¿Sobre qué?

—Voy a contratar a otro médico para la clínica.

—¿Sí?

—Sí. Quiero ir reduciendo mi jornada progresivamente. Podríamos viajar más, porque sé que lo echas de menos.

Se quedó callado unos segundos.

—Lo hecho de menos, pero no quiero que renuncies a nada para hacerme feliz.

—No lo hago, te lo prometo. Mi padre trabajó mucho más que yo y durante mucho más tiempo. Por aquella época, pensé que así era como tenían que ser las cosas, que ese era el precio a pagar por ser un médico en una ciudad pequeña. Como si requiriera ese sacrificio. Pero no lo requiere. Quiero pasar más tiempo contigo y no solo unas horas robadas tras un largo día de trabajo cuando estoy cansado. Quiero viajar contigo y que me enseñes las ciudades que tanto amas. A lo mejor, incluso podríamos hacernos un crucero. No lo sé.

Sus ojos se iluminaron.

—Me encantaría ir de crucero contigo. Incluso podríamos preguntar a Tiago y a Cas si quieren unirse.

—Suena perfecto —sonreí.

—Tendremos que llevar mil botellas de protector solar, eso sí —dijo Tomás, dándome un golpecito en la nariz.

Reí suavemente.

—Estoy seguro de que bastará con dos.

—No vamos a arriesgarnos.

—Pero ¿te gusta la idea?

—*Meu amor*, me encanta. Nunca diré que no a pasar más tiempo contigo, sea aquí o en cualquier otra parte. Siempre y cuando esté contigo, soy feliz.

Solo Tomás podía decir una frase así y que no sonara horriblemente cursi. A lo mejor, era porque lo decía en serio. No sabía qué había hecho para merecerme no uno, sino dos grandes amores en la vida, pero estaría agradecido por el resto de mis días. Me habían amado dos hombres

maravillosos, muy diferentes entre sí y, sin embargo, más parecidos de lo que jamás habría esperado.

Era el hombre más afortunado del mundo.

¡Gracias por leer *Curar al Gemelo*! ¿Queréis un poco más de Tomás y Fir? ¡Haz clic aquí para ver la escena adicional!

¡El próximo libro de Los Zorros Plateados de Forestville se llama *Proteger al Nerd* y estará disponible pronto! Puedes reservarlo ahora en Amazon.

LIBROS DE NORA PHOENIX EN ESPAÑOL

Los Hermanos Foster

- Plantado: Jaren
- Contratado: Hadley
- Despreciado: Lagan
- Pillado: Nordin

Los Zorros Plateados de Forestville

- Renovar al Modelo
- Despertar al Sheriff
- Curar al Gemelo
- Proteger al Nerd

Stand Alone

- Con Mano Firme

LIBROS DE NORA PHOENIX EN INGLÉS

Forestville Silver Foxes

A brand-new contemporary MM romance series set in the small town of Forestville, Washington, featuring characters in their late forties. These silver foxes think they missed their chance at happiness…until they meet the love of their life, right there in Forestville. A feel good small-town romance series!

- Renovating the Model
- Awakening the Sheriff
- Healing the Twin
- Protecting the Nerd

The Foster Brothers

Growing up in foster care, four boys made a choice to become brothers. Now adults, nothing can come between them…not even when they find love. The Foster Brothers is a contemporary MM romance series with found family, sweet romance, high heat, and a dash of kink.

- Marked: Myron
- Jilted: Jaren
- Hired: Hadley
- Loathed: Lagan
- Nicked: Nordin

Irresistible Dragons Series

A spin off series from the Irresistible Omegas that can be read on its own. With dragons, mpreg, stubborn alphas, and a whole new suspense plot, this is one series you don’t want to miss.

- Dragon’s Mate
- Dragon’s Honor
- Dragon’s Fight

- Dragon’s Magic
- Dragon’s Stand
- Dragon’s Surprise

Forty-seven Series

An emotional daddy kink duology with a younger Daddy and an older boy. Also includes first time gay, loads of hurt/comfort, and best friend’s father.

- Clean Start at Forty-Seven
- New Daddy at Forty-Seven
- Perfect Daddy at Fifty-One (novella)
- Forty-Seven Duology: The Collection

White House Men Series

An exciting romantic suspense series set in the White House. The perfect combination of sweet and sexy romance, a dash of kink, and a suspense plot that will have you on the edge of your seat. Make sure to read in order.

- Press (a press secretary and a reporter have an impossible attraction)
- Friends (a beautiful friends-to-lovers romance between an FBI agent and a Secret Service agent)
- Click (a sexy first-time romance with an age gap and an awkward virgin)
- Serve (a high heat MMM romance with age gap and D/s play)
- Care (the president’s son falls for his tutor; age gap and daddy kink)
- Puzzle (a CIA analyst meets his match in a nerdy forensic accountant)
- Heal (can the president find love again with a sunshine man half his age?)

No Regrets Series

Sexy, kinky, emotional, with a touch of suspense, the No Regrets series is a spin off from the No Shame series that can be read on its own.

- No Surrender (bisexual awakening, first time gay, D/s play)
- No Rules (grumpy/sunshine, D/s play, service kink)
- No Secrets

Perfect Hands Series

Raw, emotional, both sweet and sexy, with a solid dash of kink, that’s the Perfect Hands series. All books can be read as stand-alones.

- Firm Hand (daddy care with a younger daddy and an older boy)
- Gentle Hand (sweet daddy care with age play)
- Naughty Hand (a holiday novella to read after Firm Hand and Gentle Hand)

- Slow Hand (a Dom takes in two abused boys and discovers they need a Daddy)
- Healing Hand (a broken boy meets the Daddy he needs)

No Shame Series

If you love steamy MM romance with a little twist, you'll love the No Shame series. Sexy, emotional, with a bit of suspense and all the feels. Make sure to read in order, as this is a series with a continuing storyline.

- No Filter
- No Limits
- No Fear
- No Shame
- No Angel

And for all the fun, grab the No Shame box set which includes all five books plus exclusive bonus chapters and deleted scenes.

Irresistible Omegas Series

An mpreg series with all the heat, epic world building, poly romances (the first two books are MMMM and the rest of the series is MMM), a bit of suspense, and characters that will stay with you for a long time. This is a continuing series, so read in order.

- Alpha's Sacrifice
- Alpha's Submission
- Beta's Surrender
- Alpha's Pride
- Beta's Strength
- Omega's Protector
- Alpha's Obedience
- Omega's Power
- Beta's Love
- Omega's Truth

Don't miss out on the extras in the box sets of the Irresistible Omegas. The first box set contains books 1-3, the second box set includes books 4-6, and the third box set includes books 7-10. All box sets have bonus scenes you don't want to miss.

Ignite Series

An epic dystopian sci-fi trilogy where three men have to not only escape a government that wants to jail them for being gay but aliens as well. Slow burn MMM romance.

- Ignite
- Smolder
- Burn

Or grab the Ignite box set, which includes all three box, bonus chapters, and an exclusive bonus novella about a sweet alien named Pax.

Stand Alones

I also have a few stand alones, so check these out!

- Professor Daddy (sexy daddy kink between a college prof and his student. Age gap, no ABDL)
- Out to Win (two men meet at a TV singing contest)
- Captain Silver Fox (falling for the boss on a cruise ship)
- Coming Out on Top (snowed in, age gap, size difference, and a bossy twink)
- Ranger (veteran suffering from PTSD falls for a sunshine animal trainer, cowritten with K.M. Neuhold)
- Every Shade (collection of shorts and novellas)
- The Little CEO (a daddy kink short with age play)

Ballsy Boys Series: *Cowritten with K.M. Neuhold*

Sexy porn stars looking for real love! Expect plenty of steam, but all the feels as well. They can be read as stand-alones, but are more fun when read in order.

- Ballsy (free prequel)
- Rebel
- Tank
- Heart
- Campy
- Pixie

Or grab the Ballsy Boys Box Set, which contains all books and an exclusive, never before published bonus novella.

Kinky Boys Series: *Cowritten with K.M. Neuhold*

More sexy porn stars! This is a spin off series from the Ballsy Boys, set in Las Vegas…and with some kink!

- Daddy
- Ziggy

MÁS SOBRE NORA PHOENIX

¿Qué te ha parecido?

¿Algo más detallado, dices? Entendido.

Empecé a escribir mis primeras historias cuando era adolescente... en una jodida máquina de escribir. Aún tengo de esas, y son adorablemente románticas. ¡Y malas!, jajaja. El miedo a fracasar me mantuvo alejada de mi sueño de convertirme en una autora de romántica, así que puedes imaginar lo orgullosa y eufórica que estoy de haber conseguido superar mis miedos y mis inseguridades y, simplemente, hacerlo. Adoro el género, porque adoro leer y escribir sobre hombres fuertes e imperfectos que están un pelín dañados... pero encuentran su final feliz de igual forma.

Mis lecturas favoritas también son romances gais en su mayor parte, siempre y cuando tengan un final feliz. Un poquito de pervesión es un pequeño aliciente... Aparte de eso, también leo muchísimos libros de no ficción que no, no solo tienen que ver con el arte de escribir. La psicología es una de mis materias favoritas, como también lo es la sociología.

¿Aficiones? ¿Acaso alguien tiene tiempo para ellas? Estoy bromeando. Adoro viajar, pasar tiempo al lado del océano y hacer senderismo. Pero me gustan más los libros.
Puedes acercarte por mi grupo de Facebook Nora´s Nook donde comparto pequeños adelantos de mis próximas publicaciones, avances de los libros, historias gratuitas, cosas divertidas y más:
https://www.facebook.com/groups/norasnook/

Mi boletín de noticias semanal te mantendrá al día con contenido exclusivo y las últimas noticias de los libros en los que estoy trabajando. Puedes apuntarte aquí: http://www.noraphoenix.com/newsletter/

También puedes acecharmen en Twitter: https://twitter.com/NoraPhoenixMM
O en Instagram: https://www.instagram.com/nora.phoenix/
O en Bookbub: https://www.bookbub.com/profile/nora-phoenix